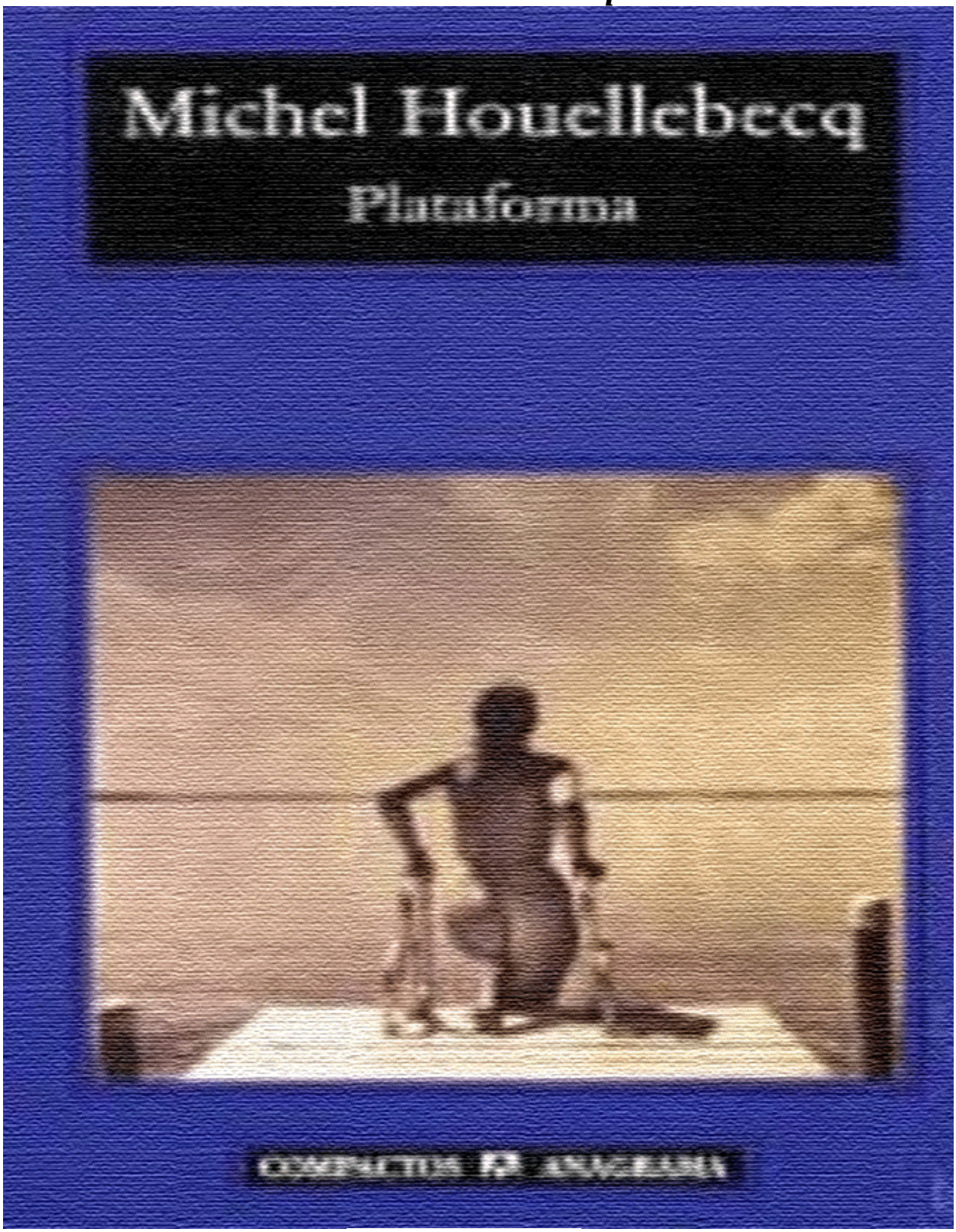
Plataforma
Michel Houellebecq



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Cuanto más infame es la vida, más la valora el hombre; y entonces es una protesta, una venganza de todos los instantes.
HONORÉ DE BALZAC

Primera parte

Trópico tailandés

1

Mi padre murió hace un año. No creo en esa teoría según la cual nos convertimos en verdaderos adultos cuando mueren nuestros padres; nadie llega a ser nunca un verdadero adulto.

Delante del ataúd del viejo, me vinieron a la cabeza ideas desagradables. El muy cabrón había disfrutado de la vida; se las había apañado de puta madre. «Tuviste críos, imbécil...», me dije con mucho ardor. «Metiste esa gran polla en el coño de mi madre.» En fin, yo estaba un poco tenso, no lo dudo; a uno no se le muere alguien de la familia todos los días. Me había negado a ver el cadáver. Tengo cuarenta años, y ya he visto algunos cadáveres; ahora prefiero evitarlo. Por eso nunca he comprado un animal doméstico.

Tampoco me he casado. He tenido la oportunidad, varias veces; pero siempre he rehusado. Sin embargo, me gustan las mujeres. Me arrepiento un poco del celibato de mi vida. Me molesta en vacaciones, sobre todo. La gente desconfía de los hombres que a partir de cierta edad se van solos de vacaciones; creen que son muy egoístas y probablemente un poco viciosos; no puedo decir que se equivoquen.

Después del entierro, volví a la casa donde mi padre había vivido sus últimos años. Habían descubierto el cuerpo una semana antes. Ya se había acumulado un poco de polvo en los muebles y en los rincones de las habitaciones; vi una telaraña en el vano de una ventana. Así que el tiempo, la entropía y todas esas cosas se estaban apoderando del lugar. El frigorífico estaba vacío. En los armarios de la cocina había, sobre todo, bandejas individuales de comida preparada Weight Watchers, frascos de proteínas aromatizadas, barritas energéticas. Deambulé por las habitaciones de la planta baja mordisqueando una galleta de magnesio. Hice un poco de bicicleta estática en el cuarto de la caldera. A sus setenta años cumplidos, mi padre estaba en una forma física muy superior a la mía. Hacía una hora de gimnasia intensiva todos los días, varios largos de piscina dos veces por semana. Los fines de semana jugaba al tenis y hacía ciclismo con gente de su edad; me encontré con algunos de sus compañeros en el tanatorio.

«¡Tiraba de todos los demás!...», exclamó un ginecólogo. «Tenía diez años más que nosotros, y en una cuesta de dos kilómetros nos sacaba un minuto de ventaja.» Padre, padre, me dije yo, qué grande era tu vanidad. En el ángulo izquierdo de mi campo de visión veía un banco de ejercicios y unas pesas.

Imaginé rápidamente a un cretino en pantalones cortos —con la cara arrugada, aunque por lo demás muy parecida a la mía— hinchando los pectorales con una energía sin esperanza.

Padre, me dije, padre, construiste tu casa sobre arena. Seguía pedaleando, pero empezaba a quedarme sin aliento y los muslos me dolían un poco; sin embargo, sólo estaba en el nivel 1. Mientras repasaba la ceremonia en mi cabeza, era consciente de haber causado una excelente impresión general.

Siempre voy perfectamente afeitado, tengo los hombros estrechos; a eso de los treinta empecé a tener un problema de calvicie y entonces decidí cortarme el pelo muy corto. Normalmente llevo trajes grises, corbatas discretas, y no tengo un aspecto muy alegre. Con mi pelo a cepillo, mis gafas delgadas y mi cara enfurruñada, inclinando ligeramente la cabeza para escuchar un mix de cantos funerarios cristianos, me sentía muy cómodo en aquella situación; mucho más que en una boda, por ejemplo. Decididamente, lo mío eran los entierros.

Dejé de pedalear y tosí un poco. Alrededor, sobre las praderas, caía la noche. Junto a la estructura de cemento en la que estaba encastrada la caldera se veía una mancha parduzca que no habían limpiado del todo. Allí habían encontrado a mi padre, con el cráneo roto, en pantalón corto y una camiseta que decía I LOVE NEW YORK. Según el médico forense, llevaba tres días muerto. En último extremo, se podía pensar en un accidente; habría podido

resbalar sobre un charco de aceite o algo así. Dicho esto, la verdad es que el suelo de la habitación estaba completamente seco; y el cráneo estaba roto en distintos sitios, incluso un poco de cerebro había llegado a desparramarse por el suelo; parecía más verosímil concluir que se trataba de un crimen. El capitán Chaumont, de la comisaría de Cherbourg, tenía que pasar a verme aquella tarde.

Al volver al salón encendí el televisor, un Sony 16/9 con pantalla de 82 cm, dolby surround y lector de DVD integrado. En TF1 daban un episodio de Xena, la princesa guerrera, uno de mis folletines preferidos; dos mujeres muy musculosas, vestidas con sujetadores metálicos y minifaldas de piel, se desafiaban con sus sables. «¡Tu reinado ha durado demasiado, Tagratha!», exclamaba la rubia. «¡Soy Xena, la guerrera de las llanuras del Oeste!» Llamaron a la puerta, y bajé el volumen.

Fuera había caído la noche. El viento agitaba suavemente las ramas chorreantes de lluvia. En la entrada había una chica de unos veinticinco años, de tipo norteafricano.

—Me llamo Aicha —dijo—. Limpiaba la casa del señor Renault dos veces por semana. Vengo a recoger mis cosas.

—Ah, sí... —dije—. Ah, sí... —Hice un gesto que quiso ser de bienvenida; una especie de gesto. Ella entró y le echó una rápida mirada a la pantalla del televisor: las dos guerreras estaban luchando cuerpo a cuerpo, justo al lado de un volcán; supongo que el espectáculo podía tener su lado excitante para algunas lesbianas.

—No quiero molestarle —dijo Aicha—, sólo serán cinco minutos.

—No me molesta —dije—. De hecho, nada me molesta.

Ella asintió con la cabeza como si lo entendiera, detuvo la mirada un momento en mi cara; seguramente estaba evaluando el parecido físico entre mi padre y yo, y quizás infería un grado de semejanza moral. Tras unos segundos de examen se dio la vuelta y subió la escalera que llevaba a los dormitorios.

—No se dé prisa —dije con voz ahogada—, tómese el tiempo que le haga falta.

Ella no contestó, ni interrumpió el ascenso; lo más seguro es que ni siquiera me hubiera oído. Yo volví a sentarme en el sofá, agotado por la confrontación. Tendría que haberle dicho que se quitara el abrigo; es lo que uno le propone normalmente a la gente, que se quite el abrigo. Entonces me di cuenta de que hacía un frío terrible en la habitación; un frío húmedo y penetrante, un frío de bodega. No sabía encender la caldera, no tenía ganas de intentarlo, mi padre estaba muerto y tendría que haberme ido enseguida. Pasé a FR3 justo a tiempo para ver la última fase de Preguntas a un campeón. En el momento en que Nadége, de Val–Fourré, le anunciaba a Julien Lepré que iba a jugarse el título por tercera vez, Aicha apareció en la escalera; llevaba al hombro una bolsa de viaje que parecía bastante ligera. Apagué el televisor y me dirigí rápidamente hacia ella.

—Siempre he admirado mucho a Julien Lepers —le dije—.

Incluso si no conoce la ciudad o el pueblo donde ha nacido el candidato, siempre tiene una palabra sobre el departamento o la minirregión; siempre sabe algo del clima y de las bellezas naturales del lugar. Y, sobre todo, sabe algo de la vida:

para él, los candidatos son seres humanos, conoce sus dificultades y sus alegrías. Nada de lo que constituye la realidad humana de los candidatos le parece completamente ajeno u hostil. Sea como sea el candidato, logra hacerle hablar de su familia, de sus aficiones..., en fin, de todo lo que a sus ojos constituye una vida. Los candidatos suelen participar en una charanga, una coral, organizan una fiesta local, o se dedican a una causa humanitaria. Sus hijos suelen estar en la sala.

Por lo general, uno saca del programa la impresión de que la gente es feliz, y uno también se siente mejor y más feliz. ¿No le parece?

Ella me miró sin sonreír; llevaba el pelo recogido en un moño, la cara poco maquillada, una ropa tirando a sobria; una chica seria. Dudó unos segundos antes de decir en voz baja, un poco ronca por culpa de la timidez:

—Me gustaba su padre.

No se me ocurrió nada que contestarle; me pareció raro, pero al fin y al cabo posible. El viejo debía de tener historias que contar: había viajado a Colombia, a Kenia y a no sé dónde más;

había observado a los rinocerontes con prismáticos. Cada vez que nos veíamos, se limitaba a ironizar sobre mi puesto de funcionario, sobre la seguridad que me proporcionaba. «Te lo has montado bien...», repetía, sin disimular su desprecio; en las familias, las cosas siempre son un poquitín difíciles.

—Estudio para enfermera —continuó Aicha—, pero como me he ido de casa de mis padres, tengo que limpiar pisos.

Me devané los sesos para encontrar una respuesta apropiada; ¿debería haberle preguntado sobre los precios de los alquileres en Cherbourg? Al final opté por un «Aja...» con el que intenté comunicar cierta comprensión de la vida. Pareció bastarle, y se dirigió a la puerta. Pegué la cara a la ventana para ver cómo su Volkswagen Polo daba media vuelta en el camino fangoso. En FR3 había una película rural que debía de desarrollarse en el siglo XIX, con Cheky Karyo en el papel de un agricultor. Entre dos lecciones de piano, la hija del propietario —interpretado por Jean–Pierre Marielle— se permitía algunas familiaridades con el campesino seductor.

Sus abrazos tenían lugar en un establo; me quedé dormido en el momento en que Cheky Karyo le arrancaba enérgicamente los calzones de organza. Lo último de lo que tuve conciencia fue un plano a corte donde se veía un grupito de cerdos.

Me despertaron el dolor y el frío; seguramente me había quedado dormido en una mala postura, tenía las vértebras cervicales paralizadas. Al levantarme tosí con violencia, y mi aliento llenó de vapor el aire helado de la habitación. Curiosamente, en la televisión daban La pesca, un programa de TF1; así que tenía que haberme despertado, o por lo menos haber llegado a un nivel de conciencia suficiente para apretar el mando a distancia; pero no lo recordaba en absoluto. El programa nocturno estaba dedicado a los siluros, peces gigantescos desprovistos de escamas, que a consecuencia del calentamiento del clima se encontraban cada vez más a menudo en los ríos franceses; les gustaban, sobre todo, las cercanías de las centrales nucleares. El reportaje intentaba arrojar luz sobre algunos mitos: era verdad que los siluros adultos llegan a medir entre tres y cuatro metros; en el Drôme se habían visto ejemplares de hasta cinco metros; no había nada inverosímil en todo aquello. Por el contrario, era imposible que estos peces manifestaran un comportamiento agresivo, o que atacasen a los bañistas. La sospecha popular que rodeaba a los siluros parecía contagiar, de alguna manera, a los que se dedicaban a pescarlos; el pequeño gremio de pescadores de siluros no estaba muy bien visto en el seno de la gran familia de los pescadores. Los primeros sufrían por ello, y querían aprovechar el programa para corregir aquella imagen negativa. Cierto que no podían apoyarse en razones gastronómicas:

la carne de siluro era rigurosamente incomestible. Pero se trataba de una pesca magnífica, inteligente y deportiva a la vez, que tenía algunas analogías con la del lucio, y que merecería más adeptos. Di unos pasos por la habitación sin conseguir calentarme; no soportaba la idea de acostarme en la cama de mi padre. Al final subí a buscar almohadas y mantas y, mal que bien, me instalé en el sofá. Apagué la tele justo después del documental La desmitificación del siluro. La noche era opaca; también el silencio.

2

Todo llega a su fin, incluida la noche. La voz clara y sonora del capitán Chaumont me sacó de un letargo de saurio.

Pedía disculpas, no le había dado tiempo a pasar la víspera.

Le ofrecí un café. Mientras se calentaba el agua, él instaló su portátil en la mesa de la cocina y conectó la impresora. Así yo podría leer y firmar mi declaración antes de que él se marchara; murmuré con aprobación. Las tareas administrativas acaparaban la gendarmería, que no disponía de tiempo suficiente para consagrarlo a su verdadera misión: la investigación; es lo que yo había deducido de diversos programas de televisión. Él asintió calurosamente. Aquel interrogatorio empezaba bien, en un ambiente de confianza recíproca. Windows arrancó con un ruidito feliz.

Mi padre había muerto durante la tarde o la noche del 14 de noviembre. Yo estaba trabajando; y también trabajé el día 15. Obviamente, podía haber cogido el coche y matado a mi padre, podía haber ido y vuelto en la misma noche. ¿Qué había hecho yo la tarde o la noche del 14 de noviembre? Que yo supiera, nada; nada memorable. En cualquier caso, no guardaba de ella el menor recuerdo; y sin embargo hacía menos de una semana. Yo no tenía ni una pareja sexual regular ni un amigo realmente íntimo; en esas condiciones, ¿cómo iba a acordarme? Los días pasan, eso es todo. Le dirigí una mirada consternada al capitán Chaumont; me habría gustado ayudarle, o al menos guiarle en alguna dirección.

—Voy a consultar la agenda.... —dije.

No esperaba nada de esa iniciativa; sin embargo, curiosamente, había un número de móvil en la hoja del día 14, debajo de un nombre: Coralie. ¿Qué Coralie? Desde luego, en aquella agenda entraba cualquiera.

—Tengo el cerebro como un montón de mierda... —dije con una sonrisa desengañada—. Pero no sé, a lo mejor estaba en una inauguración.

—¿Una inauguración? —El esperaba pacientemente, con los dedos encima del teclado.

—Sí, trabajo en el Ministerio de Cultura. Preparo informes para la financiación de exposiciones, o a veces de espectáculos.

—¿Espectáculos?

—Espectáculos... de danza contemporánea... —Estaba completamente desesperado, abrumado de vergüenza.

—En resumen, que trabaja usted en actividades culturales.

—Sí, eso es... Se puede decir así.

El me miraba con una simpatía teñida de seriedad. Tenía conciencia de la existencia del sector cultural; una conciencia vaga, pero real. En su profesión, debía de conocer a toda clase de gente; seguro que ningún medio social le resultaba completamente ajeno. La policía es un humanismo.

El resto de la entrevista se desarrolló más o menos con normalidad; yo había visto series en televisión, estaba preparado para esa clase de diálogo. ¿Tenía mi padre enemigos?

No, pero a decir verdad tampoco amigos. De todos modos, mi padre no era lo bastante importante para tener enemigos.

¿A quién podía beneficiar su muerte? Bueno, a mí. ¿Cuándo le había visto por última vez? Probablemente en agosto. En agosto nunca hay mucho que hacer en la oficina, pero mis colegas tienen que marcharse, por sus hijos. Yo me quedo en París, hago solitarios en el ordenador y cojo un fin de semana largo en torno al día 15; ése es el marco de las visitas a mi padre. ¿Me llevaba bien con él? Sí y no. Más bien no, pero iba a verlo una o dos veces al año, que no está tan mal.

Él asintió con la cabeza. Yo presentía que mi declaración tocaba a su fin; me habría gustado decir algo más. Sentía una simpatía irracional, anormal, por el capitán Chaumont. El estaba encendiendo la impresora.

—¡Mi padre era muy deportista! —exclamé con brusquedad. El alzó hacia mí una mirada interrogativa—. No sé...

—dije, separando las manos con desesperación—, sólo quería decir que era muy deportista.

Con un gesto de despecho, él empezó a imprimir.

Después de haber firmado la declaración, acompañé al capitán Chaumont a la puerta. Le dije que era consciente de ser un testigo decepcionante. «Todos los testigos son decepcionantes», contestó. Reflexioné un poco sobre aquel aforismo. Delante de nosotros se extendía el ilimitado hastío de los prados. El capitán Chaumont subió a su Peugeot 305; me tendría al corriente de la marcha de la investigación. En la función pública, el fallecimiento de un pariente directo da derecho a un permiso de tres días. Así que podría haber vuelto sin prisas, ir a comprar unos camemberts de la región; pero cogí de inmediato la autopista a París.

Me pasé el último día de permiso en varias agencias de viajes. Me gustaban los catálogos de vacaciones, su abstracción, su manera de reducir los lugares del mundo a una secuencia limitada de placeres posibles y tarifas; apreciaba especialmente el sistema de estrellas para indicar la intensidad de la felicidad que uno tenía derecho a esperar. Yo no era feliz, pero

valoraba la felicidad, y seguía aspirando a ella. Según el modelo de Marshall, el comprador es un individuo racional que intenta maximizar su satisfacción en función del precio; el modelo de Veblen, en cambio, analiza la influencia del grupo en el proceso de compra (dependiendo de que el individuo quiera identificarse con el grupo o, al contrario, separarse de él). El modelo de Copeland demuestra que el proceso de compra es diferente según la categoría del producto/servicio (compra normal, compra meditada, compra especializada); pero el modelo de Baudrillard–Becker considera que consumir es también producir signos. En el fondo, yo me sentía más cerca del modelo de Marshall.

De vuelta en la oficina, le dije a Marie–Jeanne que necesitaba unas vacaciones. Marie–Jeanne es mi compañera de trabajo; preparamos juntos los informes de las exposiciones, trabajamos juntos en pro de la cultura contemporánea. Es una mujer de treinta y cinco años, con el pelo rubio y liso y los ojos de un azul muy claro; no sé nada de su vida íntima.

A nivel jerárquico, ella tiene una posición ligeramente superior a la mía; pero es un aspecto que prefiere eludir, intenta poner el trabajo de equipo en primer lugar dentro de nuestro departamento. Cada vez que recibimos la visita de una personalidad realmente importante —un delegado de la Dirección de Artes Plásticas, o un miembro del gabinete del ministro—, insiste en la labor de equipo. «¡Aquí está el hombre más importante del departamento!», exclama entrando en mi despacho. «El que hace malabarismos con los balances y las cifras. Sin él, estaría completamente perdida.» Y se ríe. Los visitantes importantes ríen a su vez, o al menos sonríen, satisfechos. Yo también sonrío, en la medida de mis posibilidades. Intento imaginarme como un malabarista; pero en realidad me basta con dominar las operaciones matemáticas simples. Aunque, hablando con propiedad, Marie–Jeanne no hace absolutamente nada, en realidad su trabajo es el más complejo: tiene que estar al corriente de los movimientos, las redes, las tendencias; por haber asumido una responsabilidad cultural, está constantemente bajo sospecha de inmovilismo, incluso de oscurantismo; es un peligro contra el que tiene que protegerse, y de paso proteger a la institución. Así que mantiene contactos con artistas, galeristas, directores de revistas para mí desconocidos; estas llamadas telefónicas siempre la ponen contenta, porque siente una sincera pasión por el arte contemporáneo. Por mi parte, yo no siento hostilidad hacia él; no soy en absoluto un paladín del oficio, ni del regreso a la tradición en pintura; guardo la actitud de reserva que conviene a un gestor contable. Las cuestiones estéticas y políticas no son cosa mía; no soy yo el que tiene que inventar ni adoptar nuevas actitudes, nuevas relaciones con el mundo; renuncié a ellas a la vez que me encorvaba de hombros, que mi cara se volvía cada vez más triste. He asistido a muchas exposiciones, inauguraciones y espectáculos memorables. Mi conclusión se ha convertido en certeza: el arte no puede cambiar la vida. En cualquier caso, no la mía.

Había informado a Marie–Jeanne de mi pérdida; ella me recibió con simpatía, e incluso me puso una mano en el hombro. Que pidiera un permiso le pareció completamente natural. «Tienes que volverte hacia ti mismo y hacer balance, Michel», dijo. Intenté imaginar el movimiento que me proponía, y decidí que seguramente tenía razón. «Cecilia cerrará las previsiones por ti, yo se lo diré.» ¿A qué se refería exactamente, y quién era aquella Cecilia? Eché una ojeada en torno a mí, vi un anteproyecto, y me acordé. Cecilia era una chica gorda y pelirroja que comía chocolates Cadbury sin parar y que llevaba dos meses en el departamento: contrato temporal, tal vez incluso de aprendizaje; en resumen, alguien bastante desdeñable. Y sí, justo antes de la muerte de mi padre yo estaba trabajando en el presupuesto provisional de la exposición «¡Arriba las manos, golfos!», que debía inaugurarse en enero en Bourg–la–Reine. Se trataba de fotografías de brutalidad policial tomadas con teleobjetivo en Yvelines; pero no era un trabajo documental, sino más bien un proceso de teatralización del espacio, acompañado de guiños a diversas series policíacas protagonizadas por el Los Angeles Police Department. El artista había preferido la visión fun a la esperada denuncia social. En resumen, un proyecto interesante, ni demasiado caro ni complicado; incluso una imbécil como Cecilia sería capaz de terminar el presupuesto provisional.

Por lo general, a la salida del trabajo me daba una vuelta por algún peep–show. Me costaba cincuenta francos o a veces, si tardaba mucho en eyacular, setenta. Ver coños en movimiento me despejaba la cabeza. Las tendencias contradictorias del videoarte contemporáneo, el

equilibrio entre la conservación del patrimonio y el apoyo a la creación viva..., todo eso desaparecía deprisa ante la magia fácil de los coños en movimiento. Yo me vaciaba agradablemente los testículos. A la misma hora, por su parte, Cecilia se atiborraba de pasteles con chocolate en una confitería que estaba cerca del Ministerio; las motivaciones eran más o menos las mismas.

Raras veces alquilaba una sala privada por quinientos francos; sólo cuando a mi polla le iba mal y a mí me parecía un pequeño apéndice exigente, inútil, que olía a queso; entonces necesitaba que una chica la cogiese y se extasiara, aunque estuviera fingiendo, ante el vigor del miembro y la abundancia de semen. En cualquier caso, siempre volvía a casa antes de las siete y media. Empezaba por Preguntas a un campeón que había programado para grabar en vídeo; y luego seguía con la información nacional. La crisis de las vacas locas no me interesaba mucho, yo me alimentaba sobre todo de puré Mousline con queso. Luego continuaba la velada. No lo pasaba mal, tenía veintiocho cadenas. Terminaba con las comedias musicales turcas, a eso de las dos de la madrugada.

Así pasaron unos cuantos días, relativamente apacibles, antes de recibir una nueva llamada telefónica del capitán Chaumom. La investigación había avanzado mucho, había encontrado al presunto asesino, de hecho era más que una suposición, el hombre había confesado. Iban a organizar una reconstrucción de los hechos dos días más tarde, ¿quería asistir? Oh, sí, dije yo, sí.

Marie–Jeanne me felicitó por mi valiente decisión. Habló del trabajo del duelo, del enigma de la filiación; empleaba palabras socialmente aceptables sacadas de un catálogo limitado, pero eso no tenía demasiada importancia; yo sentía que me tenía afecto, lo cual era sorprendente y estaba bien. Las mujeres son afectuosas, me dije al subir al tren de Cherbourg; tienen tendencia a establecer relaciones afectivas hasta en el trabajo, se mueven con dificultad en un universo desprovisto de toda relación afectiva, es una atmósfera en la que les cuesta mucho realizarse. Sufren por culpa de esa debilidad, las páginas psicológicas de Marie–Claire se lo recuerdan continuamente: más valdría que establecieran una clara división entre lo profesional y lo afectivo, pero no lo consiguen, y las páginas testimoniales de Marie–Claire lo demuestran con la misma constancia. A la altura de Rouen, repasé los elementos del caso. El gran descubrimiento del capitán Chaumont era que Aicha había tenido «relaciones íntimas» con mi padre. ¿Con qué frecuencia y hasta qué punto? No lo sabía, y saberlo tampoco iba a ayudarle a seguir con la investigación. Uno de los hermanos de Aicha había confesado enseguida que había ido a «pedirle explicaciones» al viejo, que la discusión había degenerado, y que lo había dejado como muerto en el suelo de cemento del cuarto de la caldera.

En principio, la reconstrucción estaba presidida por el juez de instrucción, un hombrecillo seco y austero, vestido con un pantalón de franela y un polo oscuro, con la cara crispada por una perpetua mueca de irritación; pero el capitán Chaumont no tardó en imponerse como el verdadero maestro de ceremonias. Recibía a los participantes con vivacidad y alegría, decía a cada uno una palabra de bienvenida, lo acompañaba a su sitio: parecía muy contento. Era su primer caso criminal, y lo había resuelto en menos de una semana; era el único héroe de verdad en aquella historia sórdida y banal.

Derrumbada en una silla, visiblemente abrumada, con el rostro enmarcado por un pañuelo negro, Aicha apenas alzó los ojos cuando yo llegué; apartaba ostensiblemente la mirada del lugar donde estaba su hermano. Éste, flanqueado por dos gendarmes, miraba al suelo con aire terco. Tenía toda la pinta de un bruto corriente; no despertó en mí la menor simpatía. Él alzó los ojos, encontró los míos, con toda seguridad me identificó. Conocía mi papel, tenían que haberle avisado:

según sus ideas brutales yo tenía derecho a vengarme, era responsable de la sangre de mi padre. Consciente de la relación que se establecía entre nosotros, le miré directamente a los ojos; me dejé invadir poco a poco por el odio, ya no respiraba con facilidad, era una sensación agradable y fuerte. Si hubiera tenido un arma, le habría disparado sin dudarlo un momento. Matar a aquella basurilla no sólo me parecía un acto indiferente, sino también una iniciativa beneficiosa, positiva. Un gendarme dibujó con tiza unas marcas en el suelo, y dio comienzo la reconstrucción. Según el acusado, lo ocurrido era muy sencillo: en el transcurso de la

discusión había perdido los nervios, había empujado violentamente a mi padre; éste había caído de espaldas, se había fracturado el cráneo contra el suelo; lleno de pánico, el joven se había dado a la fuga.

Desde luego, estaba mintiendo, y al capitán Chaumont no le costó nada demostrarlo. El examen del cráneo de la víctima mostraba que hubo ensañamiento; sufría contusiones múltiples, probablemente debidas a una serie de patadas.

Además, habían restregado contra el suelo la cara de mi padre casi hasta sacarle un ojo de la órbita.

—No me acuerdo... —dijo el acusado—. Yo estaba ciego de rabia.

Mirando sus brazos nerviosos, su cara estrecha y malvada, no resultaba difícil creerle: había actuado sin premeditación, probablemente excitado al oír el choque del cráneo contra el suelo y ver la primera sangre. Su método de defensa era claro y verosímil, se las apañaría muy bien delante del tribunal: unos años con la sentencia en suspenso, nada más.

El capitán Chaumont, satisfecho del desarrollo de la reunión, se disponía a concluir. Me levanté de la silla y me acerqué a un ventanal. Estaba atardeciendo: unas cuantas ovejas terminaban la jornada. Ellas también eran estúpidas, quizás más todavía que el hermano de Aicha, pero no tenían ninguna reacción violenta programada en los genes. La última tarde de su vida balarían de terror, su ritmo cardíaco se aceleraría, agitarían desesperadamente las patas; luego vendría el disparo, se les escaparía la vida y sus cuerpos se convertirían en carne. Nos separamos después de estrecharnos las manos; el capitán Chaumont agradeció mi presencia.

Volví a ver a Aicha al día siguiente; por consejo del agente inmobiliario, había decidido limpiar la casa a fondo antes de las primeras visitas. Le di las llaves, y ella me acompañó a la estación de Cherbourg. El invierno empezaba a tomar posesión del paisaje, masas de bruma se acumulaban encima de las hayas. Entre nosotros, las cosas no eran fáciles. Ella había conocido los órganos sexuales de mi padre, lo que tendía a crear una intimidad un tanto fuera de lugar. En conjunto, era sorprendente: ella parecía una chica seria, y mi padre no era para nada un seductor. Aun así, debía de tener algunos rasgos, algunas características atractivas que yo no había sabido ver; en realidad, me costaba hasta acordarme de los rasgos de su cara.

Los hombres viven unos junto a otros como bueyes; todo lo más, de vez en cuando, comparten una botella de alcohol.

El Volkswagen de Aicha se detuvo en la plaza de la estación; yo era consciente de que sería mejor decir algo antes de separarnos.

—Bueno... —dije.

Al cabo de unos segundos, ella se dirigió a mí con voz sorda:

—Me voy de la región. Tengo un amigo que puede buscarme un trabajo de asistenta en París; seguiré estudiando allí. De todas formas, mi familia cree que soy una puta.

Yo dejé escapar un murmullo de comprensión.

—En París hay más gente... —aventuré al final, con esfuerzo; por muchas vueltas que le diera, era todo lo que se me ocurría decir sobre París. Pero aquella respuesta increíblemente pobre no pareció desanimarla.

—No puedo esperar nada de mi familia —siguió, con rabia contenida—. No sólo son pobres, encima son imbéciles.

Hace dos años, mi padre fue de peregrinaje a La Meca; desde entonces, no hay quien le saque de ahí. Y mis hermanos son todavía peores: se divierten mutuamente con sus gilipolleces, se ponen ciegos de pastís mientras pretenden ser los depositarios de la verdadera fe, y se permiten llamarme guarra porque prefiero trabajar a casarme con un imbécil como ellos.

—Es verdad, en general los musulmanes no están muy bien... —dije yo, incómodo. Cogí la bolsa de viaje y abrí la portezuela—. Verá como se las arregla... —farfullé sin convicción. En ese momento tuve una especie de visión en la que los flujos migratorios eran vasos sanguíneos que atravesaban Europa; los musulmanes eran coágulos que se reabsorbían despacio. Aicha me miraba, dubitativa. El frío entraba con violencia en el coche. Intelectualmente, lograba sentir cierta atracción por la vagina de las musulmanas. Sonreí de manera un poco forzada. Ella también sonrió, con más franqueza. Le estreché mucho tiempo

la mano, sentí el calor de sus dedos, no dejé de apretar hasta que noté el pulso de la sangre en la muñeca. A unos metros del coche, me volví para hacerle un pequeño gesto de despedida. Al fin y al cabo, aquello había sido un encuentro; al fin y al cabo había pasado algo.

Mientras me instalaba en el vagón Corail, me dije que tendría que haberle dado dinero. Aunque no, lo más probable es que lo hubiera malinterpretado. Fue en ese momento, por extraño que parezca, cuando me di cuenta de que me iba a convertir en un hombre rico; en fin, relativamente rico. Ya me habían transferido las cuentas de mi padre. Por lo demás, había confiado la venta de su coche al propietario de un garaje, y la de la casa a una agencia inmobiliaria; todo se había arreglado de la manera más sencilla. La ley del mercado fijaba el valor de los bienes. Desde luego, había un margen de negociación; pero sólo un diez por ciento para ambas partes, nada más. Los impuestos correspondientes tampoco eran un misterio: bastaba consultar los folletitos de Hacienda, muy bien hechos.

Seguro que mi padre había pensado en desheredarme varias veces, pero se ve que al final se había arrepentido; probablemente se había dicho que eran demasiadas complicaciones, demasiadas gestiones para un resultado incierto (no es fácil desheredar a los hijos, la ley sólo ofrece posibilidades limitadas: los muy cabroncetes no sólo te joden la vida, sino que luego se aprovechan de todo lo que hayas acumulado a costa de los mayores esfuerzos). Sobre todo, tenía que haberse dicho que la cosa no le interesaba lo más mínimo: ¿qué cojones le importaba lo que pasara después de su muerte?

Seguro que había razonado así, en mi opinión. Y ahora el viejo imbécil estaba muerto, yo iba a vender la casa donde había pasado sus últimos años y también iba a vender el Toyota Land Cruiser que le servía para transportar cajas enteras de agua Evian desde el Casino Géant de Cherbourg. ¿Qué habría hecho yo, que vivo al lado del Jardin des Plantes, con un Toyota Land Cruiser? Podría haber transportado raviolis a la ricotta desde el mercado Mouffetard, y poco más. Cuando se trata de una herencia en línea directa, los derechos de sucesión no son muy elevados; incluso si los lazos afectivos no eran muy fuertes. Una vez deducidos los impuestos, me quedaban unos tres millones de francos. Lo que representaba, poco más o menos, quince veces mi salario anual. Y lo mismo que un obrero cualificado podía ganar, en Europa occidental, en el transcurso de toda su vida laboral; no estaba tan mal. Para empezar, ya era algo; podía intentar salir de apuros.

Seguro que al cabo de unas semanas iba a recibir una carta del banco. El tren se acercaba a Bayeux; ya me podía imaginar el desarrollo de la conversación. El profesional de mi sucursal habría visto un importante saldo positivo en mi cuenta y querría hablar conmigo; ¿quién no necesita, en un momento u otro de su vida, un asesor financiero.? Yo, un poco desconfiado, me inclinaría por las opciones seguras; él acogería esta reacción —tan frecuente— con una ligera sonrisa.

La mayoría de los inversores novatos, como él tenía comprobado, prefieren la seguridad al rendimiento; sus colegas y él bromeaban a menudo sobre el tema. No le gustaría que yo le malinterpretara, pero en materia de gestión del patrimonio, algunas personas adultas se comportan como perfectos principiantes. Por su parte, a él le gustaría que considerase una posibilidad distinta, dándome, por supuesto, tiempo para reflexionar. ¿Por qué no invertir dos tercios de mi patrimonio en un valor sin sorpresas, pero de poco rendimiento? ¿Y por qué no dedicar el último tercio a una inversión un poco más aventurada, pero con verdaderas posibilidades de revalorización? Yo sabía que, tras unos cuantos días de reflexión, cedería a sus argumentos. Él pensaría que mi adhesión confirmaba su iniciativa, prepararía los documentos con la vivacidad propia del entusiasmo y nuestro apretón de manos, al separarnos, sería abiertamente caluroso.

Yo vivía en un país marcado por un socialismo sosegado, donde la posesión de bienes materiales estaba garantizada por una legislación estricta, donde el sistema bancario estaba rodeado de poderosas garantías estatales. A menos que sobrepasara los límites de la legalidad, no me arriesgaba ni a la malversación ni a la quiebra fraudulenta. En suma, ya no tenía que preocuparme demasiado. En realidad, nunca lo había hecho: después de unos estudios serios, aunque sin llegar a ser deslumbrantes, me había inclinado rápidamente por el sector público. Era a mitad de la década de los ochenta, al comienzo de la modernización del socialismo, en

la época en que el ilustre Jack Lang repartía boato y gloria por las instituciones culturales del Estado; mi salario inicial era perfectamente correcto. Y luego envejecí, y asistí sin alterarme a los sucesivos cambios políticos. Era cortés, educado, mis superiores y mis colegas me apreciaban; sin embargo, a causa de mi temperamento poco caluroso, no había conseguido hacer verdaderos amigos. En la región de Lisieux, la noche caía deprisa. ¿Por qué yo nunca había manifestado, en mi trabajo, una pasión comparable a la de Marie–Jeanne? O mejor, ¿por qué nunca había manifestado una verdadera pasión en toda mi vida?

Pasaron unas cuantas semanas más, que no me trajeron la respuesta, y después, la mañana del 23 de diciembre, cogí un taxi al aeropuerto de Roissy.

3

Así que allí estaba yo, solo como un imbécil, a unos metros de la ventanilla de Nouvelles Frontières. Era sábado por la mañana, época de fiestas; Roissy estaba abarrotado, como de costumbre. En cuanto tienen unos días de libertad, los habitantes de Europa occidental se precipitan al otro confín del mundo, cruzan medio planeta en avión, se comportan literalmente como si acabaran de fugarse de la cárcel. No los culpo; yo estoy a punto de hacer exactamente lo mismo.

Mis sueños son mediocres. Como todos los habitantes de Europa occidental, quiero viajar. Bueno, hay que tener en cuenta las dificultades, la barrera del idioma, la mala organización de los transportes de grupo, los peligros de volar y de que a uno le estafen; para decirlo en plata, en el fondo lo que yo quiero es hacer turismo. Cada cual tiene los sueños de los que es capaz, y mi sueño es encadenar al infinito los «Circuitos de la pasión», las «Vacaciones en color» y los «Placeres a la carta», por mencionar los temas de tres catálogos de Nouvelles Frontières.

Enseguida decidí hacer un circuito, aunque dudé mucho entre «Ron y salsa» (ref CUB CO 033, 16 días/14 noches, 11.250 F en habitación doble, suplemento habitación individual: 1.350 F) y «Trópico tailandés» (ref. TAI CA 006, 15 días/13 noches, 9.950 F en habitación doble, suplemento habitación individual: 1.175 F). De hecho, Tailandia me atraía más; pero la ventaja de Cuba es que es uno de los últimos países comunistas, probablemente no por mucho tiempo; en resumen, tiene un lado de régimen en vías de extinción, una especie de exotismo político. Al final me decidí por Tailandia. Hay que reconocer que el texto de presentación del folleto era bastante hábil, capaz de seducir a las almas mediocres:

Un circuito organizado, con un toque de aventura, que nos lleva de los bambúes del río Kwai a la isla de Koh Samui, para terminar en Koh Phi Phi, frente a las costas de Phuket, después de un magnífico recorrido por el istmo de Kra. Un refrescante viaje a los trópicos.

A las 8.30 en punto de la mañana, Jacques Maillot cierra la puerta de su casa del boulevard Blanqui, en el distrito XIII; sube a su moto y cruza la capital de este a oeste. Dirección: la agencia de Nouvelles Frontières en el boulevard de Grenelle.

Día sí y día no, hace escala en tres o cuatro de sus agencias:

«Les llevo los últimos catálogos, recojo el correo y veo cómo van las cosas», explica este dinámico empresario, que siempre se pone una corbata abigarrada, inverosímil. Así azuza un poco a los vendedores: «En los días siguientes, hay que ver el subidón de la cifra de negocios de esas agencias...», explica sonriendo. El periodista de Capital, que evidentemente se ha rendido a su simpatía, se asombra un poco más: ¿quién habría predicho en 1967 que la pequeña asociación fundada por un puñado de estudiantes contestatarios llegaría tan lejos? Desde luego, no los miles de manifestantes que en mayo del 68 desfilaban por delante de la primera agencia de Nouvelles Frontières, en la place Denfert–Rochereau de París. «Estábamos justo en el sitio adecuado, delante de las cámaras de televisión...», recuerda Jacques Mailloc, ex boy–scout y católico de izquierdas pasado por la UNEF.1 Fue la primera jugada publicitaria de la empresa, cuyo nombre se inspiraba en los discursos de John F. Kennedy sobre las «nuevas fronteras» de Norteamérica.

Ardiente liberal, Jacques Maillot había luchado con éxito contra el monopolio de Air France para conseguir la democratización del transporte aéreo. La odisea de su empresa, que en poco más de treinta años se había convertido en la agencia de viajes más importante de Francia,

fascinaba a las revistas de economía. Como la FNAC, como el Club Med, Nouvelles Frontières —nacida con la cultura del ocio— podía simbolizar un nuevo rostro del capitalismo moderno. En el año 2000, la industria turística había llegado a ser por primera vez, basándose en el volumen de negocio, la primera actividad económica mundial. Aunque sólo exigía unas condiciones físicas normales, «Trópico tailandés» se inscribía en el marco de los «circuitos de aventura»: categorías de alojamiento variables (económica, turista, preferente), número de participantes limitado a veinte para asegurar una mejor cohesión del grupo. Vi que se acercaban dos negras preciosas con mochilas, me sorprendí deseando que hubieran elegido el mismo circuito; luego bajé la mirada y fui a recoger los documentos de viaje. El vuelo duraba algo más de once horas.

Coger un avión actualmente, sea cual sea la compañía o el destino, equivale a que a uno lo traten como a una mierda durante toda la duración del vuelo. Encogido en un espacio insuficiente, cuando no ridículo, del que es imposible levantarse sin molestar a los vecinos de asiento, a uno le reciben de entrada con una serie de prohibiciones que las azafatas se encargan de anunciar enarbolando una falsa sonrisa. En cuanto subimos a bordo, lo primero que hacen es apoderarse de las cosas de todo el mundo para encerrarlas en los portaequipajes, y nadie vuelve a tener acceso a ellas, bajo ningún pretexto, hasta el aterrizaje. Durante todo el vuelo, se las arreglan para multiplicar las medidas vejatorias e inútiles, haciendo que cualquier desplazamiento, por no decir cualquier acción, resulte imposible, salvo las que entran en un catálogo restringido: degustación de refrescos, vídeos norteamericanos, compra de productos libres de impuestos. La sensación constante de peligro y la inmovilidad forzada en un espacio limitado provocan un estrés tan intenso que algunos pasajeros han muerto por culpa de una crisis cardíaca durante vuelos de larga duración. La tripulación se las apaña para aumentar al máximo el estrés al prohibirnos combatirlo con los medios familiares. Nos vemos privados de cigarrillos y de lectura y, cada vez con más frecuencia, de alcohol. A Dios gracias, a las muy cerdas todavía no les ha dado por el registro personal, y como yo era un pasajero experimentado, me había procurado un pequeño neceser de supervivencia: unos cuantos parches de nicotina de 21 mg, una cajita de somníferos, una petaca de Southern Comfort. Mientras sobrevolábamos la ex Alemania del Este, me sumí en un sueño estropajoso.

Me despertó un peso en el hombro y un aliento tibio.

Enderecé a mi vecino de la izquierda sin muchos miramientos: lanzó un gruñido suave, pero no abrió los ojos. Era un tipo alto de unos treinta años, con el pelo castaño claro cortado en forma de tazón; no parecía ni muy antipático ni muy listo. De hecho, despertaba bastante ternura, envuelto en la manta azul pálido de la compañía, con sus grandes manos de obrero en las rodillas. Cogí el libro de bolsillo que se le había caído a los pies: un best–seller anglosajón y coñazo de un tal Frederic Forsyth. Yo ya había leído un libro de aquel imbécil: insistía en rendir homenaje a Margaret Thatcher y estaba plagado de evocaciones absurdas de la URSS, imperio del mal. Me pregunté cómo se las arreglaba tras la caída del muro de Berlín. Hojeé su nueva obra: parecía que esta vez los malos eran los anarcofascistas y otros nacionalistas serbios; eso sí que era estar al corriente de la actualidad.

En cuanto a su héroe favorito, el fastidioso Jason Monk, volvía al servicio activo en la CIA, que en este caso se había aliado con la mafia chechena. ¡Menuda moralidad la de los autores de best–sellers anglosajones!, me dije, dejando el libro en las rodillas de mi vecino. La página estaba marcada por una hoja doblada en tres, la convocatoria de Nouvelles Frontières: así que acababa de conocer a mi primer compañero de viaje. Un chico estupendo, estaba seguro; desde luego mucho menos egocéntrico y neurótico que yo. Le eché una ojeada a la pantalla donde aparecían los datos sobre el desarrollo del vuelo: probablemente ya habíamos dejado atrás Chechenia, si es que la habíamos sobrevolado; la temperatura exterior era de –53°, la altitud de 10.143 metros, la hora local las 00.27. Entonces apareció un mapa: estábamos entrando en el espacio aéreo de Afganistán. Desde luego, por las ventanillas sólo se veía la más completa oscuridad. De todas formas, los talibanes estarían acostados, rehogándose en su propia mierda. «Buenas noches, talibanes, buenas noches... Que tengáis dulces sueños...», murmuré antes de tomarme el segundo somnífero.

4

El avión aterrizó a eso de las cinco de la madrugada en el aeropuerto de Don Muang. Me desperté con dificultad. Mi vecino de la izquierda ya estaba levantado y piafaba en la fila de espera para salir del aparato. Lo perdí rápidamente de vista en el pasillo que llevaba al vestíbulo de llegadas. Yo tenía las piernas de trapo, la boca estropajosa; los oídos me zumbaban con violencia.

En cuanto atravesé las puertas automáticas, el calor me envolvió como una boca. 35° por lo menos. Lo que tiene de especial el calor de Bangkok es que en cierto modo es grasiento, seguramente a causa de la polución; después de una larga estancia en el exterior, a uno siempre le sorprende no encontrarse cubierto de una fina capa de residuos industriales. A mi respiración le costó unos treinta segundos adaptarse. Intenté no alejarme mucho de la guía tailandesa, a la que sólo había visto el tiempo suficiente para pensar que parecía reservada y bien educada; pero muchas tailandesas causan el mismo efecto. La mochila me estaba aserrando los hombros; era una Lowe Pro Himalaya Trekking, el modelo más caro que había encontrado en Le Vieux Campeur; tenía una garantía de por vida. Era un objeto impresionante, gris acero, con mosquetones, cerraduras de velero especiales —patente registrada por la compañía— y cremalleras que podían funcionar a una temperatura de –65°. Desgraciadamente, su contenido era bastante limitado: unas cuantas camisetas, pantalones cortos, un bañador, zapatillas especiales para andar sobre los corales (125 F en Le Vieux Campeur), una bolsa de aseo con los medicamentos que la Guía del Trotamundos consideraba indispensables, una cámara de vídeo JVC HRD–9600 MS con sus pilas y sus cintas de recambio, y dos best–sellers norteamericanos que había comprado un poco al azar en el aeropuerto.

El transporte de Nouvelles Frontières estaba aparcado a unos cien metros. En el interior del potente vehículo —un Mercedes M–800 de 64 plazas—, el aire acondicionado estaba al máximo, uno tenía la impresión de entrar en un congelador. Me senté junto a una ventanilla en mitad del vehículo, a la izquierda; conté confusamente una decena de pasajeros, entre ellos mi vecino de vuelo. Nadie se sentó a mi lado. Estaba claro que ya había echado a perder mi primera oportunidad de integrarme en el grupo; y si quería coger un buen resfriado, no podía haber empezado mejor.

Todavía no había amanecido, pero ya había un tráfico muy denso en la autopista de seis carriles que llevaba al centro de Bangkok. Pasábamos, alternativamente, junto a edificios de acero y de vidrio, y de vez en cuando dejábamos atrás una inmensa construcción de cemento que recordaba la arquitectura soviética. Sedes sociales de bancos, de grandes hoteles, de compañías de electrónica, sobre todo japonesas.

Tras la salida de Chatuchak, la autopista se elevaba sobre las vías radiales que rodeaban el corazón de la ciudad. Entre los edificios iluminados de los hoteles se empezaban a distinguir grupos de casas pequeñas, con techos de chapa, en medio de descampados. Puestos ambulantes, iluminados con neones, servían sopa y arroz; las ollas de hojalata humeaban. El autobus redujo ligeramente la velocidad para coger la salida de New Petchaburi Road. Durante un momento vimos los contornos fantasmagóricos de un escalextric, cuyas espirales de asfalto parecían suspendidas en mitad del cielo, iluminadas por baterías de proyectores de aeropuerto; después de una larga curva, el autobús volvió al carril rápido.

El Bangkok Palace Hotel pertenecía a una cadena muy semejante a la de los hoteles Mercure, equivalente en cuanto a calidad de alojamiento y cocina; cosa de la que me enteré gracias a un folleto que cogí en el vestíbulo, mientras esperaba a que la situación se aclarase. Eran las seis de la mañana pasadas —medianoche en París, pensé sin el menor motivo— pero ya había mucha animación, el comedor del desayuno acababa de abrir. Me senté en una banqueta; estaba aturdido, seguía teniendo un violento zumbido de oídos y me empezaba a doler el estómago. Conseguí reconocer a algunos miembros del grupo por su actitud de espera. Había dos chicas de unos veinticinco años, del tipo guapa y boba —bastante bien hechas, por lo demás—, que paseaban por la sala una mirada de desprecio. Por el contrario, una pareja de jubilados —a él se le podía calificar de vivaracho, ella era más tristona— observaba

maravillada la decoración interior del hotel, compuesta de espejos, dorados y lustres. Por lo general, durante las primeras horas de vida de un grupo sólo se observa una sociabilidad fáctica, caracterizada por el empleo de frases multiuso y un compromiso emocional limitado. Según Edmund y White, («Sightseeing tours: a sociological approach», Annals of Tourism Research, vol. 23,págs. 213-227, 1998) la constitución de los minigrupos sólo se descubre en el curso de la primera excursión, o a veces de la primera comida en común.

Me estremecí, a punto de desmayarme; encendí un cigarrillo para recuperarme: aquellos somníferos eran demasiado fuertes, me ponían enfermo; pero con los anteriores ya no conseguía dormirme: no veía la solución. Los jubilados giraban lentamente sobre sí mismos, me dio la impresión de que el hombre se daba ciertas ínfulas: en espera de una persona concreta con la que intercambiar una sonrisa, ambos obsequiaban al mundo exterior con una sonrisa potencial. Tenían que haber sido pequeños comerciantes en una vida anterior, era la única hipótesis. Uno a uno, los miembros del grupo se acercaban a la guía al oír su nombre, recogían la llave, subían a su habitación; en resumen, se dispersaban. La guía nos recordó, con una voz bien timbrada, que podíamos desayunar o descansar en nuestras habitaciones; lo que más nos apeteciera. En cualquier caso, la cita para visitar los klongs era en el vestíbulo, a las dos.

La ventana de mi habitación daba directamente al carril rápido. Eran las seis y media de la mañana. El tráfico era intenso, pero gracias al doble cristal sólo se filtraba un débil rumor. Ya habían apagado el alumbrado nocturno, el sol todavía no se reflejaba en el acero y el vidrio; a aquella hora del día, la ciudad era de color gris. Pedí al servicio de habitaciones un café doble, y para acompañarlo me tomé un Efferalgan, un Doliprane y una dosis doble de Oscillococcinum; después me acosté e intenté cerrar los ojos.

Formas indefinidas se movían con lentitud en un estrecho espacio; emitían un zumbido grave, tal vez eran máquinas de construcción, o insectos gigantes. Al fondo, un hombre armado de una pequeña cimitarra comprobaba con precaución lo afilado de la hoja; llevaba turbante y bombachos blancos. De repente, la atmósfera se volvió roja y pegajosa, casi líquida; por las gotitas de condensación que se formaban delante de mis ojos, me di cuenta de que un cristal me separaba de la escena. El hombre estaba ahora en el suelo; una fuerza invisible lo mantenía inmovilizado. Las máquinas lo habían rodeado; había varias excavadoras y un pequeño bulldozer con ruedas de oruga. Las excavadoras levantaron sus brazos articulados y los dejaron caer al unísono sobre el hombre, cortándolo en siete u ocho pedazos; sin embargo, la cabeza parecía seguir animada por una vitalidad demoníaca, una sonrisa maligna continuaba iluminando el rostro barbudo. El bulldozer avanzó a su vez y la cabeza del hombre reventó como un huevo; un chorro de cerebro y de huesos triturados se estrelló contra el cristal, a unos centímetros de mi cara.

5

En resumen, el turismo como búsqueda de sentido, con la sociabilidad lúdica que favorece y las imágenes que genera, es un dispositivo de comprensión gradual, codificada y no traumatizante del exterior y de la alteridad.

RACHID AMIROU

Me desperté a eso del mediodía, el aire acondicionado emitía un zumbido grave; me dolía un poco menos la cabeza. Acostado de través en la cama king size, pensé en el desarrollo del circuito y en lo que estaba en juego. El grupo, hasta entonces informe, iba a transformarse en una comunidad viva; esa misma tarde tendría que tomar posiciones, y en ese mismo momento tenía que elegir un pantalón corto para el paseo por los klongs. Me decidí por un modelo no demasiado corto, de tela azul vaquero, no muy ajustado, y lo completé con una camiseta de Radiohead; después metí unas cuantas cosas en una mochila. Me miré con disgusto en el espejo del cuarto de baño: mi cara crispada de burócrata se daba de tortas con el conjunto; parecía exactamente lo que era: un funcionario cuarentón que intentaba disfrazarse de joven durante las vacaciones; era desolador. Me acerqué a la ventana y abrí las cortinas de par en

par. Desde el piso 27, el espectáculo era extraordinario. A la izquierda, la masa imponente del hotel Mariott se erguía como un acantilado de creta, con oscuras estrías horizontales formadas por las hileras de ventanas medio ocultas detrás de los balcones. La luz cenital del sol subrayaba con violencia planos y aristas. Justo enfrente, los reflejos se multiplicaban hasta el infinito en una compleja estructura de pirámides y conos de vidrio azulado. En el horizonte, los gigantescos cubos de hormigón del Grand Plaza President se superponían como los niveles de una pirámide escalonada. A la derecha, coronando la superficie vibrante y verde del Lumphini Park, se veían las torres angulares del Dusit Thani, como una ciudadela de color ocre. El cielo era de un azul absoluto. Me bebí despacio una Singha Gold, meditando sobre la noción de irremediable.

Abajo, la guía hizo una especie de llamamiento para distribuir los cupones de desayuno. Así me enteré de que las dos tontitas se llamaban Babette y Léa. Babette tenía el pelo rubio y rizado, bueno, no rizado natural, más bien ondulado; tenía bonitos pechos, la muy guarra, bien visibles bajo el blusón transparente: un estampado étnico de Trois Suisses, probablemente. El pantalón, de la misma tela, también era transparente: se veía claramente el encaje blanco de las bragas. Léa, muy morena, era más filiforme; lo compensaba gracias a un bonito arqueo de las nalgas, bien marcadas por el pantalón ciclista negro, y a un pecho agresivo que se disparaba bajo un sujetador amarillo canario. Un minúsculo diamante le adornaba el estrecho ombligo. Miré atentamente a las dos putillas, a fin de olvidarlas para siempre jamás.

El reparto de cupones continuaba. La guía, Sôn, llamaba a todos los participantes por su nombre; me ponía enfermo.

Eramos adultos, joder. Tuve un momento de esperanza cuando llamó a los mayores «señor y señora Lobligeois»; pero añadió de inmediato, con una sonrisa deslumbrante: «Josette y René».1 Poco probable, y sin embargo cierto. «Me llamo René», confirmó el jubilado sin dirigirse a nadie en particular.

«No por casualidad...», refunfuñé por lo bajo. Su mujer le echó una mirada cansada, del tipo «cállate, René, estás fastidiando a la gente». De pronto me di cuenta de a quién me recordaba: al personaje de Monsieur Plus en los anuncios de Bahlsen. A lo mejor era él. Interrogué directamente a su mujer: ¿habían interpretado alguna vez, como actores, personajes secundarios? Oh, no, me contestó ella, tenían una charcutería.

Ah, sí, eso también encajaba. Así que aquel alegre muchacho había sido charcutero (en Clamart, precisó su mujer); había hecho alarde de sus piruetas y ocurrencias en un establecimiento modesto, dedicado a la alimentación de los humildes.

Había otras dos parejas, más imprecisas, que parecían unidas por una oscura fraternidad. ¿Habrían hecho otros viajes juntos? ¿Se habían conocido en torno a un desayuno?

En aquella fase del viaje, todo era posible. La primera pareja era la más desagradable. El hombre se parecía un poco a Antoine Waechter de joven, si es que eso es imaginable, pero con el pelo más castaño y una barba bien recortada; a fin de cuentas no se parecía tanto a Antoine Waechter, sino más bien a Robin de los Bosques, con un toque suizo o, mejor, jurásico. Bueno, a decir verdad no se parecía mucho a nada, pero desde luego tenía pinta de imbécil. Por no hablar de su mujer, con pantalones de peto, seria, buena ama de cría. Seguro que estos seres ya se han reproducido, pensé; habrían dejado al niño con los abuelos, en Lons–le–Saulnier. La segunda pareja, más mayor, no daba una impresión de serenidad tan profunda. El hombre, delgado, con bigote y nervioso, me dijo que era naturópata; ante mi ignorancia, precisó que cuidaba la salud de la gente con ayuda de las plantas o de otros medios naturales si era posible. Su mujer, seca y menuda, trabajaba en el sector social, en la reinserción de no sé qué alsacianos que habían cometido un primer delito; daba la impresión de que ninguno de los dos había follado en treinta años. El hombre parecía dispuesto a hablar conmigo sobre las virtudes de la medicina natural; pero, un poco aturdido por este primer intercambio, yo fui a sentarme en una banqueta cercana. Desde allí veía mal a los últimos tres participantes; me los tapaba un poco la pareja de charcuteros. Una especie de toro cincuentón, llamado Robert, con una expresión extrañamente dura; una mujer de la misma edad, con el pelo negro y rizado enmarcando un rostro maligno, sagaz y fofo a la vez, que se llamaba Josiane, y para terminar una mujer más joven, casi borrosa, de apenas unos veintisiete años,

que seguía a Josiane con una actitud de sumisión canina y que se llamaba Valérie. Bueno, ya tendría ocasión de verlos un poco mejor; de verlos mucho mejor, me dije con humor sombrío mientras andaba hacia el autobús.

Sôn seguía mirando fijamente su lista de pasajeros. Tenía la cara tensa y movía involuntariamente los labios; parecía llena de aprensión, casi de desconcierto. Contándola a ella, éramos trece; y a veces los tailandeses son muy supersticiosos, aún más que los chinos; en los pisos de los edificios o la numeración de las calles suelen pasar directamente del doce al catorce, sólo para evitar la mención del número fatídico. Yo me senté al lado izquierdo, más o menos en mitad del vehículo. En esta clase de desplazamiento en grupo, la gente adopta puntos de referencia con bastante rapidez: para estar tranquilo hay que coger sitio enseguida, volver siempre al mismo, quizá dejar en él unos cuantos objetos personales; en cierto modo, hay que habitarlo de manera activa.

Para mi gran sorpresa, Valérie se sentó a mi lado, aunque tres cuartas partes del autobús seguían vacías. Dos asientos más atrás, Babette y Léa intercambiaron unas palabras burlonas. Mejor sería que se calmaran, las muy cerdas. Observé a la joven con atención discreta: tenía el pelo largo y negro y una cara de yo qué sé, una cara que podría calificarse de modesta; ni bonita ni fea, a decir verdad. Después de una reflexión breve pero intensa, articulé con esfuerzo:

—¿No tiene demasiado calor?

—No, no, en el autobús se está bien —contestó ella muy deprisa, sin sonreír, tan sólo aliviada de que yo hubiera iniciado la conversación. No obstante, mi frase era de lo más estúpida: en realidad, uno se helaba en aquel autobús.

—¿Ha estado ya en Tailandia? —siguió ella, aprovechando la oportunidad.

—Sí, una vez.

Ella se inmovilizó en actitud de espera, dispuesta a escuchar un relato interesante. ¿Iba a contarle mi anterior estancia? Tal vez, pero no tan pronto.

—Estuvo bien... —dije al final, adoptando un tono cálido para compensar la trivialidad de la frase. Ella inclinó la cabeza, satisfecha. Entonces comprendí que aquella joven no estaba, en absoluto, sometida a Josiane: sencillamente, era sumisa en general, y quizá estaba más que dispuesta a buscarse un nuevo dueño; a lo mejor ya estaba harta de Josiane..., quien, sentada dos filas delante de nosotros, hojeaba furiosamente su Guía del Trotamundos, echando miradas malignas en nuestra dirección. Romance, romance.

Justo después del Payab Ferry Pier, el barco viró a la derecha por el Klong Samsen, y entramos en un mundo diferente. Allí, la vida había cambiado muy poco durante todo un siglo. A lo largo del canal se sucedían las casas de teca sobre pilotes; la ropa se secaba bajo los tejadillos. Algunas mujeres se asomaban a la ventana para vernos pasar; otras dejaban la colada y levantaban la cabeza. Los niños se bañaban, chapoteando entre los pilotes; nos saludaban enérgicamente con la mano. Había vegetación por todas partes; nuestra piragua se abría camino entre macizos de nenúfares y lotos; a nuestro alrededor, todo rebosaba de vida. Cada centímetro de tierra, aire o agua parecía llenarse a cada instante de mariposas, lagartijas o carpas. Sôn dijo que estábamos en plena estación seca; pero la atmósfera era absoluta e irremediablemente húmeda.

Valérie estaba sentada a mi lado; parecía envuelta en una gran paz. Contestaba con pequeños gestos de la mano a los viejos que fumaban su pipa en el balcón, a los niños que se bañaban, a las mujeres que lavaban la ropa. También los ecologistas jurásicos parecían más sosegados; incluso los naturópatas estaban tranquilos. Sólo nos rodeaban sonidos suaves y sonrisas. Valérie se volvió hacia mí. Yo casi tenía ganas de cogerle la mano; sin una razón concreta, me abstuve de hacerlo. El barco ya no se movía; habíamos varado en la breve eternidad de una tarde feliz; incluso Babette y Léa guardaban silencio. Estaban un poco en las nubes, por usar la expresión que Léa empleó un poco después, en el embarcadero.

Mientras visitábamos el Templo de la Aurora, anoté mentalmente que tenía que comprar más Viagra en alguna farmacia abierta. En el trayecto de vuelta, me enteré de que Valérie era bretona, y que sus padres habían tenido una granja en el Trégorrois; yo no sabía muy bien qué decirle.

Parecía inteligente, pero yo no tenía ganas de conversaciones inteligentes. Apreciaba su voz dulce, su celo católico y minúsculo, el movimiento de sus labios cuando hablaba; debía de tener una boca muy cálida, dispuesta a tragarse el esperma de un amigo de verdad.

—Ha estado bien, esta tarde... —dije al final, desesperado.

Me había alejado demasiado de la gente, había vivido muy solo, ya no tenía la menor idea de cómo relacionarme con nadie.

—Oh, sí, ha estado bien... —contestó ella; no era exigente; era realmente una chica estupenda. Sin embargo, en cuanto el autobús llegó al hotel, me precipité hacia el bar.

Tres cócteles después, empezaba a arrepentirme de mi actitud. Salí a dar una vuelta por el vestíbulo. Eran las siete de la tarde; todavía no había nadie del grupo por allí. Por cuatrocientos bahts, quienes lo desearan podían asistir a una cena– espectáculo con «danzas tradicionales tailandesas»; la cita era a las ocho. Valérie iría, seguro. Por mi parte, ya conocía un poquito aquellas danzas tradicionales tailandesas, gracias al viaje que había hecho tres años antes, «Tailandia clásica, de la Rosa del Norte a la Ciudad de los Ángeles», un circuito propuesto por Kuoni que no estuvo nada mal, aunque era un poco caro y había un nivel cultural espeluznante todos los participantes eran por lo menos licenciados. Las treinta y dos posiciones de Buda en la estatuaria Ratanakosin, los estilos tailandés–birmano, tailandés–jemer o tailandés–tailandés, nada se les escapaba.

Volví agotado, y sin la Guía Azul me había sentido ridículo a todas horas. Pero, por el momento, empezaba a tener unas enormes ganas de follar. Estaba andando en círculos por el vestíbulo, presa de un creciente estado de indecisión, cuando vi un cartel que decía «Health Club» y que señalaba al piso inferior.

La entrada estaba iluminada por neones rojos y una guirnalda de bombillas multicolores. En un letrero luminoso con el fondo blanco, tres sirenas en bikini con pechos un poco exagerados tendían copas de champán al visitante potencial; a lo lejos se perfilaba una torre Eiffel muy estilizada; en fin, que aquello no respondía exactamente al mismo concepto que los gimnasios de los hoteles Mercure. Entré y pedí un bourbon en el bar. Detrás del cristal, una docena de chicas volvió la cabeza hacia mí; algunas con una sonrisa provocadora, otras no. Yo era el único cliente. A pesar de las pequeñas dimensiones del establecimiento, las chicas llevaban insignias numeradas. Me decidí rápidamente por la número 7: primero porque era bonita, y luego porque no parecía prestar una atención desmesurada al programa de televisión, ni estar sumida en una apasionante conversación con su vecina. Y en efecto, cuando la llamaron se levantó con visible satisfacción.

La invité a una Coca–Cola en el bar, y luego pasamos a una habitación. Se llamaba Oôn, o por lo menos eso es lo que entendí, y venía del norte del país; de un pueblecito cerca de Chiang Mai. Tenía diecinueve años.

Después del baño que tomamos juntos, me tumbé, cubierto de espuma, en el colchón; enseguida me di cuenta de que no iba a lamentar mi elección. Oôn se movía muy bien, con mucha flexibilidad; se había puesto justo la cantidad necesaria de jabón. Me acarició las nalgas con los senos durante mucho rato; era una iniciativa personal, no todas las chicas lo hacían. Su coño, bien enjabonado, me frotaba las pantorrillas como un cepillo pequeño y duro. Con cierta sorpresa, tuve enseguida una erección; cuando ella me dio la vuelta y empezó a acariciarme el sexo con los pies, llegué a creer que no iba a poder contenerme. A costa de un gran esfuerzo, tensando bruscamente los abductores de los muslos, lo conseguí.

Cuando se puso encima de mí en la cama, todavía creía que iba a poder aguantar un buen rato; pero enseguida me desengañé. Por muy joven que fuera, sabía usar el coño. Primero bajó muy suavemente sobre el glande, con pequeñas contracciones; luego descendió varios centímetros apretando más. «¡Oh, no, Oôn, no!», gritaba yo. Ella se echó a reír a carcajadas, encantada de su poder, y luego siguió bajando, contrayendo las paredes de la vagina con presiones fuertes y lentas; al mismo tiempo me miraba a los ojos con evidente diversión. Eyaculé mucho antes de que hubiera llegado a la base de mi sexo.

Después, abrazados en la cama, charlamos un poco; no parecía tener mucha prisa por volver a escena. Me dijo que no tenía muchos clientes; aquel hotel acogía sobre todo grupos en fase terminal, gente que no se metía en líos, más o menos de vuelta de todo. Había muchos

franceses, pero no parecían apreciar demasiado el body massage. Los que venían eran amables, pero había sobre todo alemanes y australianos.

Y también algunos japoneses, pero a ella no le gustaban, eran raros, siempre querían pegarle o atarla; o si no, se quedaban ahí, mirando sus zapatos y masturbándose; eso no tenía el menor interés.

¿Y qué pensaba de mí? No estaba mal, pero había tenido la esperanza de que aguantaría un poco más. «*Much need*...»?, dijo, sacudiendo suavemente entre los dedos mi sexo ahíto.

Por lo demás, le parecía simpático. «*You look quiet*...», dijo.

En eso se equivocaba un poco, pero bueno, lo cierto es que ella me había calmado mucho. Le di tres mil bahts; según recordaba, era un buen precio. Al ver su reacción me di cuenta de que, efectivamente, lo era. «¡Krôp khun khât!.», dijo con una sonrisa de oreja a oreja, uniendo las manos a la altura de la frente.

Luego me acompañó a la salida, cogiéndome de la mano: delante de la puerta nos besamos varias veces en las mejillas.

Al subir la escalera me encontré con Josiane, que parecía dudar si bajar o no. Se había puesto para la velada una túnica negra con ribetes dorados, pero eso no la hacía más simpática, para nada. Su rostro graso e inteligente me miraba fijamente, sin parpadear. Me fijé en que se había lavado el pelo. No era fea, no; incluso se la habría podido considerar bella, de hecho yo había apreciado a algunas libanesas de su tipo; pero su expresión básica era claramente aviesa. Me la imaginaba muy bien expresando cualquier posición política; pero no veía en ella la menor piedad. A ella tampoco tenía nada que decirle. Bajé la cabeza. Tal vez un poco incómoda, ella tomó la palabra.

—¿Hay algo interesante abajo?

Me irritaba tanto que estuve a punto de contestarle «Un bar de putas», pero al final mentí, era más sencillo.

—No, no, no sé, una especie de salón de belleza...

—No ha ido a la cena–espectáculo... —observó la muy guarra.

—Usted tampoco —repliqué en los mismos términos.

Esta vez tardó un poco más en contestar; se estaba haciendo la fina.

—Oh, no, no me gusta mucho ese tipo de cosas —dijo con una ondulación del brazo casi digna de Racine—. Son demasiado turísticas...

¿Qué quería decir con eso? Todo es turístico. Me contuve otra vez para no partirle los morros. Ella estaba de pie en mitad de la escalera y me cerraba el paso; tenía que mostrarme paciente. San Jerónimo, corresponsal fogoso en ocasiones, también sabía dar prueba de cristiana paciencia cuando las circunstancias lo exigían; por eso se le considera un gran santo y un doctor de la Iglesia.

Según ella, ese espectáculo de «danzas tradicionales tailandesas» sólo valía para Josette y René, a los que en su fuero interno calificaba de domingueros; comprendí, con malestar, que buscaba en mí a un aliado. Era verdad que el circuito pronto se iba a dirigir al interior del país, y que nos dividiríamos en dos mesas en las comidas; era hora de elegir un bando.

—Bueno... —dije, tras un largo silencio, momento en el cual, como por milagro, Robert apareció unos escalones más arriba. Quería bajar. Desaparecí en un santiamén, subiendo varios escalones de un salto. Miré hacia atrás justo antes de precipitarme en el restaurante: Josiane seguía parada y miraba a Robert que, con pasos bruscos, se dirigía al salón de masaje.

Babette y Léa estaban cerca de las bandejas de verduras.

Incliné la cabeza en señal de reconocimiento mínimo antes de servirme enredaderas de agua. Probablemente también pensaban que las «danzas tradicionales tailandesas» eran horteras. Al volver a mi mesa, me di cuenta de que las dos petardas estaban sentadas a unos metros. Léa llevaba una camiseta RAGE AGAINST THE MACHINE y unas bermudas de tela vaquera muy ajustadas, Babette una especie de cosa informe que alternaba bandas de seda de diferentes colores y zonas transparentes. Parloteaban con animación; recordaban, por lo visto, distintos hoteles neoyorquinos. Casarse con una de esas tías, me dije, tiene que ser el espanto total. ¿Estaba a tiempo de cambiar de mesa? No, era un poco fuerte. Me senté en una silla que

había enfrente para, por lo menos, darles la espalda, terminé de comer a toda prisa y volví a mi habitación.

Cuando me disponía a meterme en la bañera, apareció una cucaracha. Era el momento oportuno para que una cucaracha apareciera en mi vida; no podía haber elegido mejor.

La muy bribona corría que se las pelaba por la porcelana; busqué con la mirada una zapatilla, pero en el fondo sabía que no tenía muchas posibilidades de aplastarla. ¿Para qué luchar? ¿Y qué podía hacer Oôn, a pesar de su vagina maravillosamente elástica? Ya estábamos condenados. Las cucarachas copulan sin gracia, y aparentemente sin alegría; pero copulan una barbaridad, y sus mutaciones genéticas son rápidas; no podemos hacer absolutamente nada contra las cucarachas.

Antes de desnudarme volví a rendirle homenaje a Oón y a todas las prostitutas tailandesas. Esas chicas no tenían un trabajo fácil. No debía de ser tan frecuente dar con un chico simpático, dotado de un físico aceptable y que sólo pidiera, honradamente, un orgasmo conjunto. Por no hablar de los japoneses; me estremecí ante la idea, y cogí la Guía del Trotamundos. Babette y Léa, pensé, no podrían haber sido prostitutas tailandesas; no eran dignas de serlo. Valérie, quizá; esa chica tenía algo, era un poco madre de familia y un poco guarra a la vez, las dos cosas en potencia; hasta entonces, sobre todo, había sido una chica amable, amistosa y seria. Inteligente, además. Decididamente, me gustaba Valérie. Me masturbé un poquito para abordar la lectura con serenidad; eyaculé unas pocas gotas.

Aunque proponía, en principio, la preparación de un viaje a Tailandia, la Guía del Trotamundos, en la práctica, manifestaba las mayores reservas; ya en el prólogo se sentía obligada a denunciar el turismo sexual, esa odiosa esclavitud.

En resumen, que aquellos trotamundos eran unos gruñones, cuyo único objetivo era echar a perder hasta la última y minúscula alegría de los turistas, a los que odiaban. Por otra parte, parecía que sólo se amaban a sí mismos, a juzgar por las frasecitas que salpicaban la obra, del tipo: «¡Ah, señora mía, si hubiera visto esto en la época de los hippies!...» Sin duda, lo más penoso era ese tono seco, tranquilo y severo, hirviendo de indignación contenida: «No es por mojigatería, pero no nos gusta Pattaya. Todo tiene un límite.» Un poco más adelante, hablaban sobre los «occidentales barrigones»

que se pavoneaban con pequeñas tailandesas; eso les daba directamente ganas de vomitar. Gilipollas humanitarios protestantes, eso es lo que eran ellos y toda la «simpática pandilla de amigos que los habían ayudado en la redacción de aquel libro», cuyas sucias jetas aparecían en la solapa. Tiré el libro con violencia, por un pelo no le di al televisor Sony, y cogí con resignación La tapadera, de John Grisham. Era un best–seller norteamericano, uno de los mejores; uno de los más vendidos, se entiende. El héroe era un joven abogado, guapo y con un brillante futuro, que trabajaba noventa horas por semana; aquella mierda no sólo estaba escrita de antemano como un guión, sino que se veía que el autor ya había pensado en el casting, estaba claro que había escrito el papel para Tom Cruise. La mujer del héroe tampoco estaba mal, aunque sólo trabajaba ochenta horas por semana; pero a Nicole Kidman no le pegaba mucho, no era un papel para una chica con el pelo rizado, sino más bien con el pelo liso. A Dios gracias, los tortolitos no tenían hijos, y así se evitaban algunas escenas insoportables. Era una novela de suspense, bueno, un suspense moderado: desde el segundo capítulo estaba claro que los directivos de la compañía eran unos cabrones, y no había ni que soñar que el héroe pudiera morir al final; ni su mujer tampoco. En el ínterin, para demostrar que no estaba de broma, el novelista iba a sacrificar a algunos personajes simpáticos de segunda fila; quedaba por saber a cuáles, y eso podía justificar la lectura. Quizá al padre del héroe: sus negocios iban mal, le costaba adaptarse a la gestión de producción por proyectos. A mí me daba la impresión de que íbamos a asistir a su último Thanksgiving.

6

Valérie había vivido los primeros años de su vida en Tréméven, una aldea a unos cuantos kilómetros al norte de Guingamp. Durante la década de los setenta, y al principio de los años ochenta, el gobierno y las asociaciones locales se habían empeñado en constituir en Bretaña

un enorme centro de producción de carne porcina, capaz de rivalizar con Gran Bretaña y Dinamarca. Incitados a poner en marcha unidades de producción intensiva, los jóvenes ganaderos —entre los cuales se contaba el padre de Valérie— se endeudaron hasta las cejas con el Crédito Agrícola. En 1984, los precios del cerdo empezaron a venirse abajo; Valérie tenía once años. Era una niñita sensata, más bien solitaria, buena alumna; estaba a punto de entrar en sexto en el CES1 de Guingamp. Su hermano mayor, que también era buen alumno, acababa de pasar el examen de bachillerato y se había matriculado en las clases preparatorias para la facultad de Agronomía en el instituto de Rennes.

Valérie se acordaba de la cena de Nochebuena de 1984; su padre había pasado todo el día con el contable de la FNSEA. Estuvo la mayor parte de la cena en silencio. A los postres, después de dos copas de champán, le dijo a su hijo:

«No puedo aconsejarte que sigas con la granja. Hace veinte años que me levanto al amanecer y que acabo la jornada a las ocho o las nueve; tu madre y yo no hemos tenido vacaciones casi nunca. Lo mejor sería que lo vendiera todo ahora, incluidas las máquinas y el sistema de estabulación, para invertir en inmobiliaria de vacaciones: podría pasar el resto de mis días tomando el sol.»

Durante los años siguientes, los precios del cerdo siguieron cayendo. Hubo manifestaciones de agricultores, marcadas por una violencia sin esperanza; vertieron montones de excrementos en la explanada de Les Invalides y degollaron a varios cerdos delante del Palais–Bourbon. A finales de 1986, el gobierno decretó medidas de urgencia, luego anunció un plan de relanzamiento para ayudar a los ganaderos. En abril de 1987, el padre de Valérie vendió su explotación por algo más de cuatro millones de francos. Con el dinero de la venta compró un enorme apartamento en Saint–Quay–Portrieux, para vivir, y tres estudios en Torremolinos; le quedó un millón de francos, que colocó en fondos de inversión; incluso logró adquirir —era un sueño de infancia— un pequeño velero. Firmó el contrato de venta con tristeza y un poco de asco.

El nuevo propietario era un tipo joven, de unos veintitrés años, soltero, de Lannion, que acababa de terminar sus estudios agrícolas; todavía creía en los planes de relanzamiento.

El padre de Valérie tenía cuarenta y ocho años, su mujer cuarenta y siete; habían dedicado los mejores años de su vida a una labor sin esperanza. Vivían en un país donde la inversión productiva no aportaba ninguna ventaja real comparada con la inversión especulativa; ahora lo sabía. Desde el primer año, el arrendamiento de los estudios produjo unos ingresos superiores a los de sus años de trabajo. Se aficionó a hacer crucigramas, salía a la bahía en su velero, a veces iba de pesca. Su mujer se acostumbró con más facilidad a aquella nueva vida, y le fue de gran ayuda: volvió a tener ganas de leer, de ir al cine, de salir.

En el momento de la venta, Valérie tenía catorce años y empezaba a maquillarse; vigilaba el crecimiento regular de sus pechos en el espejo del cuarto de baño. La víspera de la mudanza, se paseó durante mucho rato entre los edificios de la granja. En los establos principales quedaban una decena de cerdos, que se acercaron a ella gruñendo dulcemente. Esa misma tarde iría a por ellos el mayorista, que los llevaría al matadero en los próximos días.

El verano siguiente fue una época rara. Comparado con Tréméven, Saint–Quay–Portrieux era casi una ciudad pequeña. Al salir de su casa, Valéry ya no podía tumbarse en la hierba, dejar que sus pensamientos flotaran con las nubes, ir a la deriva con las aguas del río. Entre la gente que estaba de vacaciones había chicos que se volvían cuando ella pasaba; no conseguía relajarse del todo en ningún momento. Hacia finales de agosto se encontró con Bérénice, una chica del CES que iba a empezar segundo con Valérie en el instituto de Saint–Brieuc. Bérénice tenía un año más que ella; ya se maquillaba, llevaba faldas de marca; tenía una cara bonita y angulosa y el pelo muy largo, de un extraordinario rubio veneciano. Se acostumbraron a ir juntas a la playa Sainte–Marguerite; se cambiaban de ropa en la habitación de Valérie antes de salir. Una tarde, cuando Valérie acababa de quitarse el sujetador, vio la mirada de Bérénice clavada en sus pechos.

Sabía que los tenía espléndidos, redondos, altos, tan hinchados y firmes que parecían artificiales. Bérénice alargó la mano, rozó la curva del pecho y el pezón. Valérie abrió la boca y cerró los ojos en el momento en que los labios de Bérénice se acercaban a los suyos; se

entregó completamente al beso. Cuando Bérénice le deslizó una mano en las bragas, ya estaba húmeda. Se las quitó con impaciencia, se dejó caer en la cama y abrió las piernas. Bérénice se arrodilló delante de ella y le metió la boca en el coño. Cálidas contracciones recorrían el vientre de Valérie, tenía la impresión de que su espíritu volaba por los espacios infinitos del cielo; nunca había sospechado que pudiera existir un placer semejante.

Lo hicieron todos los días, hasta el comienzo de las clases. La primera vez al comenzar la tarde, antes de ir a la playa; luego se tumbaban juntas al sol. Valérie sentía el deseo crecer poco a poco en su cuerpo, se quitaba el sujetador del bikini para que Bérénice le viera los pechos. Volvían a la habitación casi corriendo, y se amaban por segunda vez.

Durante la primera semana de clases Bérénice se alejó de Valérie, evitaba volver del instituto con ella; poco después, empezó a salir con un chico. Valérie encajó la separación sin verdadera tristeza; era lo normal. Se había acostumbrado a masturbarse todas las mañanas, al despertar. Siempre llegaba al orgasmo en unos pocos minutos; era un proceso maravilloso, fácil, que se consumaba en ella y que le alegraba el día.

Respecto a los chicos, tenía más reservas: después de haber comprado algunos números de Hot Video en el quiosco de la estación, sabía a qué atenerse sobre su anatomía, sus órganos y los diferentes procedimientos sexuales, pero lo único que sentía por su vello y sus músculos era una ligera repugnancia; su piel le parecía basta y desprovista de suavidad. La superficie parduzca y arrugada de los cojones, el aspecto violentamente anatómico del glande con el prepucio retraído, rojo y reluciente..., nada de todo aquello le parecía especialmente atractivo. De todas formas acabó acostándose con un tío del último curso, rubio y alto, tras una velada en un club de Paimpol; no sintió demasiado placer. Lo intentó varias veces con otros, durante los dos últimos años de instituto; era fácil seducir a los chicos, bastaba con llevar falda corta, cruzar las piernas, llevar una camiseta escotada o transparente que le resaltara los pechos; ninguna de aquellas experiencias fue realmente concluyente. Intelectualmente, podía entender la sensación, dulce y triunfal a la vez, que experimentaban ciertas chicas cuando una polla se hundía en las profundidades de su coño, pero la verdad es que ella no sentía nada parecido.

Cierto que el preservativo no ayudaba mucho; el ruidito blando y repetitivo del látex la devolvía constantemente a la realidad, impedía que su mente se deslizara por el infinito sin formas de las sensaciones voluptuosas. Cuando llegó el examen de bachillerato, casi había tirado la toalla.

Y diez años más tarde seguía sin recogerla, pensó Valérie con tristeza al despertarse en su habitación del Bangkok Palace. Todavía no había amanecido. Encendió la luz del techo y miró su cuerpo en el espejo. Los pechos aún eran firmes, no habían cambiado desde que cumplió diecisiete años. El culo también era redondo, sin huellas de grasa; indiscutiblemente, tenía un cuerpo estupendo. No obstante, se puso una camiseta grande y unas bermudas informes para bajar a desayunar. Antes de cerrar la puerta, se miró por última vez al espejo: su cara era más bien corriente, agradable, sin más; ni el pelo negro y liso, que caía en desorden sobre sus hombros, ni los ojos, muy oscuros, suponían el menor atractivo suplementario. No cabía duda de que podría sacarse mejor partido, jugar con el maquillaje, peinarse de otra manera, consultar a una esteticista. La mayoría de las mujeres de su edad dedicaban al menos unas horas a la semana al salón de belleza; pero ella pensaba que, en su caso, eso no cambiaría gran cosa. En el fondo y sobre todo, le faltaban ganas de seducir.

Salimos del hotel a las siete de la mañana; el tráfico ya era denso. Valérie me hizo una pequeña señal con la cabeza y se instaló a mi altura, al otro lado del pasillo. Nadie hablaba en el autobús. La megalópolis gris despertaba despacio; entre los autobuses atascados se deslizaban las motos, con una pareja a bordo y, a veces, un niño en los brazos de la madre. Una ligera bruma seguía estancada en algunas callejuelas cercanas al río.

El sol no tardaría mucho en atravesar las neblinas matinales, y entonces empezaría a hacer calor. A la altura de Nonthaburi el tejido urbano se deshilachó y vimos los primeros arrozales.

Los búfalos, inmóviles en el barro, seguían el autobús con la mirada, exactamente como lo habrían hecho las vacas. Oí cierto pataleo que venía de la zona de los ecologistas jurásicos; seguramente les habría gustado hacer dos o tres fotos de búfalos.

La primera parada fue en Kanchanaburi, ciudad que en las guías aparece destacada por su carácter animado y alegre.

Según la Michelin, es «un maravilloso punto de partida para la visita de las comarcas vecinas»; la Trotamundos, por su parte, la califica de «buen campamento base». El programa incluía un recorrido de varios kilómetros por la vía férrea de la muerte, que serpenteaba a lo largo del río Kwai. Yo nunca había entendido muy bien esa historia del río Kwai, así que intenté escuchar las explicaciones de la guía. Afortunadamente René, provisto de su Guía Michelin, la seguía al pie de la letra, dispuesto a rectificar tal o cual punto. En resumen, los japoneses, cuando entraron en la guerra en 1941, decidieron construir una vía férrea que uniera Singapur y Birmania; el objetivo a largo plazo era invadir la India. Esta vía férrea debía atravesar Malasia y Tailandia. ¿Y qué estaban haciendo exactamente los tailandeses durante la Segunda Guerra Mundial? Pues poca cosa, de hecho. Eran «neutrales», me dijo púdicamente Sôn. En realidad, completó René, habían firmado un acuerdo militar con los japoneses, sin por ello declarar la guerra a los aliados. Era el camino más sabio. Así que, una vez más, dieron prueba de esa famosa sutileza que les había permitido, durante los más de dos siglos de arrinconamiento entre las potencias francesa e inglesa, no ceder ante ninguna, y seguir siendo el único país del sudeste asiático que nunca había sido colonizado.

Sea como fuere, en 1942 ya habían empezado los trabajos en la zona del río Kwai, movilizando a sesenta mil prisioneros de guerra ingleses, australianos, neozelandeses y norteamericanos, así como a una cantidad «innumerable» de trabajadores forzados asiáticos. En octubre de 1943 la vía férrea estaba terminada, pero habían muerto dieciséis mil prisioneros de guerra; tanto por la falta de alimentos como por el clima, por no hablar de la maldad natural de los japoneses. Poco después, un bombardeo aliado destruyó el puente del río Kwai, elemento esencial de la infraestructura, inutilizando así toda la vía férrea. En resumen, bastante fiambre para casi nada. La situación no había cambiado mucho desde entonces, y seguía sin haber enlaces ferroviarios adecuados entre Singapur y Delhi.

Visité con cierta angustia el JEATH Museum, construido para conmemorar los terribles sufrimientos de los prisioneros de guerra aliados. Sí, me decía yo, todo aquello era de lo más lamentable, pero desde luego habían pasado cosas peores durante la Segunda Guerra Mundial. Y no podía evitar pensar que si los prisioneros hubieran sido polacos o rusos, no les habrían hecho tanto caso.

Un poco más tarde tuvimos que padecer la visita al cementerio de los prisioneros de guerra aliados; los que, de algún modo, habían consumado el último sacrificio. Había cruces blancas, bien alineadas, todas exactamente iguales; el lugar exhalaba un profundo aburrimiento. Me recordaba a Omaha Beach, que tampoco me había emocionado mucho; de hecho, era como una instalación de arte contemporáneo. «Aquí», me dije en aquella ocasión con una tristeza que me pareció insuficiente, «murieron un montón de imbéciles por la democracia.» Aunque el cementerio del río Kwai era mucho más pequeño, incluso habría sido posible contar las tumbas; renuncié bastante pronto a la tarea. Sin embargo, me dije en voz alta:

—No puede haber dieciséis mil...

—¡Exacto! —contestó René, todavía armado con su Guía Michelin— . Se estima que el número de muertos fue de dieciséis mil, pero en el cementerio sólo hay quinientas ochenta y dos tumbas. Son (leía siguiendo las líneas con el dedo) los quinientos ochenta y dos mártires de la democracia.

Cuando conseguí mi tercera estrella de esquí, a los diez años, fui a una pastelería a atiborrarme de crepes al Grand Marnier. Fue una fiestecita solitaria; no tenía amigos con los que compartir la alegría. Como todos los años por aquella época, estaba en casa de mi padre, en Chamonix. Él era guía de alta montaña y experto alpinista. Tenía amigos como él, hombres valientes y viriles; yo no me sentía a gusto entre ellos. Nunca me he sentido a gusto entre los hombres. Tenía once años la primera vez que una niña me enseñó el coño; me quedé maravillado, aquel órgano hendido y extraño me pareció adorable. Ella no tenía mucho vello, era una niña de mi edad, se llamaba Martine. Se quedó mucho rato con las piernas abiertas, apartándose las bragas para que la viera bien; pero cuando acerqué la mano le entró miedo y salió corriendo. Todo esto me parecía reciente, no tenía la impresión de haber cambiado

mucho. Mi entusiasmo por los coños no había disminuido, incluso me parecía que aquél era uno de mis últimos rasgos plenamente humanos, reconocibles; en cuanto al resto, ya no estaba muy seguro.

Poco después de subir de nuevo al autobús, Sôn tomó la palabra. Nos dirigíamos hacia el lugar donde íbamos a pasar la noche, que era, según quería subrayar, realmente excepcional. No había televisión ni vídeo. Ni electricidad: sólo velas. No había cuarto de baño, salvo el agua del río. Ni colchones ni esteras. Retorno total a la naturaleza. Mentalmente, anoté que aquel retorno a la naturaleza se manifestaba de entrada como una serie de privaciones; los ecologistas jurásicos —que se llamaban, según había oído a mi pesar durante el viaje en tren, Eric y Sylvie— babeaban de impaciencia.

—Cocina francesa esta noche —concluyó Sôn, sin relación aparente con lo que acababa de decir—. Ahora nosotros comer tailandés. Pequeño restaurante también, orilla río.

El sitio era encantador. Había mesas a la sombra de los árboles. Junto a la entrada, un estanque soleado con tortugas y ranas. Me quedé mucho rato mirando las ranas; una vez más, me asombraba la extraordinaria proliferación de la vida en aquel clima. Entre dos aguas nadaban unos peces blancuzcos.

Más arriba había nenúfares y pulgas de agua. Los insectos se posaban constantemente en los nenúfares. Las tortugas observaban todo esto con la placidez que caracteriza a su especie.

Sôn vino a avisarme de que ya estaban sirviendo la comida. Me dirigí a la sala a orillas del río. Habían preparado dos mesas de seis; no quedaba un solo sitio libre. Miré a mi alrededor con un ligero pánico, pero René vino rápidamente en mi ayuda.

—¡No se preocupe, venga a nuestra mesa! —exclamó con generosidad—. Pondremos un cubierto a la cabecera.

Así que me senté a la mesa que correspondía, aparentemente, a las parejas constituidas.: los ecologistas jurásicos, los naturópatas —que, esta vez me enteré, se llamaban Albert y Suzanne— y los dos charcuteros mayores. No tardé en convencerme de que aquel arreglo no respondía a ninguna afinidad real, sino a la situación de emergencia que había debido de presentarse en el momento del reparto de mesas; las parejas se habían reagrupado instintivamente, como en cualquier situación de emergencia; en resumen, que aquella comida no era otra cosa que una ronda de observación.

Al principio, la conversación versó sobre los masajes, tema que a los naturópatas parecía encantarles. La noche anterior, Albert y Suzanne se habían saltado las danzas tradicionales para disfrutar de un excelente masaje en la espalda. René le obsequió con una leve sonrisa picante; la expresión de Albert le dejó claro que su actitud estaba completamente fuera de lugar. El masaje tradicional tailandés, dijo fogosamente, no tenía nada que ver con quién sabe qué prácticas; era la herencia de una civilización centenaria, por no decir milenaria, que además coincidía a la perfección con las enseñanzas chinas sobre los puntos de acupuntura. Ellos mismos lo practicaban en su clínica de Montbéliard, aunque por supuesto no tenían la destreza de las facultativas talilandesas; la noche anterior les habían dado una buena lección. Eric y Sylvie le escuchaban fascinados. René dejó escapar una tosecilla incómoda; desde luego, la pareja de Montbéliard no encajaba con imágenes lúbricas. ¿A quién se le habría ocurrido la idea de que Francia era el país de la chocarrería y el libertinaje.? Francia era un país siniestro, totalmente siniestro y burocrático.

—A mí también me dieron un masaje, pero la chica terminó por los cojones... —intervine sin convicción. Como estaba masticando anacardos nadie me entendió; excepto Sylvie, que me miró horrorizada. Bebí un trago de cerveza y le sostuve la mirada sin sentirme incómodo; ¿sería capaz aquella chica, al menos, de ocuparse correctamente de una polla?

Bueno, no había pruebas. Mientras tanto, podía dedicarme a esperar el café.

—Es verdad que las niñas son muy monas... —dijo Josette cogiendo un trozo de papaya y contribuyendo así al malestar general. El café tardaba lo suyo. ¿Qué se puede hacer al final de una comida cuando no te dejan fumar? Yo asistía tranquilamente al aumento del fastidio mutuo. Concluimos la conversación, no sin esfuerzo, con algunos comentarios sobre el tiempo.

Volví a ver a mi padre clavado en la cama, fulminado por una depresión súbita que resultaba terrorífica en un hombre tan activo; lo rodeaban sus amigos alpinistas, incómodos, impotentes ante aquella enfermedad. Una vez me dijo que si hacía tanto deporte era para embrutecerse, para no pensar: yo estaba convencido de que había logrado vivir toda su vida sin hacerse una sola pregunta sobre la condición humana.

7

Ya en el autobús, Sôn volvió a tomar la palabra. La región fronteriza que íbamos a atravesar estaba poblada en parte por refugiados birmanos, de origen karen; pero eso no era un inconveniente. Karenes bien, dijo Sôn, valientes, niños trabajan bien en colegio, no preocupar. Nada que ver con ciertas tribus del Norte, con las que no tendríamos ocasión de cruzarnos durante el viaje; y, según ella, no nos perdíamos nada. Sobre todo en el caso de los akkhas, a los que parecía tener bastante manía. A pesar de los esfuerzos del gobierno, los akkhas se mostraban incapaces de renunciar al cultivo de la adormidera, su actividad tradicional. Eran vagamente animistas y comían perros. Akkhas malos, subrayó Sôn con energía: aparte cultivo adormidera y cosecha frutos, no saber hacer nada; niños no trabajar en colegio. Dinero mucho gastado por ellos; resultado ninguno. Ser completamente inútiles, concluyó con un gran espíritu de síntesis.

Así que al llegar al hotel observé con curiosidad a aquellos famosos karenes, que trajinaban a orillas del río. Ahora que los tenía en el punto de mira —sin metralleta, claro—, no me parecían tan malos; lo más evidente es que adoraban a sus elefantes. Su mayor alegría parecía ser bañarse en el río y cepillar el lomo de sus elefantes. Cierto que no se trataba de rebeldes karenes, sino de karenes corrientes, que precisamente habían huido de la zona de conflicto porque estaban cansados de todas aquellas historias y la causa de la independencia karen les importaba bastante poco.

En la habitación, un folleto me resumió la historia del complejo turístico, que había nacido gracias a una hermosa aventura humana: la de Bertrand Le Moal, trotamundos pionero, que en la década de los sesenta se enamoró del lugar y «allí plantó el petate». Con esfuerzo, y también con ayuda de sus amigos karenes, creó poco a poco aquel «paraíso ecológico», del que ahora podía disfrutar una clientela internacional.

Cierto que el sitio era espléndido. Suspendidos sobre el río, que vibraba bajo los pies, había pequeños chalets de madera de teca delicadamente tallada, unidos por una florida crujía. El hotel estaba encajonado en el fondo de un valle; una espesa selva cubría las laderas. En cuanto salí a la terraza, se hizo un profundo silencio. Tardé unos segundos en comprender por qué: todos los pájaros habían dejado de cantar a la vez. Era la hora en que la selva se prepara para la noche.

¿Qué grandes predadores habría en aquellos bosques? Seguramente poca cosa, dos o tres leopardos; pero me apostaba algo a que abundaban las arañas y las serpientes. Anochecía deprisa. En la otra orilla, un mono solitario saltaba entre los árboles; lanzó un chillido breve. Parecía ansioso, con ganas de reunirse con su grupo.

Volví a la habitación y encendí las velas. El mobiliario era escaso: una mesa de teca, dos catres de madera rústica, sacos de dormir y esteras. Me pasé un cuarto de hora embadurnándome concienzudamente de loción antiinsectos. Los ríos son bonitos, pero, ya se sabe, atraen a los mosquitos.

También había una barrita de citronela para quemar; la precaución no me pareció inútil.

Cuando salí a cenar, se había hecho completamente de noche; entre las casas colgaban guirnaldas de bombillas multicolores. Así que en aquella aldea había electricidad, pensé; simplemente, no se habían molestado en instalarla en las habitaciones. Me detuve un momento y me apoyé en la barandilla para mirar el río; la luna había salido y se reflejaba en el agua. Enfrente se distinguía confusamente la masa oscura de la selva; de vez en cuando se oía el graznido ronco de un ave nocturna.

Los grupos humanos compuestos de un mínimo de tres personas tienen una tendencia aparentemente espontánea a dividirse en dos subgrupos hostiles. Servían la cena en un

embarcadero en mitad del río; esta vez habían preparado dos mesas de ocho. Los ecologistas y los naturópatas ya se habían instalado en una de ellas; los ex charcuteros en otra, de momento solos. ¿Qué habría provocado la ruptura? Quizá la discusión de mediodía sobre los masajes, que en el fondo no había ido nada bien. Además, por la mañana, Suzanne, sobriamente vestida con un blusón y un pantalón de lino blancos —bien pensados para subrayar su sequedad de formas— había resoplado de risa al ver el vestido de flores de Josette.

Sea como fuere, ya había empezado la distribución. Con cierta cobardía, empecé a andar un poco más despacio para que Lionel, mi vecino de asiento en el avión y ahora de bungalow, me adelantara. Eligió muy deprisa, de modo apenas consciente; me dio la impresión de que ni siquiera fue una elección movida por las afinidades, sino una especie de solidaridad de clase, o más bien (porque él trabajaba en GDF, y por lo tanto era funcionario, mientras que los otros eran ex pequeños comerciantes) una solidaridad de nivel educativo, René nos saludó con evidente alivio. En ese momento, nuestra decisión todavía no era crucial; si nos hubiéramos unido a los otros, habríamos confirmado enérgicamente el aislamiento de los ex charcuteros; mientras que así, en el fondo, sólo habíamos equilibrado las mesas.

Babette y Léa llegaron poco después y se sentaron, sin la menor vacilación, en la mesa de al lado.

Pasado un buen rato —ya habían servido los entremeses—, Valérie apareció a la entrada del embarcadero; miró a su alrededor con aire indeciso. En la mesa vecina, al lado de Babette y Léa, había dos sitios libres. Valérie dudó un poco más; luego se decidió de pronto y vino a sentarse a mi izquierda.

Josiane había tardado más que de costumbre en arreglarse; debía de haberle costado trabajo maquillarse a la luz de las velas. Su vestido de terciopelo negro no estaba mal; un poco escotado, pero sin pasarse. Ella también hizo una pausa, y luego se sentó enfrente de Valérie.

Robert llegó el último, con paso vacilante; seguro que había empinado el codo antes de cenar, lo había visto un rato antes con una botella de Mekong. Se dejó caer pesadamente en el banco, a la derecha de Valérie. Un grito breve pero espantoso se elevó de la selva cercana; probablemente un pequeño mamífero que acababa de vivir sus últimos instantes.

Sôn pasó entre las mesas para comprobar que todo iba bien, que estábamos perfectamente instalados. Ella cenaba sola con el conductor; un reparto poco democrático que ya en el desayuno había despertado la reprobación de Josiane.

Pero creo que, en el fondo, ella lo prefería así, aunque no tuviese nada contra nosotros; por muchos esfuerzos que hiciera, las largas discusiones en francés le pesaban un poco.

En la mesa de al lado, charlaban animadamente sobre la belleza del lugar; la alegría de encontrarse en plena naturaleza, lejos de la civilización; los valores esenciales, etc.

—Es que es genial —confirmó Léa—. ¿Han visto? Estamos en plena selva de verdad... Es que no me lo creo.

A nosotros nos costaba más encontrar un terreno común. Frente a mí, Lionel comía plácidamente, sin hacer el menor esfuerzo por animar la reunión. Yo miraba de reojo con nerviosismo. En un momento dado vi a un gordo barbudo salir de las cocinas para arengar violentamente a los camareros; tenía que ser el famoso Bertrand Le Moal. Para mí, hasta entonces, su mérito más obvio era haberles enseñado a los karenes la receta del gratin dauphinois. Era delicioso; y el asado de cerdo era perfecto, crujiente y tierno a la vez.

—Lo único que falta es un poco de tintorro... —dijo René con melancolía. Josiane frunció los labios con desprecio. No hacía falta preguntarle lo que pensaba de los turistas franceses que no podían viajar sin su tintorro. Valérie salió en defensa de René con bastante torpeza. Dijo que con la cocina tailandesa el vino no se echaba de menos, pero que con la francesa habría estado justificado. De todas formas, ella sólo bebía agua.

—¡Si uno viaja al extranjero —recalcó Josiane—, es para probar la cocina local y conocer las costumbres locales.! Si no, más vale quedarse en casa.

—¡Estoy de acuerdo! —gritó Robert. Ella se interrumpió, cortada, y le miró con odio.

—A veces ponen demasiadas especias... —confesó Josette con timidez—. Parece que a ustedes no les desagrada... —dijo mirándome, sin duda para aligerar la atmósfera.

—No, no, a mí me encanta. Cuantas más especias, más me gusta. En París siempre voy a restaurantes chinos —contesté apresuradamente. Así la conversación se desvió hacia los restaurantes chinos, que en los últimos tiempos se habían multiplicado tanto en París. A Valérie le gustaban mucho por los menús de mediodía: no eran nada caros, estaban mucho mejor que los sitios de comida rápida, y seguro que todo era mucho más sano. Josiane no tenía nada que decir sobre el tema, comía en el restaurante de la empresa; en cuanto a Robert, debía de pensar que la conversación era indigna de él. En resumen, que las cosas fueron más o menos bien hasta los postres.

Todo empezó con el arroz pringoso. Estaba ligeramente dorado, aromatizado con canela; una receta original, creo. Josiane cogió al toro por los cuernos y decidió abordar de frente la cuestión del turismo sexual. Ella lo consideraba absolutamente asqueroso, no había otra palabra. Era escandaloso que el gobierno tailandés tolerase ese tipo de cosas, la comunidad internacional tenía que movilizarse. Robert la escuchaba con una sonrisita que no auguraba nada bueno. Era escandaloso pero no sorprendente, siguió ella; los dueños de buena parte de aquellos establecimientos (o burdeles, no se los podía llamar de otra manera) eran generales, y por eso gozaban de protección.

—Yo soy general... —intervino Robert. Ella se quedó de piedra, con la mandíbula inferior colgando de un modo lamentable—. No, no, es broma... —desmintió él con una leve mueca—. Ni siquiera me gusta el ejército.

Aquello no pareció hacerle la menor gracia a Josiane. Le costó un momento reponerse, pero contraatacó con fuerza reduplicada.

—Es completamente vergonzoso que unas bestias vengan a aprovecharse con total impunidad de la miseria de esas chicas. Todas vienen de las provincias del norte o del nordeste, las regiones más pobres del país.

—No todas... —objetó él—. También las hay de Bangkok.

—¡Es esclavitud sexual! —aulló Josiane, que no le había oído—. ¡No hay otra palabra!

Yo bostecé ligeramente. Ella me echó una mirada fulminante, pero siguió, poniendo a todo el mundo por testigo.

—¿No les parece escandaloso que cualquier cerdo pueda venir a tirarse a unas chiquillas por un bocado de pan?

—No por un bocado de pan... —protesté con modestia—.

Yo he pagado tres mil baths, más o menos el precio francés.

Valérie se volvió hacia mí y me miró, sorprendida.

—Le ha salido un poco caro... —observó Robert—. En fin, si la chica valía la pena...

Josiane temblaba de los pies a la cabeza, empezaba a preocuparme un poco.

—¡Pues a mí, pensar que un viejo cerdo pueda pagar para meterle la polla a una cría me da ganas de vomitar! —chilló con una voz sobreaguda.

—No tiene por qué acompañarme, mi querida señora...

—contestó Robert tranquilamente.

Ella se levantó temblando, con el plato de arroz en la mano. En la mesa de al lado, todas las conversaciones se habían interrumpido. Yo estaba seguro de que le iba a tirar el plato a la cara, creo que sólo la retuvo un resto de pánico escénico. Robert la miraba con la mayor seriedad, con los músculos tensos bajo el polo. No parecía de los que se dejan hacer, me lo imaginaba perfectamente dándole un tortazo a Josiane. Ella dejó el plato con tal violencia en la mesa que lo partió en tres pedazos; luego se dio la vuelta y desapareció en la noche, andando deprisa hacia los bungalows.

—Psss —dijo él, reservado.

Valérie estaba encajonada entre los dos; él se levantó con elegancia, rodeó la mesa y se sentó en el sitio de Josiane, por si Valérie también quería irse. Pero ella no se movió; el camarero trajo los cafés en ese momento. Valérie bebió dos sorbos y luego se volvió otra vez hacia mí.

—¿Entonces, es verdad? ¿Ha pagado por una chica? —preguntó sin levantar la voz. El tono era intrigado, pero sin franca reprobación.

—Esas chicas no son tan pobres —intervino Robert—, pueden pagarse motos y trapos. Algunas hasta se operan los pechos. Y no es barato. Aunque también ayudan a sus padres...

—concluyó, pensativo.

En la mesa de al lado, tras intercambiar algunas frases en voz baja, los comensales se separaron rápidamente; sin duda por solidaridad. Nos quedamos solos y dueños del terreno, en cierto modo. La luna ya iluminaba de pleno la superficie del embarcadero, que brillaba ligeramente.

—¿Tan buenas son esas pequeñas masajistas?... —preguntó René, pensativo.

—¡Ah, señor mío! —exclamó Robert con una emoción voluntariamente grandilocuente pero, según me pareció, sincera a fin de cuentas—. ¡Son una maravilla! ¡Una pura maravilla! Y eso que usted no conoce Pattaya. Es un balneario de la Costa Este —continuó con entusiasmo— totalmente dedicado a la lujuria y el estupro. Los primeros en llegar fueron los norteamericanos, durante la guerra de Vietnam; después, muchos ingleses y alemanes; y ahora empieza a haber polacos y rusos. Allí todo el mundo está servido, hay para todos los gustos: homosexuales, heterosexuales, travestis... Es Sodoma y Gomorra, todo en uno. Incluso mejor, porque también hay lesbianas.

—Ah, ah... —El ex charcutero aún parecía pensativo. Su mujer bostezó tranquilamente, se disculpó y se volvió hacia su marido; estaba claro que tenía ganas de acostarse.

—En Tailandia —concluyó Robert— todo el mundo puede tener lo que desea, y todo el mundo puede tener algo bueno.

Se habla mucho de las brasileñas, o de las chicas de Cuba.

Yo he viajado mucho, señor, he viajado por placer, y no dudo en decirle que, para mí, las tailandesas son las mejores amantes del mundo.

Valérie, sentada frente a él, le escuchaba con la mayor seriedad. Se escabulló poco después con una leve sonrisa, seguida por Josette y René. Lionel, que no había dicho una palabra en toda la velada, se levantó a su vez; yo le imité. No tenía muchas ganas de seguir charlando con Robert. Así que lo dejé solo en la noche, estatua aparente de la lucidez, pidiendo un segundo coñac. Parecía poseer una inteligencia compleja y llena de matices; a menos, quizás, que relativizara, lo que siempre crea la ilusión de la complejidad y del matiz. Delante del bungalow, le deseé buenas noches a Lionel.

El zumbido de los insectos saturaba la atmósfera; estaba casi seguro de que no iba a pegar ojo.

Empujé la puerta y encendí una vela, más o menos resignado a continuar la lectura de La tapadera. Los mosquitos se acercaban, las alas de algunos se carbonizaban en la llama, sus cadáveres se enviscaban en la cera fundida; ninguno se posaba sobre mí. Y sin embargo yo estaba lleno hasta la dermis de sangre alimenticia y deleitosa; pero ellos retrocedían mecánicamente, incapaces de salvar la barrera olfativa del dimetilperóxido cárbico.

Había que felicitar a los laboratorios Roche–Nicolas, creadores del repelente Tropic. Apagué la vela, la volví a encender, asistí al ballet cada vez más denso de las sórdidas maquinitas voladoras. Al otro lado del tabique oía a Lionel, que roncaba suavemente en la oscuridad. Me levanté, encendí otro bastoncillo de citronela y fui a mear. Habían hecho un agujero redondo en el suelo del cuarto de baño; daba directamente al río. Se oían chapoteos, ruidos de aletas; intenté no pensar en lo que podía haber allí abajo. Cuando me estaba metiendo otra vez en la cama, Lionel se tiró una larga serie de pedos.

—¡Tienes razón, chaval! —aprobé con energía—. ¡Como decía Martín Lutero, no hay nada como tirarse en el saco de dormir un pedo!

Mi voz resonaba en la noche de manera extraña, por encima del rumor del agua y del persistente zumbido de los insectos. Oír el mundo real ya era, en sí, un sufrimiento.

—¡El reino de los cielos vale por un tapón de cera! —grité otra vez en la noche—. ¡El que tenga oídos para oír, que oiga!

Lionel se dio la vuelta en la cama y gruñó levemente, sin despertarse. Yo no veía muchas soluciones: tendría que tomarme otro somnífero.

8

Algunos matojos de hierba bajaban por el río, empujados por la corriente. Se reanudaba el canto de los pájaros, elevándose de la selva ligeramente brumosa. Muy hacia el sur, en la salida del valle, los extraños contornos de las montañas birmanas se dibujaban a lo lejos. Ya había visto antes aquellas formas redondeadas y azuladas, entrecortadas sin embargo por bruscas rupturas. Quizás en los paisajes de los primitivos italianos, durante alguna visita a un museo, en los años del instituto. El grupo no se había despertado todavía; a esa hora la temperatura seguía siendo suave. Yo había dormido muy mal.

Tras la crisis de la víspera, flotaba cierta benevolencia en torno a las mesas del desayuno. Josette y René parecían estar en plena forma; por el contrario, los ecologistas jurásicos estaban en un estado lamentable; me di cuenta en cuanto los vi llegar renqueando. Los proletarios de la generación anterior, que no se avergüenzan de apreciar las comodidades modernas cuando se presentan, son mucho más resistentes que sus hijos en caso de incomodidad evidente, por mucho que éstos últimos presuman de ideas «ecologistas». Éric y Sylvie no habían pegado ojo en toda la noche; Sylvie, además, estaba literalmente cubierta de ampollas rojas.

—Sí, los mosquitos la han tomado conmigo —confirmó con amargura.

—Tengo una crema calmante, si quiere. Es muy eficaz; puedo ir a por ella.

—Oh, sí, es muy amable; pero primero vamos a tomar un café.

El café era asqueroso, aguachirle, casi imbebible. En eso, por lo menos, reinaban las reglas norteamericanas. La joven pareja tenía un aire ridículo, casi me daba pena ver cómo el «paraíso ecológico» se derrumbaba a sus pies; pero sospechaba que aquel día todo me iba a dar pena. Volví a mirar al sur.

—Creo que Birmania es muy hermosa —dije a media voz, más bien para mis adentros.

Sylvie lo confirmó con seriedad: sí, ella también había oído decir que era muy hermosa; aun así, se había prohibido ir a Birmania. No quería ser cómplice de semejante dictadura, ayudar a mantenerla a base de divisas. Sí, sí, pensé yo, las divisas.

—¡Los derechos del hombre son importantes! —exclamó ella, casi con desesperación.

Siempre que la gente habla de «derechos del hombre», tengo la impresión de que lo dicen con segundas; pero no creo que fuera el caso; no en ese momento.

—Pues yo dejé de ir a España después de la muerte de Franco —intervino Robert, sentándose a nuestra mesa. No lo había visto llegar. Parecía fresco como una rosa, con toda su capacidad para incordiar intacta. Nos dijo que se había acostado borracho como una cuba, así que había dormido muy bien. Había estado a punto de cagarla varias veces, de caerse de cabeza al río mientras volvía al bungalow, pero al final había llegado bien—. Inch Allah —concluyó con voz sonora.

Tras esta caricatura de desayuno, Sylvie me acompañó a la habitación. Por el camino nos cruzamos con Josiane. Tenía un aire sombrío, poco comunicativo, y ni siquiera nos miró; ella también parecía lejos del camino del perdón. Me había enterado de que era profesora de letras en la vida civil, como decía con gracia René; no me sorprendió lo más mínimo. Era exactamente el tipo de hija de puta que hace muchos años me hizo renunciar a mis estudios literarios.

Le di a Sylvie el tubo de crema calmante.

—Se lo devuelvo enseguida —dijo.

—Puede quedárselo, no creo que encontremos más mosquitos; parece que no les gusta la orilla del mar.

Ella me dio las gracias, se acercó a la puerta, vaciló y se volvió hacia mí:

—¡Pero seguro que usted no aprueba la explotación sexual de los niños!... —exclamó angustiada.

Me esperaba algo así; meneé la cabeza y contesté con cansancio:

—No hay tanta prostitución infantil en Tailandia. No más que en Europa, en mi opinión.

Ella agachó la cabeza, no demasiado convencida, y salió.

De hecho, yo disponía de informaciones más precisas gracias a un curioso libro titulado The White Book, que había comprado durante el viaje anterior. No llevaba ni el nombre del autor ni el del editor; parece que lo había publicado una asociación llamada Inquisition 2000. So

capa de denunciar el turismo sexual, daban todas las direcciones, país por país; cada capítulo informativo estaba precedido por un párrafo breve y vehemente que invocaba el respeto al plan divino y pedía el restablecimiento de la pena de muerte para los delincuentes sexuales. Sobre el tema de la pedofilia, el White Book era muy claro: desaconsejaban formalmente Tailandia, que ya no tenía ningún interés, si es que alguna vez lo había tenido. Era mucho mejor ir a Filipinas, o mejor todavía a Camboya; el viaje podía resaltar peligroso, pero valía la pena.

El apogeo del reinado jemer tuvo lugar en el siglo XII, época de la construcción de Angkor Vat. Luego las cosas se jodieron; los birmanos se convirtieron en el principal enemigo de Tailandia. En 1351, el rey Ramathibodi I fundó la ciudad de Ayutthaya. En 1402, su hijo Ramathibodi II invadió el imperio de Angkor, que estaba en su ocaso. Los treinta y seis soberanos sucesivos de Ayutthaya dejaron huellas de su reinado con la construcción de templos budistas y palacios.

En los siglos XVI y XVII, según la descripción de los viajeros franceses y portugueses, era la ciudad más espléndida de Asia. Las guerras con los birmanos continuaron, y Ayutthaya cayó en 1767, tras quince meses de sitio. Los birmanos saquearon la ciudad, fundieron el oro de las estatuas y sólo dejaron ruinas a su paso.

Ahora era un lugar muy apacible; una ligera brisa levantaba el polvo entre los templos. Del rey Ramathibodi no quedaba gran cosa, salvo unas pocas líneas en la Guía Michelin. La imagen del Buda, por el contrario, seguía muy presente, y conservaba todo su sentido. Los birmanos habían deportado a los artesanos tailandeses para construir templos idénticos unos cientos de kilómetros más lejos. La voluntad de poder existe, y se manifiesta en forma de historia; en sí misma es radicalmente improductiva. La sonrisa del Buda seguía flotando sobre las ruinas. Eran las tres de la tarde. Según la Guía Michelin, hacían falta tres días para una visita completa, y un día para una visita rápida. En realidad, nosotros sólo teníamos tres horas; era el momento de sacar las cámaras de vídeo. Me imaginé a Chateaubriand en el Coliseo, con su cámara Panasonic, fumando cigarrillos; probablemente Benson y no Gauloises Light. De cara a una religión tan radical, seguro que sus posiciones habrían sido 76 ligeramente diferentes; habría sentido menos admiración por Napoleón. No me cabía duda de que habría sido capaz de escribir un excelente Espíritu del budismo.

Josette y René se aburrieron un poco durante la visita; me dio la impresión de que enseguida empezaron a andar en círculos. Lo mismo que Babette y Léa. Los ecologistas jurásicos, por el contrario, parecían sentirse como peces en el agua, y los naturópatas también; organizaron un impresionante despliegue de material fotográfico. Valérie estaba pensativa y caminaba a lo largo de las avenidas; sobre las losas, entre la hierba. Así es la cultura, me decía yo, jode un poco, y eso está bien; devuelve a cada cual a su propia nada. Dicho esto, me preguntaba cómo lo habían hecho los escultores de la época de Ayutthaya. ¿Cómo habían conseguido darles a las estatuas del Buda una expresión de comprensión tan luminosa?

Tras la caída de Ayutthaya, el reino tailandés entró en un período de gran tranquilidad. La capital se estableció en Bangkok, y dio comienzo la dinastía de los Rama. Durante dos siglos (de hecho, hasta nuestros días), el reino no libró ninguna guerra importante fuera de sus fronteras, ni sufrió guerras civiles o religiosas; además logró escapar a cualquier forma de colonización. Tampoco hubo hambrunas ni grandes epidemias. En semejantes circunstancias, cuando la tierra es fértil y produce abundantes cosechas, cuando las enfermedades no se abaten sobre la población, cuando las reglas de una religión apacible impregnan las conciencias, los seres humanos crecen y se reproducen; y, en general, viven felices.

Ahora era diferente, Tailandia había entrado en el mundo libre, es decir, en la economía de mercado; cinco años antes había sufrido una crisis económica fulgurante, que había hecho perder a la moneda la mitad de su valor y había empujado a las empresas más prósperas al borde de la ruina. Era el primer drama serio que había padecido el país desde hacía más de dos siglos.

Uno tras otro, en un silencio bastante impresionante, volvimos al autobús. Nos fuimos al atardecer. Teníamos que coger el tren nocturno de Bangkok a Surat Thani.

9

Todas las guías destacan Surat Thani —816.000 habitantes— por su absoluta falta de interés. Todo lo que puede decirse es que constituye un paso obligado para quienes se dirigen al ferry de Koh Samui. Sin embargo está habitada, y la Guía Michelin señala que la ciudad es desde hace tiempo un importante centro metalúrgico, y que, en fecha más reciente, ha empezado a desempeñar cierto papel en el campo de la construcción metálica.

¿Y qué sería de nosotros sin construcciones metálicas? Se extrae el mineral de hierro en oscuras regiones, se transporta en carguero. Se producen máquinas–herramienta, casi siempre bajo el control de compañías japonesas. La síntesis se lleva a cabo en ciudades como Surat Thani: de ahí salen autobuses, vagones de tren, ferry–boats; todo bajo licencia NEC, General Motors o Fujimori. En parte, el resultado sirve para transportar turistas occidentales como Babette y Léa.

Podía dirigirles la palabra, ya que viajábamos juntos; no pretendía ser un amante potencial, lo que limitaba ya de entrada las conversaciones posibles; sin embargo había comprado el mismo billete de ida; así que, en cierta medida, podía establecer contacto. Resultó que Babette y Léa trabajaban en la misma agencia de comunicación; en esencia, organizaban acontecimientos. ¿Acontecimientos? Sí. Con agentes institucionales, o empresas que querían desarrollar su departamento de mecenazgo. Seguro que eso mueve pasta, pensé yo. Sí y no. Ahora las empresas se volcaban más en los «derechos humanos», las inversiones habían disminuido. Pero bueno, la cosa iba bien, de todos modos. Les pregunté por su salario: era bueno. Podría haber sido mejor, pero era bueno. Poco más o menos veinticinco veces mayor que el de un obrero de las industrias metalúrgicas de Surat Thani. La economía es un misterio.

Al llegar al hotel el grupo se dispersó, o por lo menos eso supongo; no tenía muchas ganas de comer con los demás; de hecho, estaba un poco harto de los demás. Corrí las cortinas y me tumbé en la cama. Lo raro es que me dormí de inmediato, y soñé con una morita que bailaba en el metro. No se parecía a Aicha, o eso creo. Se agarraba al pilar central, como las go–go girls. Se cubría los pechos con una minúscula cinta de algodón, que empezó a quitarse despacio. Cuando se la quitó del todo, sonrió; tenía los pechos llenos, redondos y morenos, magníficos. Entonces se lamió los dedos y se acarició los pezones. Y luego me puso una mano en el pantalón, me abrió la bragueta, me sacó el sexo y empezó a sacudírmelo. La gente pasaba a nuestro alrededor, bajaba en las estaciones. Ella se puso a cuatro patas en el suelo y se levantó la minifalda; no llevaba nada debajo. Tenía una vulva acogedora, rodeada de vello muy negro, como un regalo; empecé a penetrarla. El metro estaba bastante lleno, pero nadie nos prestaba atención. Todo aquello era inverosímil. Era un sueño hambriento, el sueño ridículo de un hombre maduro.

Me desperté a eso de las cinco de la madrugada, y vi que había una gran mancha de esperma en las sábanas. Una polución nocturna..., era conmovedor. Para mi enorme sorpresa, también me di cuenta de que seguía empalmado; tenía que ser el clima. Había una cucaracha boca arriba en medio de la mesilla de noche; sus patas se distinguían con todo detalle. Esa ya no tenía que preocuparse de nada, como habría dicho mi padre. Mi padre, por su parte, había muerto a finales del año 2000; había hecho bien. Así toda su existencia quedaba incluida en el siglo XX, del que él era un elemento espantosamente significativo. Y yo sobrevivía, en un estado intermedio. Estaba en la cuarentena, bueno, al principio de la cuarentena, al fin y al cabo sólo tenía cuarenta años; más o menos a mitad de camino. El fallecimiento de mi padre me proporcionaba cierta libertad; todavía no había dicho mi última palabra.

Situado en la costa este de Koh Samui, el hotel evocaba a la perfección la imagen del paraíso tropical que aparece en los folletos de las agencias de viajes. Las colinas que lo rodeaban estaban cubiertas por una espesa selva. Los edificios bajos, rodeados de vegetación, descendían escalonados hasta una inmensa piscina ovalada, con un jacuzzi en cada extremo. Se podía nadar hasta el bar, que estaba en una isla en mitad de la piscina. El mar estaba unos metros más abajo, frente a una playa de arena blanca. Eché una mirada discreta por los alrededores; reconocí de lejos a Lionel, que chapoteaba entre las olas como un delfín lisiado.

Me di la vuelta y llegué al bar por una delgada pasarela suspendida sobre la piscina. Miré la carta de cócteles con estudiada indiferencia; la happy hour acababa de empezar.

Acababa de decidirme por un Singapore Sling cuando apareció Babette. «Bueno...», dije, «vaya...» Llevaba un bañador de dos piezas tipo natación, pantaloncito ajustado y sujetador ancho, en una armonía de azul claro y azul oscuro.

El tejido parecía extraordinariamente fino; era uno de esos bañadores que sólo se aprecian bien cuando están mojados.

«¿No se baña?», preguntó ella. «Pues...», dije yo. Léa llegó entonces, más clásicamente sexy, con un bañador de cuerpo entero de vinilo rojo vivo con cremalleras negras que se abrían sobre la piel (una de ellas, que le atravesaba el pecho izquierdo, dejaba ver el pezón) y muy alto de caderas. Me hizo una señal con la cabeza antes de reunirse con Léa al borde del agua; cuando se dio la vuelta, me di cuenta de que tenía unas nalgas perfectas. Al principio ninguna de las dos se fiaba de mí, pero desde que les había dirigido la palabra en el ferry habían decidido que yo era un ser humano inofensivo y relativamente entretenido. Tenían razón; yo era más o menos eso.

Se zambulleron a la vez, muy conjuntadas. Volví la cabeza para husmear un poco. En la mesa de al lado había un sosia de Robert Hue. Una vez mojado, el bañador de Babette era, desde luego, espectacular: se veían perfectamente los pezones y la raya de las nalgas; incluso se veía el ligero espesor del vello púbico, aunque lo llevaba muy afeitado. Mientras tanto la gente trabajaba, producía artículos útiles; o inútiles, a veces. Producían. ¿Qué había producido yo durante mis cuarenta años de existencia? No mucho, a decir verdad.

Había organizado información, había facilitado su consulta y su transporte; a veces también había hecho transferencias de dinero (a modesta escala: tan sólo había pagado facturas, por lo general de poca cuantía). En una palabra, había trabajado en el sector servicios. Se podía prescindir de la gente como yo. Aunque mi inutilidad era menos vistosa que la de Babette y Léa; yo era un parásito modesto y no brillaba en mi trabajo, ni sentía la menor necesidad de fingir tal cosa.

Cuando cayó la noche volví al vestíbulo del hotel, donde me crucé con Lionel; se había quemado por todas partes, y estaba encantado del día que había pasado. Se había bañado muchas veces; nunca se había atrevido a soñar que existiera un sitio así. «He tenido que ahorrar mucho para pagarme el viaje», dijo, «pero no me arrepiento de nada.» Se sentó en el borde de un sillón; estaba recordando su vida cotidiana. Trabajaba en Gaz de France, en el sector sudeste del extrarradio parisino; vivía en Juvisy. Tenía que ir a menudo a casas muy pobres, casas de ancianos donde la instalación incumplía las normas. Estaba obligado a cortarles el gas si no podían pagar las modificaciones necesarias.

—Hay gente que vive en unas condiciones... —dijo—. Nadie se lo imagina. Y a veces se ven cosas muy raras —prosiguió, meneando la cabeza. A él no le iba mal. Su barrio no era muy recomendable, de hecho era francamente peligroso—. Hay sitios que es mejor evitar —dijo. Pero bueno, en conjunto no le iba mal—. Estamos de vacaciones —concluyó antes de dirigirse al comedor.

Yo cogí algunos folletos y me fui a leerlos a mi habitación. Seguía sin ganas de cenar con los demás. Uno cobra conciencia de sí mismo en su relación con el prójimo; y por eso la relación con el prójimo es insoportable.

Léa me había contado que Koh Samui no sólo era un paraíso tropical, sino un sitio superguay. Todas las noches de luna llena, en la islita de Koh Lanta, que estaba allí al lado, había una rave gigantesca; la gente venía de Australia o de Alemania para participar en ella. «Un poco como en Goa...», dije. «Muchísimo mejor que en Goa», dijo ella, cortante.

Goa estaba totalmente pasada; para disfrutar de una buena rave había que ir a Koh Sumai o a Lombok.

Yo no pedía tanto. Lo único que quería, por el momento, era un sencillo body massage, seguido de una mamada y un buen polvo. Nada complicado, en apariencia; sin embargo, hojeando los folletos me di cuenta con creciente tristeza de que ésa no parecía ser, ni mucho menos, la especialidad del lugar. Había muchas cosas de tipo acupuntura, masaje con aceites

aromáticos esenciales, alimentación vegetariana o tai–chi–chuan; pero nada de body massage o de go–go bars.

Además, todo parecía impregnado de una atmósfera penosamente norteamericana, por no decir californiana, articulada sobre la healthy life y las meditation activities. Leí la carta de un lector de What's on Samui, Guy Hopkins; se definía a sí mismo como «health addict» y volvía regularmente a la isla desde hacia veinte años. «The aura that backpackers spreadon the island is unlikely to be erased quickly by upmarket tourist», concluía; era descorazonador. Ni siquiera podía ir a ver qué encontraba por ahí, porque el hotel estaba lejos de todo; a decir verdad todo estaba lejos de todo, porque no había nada. El mapa de la isla no señalaba ninguna población: sólo algunas zonas de bungalows como la nuestra, a orillas de otras tantas playas tranquilas. Entonces recordé con horror que la Guía del Trotamundos describía la isla de manera muy elogiosa. Aquí habían sabido evitar ciertas desviaciones; yo estaba más acabado que una rata. De todas formas sentía una vaga satisfacción, ligeramente teórica, ante la idea de sentirme capaz de follar. Abrí con resignación La tapadera, me salté doscientas páginas, retrocedí otras cincuenta; por casualidad, di con una escena guarra. La intriga había avanzado bastante: Tom Cruise estaba ahora en las islas Caimán, poniendo a punto no sé qué dispositivo de evasión fiscal; o denunciándolo, no estaba claro. Sea como fuere, conocía a una espléndida mestiza, y la chica no se asustaba de nada.

«Mitch oyó un ruido seco y vio cómo la falda de Eilene resbalaba hasta sus tobillos, descubriendo un tanga sujeto por dos cordoncillos.» Me bajé la cremallera de la bragueta. Después venía un párrafo extraño, psicológicamente poco comprensible: «Vete, le decía una voz interior. Tira la botella de cerveza al mar y la falda a la arena. Corre hasta el apartamento como si te persiguieran todos los diablos. ¡Vete!» Afortunadamente, Eilene no oía la misma vocecita: «Con gestos muy lentos se llevó las manos a la espalda para desabrocharse la parte superior del bikini, que resbaló descubriendo los pechos; desnudos, parecían todavía más llenos. "¿Quiere sostenerme esto?", preguntó ella, tendiéndole la tela suave y blanca, ligera como una pluma.»

Yo me la estaba machacando con ganas, intentando imaginar mestizas con minúsculos trajes de baño en mitad de la noche. Eyaculé con un suspiro de satisfacción entre dos páginas. Se iban a pegar; bueno, tampoco era un libro de los que se leen dos veces.

Por la mañana, la playa estaba desierta. Me bañé justo después del desayuno; el aire era tibio. El sol pronto empezaría a ascender en el cielo, aumentando el riesgo de cáncer de piel en los individuos de raza blanca. Quería quedarme en la playa más o menos el tiempo necesario para que me arreglaran la habitación, y luego subir a tumbarme, poniendo el aire acondicionado a tope; había decidido tomarme el día libre con toda tranquilidad.

Por su parte, Tom Cruise no dejaba de darle vueltas al asunto de la mestiza; incluso consideraba la posibilidad de contarle el incidente a su mujer (que no se conformaba con que la amaran, y ahí estaba todo el problema; encima quería seguir siendo la más sexy, la más deseable de todas las mujeres). El muy imbécil se comportaba exactamente como si estuviera en juego el futuro de su matrimonio. «Si ella conservaba la sangre fría y se mostraba magnánima, él le diría que lo sentía, que lo sentía muchísimo, y prometería que nunca más volvería a ocurrir. Si, por el contrario, ella se echaba a llorar, el imploraría su perdón —de rodillas si hacía falta— y juraría sobre la Biblia que nunca más lo volvería a hacer.»

Obviamente, el resultado era más o menos el mismo en ambos casos; pero los remordimientos permanentes del héroe, a pesar de su falta de interés, terminaban por interferir en la historia, que de todos modos era de lo más seria: había mafiosos malísimos, el FBI, puede que hasta rusos. Al principio uno se sentía irritado; al final, realmente enfermo.

Lo intenté con mi otro best–seller norteamericano, *Control total*, de David G. Balducci; pero era todavía peor. Esta vez el héroe no era un abogado, sino un joven informático superdotado que trabajaba ciento diez horas por semana. Por el contrario, su mujer era abogada y trabajaba noventa horas semanales; tenían un hijo. El papel de los malos le había tocado a una compañía «europea» que llevaba a cabo maniobras fraudulentas para apoderarse de cierto mercado. El mercado de la empresa norteamericana en la que trabajaba el héroe. Durante una conversación con los malos de la compañía europea, éstos encendían «con la mayor frescura»

varios cigarrillos; infestaban literalmente el aire, pero el héroe conseguía soportarlo. Hice un agujero en la arena para enterrar los dos libros; el problema es que ahora tenía que encontrar algo que leer. Vivir sin leer es peligroso, obliga a conformarse con la vida, y uno puede sentir la tentación de correr riesgos. A los catorce años, una tarde en que la niebla era especialmente densa, me perdí esquiando; tuve que atravesar zonas de aludes. Recordaba sobre todo las nubes plomizas, muy bajas, y el silencio absoluto de la montaña. Sabía que aquellas masas de nieve podían desprenderse de pronto, a causa de un movimiento brusco por mi parte o incluso sin motivo aparente, a consecuencia de una mínima subida de la temperatura o de un soplo de viento. Me arrastrarían varios cientos de metros en su caída, hasta el pie de las rocas; entonces moriría, probablemente en el acto. Sin embargo, no sentía el menor miedo. Me fastidiaba que las cosas acabaran así, por mí y por los demás. Habría preferido una muerte mejor preparada, en cierto modo más oficial, con una enfermedad, una ceremonia y lágrimas. Lo que más sentía, en realidad, era no haber conocido el cuerpo femenino. Durante los meses de invierno, mi padre alquilaba el primer piso de su casa; aquel año lo había cogido una pareja de arquitectos.

Su hija, Sylvie, también tenía catorce años; parecía sentirse atraída por mí, o por lo menos buscaba mi presencia. Era menuda, graciosa, y tenía el pelo negro y rizado. ¿Tendría también el sexo negro y rizado? Ésas son las ideas que me venían a la cabeza mientras caminaba penosamente por la ladera de la montaña. Desde entonces, me he preguntado a menudo por qué, en presencia del peligro, incluso de una muerte próxima, no siento ninguna emoción especial, ninguna descarga de adrenalina. Yo buscaría en balde esas sensaciones que atraen a los que practican «deportes extremos».

No soy nada valiente, y huyo del peligro tanto como puedo; pero llegado el caso, lo recibo con la placidez de un buey.

Supongo que no hay que buscarle más explicación, que es sólo un asunto técnico, una cuestión de dosificación hormonal; parece que otros seres humanos, en apariencia semejantes a mí, no sienten la menor emoción en presencia del cuerpo de una mujer, que en aquella época me sumía, y a veces todavía lo hace, en trances imposibles de controlar. En la mayoría de las circunstancias de mi vida, he sido poco más o menos tan libre como un aspirador.

87 El sol empezaba a calentar. Vi que Babette y Léa habían llegado a la playa; se habían instalado a unos diez metros de mí. Las dos llevaban unas sencillas bragas de bañador blanco brasileño, idénticas, y el pecho al aire. Aparentemente habían conocido a unos chicos, pero yo no creía que se fueran a acostar con ellos: los tipos no estaban mal, tenían unos cuantos músculos, pero tampoco estaban muy bien; en resumen, que eran un poco mediocres.

Me levanté y recogí mis cosas; Babette había dejado su Elle junto a la toalla de baño. Eché una ojeada al mar: las dos se estaban bañando y bromeaban con los chicos. Me agaché rápidamente y metí la revista en mi bolsa; luego seguí andando por la orilla.

El mar estaba en calma; hacia el este, la vista llegaba lejos. Al otro lado tenía que estar Camboya, o quizás Vietnam. A medio camino del horizonte había un yate; a lo mejor algunos millonarios pasaban el tiempo así, navegando por los mares del mundo; una vida monótona y romántica a la vez.

Valérie se acercaba, casi rozando el agua; de vez en cuando se entretenía en dar un paso de lado para evitar una ola más fuerte. Yo me erguí rápidamente sobre los codos, y me di cuenta, con dolor, de que ella tenía un cuerpo magnífico, y que estaba muy atractiva con su dos piezas más bien serio; sus pechos llenaban perfectamente el sujetador del bañador.

Hice un pequeño gesto con la mano, creyendo que no me había visto, pero de hecho ella ya se había desviado hacia mí; no es fácil pillar desprevenidas a las mujeres.

—¿Está leyendo Elle.? —preguntó, mitad sorprendida, mitad burlona.

—Psch... —contesté.

—¿Puedo? —Y se sentó a mi lado. Hojeó la revista con la soltura que da la costumbre: una ojeada a las páginas de moda, otra a las primeras páginas. Elle quiere leer, Elle quiere salir...

—¿Volvió a ir a un salón de masaje anoche? —preguntó, mirándome de reojo.

—Eh..., no. No encontré ninguno.

Ella sacudió ligeramente la cabeza y volvió a sumirse en la lectura del test de fondo: «¿Estás preparada para amarle mucho tiempo?»

—¿Qué le sale? —pregunté, tras un rato de silencio.

—No estoy enamorada —contestó ella con sobriedad.

Aquella chica me descolocaba por completo.

—No entiendo muy bien esta revista —siguió ella—. Sólo habla de la moda, de las nuevas tendencias.: lo que hay que ir a ver, lo que hay que leer, las causas por las que hay que militar, los nuevos temas de conversación... Las lectoras no pueden llevar la misma ropa que esas modelos, y no veo por qué les van a interesar las nuevas tendencias. En general, son mujeres mayores.

—¿Eso cree?

—Estoy segura. Mi madre la lee.

—Quizás los periodistas hablan de lo que les interesa a ellos, no a las lectoras.

—Entonces no debería ser económicamente viable; normalmente las cosas se hacen para satisfacer los gustos del cliente.

—A lo mejor eso satisface los gustos del cliente.

Ella lo pensó y contestó, dudosa:

—Quizás...

—¿Cree que cuando tenga sesenta años ya no le interesarán las nuevas tendencias? —insistí.

—Espero que no... —dijo ella con sinceridad.

Encendí un cigarrillo.

—Si me quedo aquí voy a tener que ponerme crema...

—comenté con melancolía.

—¡Vamos a bañarnos! Ya se pondrá crema después.

Se puso de pie de un salto y tiró de mí hacia la orilla.

Ella nadaba bien. Yo no puedo decir que nade; hago el muerto vagamente, me canso enseguida.

—Se cansa enseguida —dijo ella—. Es porque fuma demasiado. Hay que hacer deporte. ¡Voy a cuidarle un poco!

Y me retorció el bíceps. Oh, no, pensé, no. Pero ella acabó calmándose y volvió a la arena para tostarse al sol, después de secarse vigorosamente el pelo. Estaba guapa así, con 89 el largo pelo negro desgreñado. No se quitó el sujetador, era una pena; me habría gustado que se quitara el sujetador. Me habría gustado ver sus pechos, allí y en ese mismo momento.

Ella vio que le miraba el pecho y sonrió brevemente.

—Michel... —dijo tras un corto silencio. Yo me sobresalté al oír mi nombre—. ¿Por qué se siente tan viejo? —preguntó, mirándome a los ojos.

Era una buena pregunta; me quedé un poco cortado.

—No está obligado a contestar ahora mismo —dijo ella amablemente—. Tengo un libro para usted —siguió, sacándolo del bolso. Reconocí con sorpresa la portada amarilla de la colección Masque, y un título de Agatha Christie, El valle.

—¿Agatha Christie? —dije, alelado.

—Léalo, de todas maneras. Creo que le va a interesar.

Asentí con la cabeza como un imbécil.

—¿No va a comer? —preguntó ella al cabo de un minuto—. Ya es la una.

—No... No, no creo.

—No le gusta mucho la vida de grupo, ¿verdad?

Era inútil contestar; sonreí. Recogimos nuestras cosas y nos fuimos juntos. En el camino nos cruzamos con Lionel, que vagaba un poco como un alma en pena; nos hizo un gesto amable, pero ya no parecía divertirse tanto. No es raro que haya tan pocos hombres solos en los clubs de vacaciones, La gente los observa, tensos, rozando el límite de las actividades de entretenimiento. La mayoría de las veces dan media vuelta y se van; a veces se lanzan y participan. Dejé a Valérie delante de las mesas del restaurante.

90 En todos los relatos de Sherlock Holmes se reconocen los rasgos característicos del personaje; pero, además, el autor siempre introducía un detalle nuevo (la cocaína, el violín, la

existencia del hermano mayor Mycroft, la afición a la ópera italiana..., ciertos servicios prestados en otra época a las familias reales europeas..., el primer caso resuelto por Sherlock, cuando aún era un adolescente). Con cada nuevo detalle se dibujaban nuevas zonas de sombra, y al final surgía un personaje realmente fascinante: Conan Doyle había conseguido la mezcla perfecta entre el placer del descubrimiento y el placer del reconocimiento. Pero siempre me había parecido que Agatha Christie, al contrario, daba demasiada importancia al placer del reconocimiento. En sus descripciones iniciales de Poirot tenía tendencia a limitarse a unas cuantas frases clásicas, reducidas a las características más evidentes del personaje (su pasión maníaca por la simetría, sus lustrosos botines, lo mucho que se cuidaba el bigote); en sus obras más mediocres uno llegaba a tener la impresión de que había vuelto a copiar esas frases de presentación, tal cual, de un libro a otro.

Pero lo cierto es que El valle era interesante por otro motivo. No por el ambicioso personaje de Henrietta, la escultora, a través de quien Agatha Christie había intentado representar no sólo los tormentos de la creación (la escena en que ella destruía una de sus estatuas, justo después de haberla terminado penosamente, porque sentía que le faltaba algo), sino el sufrimiento concreto que ocasiona el hecho de ser artista:

esa incapacidad de ser realmente feliz o desgraciado, de sentir realmente el odio, la desesperación, el júbilo o el amor; esa especie de filtro estético que se interpone, irremisiblemente, entre el artista y el mundo. La novelista había puesto mucho de sí misma en este personaje, y su sinceridad era evidente.

Desgraciadamente, la artista, que en cierto modo vivía aislada del mundo, que sólo experimentaba las cosas de manera ambigua y doble, y en consecuencia con menor violencia, era por eso mismo un personaje menos interesante.

Profundamente conservadora, hostil a cualquier idea de reparto social de la riqueza, Agatha Christie había mostrado, a lo largo de toda su carrera de novelista, unas posiciones ideológicas muy tajantes. Este compromiso teórico radical le permitía, en la práctica, mostrarse a menudo bastante cruel en la descripción de esa aristocracia inglesa cuyos privilegios defendía. Lady Angkatell era un personaje grotesco, en el límite de lo verosímil, y a veces casi aterrador. La novelista estaba fascinada por su criatura, que había olvidado hasta las reglas que se aplican a los seres humanos corrientes; debía de haberse divertido mucho escribiendo frases como: «Es tan difícil conocer de verdad a la gente cuando hay un crimen en casa...»; pero lo cierto es que sus simpatías no estaban con lady Angkatell. Por el contrario, hacía un cálido retrato de Midge, obligada a trabajar como vendedora para ganarse la vida, y que pasaba los fines de semana entre gente que no tenía ni idea de lo que era un trabajo. Valiente y activa, Midge sentía por Edward un amor sin esperanzas. Por su parte, Edward se consideraba a sí mismo un fracasado: nunca había podido hacer nada, ni siquiera llegar a ser escritor; redactaba pequeñas crónicas llenas de ironía desencantada en oscuras revistas para bibliófilos. Le había propuesto matrimonio a Henrietta tres veces, sin éxito.

Henrietta había sido la amante de John, y admiraba su brillante personalidad, su fuerza; pero él estaba casado. Su asesinato daba al traste con el sutil equilibrio de deseos insatisfechos que unía a los personajes: Edward comprendía por fin que Henrietta no le querría nunca, que no estaba ni estaría a la altura de John; sin embargo tampoco parecía ser capaz de aproximarse a Midge, y su vida parecía definitivamente echada a perder. Ya partir de ese momento, El valle se convertía en un libro conmovedor y extraño; uno se sentía como si estuviera ante aguas profundas y movedizas. Cuando Midge salvaba a Edward del suicidio, y él le pedía que se casaran, Agatha Christie conseguía algo muy bello, una especie de deslumbramiento a la manera de Dickens.

Ella le abrazó. El le sonrió:

—Eres tan cálida, Midge..., tan cálida...

Sí, pensó Midge, eso es la desesperación. Algo glacial, un frío y una soledad infinitos. Hasta entonces, nunca había entendido que la desesperación era fría; siempre la había imaginado ardiente, vehemente, violenta. Pero no.

La desesperación era eso: un abismo sin fondo de oscuridad helada, de intolerable soledad. Y el pecado de desesperación del que hablaban los sacerdotes era un pecado frío, que consistía en aislarse de cualquier contacto humano, cálido y vivo.

Terminé el libro a eso de las nueve de la noche; me levanté y me acerqué a la ventana. El mar estaba en calma, minadas de manchitas luminosas bailaban en la superficie, un leve halo rodeaba el disco lunar. Sabía que esa noche había un full moon rave party en Koh Lanta; seguro que iban Babette y Léa, junto con buena parte de la clientela. Es fácil renunciar a la vida, dejar la vida de lado. Mientras se organizaba la velada, los taxis empezaban a llegar al hotel y todo el mundo se agitaba en los pasillos; yo no sentía nada más que un triste alivio.

10

La frontera entre Tailandia y Birmania atraviesa la zona norte del istmo de Kra, una estrecha lengua de tierra montañosa que separa el golfo de Tailandia y el Mar de Andaman.

Al llegar a Ranong, en el extremo sur de Birmania, el istmo sólo mide veintidós kilómetros; se ensancha progresivamente para formar la península malaya.

De los cientos de islas que salpican el Mar de Andaman sólo algunas están habitadas, y ninguna de las pertenecientes a territorio birmano sufre la explotación turística. Por el contrario, las islas de la bahía de Phang Nga, en territorio tailandés, aportan al país el 43 % de los ingresos anuales en materia de turismo. La más importante es Phuket, donde los resorts se empezaron a desarrollar a mediados de los años ochenta, sobre todo con capital chino y francés (el grupo Aurore convirtió rápidamente el sudeste asiático en un sector clave para su expansión). Y no hay duda de que la Guía del Trotamundos, en el capítulo dedicado a Phuket, llega a su mayor grado de odio, elitismo vulgar y masoquismo agresivo. Empiezan diciendo:

«Phuket, para algunos, es la isla de moda; para nosotros, ya está pasada. Hay que ver esta "perla del océano índico" para comprobarlo... Hace algunos años todavía la elogiábamos: sol, playas de ensueño, dulzura de vivir. A riesgo de desafinar en 94 mitad de esta hermosa sinfonía, confesamos la verdad: ¡ya no nos gusta Phuket! Patong Beach, la playa más famosa, se ha llenado de cemento. Aumenta la clientela exclusivamente masculina, se multiplican los bares con camareras, la sonrisa se vende y se compra. En cuanto a los bungalows para trotamundos, se han sometido a una operación de cirugía estética, versión "excavadora mecánica", para dejar sitio a unos hoteles que se llenan de europeos solitarios y barrigones.»

Íbamos a pasar dos noches en Patong Beach; yo me instalé con confianza en el autobús, dispuesto a representar mi papel de europeo solitario y barrigón. El viaje terminaría, a bombo y platillo, con una estancia libre de tres días en Koh Phi Phi, un destino tradicionalmente considerado como un paraíso. «¿Qué decir de Koh Phi Phi?», se lamentaba la guía de vacaciones, «es casi como si a uno le piden que hable de un amor frustrado... Quiere decir algo bueno, pero se le estrangula la voz.» El masoquista manipulador no se conforma con ser desgraciado; quiere que los demás también lo sean. A unos treinta kilómetros, el autobús se detuvo para poner gasolina; yo tiré la Guía del Trotamundos a la papelera de la estación de servicio. El masoquismo occidental, me dije. Dos kilómetros después, me di cuenta de que ahora sí que no me quedaba nada que leer; iba a tener que afrontar el final del viaje sin el menor texto impreso que me sirviera de pantalla. Eché una ojeada a mi alrededor, se me habían acelerado las pulsaciones, de repente el mundo exterior me parecía mucho más cercano. Al otro lado del pasillo, Valérie había reclinado su asiento y tenía la cara vuelta hacia la ventanilla; parecía fantasear o dormir.

Intenté seguir su ejemplo. El paisaje, compuesto de vegetación diversa, desfilaba en el exterior. Como último recurso, le pedí prestada a René la Guía Michelin; así me enteré de que las plantaciones de heveas y el látex desempeñaban un papel fundamental en la economía de la región: Tailandia era el tercer productor mundial de caucho. Así que aquella confusa ve95 getación servía para fabricar preservativos y neumáticos; el ingenio humano es realmente notable. Se puede criticar al hombre por muchas razones, pero no podemos negar que se trata de un mamífero ingenioso.

Después de la noche del río Kwai, la distribución de las mesas había quedado definitivamente establecida. Valérie estaba con lo que llamaba «el equipo de la clase baja», Josiane se había unido a los naturópatas, con los que compartía ciertos valores, como las prácticas basadas en la serenidad. De hecho, en el desayuno asistí de lejos a una verdadera competición de serenidad entre Albert y Josiane, bajo la mirada interesada de los ecologistas, que como vivían en un agujero perdido de Franche–Comté no tenían acceso a tantas prácticas.

Babette y Léa, aunque eran de Île–de–France, tampoco tenían mucho que decir, aparte de un «Es genial...» de vez en cuando; para ellas, la serenidad sólo era un objetivo a medio plazo. El caso es que tenían una mesa equilibrada, con dos líderes naturales de sexo diferente que podían desarrollar una complicidad activa. A nosotros nos costaba más. Josette y René comentaban regularmente el menú, se habían acostumbrado con mucha facilidad a la cocina del país, Josette había llegado a pedir algunas recetas. De vez en cuando criticaban a los comensales de la otra mesa, a quienes consideraban pretenciosos y vanidosos; así no íbamos a llegar muy lejos, y por lo general yo esperaba los postres con impaciencia.

Le devolví a René la Guía Michelin; quedaban cuatro horas de autobús hasta Phuket. Compré una botella de Mekong en el bar del restaurante. Me pasé las cuatro horas siguientes luchando contra la vergüenza que me impedía sacar la botella de la mochila para coger un buen pedo; al final me pudo la vergüenza. La entrada del Beach Resortel estaba adornada con una banderola que decía DAMOS LA BIENVENIDA A LOS BOMBEROS DE CHAZAY. «Vaya, esto tiene gra96 cia...», comentó Josette, «tu hermana vive en Chazay...» René ya no se acordaba. «Sí, sí...», insistió ella. Antes de coger la llave de mi habitación me dio tiempo a oírla decir: «Al final, cruzando el istmo de Kra se pierde un día entero»; y lo peor es que tenía razón. Me derrumbé en la cama king size y me serví un buen trago de alcohol, y luego otro.

Me desperté con un dolor de cabeza espantoso y vomité mucho rato en la taza del váter. Eran las cinco de la madrugada: demasiado tarde para los bares con camareras, demasiado pronto para desayunar. En el cajón de la mesilla de noche había una biblia en inglés y un libro sobre las enseñanzas de Buda, en el que leí: «Because of their ignorance, people are always thinking wrong thoughts and always losing the right viewpoint and, clinging to their egos, they take wrong actions.

As a result, they become attached to a delusive existence.». No estaba muy seguro de entenderlo, pero la última frase ilustraba a la perfección el estado en que me encontraba en ese momento, y me alivió tanto que pude esperar hasta la hora del desayuno. En la mesa de al lado había un grupo de gigantescos negros norteamericanos, parecían un equipo de baloncesto. Un poco más lejos, una mesa de chinos de HongKong: reconocibles por su suciedad, que ya era difícilmente soportable para un occidental, pero que sumía a los camareros tailandeses en un espanto apenas atenuado por la costumbre. Al contrario que los tailandeses, que se comportan en todo momento con una urbanidad puntillosa, por no decir tiquismiquis, los chinos comen de manera voraz, ríen muy fuerte con la boca abierta y proyectan trocitos de comida alrededor, escupen en el suelo, se suenan con los dedos:

son unos auténticos cerdos en todo. Y para colmo de males, hay muchísimos cerdos.

(Tras unos minutos andando por las calles de Patong Beach, me di cuenta de que todo lo que el mundo civilizado había sido capaz de producir en materia de turistas estaba allí reunido, en los dos kilómetros del paseo marítimo. En pocos metros me crucé con japoneses, italianos, alemanes, norteamericanos, sin contar a algunos escandinavos y sudamericanos ricos. «Todos son iguales, todos van buscando el sol», como me había dicho la chica de la agencia de viajes. Yo me porté como un cliente ejemplar de tipo medio: alquilé una tumbona y una sombrilla, me bebí unos cuantos Sprite y me di un moderado chapuzón. El oleaje era muy suave. Volví al hotel a eso de las cinco de la tarde, medianamente satisfecho de mi día libre, pero decidido a seguir haciendo lo mismo. I was attached to a delusive existence. Me quedaban los bares de camareras; antes de dirigirme al barrio apropiado, di una vuelta por la zona de restaurantes. En el Royal Savoey Seafood vi a una pareja de norteamericanos que estaba terminando de comerse un bogavante con exagerada atención. «Dos mamíferos delante de un crustáceo», me dije. Un camarero se acercó a ellos, todo sonrisas, probablemente para elogiar la frescura del

producto. «Suman tres», proseguí maquinalmente. Había cada vez más gente: solitarios, familias, parejas; todo aquello producía una fuerte impresión de inocencia.

A veces, cuando han bebido mucho, los alemanes senior se reúnen en grupo y entonan canciones lentas, de una tristeza infinita. Eso divierte mucho a los camareros tailandeses, que los rodean dando gritos.

Siguiendo los pasos de tres señores quincuagenarios, que intercambiaban vigorosos «Ach!» y «Ja», me encontré sin pretenderlo en la calle de los bares que buscaba. Los arrullos de las chicas con falda corta rivalizaban para atraerme al Blue Nights, el Naughty Girl; el Classroom, el Marilyn, el Venus...

98 Al final me decidí por el Naughty Girl. Todavía no había mucha gente: una docena de occidentales solos en sus mesas, sobre todo ingleses y norteamericanos jóvenes, entre los veinticinco y los treinta años. En la pista de baile, una decena de chicas ondulaba lentamente al son de una especie de ritmo disco–retro. Unas llevaban un bikini blanco, otras se habían quitado el sujetador y sólo llevaban el string. Todas andarían por los veinte años: tenían la piel de un moreno dorado, cuerpos excitantes y flexibles. A mi izquierda había un viejo alemán sentado a una mesa con su Carlsberg: con su vientre imponente, la barba blanca y las gafas se parecía bastante a un profesor de universidad jubilado. Miraba, completamente hipnotizado, los jóvenes cuerpos que se movían delante de sus ojos; estaba tan quieto que por un momento creí que se había muerto.

Entraron en acción varias máquinas de humo, la música cambió a un slow polinesio. Las chicas se fueron y otras ocuparon su lugar, vestidas con guirnaldas de flores a la altura del pecho y el talle. Giraban suavemente, y las guirnaldas dejaban ver a veces los pechos, a veces el nacimiento de las nalgas. El viejo alemán seguía mirando el escenario; en cierto momento se quitó las gafas para limpiarlas, tenía los ojos húmedos. Estaba en el paraíso.

En realidad, las chicas no intentaban pescar a nadie, pero era posible invitar a una de ellas a beber algo, charlar un poco, eventualmente pagar al establecimiento un bar fee de quinientos baths y llevarse a la chica al hotel después de negociar el precio. Creo que la tarifa por la noche completa era de cuatro o cinco mil baths, poco más o menos el salario de un obrero no cualificado en Tailandia; pero Phuket es una escala cara. El viejo alemán le hizo una señal discreta a una de las chicas que, todavía con el string blanco, esperaba volver a escena. Ella se acercó enseguida y se instaló con familiaridad entre los muslos del viejo. Sus pechos redondos y jóvenes estaban a la altura de la cara del alemán, que había enrojecido de placer. Oí que ella le llamaba «Papá». Pagué el tequila con limón y me fui, un poco incómodo; tenía la impresión de asistir a una de las últimas alegrías del anciano, era demasiado conmovedor y demasiado íntimo.

Justo al lado del bar encontré un restaurante al aire libre y allí me senté a comer un plato de arroz con cangrejos. Casi todas las mesas estaban ocupadas por parejas compuestas por un occidental y una tailandesa; la mayoría parecían californianos, o la idea que la gente tiene de los californianos; en cualquier caso llevaban un tong. En realidad, quizás eran australianos, es fácil confundirlos; en cualquier caso tenían un aspecto sano, deportivo y bien alimentado. Eran el futuro del mundo. En ese momento, al ver a todos aquellos anglosajones jóvenes, irreprochables y llenos de futuro, comprendí hasta qué punto el turismo sexual era el futuro del mundo.

En la mesa de al lado, dos tailandesas de unos treinta años, de formas generosas, parloteaban con animación; estaban sentadas frente a dos jóvenes ingleses con el cráneo rapado, con pinta de presos posmodernos, que bebían penosamente sus cervezas sin pronunciar una palabra. Un poco más lejos, dos bolleras alemanas con pantalones de peto, bastante rechonchas, con el pelo muy corto y rojo, se habían dado el capricho de una deliciosa adolescente con el pelo largo y negro y un rostro de líneas muy puras, vestida con un sarong multicolor. También había dos árabes aislados, de nacionalidad indefinible; llevaban la cabeza envuelta en esa especie de paño de cocina con el que vemos a Arafat en sus apariciones televisivas. En resumen, allí estaba el mundo rico o medio rico, diciendo «presente» a la llamada inmutable y dulce del coño asiático. Lo más raro es que uno tenía la impresión de que después de mirar a cada pareja ya sabía si las cosas iban a ir bien o no. Las chicas se aburrían casi siempre,

ponían cara larga o resignada, miraban de reojo las demás mesas. Pero algunas miraban a sus compañeros a los ojos con una actitud de espera amorosa, bebían sus palabras, les contestaban con animación; uno podía imaginar que las cosas podían llegar más lejos, que podía nacer una amistad o incluso una relación más duradera; sabía que los casos de matrimonio no eran poco frecuentes, sobre todo con los alemanes.

Por mi parte, no tenía muchas ganas de iniciar una conversación con una chica en un bar; generalmente estos intercambios, demasiado centrados en la naturaleza y el coste de la prestación sexual por venir, son decepcionantes. Prefería los salones de masaje, donde uno empieza por el sexo; a veces nace cierta intimidad, a veces no. En ciertos casos se puede prolongar la compañía en el hotel, y allí es donde uno se da cuenta de que la chica no siempre tiene ganas: a veces está divorciada, alguien tiene que cuidar a sus hijos; es triste, y está bien. Mientras terminaba el arroz, esbocé el guión de una película pornográfica de aventuras llamada El salón de masaje.

Sirien, una joven del norte de Tailandia, se enamora locamente de Bob, un estudiante norteamericano que ha ido a parar a su lado después de una noche cargadita en compañía de sus compañeros de pedo. Bob no la toca, se conforma con mirarla con sus bonitos ojos azul claro y hablarle de su tierra, Carolina del Norte o algo parecido. Después se ven varias veces cuando Sirien termina de trabajar, pero desgraciadamente Bob tiene que irse para acabar su último año de estudios en la Universidad de Yale. Elipsis. Sirien le espera ilusionada mientras atiende a las exigencias de sus numerosos clientes. Aunque pura de corazón, se la machaca y se la chupa ardientemente a un montón de franceses barrigones y bigotudos (papel secundario para Gérard Jugnot), amén de un montón de alemanes adiposos y calvos (papel secundario para un actor alemán). Al final Bob regresa e intenta sacarla de su infierno, pero la mafia china no está por la labor. Bob hace intervenir al embajador de Estados Unidos y a la presidenta de una asociación humanitaria que lucha contra la trata de jovencitas (papel secundario para Jane Fonda). Teniendo en cuenta las mafias chinas (evocación de las Tríadas) y la complicidad de los generales tailandeses (dimensión política, apelación a los valores de la democracia), lo lógico es que hubiera jaleo y persecuciones en Bangkok. Pero Bob conseguía llevársela. En una de las últimas escenas, Sirien desplegaba todos sus conocimientos sexuales, por primera vez con sinceridad. Todas aquellas pollas que había chupado siendo una humilde empleada de salón de masajes, las había chupado esperando la polla de Bob, que reunía todas las demás; en fin, habría que ver el diálogo. Fundido encadenado sobre los dos ríos (el Chao Phraya y el Delaware). Créditos. Para la explotación europea ya se me había ocurrido una publicidad especial, un poco del tipo «Si le gustó El salón de música, le encantará El salón de masajes.».

Bueno, de momento era todo bastante vago, me faltaban los socios. Pagué, me levanté, anduve ciento cincuenta metros rechazando diversas proposiciones y me encontré delante del Pussy Paradise. Empujé la puerta y entré. Tres metros más allá reconocí a Robert y a Lionel, que bebían unos irish coffes.

Al fondo, detrás de un cristal, había unas cincuenta chicas sentadas en gradas, cada una con su número. Un camarero se acercó rápidamente a mí. Lionel volvió la cabeza, me vio, y una expresión de vergüenza se extendió por su cara. Robert se volvió a su vez y me invitó con un gesto lento a unirme a ellos.

Lionel se mordía los labios, no sabía dónde meterse. El camarero apuntó mi pedido.

—Soy de derechas... —dijo Robert sin motivo aparente—.

Pero cuidado...

Movió el índice, como para ponerme en guardia. Yo había notado que desde el principio del viaje se imaginaba que yo era de izquierdas, y que esperaba la ocasión propicia para iniciar una conversación conmigo; pero yo no tenía la menor intención de entrar en ese jueguecito. Encendí un cigarrillo; él me miró de arriba abajo con severidad.

—La felicidad es cosa delicada —dijo con voz sentenciosa—; es difícil encontrarla dentro de nosotros, e imposible encontrarla en otra parte. —Al cabo de unos segundos, añadió con voz severa—: Chamfort.

Lionel le miraba con admiración, como si hubiera caído completamente bajo su encanto. La frase me parecía discutible: quizás se habría aproximado más a la realidad invirtiendo «difícil» e «imposible»; pero yo no tenía ganas de proseguir el diálogo, lo más importante era volver a una situación turística normal. Además empezaba a tener ganas de la 47, una tailandesa pequeña y muy esbelta, por no decir muy delgada, pero con labios gruesos y aspecto amable; llevaba una minifalda roja y medias negras. Consciente de mi distracción, Robert se dirigió a Lionel.

—Creo en la verdad —dijo en voz baja—. Creo en la verdad y en el principio de la prueba experimental.

Escuchando con una sola oreja, me enteré con sorpresa de que era catedrático de Matemáticas, y que de joven había escrito trabajos prometedores sobre los grupos de Lie.

Reaccioné vivamente ante esta información: así que había algunos ámbitos, algunos campos de la inteligencia humana donde él había sido el primero en percibir claramente la verdad, en llegar a una certeza absoluta, demostrable.

—Sí... —concedió él, casi a regañadientes—. Naturalmente, todo eso volvió a ser demostrado en un marco más general.

Luego se había dedicado a la enseñanza, sobre todo en los cursos preparatorios; no le había gustado dedicar los años de su edad madura a hacer empollar en el último momento a unos jóvenes imbéciles cuya única obsesión era entrar en la Politécnica o en la Central, y eso hablando de los más dotados.

—De todas formas —añadió—, no tenía madera de matemático creador. Muy pocos la tienen.

Hacia finales de los años setenta, había participado en una comisión ministerial para la reforma de la enseñanza de las matemáticas; una bonita gilipollez, según confesó. Ahora tenía cincuenta y tres años; se había jubilado tres años antes, y desde entonces se dedicaba al turismo sexual. Había estado casado tres veces.

—Soy racista... —dijo alegremente—. Me he convertido en un racista... Uno de los primeros efectos de viajar es que se refuerzan o se crean prejuicios sociales, porque ¿cómo nos imaginamos a los demás antes de conocerlos? Idénticos a nosotros, por supuesto; y sólo poco a poco nos damos cuenta de que la realidad es ligeramente distinta. Cuando puede, el occidental trabaja; su trabajo suele aburrirle o exasperarle, pero él finge que le interesa. A los cincuenta años, cansado de la enseñanza, de las matemáticas y de todo lo demás, decidí descubrir el mundo. Acababa de divorciarme por tercera vez; a nivel sexual, no esperaba nada de particular. Primero viajé a Tailandia; inmediatamente después fui a Madagascar.

Desde entonces no he vuelto a follar con una blanca; ni siquiera he vuelto a tener ganas de hacerlo. Créame —dijo, poniendo una mano firme en el antebrazo de Lionel—, ya no encontrará en una blanca el coño suave, dócil, flexible y musculoso, todo eso ha desaparecido por completo.

La 47 se dio cuenta de que la miraba con insistencia; me sonrió y cruzó las piernas muy alto, revelando un liguero escarlata. Robert seguía exponiendo sus ideas.

—En la época en que los blancos se consideraban superiores —dijo—, el racismo no era peligroso. Para los colonos, los misioneros y los profesores laicos del siglo diecinueve, el negro era un animal no demasiado malo, con costumbres entretenidas, una especie de mono un poco más evolucionado. En el peor de los casos lo consideraban una provechosa bestia de carga, capaz de llevar a cabo tareas complejas; en el mejor, un alma zafia, poco pulida, pero capaz de elevarse hasta Dios, o hasta la razón occidental—, mediante la educación. De todos modos veían en él a un «hermano inferior», y no sentimos odio por un inferior, todo lo más una bondad despreciativa. Ese racismo benévolo, casi humanista, ha desaparecido por completo. Desde el momento en que los blancos empezaron a considerar a los negros sus iguales, estaba claro que tarde o tempranos los considerarían superiores.

La noción de igualdad no tiene el menor fundamento en el ser humano. —Volvió a alzar el índice. Por un momento creí que iba a citar sus fuentes, La Rochefoucauld o no sé quién, pero no. Lionel frunció el ceño a causa de la concentración—.

Y cuando los blancos se creen inferiores —continuó Robert, preocupado por que le entendieran—, todo está dispuesto para la aparición de un nuevo racismo, basado en el masoquismo: históricamente, son estas condiciones las que han llevado a la violencia, a la guerra interracial y a la masacre. Por ejemplo, todos los antisemitas están de acuerdo en conceder a los judíos cierto tipo de superioridad: al leer los escritos antisemitas de la época, lo que más llama la atención es el hecho de que se considera al judío más inteligente, más astuto, con cualidades especiales para las finanzas y, encima, para la solidaridad comunitaria. Resultado: seis millones de muertos.

Le eché otra mirada a la 47: el compás de espera es un momento excitante, sería maravilloso hacerlo durar mucho tiempo; pero se corre el riesgo de que la chica se vaya con otro cliente. Le hice al camarero un discreto gesto con la mano.

—¡Yo no soy judío! —exclamó Robert, creyendo que iba a hacerle una objeción. Desde luego, podría haber objetado varias cosas: al fin y al cabo estábamos en Tailandia, y los blancos nunca han considerado a los individuos de raza amarilla como «hermanos inferiores», sino como seres evolucionados, miembros de civilizaciones diferentes, complejas, ocasionalmente peligrosas; también habría podido observar que nosotros estábamos allí para follar, y que esas discusiones nos hacían perder tiempo; en el fondo, mi objeción principal era ésa. El camarero se acercó a nuestra mesa; con un gesto rápido, Robert le indicó que nos sirviera otra ronda.

— *I need a girl* —dije yo con voz aguda—. *The girl number four seven*! Él me miraba con expresión inquieta e interrogativa; un grupo de chinos acababa de instalarse en la mesa de al lado, armaban un ruido espantoso.

— *The girl numbe four seven*! — dije a grito pelado, separando las sílabas.

Esta vez me entendió, sonrió ampliamente y se dirigió a un micrófono colocado delante del cristal, donde articuló unas cuantas palabras. La chica se levantó, descendió las gradas y se dirigió a una salida lateral, alisándose el pelo.

—El racismo —continuó Robert mirándome de reojo— parece caracterizado, al principio, por una mayor antipatía, un impulso competitivo más violento entre machos de raza diferente; pero su corolario es el aumento del deseo sexual por las hembras de la otra raza. Lo que está realmente en juego en la lucha racial —dijo con claridad— no es ni económico ni cultural, sino biológico y brutal: es la competencia por la vagina de las mujeres jóvenes.

Me dio la impresión de que estaba a punto de empezar a discursear sobre el darwinismo; en ese momento el camarero volvió a nuestra mesa acompañado de la número 47. Robert la miró despacio de arriba abajo.

—Ha elegido bien... —dijo sombríamente—, parece muy guarra.

La chica sonrió con timidez. Yo le metí una mano bajo la falda y le acaricié las nalgas, como para protegerla. Ella se apretó contra mí.

—Es verdad que en mi barrio ya no son los blancos los que dictan las normas... —intervino Lionel, sin necesidad aparente.

—¡Exactamente! —aprobó Robert con energía—. Tienen ustedes miedo, y con razón. Creo que en los próximos años aumentará la violencia racial en Europa; y todo eso acabará en guerra civil —dijo, con los primeros espumarajos de rabia—; todo se arreglará a golpe de kaláshnikov.

Se bebió el cóctel de un trago; Lionel empezaba a mirarlo con un poco de aprensión.

—¡A mí que no me jodan! —añadió, dejando el vaso en la mesa con violencia—. Soy occidental, pero puedo vivir donde me dé la gana, y por el momento sigo siendo yo quien tiene la pasta. He estado en Senegal, en Kenia, en Tanzania, en Costa de Marfil. Cierto que las chicas de allí no son tan expertas como las tailandesas, no son tan dulces, pero están bien hechas y tienen un coño fragante.

Debieron de venirle a la cabeza algunos recuerdos en ese momento, porque se calló de golpe.

— *What is your name?* —aproveché para preguntarle a la número 47.

—I'm Sin. —dijo ella. Los chinos de la mesa de al lado habían elegido y se dirigían a los pisos de arriba con carcajadas y risitas; volvió a reinar un relativo silencio.

—Las negritas se ponen a cuatro patas, te presentan el coño y el culo —continuó Robert, pensativo—, y el interior del coño es completamente rosa... —añadió en un murmullo.

Yo también me levanté. Lionel me miró agradecido; obviamente estaba contento de que yo me fuera con una chica antes que él, le parecía menos incómodo. Yo hice una pequeña inclinación de cabeza para despedirme de Robert. Miraba la sala —y, más allá, al género humano— sin la menor amabilidad, con expresión dura, los rasgos crispados en una mueca amarga. Ya se había expresado, o por lo menos había tenido la oportunidad de hacerlo; pensé que yo le iba a olvidar con bastante rapidez. De repente me pareció un hombre derrotado, acabado; me dio la impresión de que ni siquiera le quedaban ganas de hacer el amor con aquellas chicas. Se puede describir la vida como un proceso de inmovilización, muy evidente en el bulldog francés, tan vivaracho de joven y tan apático de adulto. En Robert, el proceso estaba ya muy avanzado; quizás todavía tenía erecciones, pero no era muy seguro; uno siempre puede hacerse el listo, dar la impresión de haber entendido un poco la vida, pero lo cierto es que la vida se acaba. Mi suerte se parecía a la suya, compartíamos la misma derrota; sin embargo, yo no sentía ninguna clase de solidaridad. A falta de amor, no se puede santificar nada. Bajo los párpados se fusionan las manchas luminosas; hay visiones y hay sueños. Pero eso ya no concierne al hombre, que espera la noche; y la noche cae. Pagué dos mil baths al camarero, que me precedió hasta la doble puerta que llevaba a los pisos superiores. Sin me llevaba de la mano; durante una o dos horas iba a intentar hacerme feliz.

Es muy raro dar, en un salón de masajes, con una chica que tenga ganas de hacer el amor, eso es obvio. En cuanto llegamos a la habitación, Sin se arrodilló delante de mí, me bajó el pantalón y el slip y se metió mi sexo en la boca. Empecé a ponerme duro en el acto. Ella frunció los labios y sacó el glande a pequeños lengüetazos. Yo cerré los ojos, sentía vértigo, tenía la sensación de que me iba a correr en su boca.

Ella se detuvo en seco, se desnudó sonriendo, dobló la ropa y la puso en una silla.

— *Massage later*... —dijo mientras se tumbaba en la cama; luego separó los muslos.

Ya estaba dentro de ella, e iba y venía con fuerza, cuando me di cuenta de que había olvidado ponerme un preservativo. Según los informes de Médicos del Mundo, la tercera parte de las prostitutas tailandesas eran seropositivas. Sin embargo, no puedo decir que sintiera un escalofrío de terror; sólo me sentí ligeramente irritado. Estaba claro que las campañas de prevención contra el sida eran un completo fracaso.

Aun así, se me había puesto un poco floja.

— Something wrong?.1 —preguntó ella, inquieta, enderezándose sobre los codos.

— *Maybe... a condom* —dije yo, incómodo.

— No problem, no condom... I'm OK! —exclamó ella alegremente.

Me cogió los huevos en la palma de una mano, y me acarició la polla con la palma de la otra mano. Yo me tumbé de espaldas y me abandoné a la caricia. El movimiento de su palma se volvió más rápido, y sentí que la sangre me afluía otra vez al sexo. Al fin y al cabo, a lo mejor había controles médicos o algo así. Cuando la tuve dura ella se sentó sobre mí y se la hundió de golpe. Crucé las manos sobre sus riñones; me sentía invulnerable. Ella empezó a mover la pelvis con breves sacudidas, cada vez más excitada; yo separé los muslos para penetrarla más a fondo. El placer era intenso, casi embriagador; yo respiraba muy despacio para controlarme, me sentía reconciliado. Ella se tumbó sobre mí y frotó vivamente su pubis contra el mío, lanzando gritos de placer; yo subí las manos y le acaricié la nuca. Cuando llegó al orgasmo se quedó quieta, dejó escapar un largo jadeo y se derrumbó sobre mi pecho. Yo seguía dentro de ella, sentía las contracciones de su vagina. Ella tuvo otro orgasmo, una contracción muy profunda, que venía del interior. La abracé con fuerza, involuntariamente, y eyaculé con un grito. Ella se quedó quieta, con la cabeza en mi pecho, durante unos diez minutos; después se levantó y me propuso que nos diéramos una ducha. Me secó con mucha delicadeza, dándome golpecitos con la toalla, como se hace con los bebés. Me senté en el sofá y le ofrecí un cigarrillo.

— *We have time*... —me dijo—. *We have a little time*. Me enteré de que tenía treinta y dos años. No le gustaba su trabajo, pero su marido se había ido y la había dejado sola con dos hijos.

— *Bad man* —dijo—. *Thai men, bad men*. Le pregunté si había hecho amistad con algunas de las otras chicas. No mucho, contestó; la mayoría eran jóvenes y descerebradas, se gastaban todo lo que ganaban en ropa y perfumes. Ella no era así, era seria y metía su dinero en el banco. Dentro de unos años podría dejarlo y volver a vivir en su pueblo; sus padres ya eran mayores y necesitaban ayuda.

Al despedirme, le di una propina de dos mil baths; era ridículo, demasiado. Ella cogió los billetes con incredulidad y me saludó varias veces, con las manos juntas a la altura del pecho.

— *You good man* —dijo. Se puso la minifalda y las medias; le quedaban dos horas de trabajo antes del cierre. Me acompañó a la puerta y juntó las manos una vez más.

— *Take care* —dijo—. *Be happy*. Salí a la calle un poco pensativo. La última etapa del viaje empezaba al día siguiente, a las ocho de la mañana. Me pregunté cómo habría pasado Valérie su día libre.

11

—Estuve comprando regalos para mi familia —dijo ella—.

Encontré unas conchas maravillosas.

El barco surcaba las aguas azul turquesa, entre acantilados calcáreos cubiertos por una espesa selva; así era exactamente como yo imaginaba el escenario de La isla del tesoro.

—Hay que reconocer que, a pesar de todo, la naturaleza, sí... —dije.

Valérie me miró con expresión atenta; se había recogido el pelo en un moño, pero algunos rizos volaban al viento a ambos lados de su cara.

—A pesar de todo, la naturaleza, hay veces... —continué, desalentado. Debería haber clases de conversación, igual que hay clases de bailes de salón; estaba claro que yo me había dedicado en exceso a la contabilidad y había perdido el contacto.

—¿Se da cuenta de que hoy es treinta y uno de diciembre? —dijo ella, sin alterarse.

Yo miré en torno a mí el cielo inmutable, el océano turquesa; no, la verdad es que no me había dado cuenta. Los seres humanos han tenido que echar mano de un gran valor para colonizar las regiones frías.

Sôn se levantó para dirigirse al grupo.

—Ahora acercar Koh Phi Phi. Allí ya dicho, imposible ir.

¿Poner bañador para ir? Ir a pie, no profundo, andar. Andar en agua. No maletas, maletas después.

El piloto dobló un cabo y paró el motor. El barco continuó su impulso hasta una pequeña cala que se curvaba entre los acantilados cubiertos por la selva. Las aguas, de un verde transparente, lamían una playa de arena de un blanco inmaculado, irreal. En medio del bosque, antes de las primeras laderas, se veían bungalows de madera, construidos sobre pilotes y con el techo cubierto de hojas de palmera. Todo el grupo se quedó callado un momento.

—El paraíso terrenal... —dijo Sylvie, en voz baja y estrangulada por una emoción real. No exageraba mucho. Aunque claro, ella no era Eva. Ni yo Adán.

Uno tras otro, los miembros del grupo se levantaron y salvaron a horcajadas el costado del barco. Yo ayudé a Josette a bajar a donde la esperaba su marido. Se había arremangado la falda hasta la cintura y le costaba un poco cruzar la borda, pero estaba encantada, estornudaba de entusiasmo. Yo miré hacia atrás; el marinero tailandés esperaba, apoyado en su remo, a que todos los pasajeros hubieran bajado. Valérie había cruzado las manos sobre las rodillas, me miró por encima de ellas y sonrió, incómoda.

—He olvidado ponerme el bañador... —dijo por fin.

Yo levanté despacio las manos en señal de incompetencia.

—Puedo irme... —dije yo, como un imbécil.

Ella se mordió los labios de pura irritación, se levantó y se quitó el pantalón de un tirón. Llevaba unas bragas de encaje muy fino, nada que ver con el espíritu del viaje. El vello púbico sobresalía por los lados, bastante espeso y muy negro.

Yo no volví la cabeza, habría sido estúpido, pero tampoco la miré con mucha insistencia. Bajé por el costado izquierdo del barco y le tendí los brazos para ayudarla; ella saltó a su vez. El agua nos llegaba a la cintura.

Antes de ir a la playa, Valérie volvió a mirar los collares de conchas que había comprado para sus sobrinas. Nada más licenciarse, su hermano había conseguido un trabajo como ingeniero científico en Elf. Tras unos cuantos meses de formación de empresa, se había ido a Venezuela: su primera misión. Un año después, se casó con una chica del país. Valérie tenía la impresión de que antes de casarse él no tenía mucha experiencia sexual; en cualquier caso, nunca había llevado a una chica a casa. Suele ocurrir con los jóvenes que estudian ingeniería; no tienen tiempo para salir y tener amigas. Dedican el tiempo libre a entretenimientos sin consecuencias, como los juegos de rol inteligentes o las partidas de ajedrez en Internet. Consiguen graduarse, encuentran su primer empleo y lo descubren todo a la vez: el dinero, las responsabilidades profesionales, el sexo; cuando los destinan a un país tropical, es raro que resistan. Bertrand se había casado con una mujer en la que se daban cita numerosos mestizajes y que tenía un cuerpo soberbio; muchas veces, cuando iban de vacaciones a casa de sus padres, en la playa de SaintQuay–Portrieux, Valérie había sentido un violento arrebato de deseo por su cuñada. Le costaba trabajo imaginar a su hermano haciendo el amor. Pero ya tenían dos hijos, y parecían formar una pareja feliz. Era fácil comprar regalos para Juana: le gustaban los adornos, y las conchas claras destacarían estupendamente sobre su piel morena. Eso sí, no había encontrado nada para Bertrand. Cuando los hombres no tienen vicios, se decía ella, es muy difícil adivinar lo que puede gustarles.

Estaba hojeando el Phuket Weekly, que había encontrado en uno de los salones del hotel, cuando vi a Valérie caminando por la orilla de la playa. Un poco más lejos había un grupo de alemanes que se estaban bañando desnudos. Ella vaciló un momento, y luego se dirigió hacia mí. El sol resplandecía; era casi mediodía. Yo tenía que entrar en el juego, costara lo que costase. Babette y Léa pasaron por delante de nosotros; llevaban bolsos en bandolera, pero aparte de eso también iban completamente desnudas. Registré la información sin reaccionar. Valérie, por el contrario, las siguió con la mirada un buen rato, sin disimular la curiosidad. Se instalaron no muy lejos de los alemanes.

—Creo que voy a bañarme... —dije.

—Yo iré más tarde —contestó ella.

Entré en el agua sin el menor esfuerzo. Estaba tibia, maravillosamente tranquila, y era transparente: grupos de pececillos plateados nadaban muy cerca de la superficie. El fondo se inclinaba muy suavemente, seguía haciendo pie a cien metros de la orilla. Me la saqué del bañador y cerré los ojos, imaginándome el sexo de Valérie tal y como lo había visto esa mañana, medio oculto por las bragas de encaje. Se me puso dura, lo cual ya era algo; podía ser una motivación.

Además hay que vivir, y tener relaciones humanas; en general, y desde hacía mucho tiempo, yo estaba demasiado tenso.

A lo mejor me habría venido bien hacer alguna actividad por las tardes, badminton, canto coral o lo que fuera. A pesar de todo, sólo conseguía acordarme de las mujeres con las que había follado. Y eso también era algo; acumulamos recuerdos para sentirnos menos solos en el momento de la muerte.

No, no tenía que pensar así. Think positive, me dije, descompuesto. Think different. Volví despacio a la orilla, parando cada diez brazadas, respirando profundamente para relajarme. Lo primero que vi cuando puse el pie en la arena, es que Valérie se había quitado la parte superior del traje de baño.

De momento estaba tumbada boca abajo, pero en algún momento se daría la vuelta; eso era tan inexorable como un movimiento planetario. ¿En qué estaba yo pensando, exactamente? Me senté en mi toalla, arqueando ligeramente la espalda. Think different, me repetía a mí mismo. Yo había visto otros pechos, los había acariciado y lamido; sin embargo, una vez más me quedé pasmado. No me cabía duda de que Valérie tenía unos pechos magníficos; pero era todavía peor de lo que me había imaginado. No conseguía apartar la mirada de los pezones, de las areolas; ella tenía que darse cuenta, pero no decía nada, y los segundos empezaron a

parecerme largos. ¿Qué tienen las mujeres en la cabeza, exactamente? Aceptan con tanta facilidad los términos del juego...

A veces, cuando se miran desnudas, de pie, a un espejo, se ve en su mirada una especie de realismo, una fría evaluación de su capacidad de seducción, que ningún hombre podrá alcanzar jamás. Fui yo el primero que bajó los ojos.

Entonces pasó un lapso de tiempo que no sé definir; el sol seguía en la vertical, la luz era muy fuerte. Yo miraba fijamente la arena, blanca y fina como el polvo.

—Michel... —dijo ella en voz baja. Yo levanté la cabeza bruscamente, como si me hubieran golpeado. Sus ojos, muy oscuros, miraron directamente a los míos—. ¿Qué tienen las tailandesas que no tengan las occidentales? —preguntó con claridad.

Tampoco esta vez conseguí sostenerle la mirada; su pecho se movía al ritmo de su respiración; los pezones parecían haberse endurecido. Allí, en aquel preciso momento, me dieron ganas de contestarle: «Nada.» Y entonces tuve una idea, una idea no demasiado buena.

—Aquí hay un artículo, una especie de publirreportaje...

—le tendí el Phuket Weekly.

— «*Find your longlife companion... Well educated Thai ladies*...». ¿Es esto?

—Sí; un poco después hay una entrevista.

Cham Sawanasee, sonriente, con traje negro y corbata oscura, contestaba a las diez preguntas que nos podíamos hacer (*Ten questions you could ask*) sobre el funcionamiento de la agencia Heart to Heart, de la que era director.

«*There seems to be*», observaba el señor Sawanasee, «*a near perfect match between the Western men, who are unappreciated and get no respect in their own countries, and the Thai women, who would be happy to find someone who simply does his job and hopes to come home to a pleasant family life after work. Most Western women do not want such a boring husband*.

»One easy way to see this», continuaba, «is to look at any publication containing “personal” ads. The Western women want someone who look a certain way, and who has certain “social skills”, such as dancing and clever conversation, someone who is interesting and exciting and seductive. Now go to my catalogue, and look at what the girls say they want. It’s all pretty simple, really. Over and over they state that they are happy to settle down FOREVER with a man who is willing to hold down a steady job and be a loving and understanding HUSBAND and FATHER. That will get you exactly nowhere with an American girl!»

»*As Western women*», concluía con bastante descaro, «*do not appreciate men, as they do not value traditional family Ufe.*

Marriage is not the right thing for them to do. I’m helping modern Western women to avoid what they despise. ».

—Lo que dice tiene sentido... —observó Valérie con tristeza—. Hay un mercado, no cabe duda...

Dejó la revista y se quedó pensativa. En ese momento Robert pasó por delante de nosotros; andaba por la orilla con las manos cruzadas a la espalda y la mirada sombría. Valérie se dio la vuelta bruscamente y miró en dirección contraria.

—No me gusta ese tipo... —Resopló con irritación.

—No es tonto... —Hice un gesto de indiferencia.

—No es tonto, pero no me gusta. Hace todo lo que puede para escandalizar a los demás, para resultar antipático; no me gusta eso. Usted, al menos, intenta adaptarse.

—¿Ah, sí? —La miré con sorpresa.

—Sí. Claro que se nota que le cuesta, que no está hecho para este tipo de vacaciones; pero por lo menos hace un esfuerzo. En el fondo, creo que es usted bastante simpático.

En ese momento podría haberla abrazado, y tendría que haberlo hecho; tendría que haberle acariciado los pechos, besado los labios; como un estúpido, no lo hice. La tarde siguió su curso, el sol avanzó sobre las palmeras; todo lo que nos dijimos a partir de ese momento fue insignificante.

Para la cena de Nochevieja, Valérie se puso un vestido largo de un tejido verde muy vaporoso, ligeramente transparente, con un corpiño muy escotado. Tras los postres, una

orquesta empezó a tocar en la terraza, con un viejo cantante, bastante extravagante, que hacía versiones show–rock de Bob Dylan con voz nasal. Babette y Léa parecían haberse unido al grupo de alemanes; me llegaban exclamaciones de ese lado.

Josette y René bailaban juntos, tiernamente abrazados, como horteras simpáticos. La noche era cálida; las falenas se arremolinaban en torno a los farolillos multicolores que colgaban de la balaustrada. Yo estaba atormentado y bebía un whisky detrás de otro.

—Lo que decía ese tipo, la entrevista en el periódico...

—Sí... —Valérie alzó los ojos hacia mí; estábamos sentados uno junto a otro en un banco de mimbre. Sus pechos se redondeaban bajo el corpiño, como si se ofrecieran dentro de sus pequeñas conchas. Se había maquillado; el largo pelo negro flotaba suelto sobre sus hombros.

—Vale sobre todo para las norteamericanas, creo. Pero con las europeas no está tan claro.

Ella puso cara de duda y guardó silencio. No podía ser más obvio que habría hecho mejor invitándola a bailar. Me bebí otro whisky, pegué la espalda al asiento e inspiré profundamente.

Cuando me desperté, la sala estaba casi desierta. El cantante seguía tarareando en tailandés, acompañado por el sonido cansino de la batería; pero nadie le escuchaba. Los alemanes habían desaparecido, pero Babette y Léa estaban en mitad de una animada conversación con dos italianos salidos de quién sabe dónde. Valérie se había ido. Eran las tres de la madrugada, hora local; acababa de empezar el año 2001. En París faltaban tres horas para que llegara; en Teherán era exactamente medianoche, y las cinco de la madrugada en Tokio. Las distintas especies de la familia humana entraban en el tercer milenio; en lo que a mí respectaba, había malogrado mi entrada.

12

Volví a mi bungalow, abrumado de vergüenza; se oían risas en el jardín. En mitad del sendero arenoso tropecé con un pequeño sapo gris, inmóvil. No huyó, no tuvo ningún reflejo de defensa. Tarde o temprano alguien lo iba a pisar sin darse cuenta; le quebraría el espinazo, y su carne aplastada se mezclaría con la arena. El transeúnte sentiría algo blando bajo la suela, lanzaría un breve juramento, se limpiaría frotando los zapatos contra el suelo. Empujé al sapo con el pie: avanzó despacio hacia el borde del camino. Volví a empujarlo, y llegó al relativo refugio del césped; quizás había prolongado su vida unas cuantas horas. Yo me sentía en una posición apenas superior a la suya: no había crecido protegido por una familia ni por nada que pudiera preocuparse por mi suerte, apoyarme si me angustiaba, alegrarse con mis aventuras y mis éxitos. Y tampoco había fundado una entidad semejante: era soltero, no tenía hijos, a nadie se le habría ocurrido buscar mi apoyo. Vivía y moriría solo, como un animal. Durante unos minutos me revolqué a gusto en una conmiseración sin objeto.

Desde otro punto de vista, yo era un bloque resistente, compacto, de tamaño superior a la media de las especies animales; mi esperanza de vida era parecida a la de un elefante o un cuervo; y era mucho más difícil de destruir que un pequeño batracio.

Me pasé los dos días siguientes encerrado en el bungalow. De vez en cuando salía, pegándome a las paredes, e iba al mercadillo a comprar pistachos y botellas de Mekong. No podía soportar la idea de cruzarme con Valérie en el buffet del desayuno o en la playa. Hay cosas que se pueden hacer, y otras que parecen demasiado difíciles. Con el tiempo, todo parece demasiado difícil; la vida se reduce a eso.

La tarde del 2 de enero, encontré debajo de mi puerta el cuestionario de satisfacción de Nouvelles Frontières. Lo rellené escrupulosamente, marcando en general las casillas de «bien». Y era cierto que, en un sentido, todo estaba bien. Mis vacaciones se habían desarrollado con normalidad. El viaje había sido cool, pero con cierto olor de aventura; correspondía a su descripción. En la sección «observaciones personales», escribí el siguiente poema:

En cuanto me despierto, me siento transportado a otro universo perfectamente cuadriculado.

Conozco bien la vida y sus modalidades, es como un cuestionario para marcar casillas.

Hice la maleta la mañana del 3 de enero. Al verme en el barco, Valérie ahogó una exclamación, yo volví la cabeza.

Sôn se despidió de nosotros en el aeropuerto de Phuket; habíamos llegado con adelanto, faltaban tres horas para el despegue. Tras las formalidades del control, deambulé por el centro comercial. Aunque el vestíbulo del aeropuerto estaba totalmente cubierto, las tiendas tenían forma de cabaña, con largueros de teca y techo de hojas de palmera. El surtido de productos era una mezcla de la producción estándar internacional (pañuelos de Hermès, perfumes de Yves Saint–Laurent, bolsos de Vuitton) y productos locales (conchas, figuritas, corbatas de seda tailandesa); todos los artículos llevaban código de barras. En resumen, que las tiendas del aeropuerto seguían siendo un espacio de vida nacional, pero de vida nacional segura, debilitada, plenamente adaptada a los estándares del consumo mundial. Para el viajero que llegaba al final de su recorrido era un espacio intermedio, menos interesante y a la vez menos aterrador que el resto del país. Yo tenía la intuición de que el mundo tendía a parecerse cada vez más a un aeropuerto.

Cuando pasé por delante del Coral Emporium, me entraron ganas de comprarle un regalo a Marie–Jeanne; al fin y al cabo, ella era lo único que me quedaba en el mundo. ¿Un collar? ¿Un broche? Estaba revolviendo dentro de un cesto cuando vi a Valérie a dos metros de mí.

—Estoy intentando elegir un collar... —dije, titubeando.

—¿Para una rubia o para una morena? —Había una brizna de amargura en su voz.

—Rubia, con los ojos azules.

—Entonces es mejor elegir un coral de color claro.

Le tendí la carta de embarque a la cajera. Mientras pagaba le dije a Valérie, con un tono bastante lamentable:

—Es para una compañera de trabajo...

Ella me miró de forma rara, como si dudase entre darme una bofetada o echarse a reír a carcajadas, pero cuando salimos de la tienda me acompañó unos cuantos metros. La mayoría de los miembros del grupo parecían haber terminado sus compras y estaban sentados en el vestíbulo. Me detuve, tomé aliento y miré a Valérie.

—Podríamos volver a vernos en París... —dije.

—¿Sí? —contestó ella con aspereza.

No dije nada, me conformé con mirarla otra vez. En cierto momento estuve a punto de decir: «Sería una pena que...», pero no estoy seguro de haberlo dicho en voz alta.

Valérie miró a su alrededor, vio a Babette y a Léa sentadas en los asientos más cercanos, volvió la cabeza con nerviosismo. Luego sacó un cuaderno del bolso, arrancó una hoja y apuntó algo rápidamente. Al darme la hoja intentó decir algo, renunció, me dio la espalda y se reunió con el grupo.

Miré el pedazo de papel antes de guardármelo en el bolsillo:

era un número de móvil.

Segunda parte

Ventaja competitiva

1

El avión aterrizó en Roissy a las once de la mañana; fui uno de los primeros en recuperar la maleta. A las doce y media estaba en mi casa. Era sábado, podía salir a comprar algo de comer, alguna tontería para la casa, etc. Un viento glacial barría la rue Mouffetard, y nada parecía valer la pena. Dos militantes por los derechos de los animales vendían pegatinas amarillas. Tras las fiestas, siempre desciende un poco el consumo de alimentos de las familias. Compré un pollo asado, dos botellas de Graves y el último número de Hot Video.

Era una opción poco ambiciosa para el fin de semana, pero no tenía la impresión de merecer más. Devoré la mitad del pollo, la piel carbonizada y grasienta, ligeramente nauseabunda. Poco después de las tres, llamé a Valérie. Contestó al segundo timbrazo. Sí, estaba libre esa

noche; a cenar, sí. Podía recogerla a las ocho; vivía en avenue Reille, cerca del parque Montsouris.

Me abrió la puerta vestida con un pantalón de chándal blanco y una camiseta corta.

—Todavía no estoy lista... —dijo, recogiéndose el pelo en la nuca. El movimiento elevó los pechos; no llevaba sujetador.

Le puse las manos en la cintura y acerqué mi cara a la suya.

Ella abrió los labios y enseguida me metió la lengua en la boca.

Sentí una violenta excitación, estuve a punto de desmayarme, se me puso dura en el acto. Sin separar su pubis del mío, ella cerró la puerta de entrada, que se cerró con un ruido seco.

La habitación, iluminada por una sola lamparilla, parecía inmensa. Valérie me cogió por la cintura y me llevó a tientas hasta el dormitorio. Junto a la cama, me besó otra vez. Yo le subí la camiseta para acariciarle los pechos; ella susurró algo que no entendí. Me arrodillé delante de ella, le bajé el pantalón y las bragas y apreté la cara contra su sexo. La raja estaba húmeda, abierta y olía bien. Ella gimió y cayó sobre la cama.

Me desnudé a toda prisa y entré en ella. Yo tenía el sexo caliente, y lo recorrían agudos latigazos de placer.

—Valérie... —dije—, no voy a poder aguantar mucho, estoy demasiado excitado.

Ella me atrajo hacia sí y susurró en mi oído:

—Ven...

En ese momento sentí que las paredes de su vagina se contraían en torno a mi sexo. Tuve la sensación de desvanecerme en el espacio, sólo mi sexo estaba vivo, recorrido por una oleada de placer increíblemente violenta. Eyaculé durante mucho tiempo, con varias sacudidas; justo al final, me di cuenta de que estaba gritando a pleno pulmón. Habría muerto por un momento así.

Peces amarillos y azules nadaban a mi alrededor. Estaba de pie debajo del agua, a unos metros de la superficie iluminada por el sol. Valérie estaba un poco más lejos, también de pie, delante de un arrecife de coral; me daba la espalda. Los dos estábamos desnudos. Yo sabía que ese estado de ingravidez se debía a una alteración de la densidad de los océanos, pero me sorprendía ser capaz de respirar. Me reuní con ella en pocas brazadas. El arrecife estaba constelado de organismos fosforescentes, plateados, en forma de estrella. Yo le puse una mano en el pecho, la otra en el bajo vientre. Ella se arqueó y frotó las nalgas contra mi sexo.

Me desperté en la misma posición; todavía era de noche.

Separé suavemente las piernas de Valérie para penetrarla. Al mismo tiempo me mojé los dedos para acariciarle el clítoris.

Me di cuenta de que estaba despierta cuando empezó a gemir. Se levantó y se arrodilló en la cama. Empecé a penetrarla con más y más fuerza, sentía que estaba a punto de correrse, respiraba cada vez más deprisa. Cuando llegó al orgasmo se estremeció y dio un grito desgarrador; luego se quedó quieta, como muerta. Me retiré y me tendí a su lado. Ella se estiró y me abrazó; estábamos bañados en sudor.

—Da gusto que a una la despierte el placer... —dijo ella, poniéndome una mano en el pecho.

Cuando volví a despertarme ya era de día, y estaba solo en la cama. Me levanté y crucé la habitación. La sala era efectivamente muy grande, y de techo muy alto. Las estanterías recorrían un entresuelo, por encima del sofá. Valérie había salido; había dejado pan, queso, mantequilla y mermeladas en la mesa de la cocina. Me serví una taza de café y volví a la cama. Ella regresó diez minutos después con croissants y panecillos de chocolate, y los llevó en una bandeja al dormitorio.

—Hace un frío espantoso ahí fuera... —dijo, desnudándose. Yo pensé en Tailandia.

—Valérie... —dije yo, inseguro—, ¿qué me ves? No soy ni muy guapo, ni muy divertido; me cuesta entender por qué te gusto.

Ella me miró sin decir nada; estaba casi desnuda, sólo llevaba las bragas.

—Te lo pregunto muy en serio —insistí—. Soy un tipo quemado, no muy sociable, bastante resignado a una vida aburrida. Y luego llegas tú, tan amistosa y cariñosa, y me das un placer tan fuerte... No lo entiendo. Creo que buscas en mí algo que no tengo. Y que terminarás decepcionada.

Ella sonrió; tuve la impresión de que no se decidía a hablar; luego me puso una mano en los cojones. Se me puso dura en el acto. Enrolló un mechón de su pelo en la base de mi sexo y después empezó a masturbarme con la punta de los dedos.

—No sé... —dijo, sin parar—. Me gusta que no estés seguro de ti mismo. Te he deseado mucho durante el viaje. Era horrible, pensaba en eso todos los días.

Me apretó los cojones con más fuerza, envolviéndolos en la palma de la mano. Con la otra cogió un poco de mermelada de frambuesa y me la untó en el sexo; luego empezó a lamerlo con esmero, a grandes lengüetazos. El placer era cada vez más intenso, abrí las piernas en un esfuerzo desesperado por aguantar. Como jugando, ella me masturbó un poco más deprisa, apretando la polla contra su boca. Cuando su lengua cosquilleó el frenillo del glande, eyaculé violentamente en su boca entreabierta. Ella tragó con un leve gruñido, luego me rodeó la punta del sexo con los labios para recoger las últimas gotas. Me invadió una increíble oleada de calma que parecía recorrer cada una de mis venas. Ella retiró la boca, se tendió a mi lado y se acurrucó contra mí.

—La noche del treinta y uno de diciembre estuve a punto de llamar a la puerta de tu habitación; al final no me atreví.

Estaba convencida de que ya no pasaría nada entre nosotros; lo peor es que ni siquiera conseguía estar resentida contigo.

La gente habla mucho en los viajes organizados, pero es un falso compañerismo, saben muy bien que nunca se volverán a ver. Y es muy raro que tengan relaciones sexuales.

—¿Tú crees?

—Lo sé; se han hecho muchas encuestas sobre el tema. Lo mismo ocurre en los clubs de vacaciones. De hecho, para ellos es un problema, porque ése es el único interés de la fórmula. Desde hace diez años disminuye regularmente la clientela, aunque las tarifas tienden a bajar. La única explicación verdadera es que las relaciones sexuales en los períodos de vacaciones se han vuelto prácticamente imposibles. Los únicos destinos donde la cosa cambia un poco son los que tienen muchos clientes homosexuales, como Corfú o Ibiza.

—Estás muy informada... —dije con sorpresa.

—Es normal, trabajo en turismo. —Sonrió—. Eso también es una constante en los viajes organizados: se habla muy poco de la vida profesional. Es una especie de paréntesis lúdico, centrado en lo que los organizadores llaman el «placer del descubrimiento». Por acuerdo tácito, los participantes rehuyen los temas serios, como el trabajo o el sexo.

—¿Dónde trabajas?

—En Nouvelles Frontières.

—¿Entonces, estabas allí a título profesional? ¿Para hacer un informe o algo así?

—No. Estaba realmente de vacaciones. Me han hecho un gran descuento, claro, pero he utilizado mis días de permiso.

Hace cinco años que trabajo ahí, pero es la primera vez que, voy con ellos.

Mientras preparaba una ensalada de tomates con mozzarella, Valérie me habló de su vida profesional. En marzo de 1990, tres meses antes del examen de bachillerato, empezó a preguntarse lo que iba a hacer con sus estudios, y, de manera más general, con su vida. Tras muchas dificultades, su hermano mayor había conseguido entrar en la Escuela de Geología de Nancy; acababa de licenciarse. Probablemente, su carrera de ingeniero geólogo le llevaría a trabajar en explotaciones mineras o plataformas petrolíferas; en cualquier caso, muy lejos de Francia. A él le gustaba viajar. A ella también, bueno, más o menos; al final decidió entrar en la Escuela de Turismo. No creía que el empeño intelectual necesario para estudios largos fuera con su carácter.

Fue un error, y no tardó en darse cuenta. El nivel de su clase le pareció terriblemente bajo, aprobaba los exámenes sin el menor esfuerzo, y esperaba razonablemente sacarse el título casi sin pensar. Se matriculó a la vez en un curso que le permitía tener la homologación con Letras y Humanidades. Cuando se graduó en turismo, se matriculó en un máster de sociología. Eso también la decepcionó enseguida. El campo era interesante, y seguro que había cosas por descubrir, pero los métodos de trabajo propuestos y las teorías expuestas le parecían de un simplismo ridículo: aquello apestaba a aficionados, ideología e imprecisión. Lo dejó a mitad

de curso, sin sacar los certificados, y encontró un trabajo de agente en una sucursal de Kuoni en Rennes. Al cabo de dos semanas, cuando empezó a pensar en alquilar un estudio, se dio cuenta de que había caído en la trampa: ya había entrado en el mundo del trabajo.

Se quedó un año en la agencia Kuoni de Rennes, donde descubrió que era muy buena vendedora. «No era difícil», dijo. «Bastaba hacer hablar un poco a los clientes, interesarse por ellos. A fin de cuentas, es muy raro encontrar gente que se interesa por los demás.» Entonces la dirección le propuso un puesto con salario fijo en la sede parisina. Se trataba de participar en la concepción de los circuitos, prever el itinerario y las visitas, negociar los precios con los hoteleros y los prestatarios locales. Allí también se las arregló bien. Seis meses después, contestó a un anuncio de Nouvelles Frontières, que buscaba a alguien para el mismo puesto. Entonces despegó su carrera. Formó equipo con Jean–Yves Frochot, un joven licenciado que apenas sabía nada de turismo. El la valoró enseguida, confió en ella y, aunque teóricamente era su jefe, le dejó un gran margen de iniciativa.

—Lo bueno de Jean–Yves es que ha sido ambicioso por los dos. Cada vez que ha habido que negociar una promoción o un aumento de salario, es él quien lo ha hecho. Ahora es el responsable de productos en todo el mundo, supervisa la concepción de todos los circuitos; y yo sigo siendo su ayudante.

—Debes de tener un buen sueldo.

—Cuarenta mil francos al mes. Bueno, ahora hay que contar en euros. Un poco más de seis mil euros.

Miré a Valérie con asombro.

—No me esperaba eso... —dije.

—Porque nunca me has visto con traje de chaqueta.

—¿Te pones traje?

—No sirve de mucho, prácticamente sólo trabajo por teléfono. Pero si hace falta, sí, me pongo un traje. Tengo hasta un liguero. Me lo puedo poner un día, si quieres.

Y entonces me di cuenta, con dulce incredulidad, de que iba a volver a ver a Valérie, y de que probablemente íbamos a ser felices. Era una alegría demasiado inesperada, tenía ganas de llorar; se hacía imprescindible cambiar de tema.

—¿Cómo es Jean–Yves?

—Normal. Casado, con dos hijos. Trabaja muchísimo, los fines de semana se lleva informes a casa. En fin, un joven directivo normal, bastante inteligente, bastante ambicioso; pero es simpático, no es nada neurótico. Me llevo bien con él.

—No sé por qué, pero me alegro de que seas rica. No tiene ninguna importancia, pero me agrada.

—Es verdad que he conseguido ganar un buen sueldo; pero pago el cuarenta por ciento en impuestos, y un alquiler de diez mil francos al mes. No estoy segura de habérmelas arreglado tan bien: si mis resultados empeoran, me echarán a la calle sin dudarlo; ya les ha pasado a otros. Si hubiera tenido acciones sí que me habría hecho rica. Al principio, Nouvelles Frontières era sobre todo una agencia que ofrecía vuelos de tarifa reducida. Se han convertido en el primer tour operador francés gracias a la concepción y a la relación calidad/precio de sus circuitos; en gran parte gracias a nuestro trabajo, el que hacemos Jean–Yves y yo. En diez años el valor de la empresa se ha multiplicado por veinte, y como Jacques Maillot sigue teniendo el treinta por cierto de las acciones, puedo decir que ha hecho fortuna gracias a mí.

—¿Lo conoces?

—Nos hemos visto varias veces; no me gusta. Por fuera es un católico demagogo enrollado y ridículo, con sus corbatas multicolores y sus motos, pero por dentro es un cabrón hipócrita y despiadado. Antes de Navidad, un cazatalentos se puso en contacto con Jean–Yves; supongo que le habrá visto estos días, ya sabrá algo más; quedé en llamarle en cuanto volviera.

—Entonces llámale, es importante.

—Sí... —Parecía un poco dubitativa, el recuerdo de Jacques Maillot la había ensombrecido—. Y mi vida también es importante. De hecho, tengo ganas de hacer el amor otra vez.

—No sé si se me va a poner dura ahora mismo.

—Entonces cómeme el coño. Me sentará bien.

Se levantó, se quitó las bragas y se tumbó cómodamente en el sofá. Me arrodillé delante de ella, le separé los labios y empecé a lamerle suavemente el clítoris.

—Más fuerte... —murmuró. Le metí un dedo en el culo, acerqué la boca y besé el botón, masajeándolo con los labios—. Oh, sí... —dijo ella. La besé con más fuerza. Se corrió de repente, sin que yo me lo esperase, con un intenso estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo.

—Ven a mi lado... —Yo me senté en el sofá. Ella se acurrucó contra mí y apoyó la cabeza en mis muslos—. Cuando te pregunté qué tenían las tailandesas que no tuviéramos nosotras, no me contestaste de verdad; sólo me enseñaste una entrevista con el director de una agencia matrimonial.

—Tenía razón en lo que decía: hay muchos hombres que tienen miedo de las mujeres modernas, porque sólo quieren una dulce esposa que les lleve la casa y cuide a los niños. No es que eso haya desaparecido, pero en Occidente se ha vuelto imposible confesar esa clase de deseos, y por eso se casan con asiáticas.

—De acuerdo... —Pensó un instante—. Pero tú no eres así; es evidente que no te molesta lo más mínimo que yo tenga un puesto de responsabilidad, un salario elevado; no tengo la impresión de que eso te dé miedo. Y sin embargo fuiste a los salones de masaje y no intentaste nada conmigo. Eso es lo que no entiendo. ¿Qué tienen aquellas chicas? ¿De verdad hacen el amor mejor que nosotras?

Su voz se había alterado ligeramente durante las últimas palabras; yo estaba bastante conmovido, y tardé un poco antes de ser capaz de contestarle.

—Valérie, nunca he encontrado a nadie que me haga el amor mejor que tú; lo que he sentido desde ayer por la noche es casi increíble. —Me quedé callado un momento, y luego añadí—: Tú no puedes saberlo, pero eres una excepción.

Se ha vuelto muy raro encontrar mujeres que sientan placer y tengan ganas de darlo. Seducir a una mujer que uno no conoce y follar con ella se ha convertido, sobre todo, en una fuente de humillaciones y de problemas. Cuando uno considera las fastidiosas conversaciones que hay que soportar para llevarse a una tía a la cama, que en la mayoría de los casos resultará ser una amante decepcionante, que te joderá con sus problemas, que te hablará de los tíos con los que ha follado antes (dándote, de paso, la impresión de que tú no acabas de estar a la altura), y encima habrá que pasar con ella por cojones el resto de la noche, se entiende que los hombres quieran ahorrarse problemas a cambio de una pequeña suma. En cuanto tienen cierta edad y un poco de experiencia, prefieren evitar el amor; les parece más sencillo ir de putas. Bueno, no las putas de Occidente, no vale la pena, son verdaderos deshechos humanos, y de todas formas durante el año los hombres no tienen tiempo, trabajan demasiado. Así que la mayoría no hace nada; y algunos, de vez en cuando, se dan el lujo de un poco de turismo sexual. Y eso en el mejor de los casos:

irse con una puta sigue siendo mantener un pequeño contacto humano. También están los que creen que es más sencillo masturbarse conectados a Internet, o viendo vídeos porno.

En cuanto la polla escupe su chorrito, nos quedamos muy tranquilos.

—Ya... —dijo ella, tras un largo silencio—. Entiendo lo que quieres decir. ¿Y no crees que los hombres o las mujeres puedan cambiar?

—No creo que las cosas puedan ir hacia atrás, no. Probablemente, lo que pasará es que las mujeres se parecerán cada vez más a los hombres; de momento siguen muy apegadas a la seducción; mientras que a los hombres, en el fondo, lo de seducir se la suda, lo que quieren sobre todo es follar. La seducción sólo les interesa a algunos tíos que no tienen ni una vida profesional excitante ni ninguna otra fuente de interés en la vida. A medida que las mujeres presten más atención a su vida profesional, a sus proyectos personales, a ellas también les parecerá más sencillo pagar por follar; y se dedicarán al turismo sexual. Las mujeres pueden adaptarse a los valores masculinos; a veces les cuesta, pero pueden hacerlo; la historia lo ha demostrado.

—Así que las cosas no van demasiado bien.

—Nada bien... —confirmé con una sombría satisfacción.

—Entonces hemos tenido suerte al encontrarnos.

—Yo he tenido suerte, sí.

—Yo también... —dijo ella, mirándome a los ojos—. Yo también he tenido suerte. Los hombres que conozco son un desastre, no queda ninguno que crea en las relaciones amorosas; y se traen todo un teatro con la amistad, la complicidad, todas esas cosas que no comprometen a nada. He llegado a un punto en que ya ni siquiera soporto la palabra amistad, me pone directamente enferma. O bien tenemos a los que se casan, se colocan lo antes posible y ya sólo piensan en su carrera. Obviamente no era tu caso, pero también supe enseguida que no me hablarías nunca de amistad, que no serías vulgar hasta ese punto. Desde el primer momento tuve la esperanza de que nos acostáramos y que pasara algo fuerte; pero también podía no pasar nada, de hecho era lo más probable. —Se interrumpió, suspiró con irritación—. Bueno, voy a llamar a Jean–Yves.

Me vestí en el dormitorio mientras hablaba. «Sí, unas vacaciones estupendas...», oí; un poco más tarde exclamó:

«¿Cuánto?» Cuando volví al salón seguía con el teléfono en la mano, y parecía pensativa; no se había vuelto a vestir.

—Jean–Yves ha visto al tipo de personal —dijo—. Le ofrecen ciento veinte mil francos al mes. Están dispuestos a contratarme a mí también; según él, pueden llegar hasta noventa mil. Le han dado cita mañana para hablar del puesto.

—¿Dónde es el trabajo?

—En la división de ocio del grupo Aurore.

—¿Es una empresa importante?

—Bastante; es el primer grupo hotelero mundial.

2

Entender el comportamiento del consumidor para poder proponerle el producto adecuado en el momento adecuado, pero sobre todo convencerlo de que el producto propuesto se adapta a sus necesidades: ése es el sueño de cualquier empresa.

JEAN–LOUIS BARMA ¿Con qué sueñan las empresas?

Jean–Yves se despertó a las cinco de la madrugada y le echó una ojeada a su mujer, que seguía durmiendo. Habían pasado un fin de semana asqueroso en casa de sus padres; su mujer no soportaba el campo. Nicolás, su hijo de diez años, también aborrecía el Loiret, porque allí no podía llevarse el ordenador; y no le gustaban sus abuelos, le parecía que olían mal. Cierto que su padre iba cuesta abajo, que se descuidaba cada vez más, y ya no le interesaba casi nada salvo sus conejos. El único elemento soportable de esos fines de semana era su hija, Angélique: con tres años, todavía era capaz de extasiarse delante de las vacas y las gallinas; pero ahora estaba enferma, se había pasado la mayor parte de las noches llorando y gimiendo. Al llegar a casa, después de tres horas de atasco, Audrey había decidido salir con unos amigos. Él había cenado un plato preparado mientras veía una mediocre película norteamericana que contaba la historia de un serial killer autista; por lo visto, el guión se inspiraba en un hecho real, el hombre había sido el primer enfermo mental ejecutado en Nebraska después de más de sesenta años. Su hijo no había querido cenar, se había puesto a jugar una partida de Total Annihilation, o quizás era Mortal Kombat II, él los confundía. De vez en cuando entraba en la habitación de su hija para intentar que dejara de gritar. La niña se había quedado dormida a eso de la una; Audrey no había llegado todavía.

Al final había vuelto, pensó mientras se preparaba un café en la pequeña cafetera exprés; esta vez, por lo menos.

Libération y Le Monde se contaban entre los clientes del bufete de abogados para el que ella trabajaba; ahora frecuentaba un medio de periodistas, presentadores de televisión, políticos. Salía mucho, y a veces iba a sitios bastante raros; una vez, hojeando uno de sus libros, Jean–Yves encontró la tarjeta de un bar fetichista. Sospechaba que ella debía de acostarse con alguien de cuando en cuando; en cualquier caso, ellos ya no se tocaban. Lo extraño era que él, por su parte, no tenía aventuras. Y sin embargo sabía que era guapo, de ese tipo rubio con los

ojos azules que es más corriente entre los norteamericanos; pero la verdad es que no le apetecía aprovechar las ocasiones que se presentaban; con poca frecuencia, eso sí, porque trabajaba entre doce y catorce horas al día, y a su nivel de responsabilidad no solía haber muchas mujeres. Claro, estaba Valérie; pero nunca se le había ocurrido considerarla otra cosa que una compañera de trabajo. Por otra parte, era bastante curioso mirar las cosas desde ese nuevo ángulo; pero sabía que era una fantasía sin consecuencias; hacía cinco años que trabajaba con ella, y en ese campo las cosas pasan enseguida, o no pasan nunca. Sentía un gran aprecio por Valérie, por su asombrosa capacidad de organización, por su magnífica memoria; sabía que sin ella no habría llegado a ese nivel, o no tan deprisa. Y puede que ese mismo día subiera un escalón decisivo. Se cepilló los dientes, se afeitó con cuidado y eligió un traje bastante estricto. Luego empujó la puerta de la habitación de su hija, que estaba dormida; era tan rubia como él, y llevaba un pijama con polluelos estampados.

Fue andando al gimnasio République, que abría a las siete; vivían en rue Faubourg–du–Temple, un barrio bastante enrollado que él aborrecía. Su cita en la sede del grupo Aurore no era hasta las diez. Por una vez, Audrey tendría que encargarse de vestir a los niños y llevarlos al colegio. Sabía que aquella tarde, al volver a casa, tendría que soportar media hora de reproches; pero mientras andaba por la acera húmeda, entre cajas vacías y restos de fruta, se dio cuenta de que eso se la traía floja. También se dio cuenta, por primera vez con tanta claridad, de que su matrimonio había sido un error. Por término medio, esta conciencia precede al divorcio unos dos o tres años; nunca es una decisión fácil.

El enorme negro de la recepción lo saludó con un «¿A ponerse en forma, jefe?» no muy convincente. Le tendió el carnet y cogió una toalla, asintiendo con la cabeza. Cuando conoció a Audrey sólo tenía veintitrés años. Dos años después estaban casados, en parte —pero sólo en parte— porque ella estaba embarazada. Era guapa, elegante, se vestía bien; y sabía ser sexy cuando la ocasión lo requería. Además, tenía ideas. El desarrollo, en Francia, de ciertos procedimientos jurídicos al estilo norteamericano no le parecía una regresión, sino al contrario, un progreso hacia una mayor protección de los ciudadanos y más libertades individuales. Era capaz de argumentar este tema durante mucho rato, acababa de volver de un stage en Estados Unidos. En resumen, que le había metido un buen gol. Se dijo que no dejaba de ser curiosa esa necesidad suya de que las mujeres le impresionaran intelectualmente.

Primero hizo media hora de Stairmaster a diferentes niveles, y luego veinte largos en la piscina. En la sauna, desierta a esas horas, empezó a relajarse; y aprovechó para pasar revista a lo que sabía del grupo Aurore. A finales de 1966, Gérard Pélisson y Paul Dubrule —un empollón y un autodidacta— fundaron la sociedad Novotel–SIEH gracias a un capital que habían pedido prestado a la familia y a los amigos. En agosto de 1967, abrió sus puertas en Lille el primer Novotel, con las características que iban a forjar la identidad de la cadena: estandarización de las habitaciones; situación en la periferia de la ciudad, más concretamente a la altura de la última salida de la autopista antes de la aglomeración; alto nivel de comodidad y servicios para la época, porque Novotel fue una de las primeras cadenas que instaló sistemáticamente los cuartos de baño.

El éxito en el mundo de los negocios fue inmediato: en 1972, la cadena ya tenía treinta y cinco hoteles. Luego vino la creación de Ibis en 1973, en 1975 la adquisición de Mercure, en 1981 de Sofitel. Al mismo tiempo, el grupo se abría camino prudentemente en la restauración —compra de la cadena Courtepaille y del grupo Jacques Borel International, muy bien implantado en la restauración colectiva y el sector del bono restaurante. En 1983, la sociedad cambió de nombre para transformarse en grupo Aurore. Luego, en 1985, crearon los Formules 1, los primeros hoteles sin personal, y uno de los mayores éxitos en la historia de la hostelería. Ya bien implantada en África y en Oriente Medio, la sociedad se introdujo en Asia y creó su propio centro de formación, la academia Aurore. En 1990, la adquisición de Motel 6, con sus seiscientos cincuenta establecimientos repartidos por el territorio norteamericano, llevó al grupo al primer puesto mundial; fue seguida, en 1991, de una lograda OPA contra el grupo Wagons Lits. Estas adquisiciones le costaron caras al grupo Aurore, que en 1993 atravesó una crisis: los accionistas consideraron que la deuda era muy elevada y la compra de la cadena Méridien fracasó. Gracias a la cesión de algunos activos y a la recuperación de Europcar,

Lenôtre y la Societé de Casinos Lucien Barrière, la situación se equilibró en el ejercicio de 1995. En enero de 1997, Paul Dubrule y Gérard Pélisson abandonaron la presidencia del grupo, que dejaron en manos de Jean–Luc Espitalier, un graduado en la Escuela de Gestión Pública que las revistas económicas calificaban de «atípico». Sin embargo, ambos ex presidentes siguieron siendo miembros del consejo de administración. La transición fue bien, y a finales del 2000 el grupo había reforzado su estatus de líder mundial, consolidando aún más la ventaja sobre Mariott y Hyatt, que eran los números dos y tres, respectivamente. Entre las diez primeras cadenas hoteleras del mundo había nueve cadenas norteamericanas y una francesa: el grupo Aurore.

Jean–Yves dejó el coche a las nueve y media en el aparcamiento de la sede del grupo, en Évry. Dio algunos pasos en el aire glacial para relajarse, mientras esperaba la hora de la entrevista. A las diez en punto le hicieron pasar al despacho de Eric Leguen, el vicepresidente ejecutivo de hostelería, miembro de la directiva. Tenía cuarenta y cinco años, era ingeniero y licenciado en Standford. Corpulento, fornido, con el pelo rubio y los ojos azules, se parecía un poco a Jean–Yves con diez años más y una actitud un poco más segura.

—El presidente Espitalier le recibirá dentro de un cuarto de hora —dijo—. Mientras tanto, voy a explicarle por qué está aquí. Hace dos meses compramos la cadena Eldorador al grupo Jet Tours. Es una pequeña cadena de una decena de hoteles–club de playa repartidos por el Magreb, África negra y las Antillas.

—Es deficitaria, creo.

—No más que el resto del sector. —Sonrió bruscamente—.

Bueno, sí, un poco más que el resto del sector. Para no ocultarle nada, le diré que el precio de adquisición era razonable, pero no irrisorio, porque había otros grupos interesados: sigue habiendo bastante gente en la profesión que cree que el mercado se va a recuperar. Es cierto que, de momento, el Club Méditerranée es el único que va tirando; le diré, confidencialmente, que habíamos pensado lanzar una OPA contra el Club. Pero el pez era un poco grande, y los accionistas no nos habrían apoyado. Y además tampoco habría sido una jugada muy amable hacia Philippe Bourguignon, uno de nuestros antiguos empleados... —Esta vez su sonrisa fue un poco falsa, como si quisiera indicar que quizás, pero no necesariamente, se tratara de una broma—. En resumen, lo que le proponemos es la dirección general de los clubs Eldorador. Su objetivo, naturalmente, sería equilibrar las finanzas lo más rápidamente posible, y luego obtener beneficios.

—No es una tarea fácil.

—Somos conscientes; pero pensamos que el nivel de remuneración propuesto es bastante atractivo. Sin mencionar las posibilidades de carrera en el seno del grupo, que son inmensas: estamos presentes en ciento cuarenta y dos países, y damos empleo a más de ciento treinta mil personas. Además, la mayoría de nuestros directivos se convierten con bastante rapidez en accionistas del grupo: creemos en ese sistema, le he preparado una nota sobre el tema con algunos ejemplos numéricos.

—Tendré que disponer de informaciones más precisas sobre la situación de los hoteles de la cadena.

—Por supuesto; después le entregaré un informe detallado. No se trata de una compra meramente práctica, creemos en las posibilidades de la estructura: la implantación geográfica de los establecimientos es buena, su estado general excelente; se prevén muy pocas reformas. Por lo menos ésa es mi impresión, pero no tengo experiencia en el terreno de la hostelería de ocio. Desde luego, trabajaremos de común acuerdo, pero será usted quien decida sobre todos esos asuntos. Si desea vender un establecimiento o comprar otro, la decisión final será suya. En Aurore trabajamos así.

Reflexionó un momento antes de proseguir.

—Naturalmente, no está usted aquí por casualidad. Todo el mundo en la profesión ha seguido con gran atención su recorrido en el seno de Nouvelles Frontières; incluso puede decirse que ha creado usted escuela. No ha intentado ofertar sistemáticamente los precios más bajos ni las mejores prestaciones; se ha ajustado cada vez al nivel de precio que la clientela consideraría aceptable para cierto nivel de prestaciones, y ésa es exactamente la filosofía en la que se basan

todas las cadenas de nuestro grupo. Y otra cosa muy importante, usted ha participado en la creación de una marca con una imagen fuerte; eso, en Aurore, no siempre hemos sabido hacerlo.

Sonó el teléfono. La conversación fue muy breve. Leguen se levantó y acompañó a Jean–Yves a lo largo de un pasillo con losas de color crema. El despacho de Jean–Luc Espitalier era inmenso, debía de tener por lo menos cuarenta metros cuadrados; en la parte izquierda había una mesa de conferencias con unas quince sillas. Espitalier se levantó cuando entraron y les recibió con una sonrisa. Era un hombre bajo y bastante joven —desde luego, no más de cuarenta y cinco años—, con la frente ligeramente despoblada y un aspecto curiosamente modesto, casi invisible, como si quisiera abordar con ironía la importancia de su función. Probablemente no había que fiarse, pensó Jean–Yves; los ingenieros suelen ser así, desarrollan una apariencia de humor que se revela engañosa. Se sentaron en unos sillones, en torno a una mesa baja que estaba enfrente del escritorio. Espitalier le miró largo rato, con su curiosa y tímida sonrisa, antes de tomar la palabra.

—Siento una gran admiración por Jacques Maillot —dijo al fin—. Ha construido una excelente empresa, muy original, con una verdadera cultura. Lo cual no es frecuente. Ahora bien, y no quiero jugar a pájaro de mal augurio, creo que los tour operadores franceses tienen que prepararse para hacer frente a un período extremadamente duro. Es inminente (e inevitable; en mi opinión, es cuestión de meses) que los tour operadores británicos y alemanes se introduzcan en el mercado. Tienen una capacidad financiera dos o tres veces mayor que la nuestra, y ofertan circuitos entre un veinte y un treinta por ciento más baratos para un nivel de prestaciones comparable o superior.

La competencia va a ser dura, muy dura. Hablando claramente, rodarán cabezas. No quiero decir que Nouvelles Frontières vaya a ser una de ellas; es un grupo con una identidad muy fuerte y unos accionistas unidos, puede resistir. De todos modos, los próximos años van a ser difíciles para todo el mundo.

»En Aurore no tenemos el mismo problema —continuó con un ligero suspiro—. Somos el líder mundial incontestable en la hostelería de negocios, que es un mercado poco fluctuante; pero estamos poco implantados en el sector de la hostelería de ocio, que es más volátil, más sensible a las fluctuaciones económicas o políticas.

—Precisamente —intervino Jean–Yves—, me ha sorprendido bastante su adquisición. Creí que su eje de desarrollo prioritario seguía siendo la hostelería de negocios, sobre todo en Asia.

—Sigue siendo nuestro eje prioritario —contestó tranquilamente Espitalier—. Solamente en China, por ejemplo, hay unas posibilidades extraordinarias en el terreno de la hostelería económica. Tenemos la experiencia y la astucia necesarias:

imagine conceptos como Ibis o Formule 1 traducidos a la escala del país. Dicho esto..., ¿cómo explicárselo? —Se quedó pensativo un momento, miró el techo y la mesa de conferencias que estaba a su derecha antes de volver a mirar a JeanYves—. Aurore es un grupo discreto. Paul Dubrule repetía a menudo que el único secreto para tener éxito en un mercado es llegar a tiempo. A tiempo quiere decir no llegar demasiado pronto; es raro que los verdaderos innovadores saquen verdadero provecho de su invento: es la historia de Apple contra Microsoft. Pero también quiere decir, evidentemente, no llegar demasiado tarde. Y ahí es donde la discreción nos ha venido bien. Si uno se desarrolla en la sombra, sin hacer ruido, cuando los competidores reaccionan y quieren asaltar el castillo ya es demasiado tarde: el territorio está amurallado y se ha adquirido una ventaja competitiva decisiva. Nuestro nivel de notoriedad no está a la altura de nuestra importancia real, y en gran parte ha sido por decisión propia.

»Pero eso ya es agua pasada —continuó, tras un nuevo suspiro—. Ahora todo el mundo sabe que somos el número uno mundial. A partir de este momento, es inútil, y hasta peligroso, contar con una discreción excesiva. Un grupo de la importancia de Aurore se debe a su imagen pública. La hostelería de negocios es un oficio muy seguro, que garantiza ingresos elevados y regulares. Pero ¿cómo decirlo?, no mola mucho. La gente habla poco de sus viajes de negocios, a nadie le gusta contarlos. Para desarrollar una imagen positiva de cara al gran público, teníamos dos opciones: el tour operating, y los hoteles–club. El tour operating se

aleja más de nuestro oficio de base, pero hay negocios muy saneados que están dispuestos a cambiar de manos: estuvimos a punto de seguir ese camino. Y entonces se presentó la oportunidad de Eldorador, y decidimos aprovecharla.

—Lo único que intento en este momento es entender sus objetivos —precisó Jean–Yves—. ¿Dan ustedes más importancia a los resultados o a la imagen?

—Es un tema complejo... —Espitalier vaciló y se agitó ligeramente en el sillón—. El problema de Aurore es que tiene un accionariado muy diluido. De hecho, eso es lo que provocó en 1994 los rumores de OPA contra el grupo; y puedo decirle —prosiguió con un gesto firme de la mano— que esos rumores eran absolutamente infundados. Ahora lo serían más todavía: nuestro endeudamiento es nulo, y ningún grupo mundial, ni siquiera fuera del sector de la hostelería, tiene envergadura suficiente para lanzarse a este tipo de empresa.

Pero sigue siendo cierto que no tenemos un accionariado coherente, al contrario que Nouvelles Frontières, por ejemplo.

En el fondo, Paul Dubrule y Gérard Pélisson eran más empresarios que capitalistas; en mi opinión, grandes empresarios, los mejores del siglo. Pero no intentaron controlar personalmente el accionariado de su empresa, y eso es lo que hoy nos coloca en una posición delicada. Usted sabe tan bien como yo que a veces es necesario acceder a algunos gastos de prestigio que mejoran la posición estratégica del grupo, aunque no tengan impacto financiero positivo a corto plazo. También sabemos que a veces es necesario apoyar temporalmente a un sector deficitario, ya sea porque el mercado no está maduro o porque atraviesa una crisis pasajera. A los accionistas de la nueva generación les cuesta cada vez más trabajo aceptar eso: la teoría de la rápida compensación de las inversiones ha hecho estragos.

Levantó discretamente la mano al ver que Jean–Yves se disponía a intervenir.

—Cuidado —precisó—, nuestros accionistas tampoco son imbéciles. Saben muy bien que en el contexto actual será imposible equilibrar una cadena como Eldorador el primer año; probablemente tampoco el segundo. Pero el tercer año estudiarán las cifras minuciosamente, y no tardarán mucho en sacar conclusiones. A partir de ese momento, aunque su proyecto sea magnífico, aunque tenga inmensas posibilidades, yo no podré hacer nada.

Hubo un largo silencio. Leguen estaba inmóvil; había inclinado la cabeza. Espitalier se frotaba el mentón con un dedo, con cierta expresión de duda.

—Ya veo... —dijo al final Jean–Yves. Al cabo de unos segundos, añadió con calma—: Les daré mi respuesta dentro de tres días.

3

Vi muy a menudo a Valérie durante los dos meses siguientes. De hecho, salvo un fin de semana que pasó en casa de sus padres, creo que la vi todos los días. Jean–Yves había decidido aceptar la propuesta del grupo Aurore; y ella había decidido seguirle. Recuerdo que lo primero que me dijo fue: «Voy a pasar al tramo impositivo del sesenta por ciento». Efectivamente, su salario pasaba de cuarenta mil a setenta y cinco mil francos mensuales; una vez deducidos los impuestos, era menos espectacular. Sabía que tendría que hacer un esfuerzo enorme en cuanto se incorporase al grupo, a principios de marzo. Por el momento, en Nouvelles Frontières todo iba bien: ambos habían anunciado su dimisión, y estaban pasando tranquilamente el testigo a sus sucesores. Le aconsejé a Valérie que ahorrase, que abriera una cuenta de ahorro vivienda o algo así; pero en realidad no pensábamos mucho en el tema. La primavera era tardía, pero eso no tenía la menor importancia. Más tarde, rememorando esta época feliz con Valérie, de la que paradójicamente iba a guardar tan pocos recuerdos, me diría que el hombre no está hecho para la felicidad. Para tener acceso real a la posibilidad práctica de la felicidad, el hombre debería transformarse; tranformarse físicamente. ¿Con qué se puede comparar a Dios? En primer lugar con el coño de las mujeres, es evidente; pero también, quizás, con los vapores de un hammán. En cualquier caso, con algo donde el espíritu pueda llegar a ser posible porque el cuerpo está saturado de contento y de placer, y toda inquietud ha sido abolida. Ahora estoy seguro de que el espíritu no ha nacido, que quiere nacer, y que su nacimiento será difícil, porque la idea que nos hemos hecho de él hasta ahora es insuficiente y

nociva. Cuando llevaba a Valérie al orgasmo, cuando sentía su cuerpo vibrar bajo el mío, a veces tenía la impresión, fugaz pero irresistible, de entrar en un nivel de conciencia completamente diferente, exento de todo mal. En esos momentos suspendidos, casi inmóviles, en que su cuerpo se elevaba hacia el placer, yo me sentía como un Dios del que dependieran la serenidad y las tormentas. Ésa fue la primera alegría; indiscutible, perfecta.

La segunda alegría que me proporcionó Valérie fue la extraordinaria dulzura, la bondad natural de su carácter. A veces, cuando sus jornadas de trabajo habían sido largas —y al correr de los meses fueron cada vez más largas—, la sentía tensa, mentalmente agotada. Pero nunca se volvió contra mí, nunca se enfadó, nunca tuvo una de esas imprevisibles crisis nerviosas que a veces hacen tan agobiante, tan patético, el trato con las mujeres. «No soy ambiciosa, Michel...», me decía en ocasiones. «Me siento a gusto contigo, creo que eres el hombre de mi vida, en el fondo no pido nada más. Pero no es posible: tengo que pedir más. Estoy atrapada en un sistema que ya no me aporta gran cosa, y que a fin de cuentas es inútil, lo sé; pero no veo la manera de escapar. Por una vez, tendría que tomarme tiempo para reflexionar; pero no sé cuándo podré disponer de ese tiempo.»

Por mi parte, yo trabajaba cada vez menos; bueno, hacía mi trabajo, en sentido estricto. Volvía a casa con tiempo de sobra para ver Preguntas para un campeón, para hacer las compras de la cena, y dormía todas las noches en casa de Valérie. Curiosamente, Marie–Jeanne no parecía guardarme rencor por mi creciente abulia profesional. Cierto que a ella le gustaba su trabajo, y que estaba más que dispuesta a trabajar por los dos. Creo que lo que esperaba de mí, sobre todo, es que fuera amable con ella; y yo fui amable durante todas aquellas semanas, amable y tranquilo. El collar de coral que le había comprado en Tailandia le gustó mucho, lo llevaba todos los días. A veces, mientras preparábamos los informes de las exposiciones, me miraba de manera rara, difícil de interpretar. Una mañana de febrero —lo recuerdo muy bien, era el día de mi cumpleaños— me dijo francamente: «Has cambiado, Michel... No sé, pareces feliz.»

Tenía razón; yo era feliz, lo recuerdo. Claro que hay otras cosas, toda una serie de problemas inexorables, la decadencia y la muerte, por supuesto. Sin embargo, recordando esos pocos meses, puedo dar fe: sé que la felicidad existe.

Era obvio que Jean–Yves, por su parte, no era feliz. Recuerdo que una noche cenamos los tres, Valérie, él y yo, en un restaurante italiano, o más bien veneciano, en fin, bastante elegante. Él sabía que íbamos a volver pronto a casa para follar, y que íbamos a follar con amor. Yo no sabía muy bien qué decirle; lo que se podía decir era demasiado evidente, estaba demasiado claro. Se veía que su mujer no le amaba, que probablemente nunca había amado y nunca amaría a nadie.

No había tenido suerte, eso es todo. Las relaciones humanas no son tan complicadas como las pintan: a menudo son irresolubles, pero no complicadas. Desde luego, iba a tener que divorciarse; no era fácil, pero había que hacerlo. ¿Qué más podía decir yo? El tema quedó zanjado mucho antes de la llegada de los antipasti.

Después, Valérie y él hablaron de su futuro profesional en el grupo Aurore: ya tenían ideas y pistas para la recuperación de los Eldorador. Ambos eran inteligentes, competentes, reconocidos en su sector profesional; pero no tenían derecho al error. Un fracaso en el nuevo puesto no significaría el final de sus carreras: Jean–Yves tenía treinta y cinco años, Valérie veintiocho; les darían una segunda oportunidad. Pero la profesión no olvidaría ese primer paso en falso, tendrían que volver a empezar a un nivel notablemente inferior. En la sociedad en que vivíamos, el principal interés del trabajo era el salario y, en general, las ventajas financieras; el prestigio, el honor de la función ocupaban un lugar mucho más secundario que antes. Sin embargo, existía un sistema avanzado de redistribución fiscal que permitía mantener con vida a los inútiles, los incompetentes y los perjudiciales; de los cuales, en cierta medida, yo formaba parte. En resumen, vivíamos en una economía mixta, que evolucionaba lentamente hacia un liberalismo más pronunciado, que superaba poco a poco las prevenciones contra el préstamo con intereses —y, en general, contra el dinero— todavía presentes en un país de larga tradición católica. Ellos no iban a sacar el menor provecho real de esta evolución. Algunos jóvenes diplomados de la Escuela de Comercio mucho más jóvenes que

Jean–Yves —incluso estudiantes— se lanzaban de buenas a primeras a la especulación bursátil, sin pensar siquiera en buscar un empleo asalariado.

Tenían ordenadores conectados a Internet, sofisticados programas de seguimiento de los mercados. Se reunían en clubs con bastante frecuencia para decidir aportaciones de fondos más importantes. Vivían con el ordenador, se relevaban para trabajar las veinticuatro horas del día, nunca se tomaban vacaciones. El objetivo de todos ellos era extremadamente simple: ser multimillonarios antes de los treinta.

Jean–Yves y Valérie formaban parte de una generación intermedia, donde aún parecía difícil hacer carrera fuera de una empresa o del sector público; yo era un poco mayor que ellos y me encontraba más o menos en la misma situación.

Los tres estábamos atrapados como insectos en un bloque de ámbar; no teníamos la menor posibilidad de volver sobre nuestros pasos.

La mañana del 1 de marzo, Valérie y Jean–Yves ocuparon oficialmente sus funciones dentro del grupo Aurore. El lunes 4 había una reunión prevista con los principales ejecutivos que trabajaban en el proyecto Eldorador. La dirección general había encargado un estudio prospectivo sobre el futuro de los clubs de vacaciones a Profiles, una empresa bastante conocida de sociología del comportamiento.

Al entrar por primera vez en la sala de reuniones del piso 23, Jean–Yves se quedó bastante impresionado. Había unas veinte personas, todas ellas con varios años de antigüedad en Aurore; y era él quien iba a tener que pilotar el grupo. Valérie se sentó a su lado, a la izquierda. El se había pasado el fin de semana estudiando el informe: conocía el nombre, las funciones exactas, el pasado profesional de cada una de las personas presentes en la mesa; sin embargo, no podía refrenar una leve sensación de angustia. Un día grisáceo pesaba sobre el extrarradio sensible de Essone. Cuando Paul Dubrule y Gérard Pélisson decidieron construir la sede social en Evry, habían contado con el bajo coste de los terrenos, la proximidad de la autopista del sur y del aeropuerto de Orly; en aquella época, era un suburbio tranquilo. En la actualidad, las comunidades de la zona tenían los índices de delincuencia más altos de Francia. Todas las semanas se producían ataques a autobuses, coches de policía, camiones de bomberos; ni siquiera había un recuento exacto de las agresiones y los robos; según ciertas estimaciones, para obtener la cifra real había que multiplicar por cinco el número de denuncias interpuestas. Los locales de la empresa disponían de un equipo de vigilantes armados las veinticuatro horas del día. Una circular interna recomendaba evitar el transporte público a partir de cierta hora. Aurore había negociado un acuerdo con una compañía de taxis para los empleados que tenían que trabajar fuera de horas y no tenían vehículo propio.

Cuando llegó Lindsay Lagarrigue, el sociólogo del comportamiento, Jean–Yves tuvo la impresión de volver a encontrarse en terreno conocido. El tipo tendría unos treinta años, grandes entradas, el pelo recogido en una coleta; llevaba un pantalón de chándal de Adidas, una camiseta de Prada y unos Nike muy usados; en fin, que se parecía a un sociólogo del comportamiento. Empezó por repartir un informe muy delgado, compuesto sobre todo por gráficos con flechas y círculos; no llevaba nada más en la cartera. La primera página era la fotocopia de un artículo de Le Nouvel Observateur, más concretamente del editorial del suplemento de vacaciones, titulado «Viajar de otra manera».

—«En el año 2000» —dijo Lagarrigue, leyendo el artículo en voz alta—, «el turismo de masas ya es cosa de otra época. Se piensa en el viaje como realización individual, pero con una preocupación ética.» —Este párrafo, que abría el editorial, le parecía sintomático de los cambios en curso. Charló unos minutos sobre este tema, y luego invitó a la asistencia a concentrar su atención en las frases siguientes—: «En el año 2000, nos interrogamos sobre un turismo respetuoso con el prójimo. A los que disponemos de recursos nos gustaría viajar, no sólo por un placer egoísta, sino para atestiguar cierta forma de solidaridad.»

—¿Cuánto le han pagado a este tío por el estudio? —le preguntó Jean–Yves, discretamente, a Valérie.

—Ciento cincuenta mil francos.

—No me lo puedo creer... ¿Es que este imbécil no va a hacer otras cosa que recitarnos una fotocopia de Le Nouvel Observateur.?

Lindsay Lagarrigue continuó parafraseando con vaguedad los términos del artículo, y luego leyó un tercer párrafo con un tono absurdamente enfático:

—«En el año 2000, queremos ser nómadas. Viajamos en tren o en crucero, por los ríos o los océanos: en la era de la velocidad, volvemos a descubrir el encanto de la lentitud.

Nos perdemos en el silencio infinito de los desiertos; y luego, sin transición, nos sumimos en la efervescencia de las grandes capitales, Pero siempre con la misma pasión...»

Ética, realización individual, solidaridad, pasión: según él, ésas eran las palabras clave. En este nuevo contexto, no era de extrañar que el sistema de clubs de vacaciones, basado en un egoísmo encerrado en sí mismo y en la uniformización de las necesidades y los deseos, tuviera dificultades recurrentes. La época de los bronceados se había acabado definitivamente: lo que buscaban los viajeros modernos eran la autenticidad, el descubrimiento, la posibilidad de compartir.

En términos generales, el modelo fordista del turismo de ocio —caracterizado por las famosas «4 S»: Sea, Sand, Sun...

and Sex— había pasado a mejor vida. Tal como demostraban los brillantes trabajos de Michky y Braum, a partir de ahora el conjunto de la profesión debía prepararse para afrontar su actividad con una perspectiva posfordista.

El sociólogo del comportamiento tenía tablas, y podría haber seguido así durante horas.

—Discúlpeme... —le interrumpió Jean–Yves, con una voz que dejaba traslucir la irritación.

—¿Sí?... —El sociólogo del comportamiento le dirigió una sonrisa encantadora.

—Creo que todos los que estamos sentados a esta mesa, sin excepción, somos conscientes de que el sistema de clubs de vacaciones atraviesa un momento difícil. Lo que le pedimos no es que nos describa hasta el infinito las características del problema; la idea sería más bien que nos indicara, aunque sea mínimamente, un esbozo de solución.

Lindsay Lagarrigue se quedó con la boca abierta; no había previsto en absoluto una objeción de ese tipo.

—Creo... —farfulló al final—, creo que para resolver un problema es importante identificarlo y hacerse una idea de sus causas.

Otra frase hueca, pensó con rabia Jean–Yves; y no solamente hueca sino, encima, falsa. Evidentemente, las causas formaban parte de un movimiento social general, que no estaba en sus manos cambiar. Había que adaptarse a él, eso era todo. ¿Cómo podían adaptarse? Estaba claro que ese imbécil no tenía la menor idea.

—En resumen, lo que nos está diciendo —continuó JeanYves— es que el sistema de clubs de vacaciones ya está superado.

—No, no, en absoluto... —El sociólogo del comportamiento empezaba a perder pie—. Creo... simplemente, creo que hay que reflexionar.

—¿Y para qué te pagan, gilipollas? —dijo Jean–Yves a media voz. Luego, dirigiéndose a todo el mundo—: Bien, vamos a intentar reflexionar. Señor Lagarrigue, gracias por su informe; creo que hoy no le vamos a necesitar más. Propongo interrumpir la reunión diez minutos, el tiempo de tomar una taza de café.

Despechado, el sociólogo del comportamiento guardó sus diagramas. Cuando se reanudó la reunión, Jean–Yves reunió sus notas y tomó la palabra:

—Como saben ustedes, entre 1993 y 1997 el Club Méditerranée sufrió la crisis más grave de su historia. Los competidores y los imitadores se habían multiplicado, y ofrecían los mismos ingredientes de la fórmula del Club a unos precios considerablemente más bajos: la clientela cayó en picado. ¿Cómo consiguieron enderezar la situación? Sobre todo, bajando a su vez los precios. Pero no los bajaron hasta el nivel de la competencia: sabían que tenían a su favor la antigüedad, la reputación y la imagen; sabían que su clientela podía aceptar cierta diferencia de precio (que fijaron, según los destinos y después de minuciosas encuestas, entre un veinte y un treinta por ciento) para beneficiarse de la autenticidad de la fórmula Club Med, de su «versión original», en cierto modo. Este es el primer eje de reflexión que les propongo explorar durante las próximas semanas: ¿hay lugar en el mercado de los clubs de vacaciones para una fórmula que no sea la del Club? Y, si es así, ¿podemos empezar a definirla, a hacernos una idea de la clientela a la que estaría dirigida?

No son preguntas sin importancia.

»Probablemente todos ustedes saben ya que vengo de Nouvelles Frontières. Allí también creamos, aunque no sea la actividad más conocida del grupo, algunos clubs de vacaciones: los Paladiens. Tuvimos dificultades con ellos más o menos a la vez que el Club Méditerranée, pero las resolvimos con mucha rapidez. ¿Por qué? Porque éramos el primer tour operador francés. En la mayoría de los casos, cuando nuestros clientes terminaban de descubrir un país, querían prolongarlo con una estancia balnearia. Nuestros circuitos tienen la reputación, por lo demás justificada, de ser a veces difíciles, de exigir buenas condiciones físicas. Cuando nuestros clientes se habían ganado, de alguna manera, los galones de «viajero», solían estar encantados de volver a convertirse, durante cierto tiempo, en simples turistas. En vista del éxito de la fórmula, decidimos incluir la prórroga balnearia en la mayor parte de los circuitos, lo que nos permitió aumentar la duración de las estancias del catálogo: la jornada balnearia, como ustedes saben, sale mucho más barata que la jornada de viaje. Evidentemente, en estas condiciones nos resultaba fácil privilegiar a nuestros propios hoteles. Éste es el segundo eje de reflexión que les propongo: es posible que la salvación de los clubs de vacaciones pase por una colaboración más estrecha con el tour operating. En este punto también tendrán que utilizar la imaginación, y no limitarse a los agentes presentes en el mercado francés. Es un terreno nuevo y les pido que lo exploren; tal vez haya mucho que ganar en una alianza con las grandes agencias de viajes del norte de Europa.

Tras la reunión, una mujer de unos treinta años, rubia y con una cara muy agradable, se acercó a Jean–Yves. Se llamaba Marylise Le François, era la responsable de comunicación.

—Quiero que sepa que me ha gustado mucho su intervención... —le dijo—. Hacía falta. Creo que ha conseguido volver a motivar a la gente. Ahora todo el mundo es consciente de que hay alguien al mando; ahora podemos volver a poner manos a la obra.

4

Pronto se dieron cuenta de que no era tan fácil. La mayor parte de los tour operadores británicos, y sobre todo alemanes, ya disponían de sus propias cadenas de clubs de vacaciones; no tenían el menor interés en asociarse con otro grupo. Todos los contactos que hicieron en esta dirección fracasaron. Por otra parte, el Club Méditerranée parecía haber encontrado la fórmula estándar definitiva de los clubs de vacaciones; desde su creación, ningún competidor había sido capaz de proponer una verdadera innovación.

A Valérie se le ocurrió por fin una idea dos semanas más tarde. Eran casi las diez de la noche; estaba tomándose un chocolate antes de irse, derrumbada en un sillón en mitad del despacho de Jean–Yves. Los dos estaban agotados, habían trabajado durante todo el día en el balance financiero de los clubs.

—En el fondo —suspiró ella—, a lo mejor nos equivocamos al separar los circuitos y las estancias.

—¿Qué quieres decir?

—Acuérdate de Nouvelles Frontières: aparte de las prolongaciones balnearias, cuando había un día de descanso en la playa en pleno circuito, la gente lo apreciaba muchísimo.

Y de lo que más se quejaban era de tener que cambiar de hotel continuamente. Lo que tendríamos que hacer es mezclar por sistema las excursiones y las estancias en la playa: un día de excursión, un día de descanso, y así sucesivamente. Con regreso al hotel todas las noches, o cada dos noches en el caso de excursiones largas pero sin tener que volver a hacer la maleta y dejar libre la habitación.

—En los clubs ya proponen excursiones, y no estoy seguro de que les vaya muy bien.

—Sí, pero son suplementos, y los franceses odian los suplementos. Además, hay que reservar in situ.: la gente duda, se equivoca, no sabe qué elegir, y al final no hace nada. Les gustan los descubrimientos, siempre que les den el trabajo hecho; y, sobre todo, adoran el «todo incluido».

Jean–Yves se quedó pensativo un momento.

—¿Sabes que lo que propones no es ninguna tontería?

—dijo—. Además, sería fácil ponerlo en funcionamiento con bastante rapidez: creo que este mismo verano podríamos integrar la fórmula como complemento de las estancias ordinarias. Podríamos llamarlo «Eldorador Explorador», o algo por el estilo.

Jean–Yves consultó a Leguen antes de poner en marcha la operación; se dio cuenta enseguida de que el otro no tenía ningunas ganas de tomar partido en ningún sentido. «Es su responsabilidad», dijo sobriamente. Mientras Valérie me contaba sus jornadas de trabajo, me di cuenta de que yo no sabía gran cosa del universo de los directivos. Aunque el tándem que formaban Jean–Yves y ella era bastante excepcional.

—En una situación normal —me dijo Valérie—, él tendría como ayudante a una chica que soñaría con ocupar su puesto. En las empresas, eso da lugar a cálculos muy complicados: a veces fracasar resulta ventajoso a condición de poder achacarle la responsabilidad a cualquier otro.

Ellos estaban en una situación bastante sana: nadie, dentro del grupo, quería ocupar sus puestos; la mayoría de los directivos pensaban que la compra de Eldorador había sido un error.

Valérie trabajó mucho con Marylise Le François hasta final de mes. Los catálogos para las vacaciones de verano tenían que estar listos a finales de abril, que era la fecha límite; de hecho, era incluso un poco tarde. Se dio cuenta enseguida de que el informe de Jet Tours sobre sus clubs era lamentable.

—«Las vacaciones en Eldorador se parecen a esos momentos mágicos en África, cuando empieza a refrescar y toda la aldea se reúne en torno al árbol del consejo para escuchar a los ancianos sabios...» —le leyó a Jean–Yves—. Francamente, ¿tú te lo crees? Con esas fotos de los animadores al lado, saltando como imbéciles con sus trajes amarillos. Esto es un asco.

—¿Y qué te parece el lema «Eldorador, vivir con ardor»?

—No sé; ya no sé qué pensar.

—Es demasiado tarde para la fórmula club ordinaria, los catálogos ya se han distribuido. Pero está claro que vamos a tener que empezar de cero en el catálogo «Explorador».

—Yo creo que lo que hace falta —intervino Marylise— es unir el rigor y el lujo. Un té con menta en pleno desierto, pero sobre alfombras carísimas...

—Sí, los momentos mágicos... —dijo Jean–Yves, cansado.

Se levantó con esfuerzo de su asiento—. No olvidéis poner en algún sitio lo de «momentos mágicos»; por raro que parezca, siempre funciona. Bueno, os dejo, vuelvo a mis gastos fijos...

Desde luego, Valérie era consciente de que era él quien se encargaba de la parte más ingrata del trabajo. Ella no sabía casi nada de gestión hotelera, salvo los vagos recuerdos que tenía de la Escuela de Turismo. «Édouard Yang, propietario de un hotel–restaurante de tres estrellas, considera su deber satisfacer lo mejor posible a sus clientes, constantemente intenta innovar y responder a sus necesidades. Sabe por experiencia que el desayuno es un momento importante, que forma parte del equilibrio alimenticio de toda la jornada y contribuye de manera decisiva a la creación de la imagen del hotel.» Le había tocado ese tema en un ejercicio de primer año. Édouard Yang decidía hacer una encuesta estadística entre sus clientes, sobre todo en función del número de ocupantes de cada habitación (solteros, parejas, familias). Había que analizar la encuesta, calcular el Khi 2, y el ejercicio terminaba con esta pregunta:

«En otras palabras, ¿es la situación familiar un criterio explicativo del consumo de fruta fresca en el desayuno?»

Hurgando en sus carpetas, consiguió encontrar un ejercicio de la carrera que correspondía bastante bien a su situación actual. «Acaba usted de ser nombrado/a responsable de marketing en el departamento internacional del grupo South América. Éste acaba de comprar el hotel–restaurante Les Antilles, un establecimiento de cuatro estrellas con ciento diez habitaciones en Guadalupe, frente al mar. Fue construido en 1988 y renovado en 1996, y actualmente tiene graves problemas. La media de ocupación sólo es del 45 %, lo que está lejos del nivel de rentabilidad esperado.» Valérie había sacado 18 sobre 20 en el examen; quizás era un buen presagio. Recordaba que en aquella época todo aquello le parecía una fábula, y no muy

creíble. No se imaginaba como responsable de marketing del grupo South América, ni de ningún otro. Era un juego, un juego intelectual ni muy interesante ni muy difícil.

Ahora ya no estaba jugando; o bueno, sí, pero se jugaba su carrera.

Volvía tan agotada del trabajo que no tenía fuerzas para hacer el amor, y apenas para chupármela; se quedaba medio dormida con mi sexo en la boca. Por lo general, la penetraba por la mañana, cuando nos despertábamos. Sus orgasmos eran más suaves, más reducidos, como amortiguados por un velo de cansancio; creo que yo la amaba cada vez más.

A finales de abril los catálogos estaban terminados y se distribuyeron en cinco mil agencias de viajes; casi toda la red francesa. Ahora había que ocuparse de la infraestructura de las excursiones, para que todo estuviera listo el 1 de julio. En ese tipo de productos nuevos, lo que corriera de boca en boca tenía una enorme importancia: una excursión anulada podía suponer la pérdida de muchos clientes. Decidieron no invertir en una gran campaña de publicidad. Curiosamente, Jean– Yves, a pesar de que había estudiado la especialidad de marketing, creía bastante poco en la publicidad. «Puede ser útil para matizar una imagen», decía, «pero nosotros todavía no hemos llegado ahí. Por el momento, lo más importante es que nos distribuyan bien, y darle al producto una reputación de fiabilidad.» Por el contrario, invirtieron muchísimo dinero en la información destinada a las agencias de viajes; era fundamental que los agentes propusieran enseguida y espontáneamente el producto. De eso se encargó Valérie, que conocía bien el medio. Recordaba el CVP/SONCDS, que había aprendido a dominar en sus años de estudios (Características – Ventajas – Pruebas/Seguridad – Orgullo – Novedad – Comodidad – Dinero – Simpatía); también se acordaba de la realidad, infinitamente más simple. Pero la mayoría de las vendedoras eran muy jóvenes, muchas acababan de salir de la Escuela de Turismo; más valía hablar el lenguaje que estaban acostumbradas a entender.

Discutiendo con algunas de aquellas chicas, se dio cuenta de que seguían enseñando la tipología de Barma en los cursos (El comprador técnico.: centrado en el producto, sensible a su aspecto cuantitativo, concede importancia al aspecto técnico y a la novedad. El comprador devoto.: confía ciegamente en el vendedor, porque el producto es demasiado para él. El comprador cómplice.: se apoya con gusto en los puntos comunes que descubre con el vendedor, si éste sabe establecer una buena comunicación interpersonal. El comprador aprovechado.: es un manipulador cuya estrategia consiste en conocer directamente al proveedor para sacar de ello las máximas ventajas. El comprador positivo.: atento al vendedor, a quien respeta, y al producto propuesto, consciente de sus necesidades, y que se comunica con facilidad). Valérie tenía cinco o seis años más que aquellas chicas; había empezado en el nivel que ellas tenían en ese momento, y había alcanzado un éxito profesional con el que la mayoría apenas se atrevía a soñar. Ellas la miraban con una admiración un poco bobalicona.

Ya me había dado una llave de su apartamento; solía esperarla, cada noche, leyendo el Curso de filosofía positiva de Auguste Comte. Me gustaba ese texto denso y aburrido; leía a menudo la misma página tres y cuatro veces seguidas. Al cabo de unas tres semanas había terminado la lección número cincuenta, «Consideraciones preliminares sobre la estática social o teoría general del orden natural espontáneo de las sociedades humanas». Desde luego, yo necesitaba una teoría cualquiera que me ayudase a definir mi situación social.

—Trabajas demasiado, Valérie... —le dije una noche de mayo, mientras ella descansaba, acurrucada, en el sofá del salón—. Por lo menos, que sirva para algo. Tendrías que ahorrar un poco; si no, de una manera o de otra, vamos a gastar el dinero tontamente.

Me dio la razón. A la mañana siguiente se tomó dos horas libres y fuimos juntos al Crédit Agricole de la Porte d'Orléans para abrir una cuenta común. Ella me firmó un poder, y yo volví dos días más tarde para hablar con un asesor. Decidí invertir veinte mil francos al mes de su salario, la mitad en un plan de ahorro–vivienda, la otra mitad en un plan de jubilación. Ahora me pasaba casi todo el tiempo en su casa, y ya no tenía mucho sentido que conservara mi apartamento.

Fue ella la que lo propuso, a principios de junio. Habíamos hecho el amor durante la mayor parte de la tarde; hacíamos largas pausas, abrazados entre las sábanas; luego ella me

masturbaba o me la chupaba, y yo volvía a penetrarla; ni el uno ni el otro nos habíamos corrido, cada vez que ella me tocaba se me ponía dura enseguida, ella tenía el coño constantemente húmedo. Se sentía bien, yo veía el sosiego en sus ojos. A eso de las nueve, me propuso que fuéramos a cenar a un restaurante italiano cerca del parque Montsouris. Todavía no había anochecido del todo; la temperatura era muy suave. Yo tenía que pasar por mi casa después si quería, como de costumbre, ir al trabajo con traje y corbata. El camarero nos trajo dos cócteles de la casa.

—¿Sabes, Michel? —dijo ella cuando el camarero se alejó—.

Podrías instalarte en mi casa. No creo que sea necesario seguir jugando a la independencia. O, si lo prefieres, podemos alquilar un apartamento entre los dos.

Sí, en cierto sentido lo prefería; digamos que me daba la sensación de un nuevo comienzo. De un primer comienzo, a decir verdad, por lo que a mí se refería; y al fin y al cabo también en su caso. Uno se acostumbra a la soledad y a la independencia, y no se trata, forzosamente, de una buena costumbre. Si quería vivir algo semejante a una experiencia conyugal, estaba claro que había llegado el momento. Desde luego, conocía los inconvenientes de la fórmula; sabía que el deseo se debilita con más rapidez en el seno de una pareja estable. Pero se debilita de todas formas, es una ley de vida, y puede que la pareja permita establecer una unión de otro orden; sea como sea, eso es lo que ha pensado mucha gente.

De todas formas, esa noche mi deseo por Valérie estaba lejos de haberse debilitado. Justo antes de dejarla la besé en la boca; ella abrió los labios y se abandonó por completo al beso. Le metí las manos en el pantalón de deporte, bajo las bragas, le puse las palmas en las nalgas. Ella apartó la cara y miró a derecha e izquierda: la calle estaba desierta. Se arrodilló en la acera, me abrió la bragueta y se metió mi sexo en la boca. Yo me apoyé en la verja del parque; estaba a punto de correrme. Ella apartó la boca y siguió masturbándome con dos dedos, mientras me metía la otra mano en el pantalón para acariciarme los huevos. Cerró los ojos, y le eyaculé en la cara. En ese momento creía que se iba a echar a llorar; pero al final no lo hizo, se conformó con lamer el esperma que le corría a lo largo de las mejillas.

A la mañana siguiente empecé a mirar anuncios; había que buscar en los barrios del sur, por el trabajo de Valérie.

Una semana más tarde lo encontré: un apartamento de cuatro habitaciones en el piso treinta de la torre Opale, cerca de la Porte de Choisy. Antes nunca había tenido vistas sobre París, aunque la verdad es que tampoco me lo había propuesto.

Cuando me mudé, me di cuenta de que nada de lo que había en mi apartamento me importaba. Podría haber sentido cierta alegría, algo parecido a la embriaguez de la independencia, pero lo cierto es que me sentí ligeramente asustado. Había vivido durante cuarenta años sin establecer el menor contacto medianamente personal con un objeto. Sólo tenía dos trajes, que alternaba según las ocasiones. Libros, sí, tenía libros; pero podría haberlos vuelto a comprar con toda facilidad, ninguno era ni antiguo ni raro. Muchas mujeres se habían cruzado en mi camino, pero no tenía ni fotos ni cartas de ninguna de ellas. Tampoco tenía fotos mías: no guardaba el menor recuerdo de cómo había sido a los quince, a los veinte o a los treinta años. Tampoco tenía papeles realmente personales: mi identidad cabía en algunas carpetas, metidas en un archivador de cartón de tamaño corriente. Es falso que los seres humanos sean únicos, que lleven dentro de sí una singularidad irreemplazable; en lo que a mí concierne, no percibía la menor huella de tal singularidad. Lo más normal es que uno se agote en vano intentando distinguir destinos individuales, caracteres. La idea de la unicidad de la persona sólo es un pomposo absurdo. Schopenhauer escribió en alguna parte que uno se acuerda de su propia vida un poco más que de una novela que haya leído. Sí, eso es: solamente un poco más.

5

Durante la segunda quincena de junio, Valérie volvió a tener muchísimo trabajo; el problema de trabajar con múltiples países es que, con los desfases horarios, uno podía estar al pie del cañón las veinticuatro horas del día. Hacía cada vez más calor, el verano prometía ser

espléndido; pero de momento no lo estábamos disfrutando mucho. Después del trabajo me gustaba darme una vuelta por Tang Frères; hice una tentativa de dedicarme a la cocina asiática. Pero era demasiado complicada para mí, había que encontrar un equilibrio distinto entre los ingredientes, una manera especial de picar las verduras; era casi otra estructura mental. Volví a la cocina italiana, que estaba más a mi alcance. Jamás habría imaginado que un día llegaría a gustarme cocinar. El amor santifica.

En la quincuagésima lección de sociología, Auguste Comte lucha contra esa «extraña aberración metafísica» que concibe la familia según el tipo de sociedad. «Fundada principalmente en el afecto y el agradecimiento, la unión doméstica está destinada, sobre todo, a satisfacer directamente, por su sola existencia, el conjunto de nuestros instintos simpáticos, con independencia de cualquier idea de cooperación activa y continua para conseguir un objetivo cualquiera, a no ser el de su propia institución. Cuando, desgraciadamente, la coordinación de las tareas es el único principio de unión, la unión doméstica tiende necesariamente a degenerar en simple asociación, y no suele tardar mucho en disolverse esencialmente.» En la oficina, yo seguía haciendo lo mínimo posible; aun así tuve que organizar dos o tres grandes exposiciones, y me las arreglé sin muchas dificultades. Trabajar en una oficina no es muy difícil, basta con ser un poco meticuloso, tomar decisiones con rapidez y atenerse a ellas. No había tardado mucho en comprender que no es forzosamente necesario tomar la mejor decisión, sino que en la mayor parte de los casos basta con tomar una decisión cualquiera, a condición de tomarla rápidamente; bueno, si uno trabaja en el sector público. Eliminaba algunos proyectos artísticos, seleccionaba otros: lo hacía según criterios insuficientes, en diez años no había pedido información suplementaria ni una sola vez; y en general no sentía el menor remordimiento por ello. En el fondo, apreciaba bastante poco los medios del arte contemporáneo. La mayoría de los artistas que conocía se comportaban exactamente como empresarios: vigilaban atentamente los nuevos mercados, y luego intentaban posicionarse lo más deprisa posible. Como los empresarios, salían en masa de las mismas escuelas, estaban hechos en el mismo molde. Con ciertas diferencias: en el terreno artístico, la prima de innovación era más alta que en casi todos los demás sectores profesionales; por otra parte, los artistas se movían a menudo en jaurías o redes, al contrario que los empresarios, seres solitarios y rodeados de enemigos: los accionistas, siempre dispuestos a abandonarlos, los directivos, siempre dispuestos a traicionarlos. Pero era muy poco frecuente que yo sintiera una verdadera necesidad interior trabajando con los informes de los artistas de los que tenía que ocuparme. De todos modos, a finales de junio se inauguró la exposición de Bertrand Bredane, a quien yo había apoyado desde el principio con obstinación; para gran sorpresa de Marie–Jeanne, que se había acostumbrado a mi indiferente docilidad, y a quien le repugnaban las obras de ese género. No se trataba exactamente de un artista joven, ya tenía cuarenta y tres años, y físicamente estaba más bien consumido; recordaba bastante al personaje del poeta alcohólico de El gendarme de Saint–Tropez. Se había dado a conocer, sobre todo, dejando pudrirse pedazos de carne en las bragas de mujeres jóvenes, o criando moscas en sus propios excrementos, que luego soltaba en las salas de exposición. Nunca había tenido mucho éxito, no pertenecía a las redes adecuadas, y se empeñaba en una vena trash un poco pasada. Yo veía en él cierta autenticidad, pero tal vez era la autenticidad del fracaso. No parecía muy equilibrado. Su último proyecto era peor que los anteriores; o mejor, según se mire. Había filmado un vídeo sobre el recorrido de los cadáveres de esa gente que dona su cuerpo a la ciencia después de la muerte; por ejemplo, para que sirva en las prácticas de disección de las escuelas de medicina. Algunos estudiantes de medicina de verdad, vestidos de calle, se mezclaban con el público de la exposición y enseñaban de vez en cuando manos cortadas, ojos arrancados de sus órbitas; en fin, tenían que hacer esas bromas a las que, según el tópico, son tan aficionados los estudiantes de medicina. Cometí el error de llevar a Valérie, ya agotada después de su jornada de trabajo, a la inauguración. Me sorprendió comprobar que había bastante gente, incluso algunas personalidades importantes: ¿acaso empezaba un período de gracia para Bertrand Bredane?

Al cabo de media hora, Valérie se hartó y me pidió que nos marchásemos. Un estudiante de medicina se detuvo delante de ella; tenía en la palma de la mano una polla cortada, con los

testículos todavía rodeados de pelos. Ella apartó la cara, asqueada, y me arrastró hacia la salida. Nos refugiamos en el café Beaubourg.

Media hora después entró Bertrand Bredane, acompañado por dos o tres chicas que yo conocía y algunas otras personas, entre las que reconocí al director de mecenazgo de la Caisse des Dêpots et Consignations. Se sentaron en una mesa vecina; estaba obligado a ir a saludarlos. Bredane se alegró visiblemente de verme, y es cierto que esa noche yo le había dado un buen empujón. La conversación se eternizó, y Valérie vino a sentarse con nosotros. No sé quién propuso ir a tomar algo al Bar–bar; probablemente el propio Bredane. Yo cometí el error de aceptar. La mayoría de los clubs de intercambio de parejas que han intentado incluir en su programa de animación una velada sadomaso semanal han fracasado.

Por el contrario, el Bar–bar, dedicado desde el principio exclusivamente a las prácticas sadomasoquistas, sin por ello exigir a la entrada un dress–code demasiado estricto —salvo en ciertas veladas—, estaba siempre lleno. Por lo que yo sabía, el medio sadomaso era bastante específico: estaba compuesto por gente que ya no sentía interés por las prácticas sexuales corrientes, y a la que por lo tanto le repugna ir a un club bisexual clásico.

Cerca de la entrada, una mujer de unos cincuenta años, con la cara rubicunda, maniatada y amordazada, daba vueltas en una jaula. Al mirar con más atención me di cuenta de que tenía los tobillos atados a las barras de la jaula con unas cadenas de metal; sólo llevaba un corsé de skai negro, sobre el que colgaban sus pechos grandes y fláccidos. Se trataba, según la costumbre del lugar, de una esclava a la que su dueño iba a subastar durante toda la noche. No parecía divertirle mucho, noté que se volvía en todas direcciones para intentar disimular la celulitis de las nalgas; pero no era posible, la jaula estaba abierta por los cuatro costados. A lo mejor hacía eso para ganarse la vida, yo sabía que uno podía alquilarse como esclavo, entre mil y dos mil francos la noche. Parecía una empleada subalterna, del tipo telefonista de la Seguridad Social, que iba allí para redondear su sueldo. Sólo quedaba una mesa libre, junto a la entrada de la primera sala de tortura. Justo después de sentarnos, pasó un ejecutivo completamente calvo, barrigón, con traje y chaleco, atado a la trailla de una dominadora negra con las nalgas desnudas. Ella se detuvo a la altura de nuestra mesa, y le ordenó que se desvistiera de cintura para arriba. Él obedeció. Ella sacó de su bolso unas pinzas de metal; para ser un hombre, él tenía el pecho bastante graso y abultado. Ella cerró las pinzas sobre sus pezones, que estaban estirados y rojos. El hizo una mueca de dolor. Ella tiró otra vez de la trailla: él volvió a ponerse a cuatro patas y, bien que mal, la siguió; le temblaban los pliegues del vientre, macilentos bajo la luz tenue. Yo pedí un whisky, Valérie un zumo de naranja. Ella miraba obstinadamente la mesa; no observaba lo que ocurría alrededor ni participaba en la conversación. Por el contrario, Marjorie y Géraldine, las dos chicas que conocía de la Delegación de Artes Plásticas, parecían muy excitadas. «Esta noche está todo muy tranquilo, muy tranquilo...», refunfuñaba Bredane, decepcionado. Nos explicó después que, algunas noches, había clientes que se hacían clavar agujas en los cojones o el glande; una vez había visto a un tipo al que su dominadora le había arrancado una uña con unas tenazas. Valérie se estremeció de asco.

—Me parece totalmente repugnante... —dijo, incapaz de contenerse por más tiempo.

—¿Por qué repugnante.? —protestó Géraldine—. Desde el momento en que hay libre consentimiento de los participantes, no veo dónde está el problema. Es un contrato, eso es todo.

—No creo que se pueda consentir libremente en la humillación y el sufrimiento. E incluso si es así, no me parece una razón suficiente.

Valérie estaba realmente nerviosa; yo estuve a punto de desviar la conversación hacia el conflicto entre israelíes y palestinos, pero luego pensé que la opinión de aquellas chicas me importaba una mierda; que, incluso si dejaban de llamarme por teléfono, lo único que pasaría es que tendría que trabajar un poco menos.

—Sí, esa gente me asquea un poco... —dije con desdén—.

Y vosotras también... —añadí en voz más baja.

Géraldine no me oyó, o fingió no haberme oído.

—Si soy mayor de edad, doy mi consentimiento —continuó— y mi fantasía es sufrir, explorar la dimensión masoquista de mi sexualidad, no veo en nombre de qué podrían impedírmelo. Estamos en una democracia...

Ella también se estaba poniendo nerviosa, estaba claro que no le faltaba mucho para sacar a relucir los derechos humanos. Al oír la palabra «democracia», Bredane le había echado una mirada llena de desprecio; luego se dirigió a Valérie.

—Tiene razón... —dijo, sombrío—. Es absolutamente asqueroso. Cuando veo que alguien se deja arrancar una uña con unas tenazas, luego permite que le caguen encima y para terminar se come la mierda de su verdugo, me parece asqueroso. Pero lo que me interesa, precisamente, es el lado asqueroso del ser humano.

Al cabo de unos segundos, Valérie preguntó dolorosamente:

—¿Por qué?...

—No lo sé —contestó Bredane con sencillez—. No creo en el lado maldito porque no creo en ninguna forma de maldición; ni de bendición, para ser exactos. Pero tengo la impresión de que cuando nos acercamos al sufrimiento y a la crueldad, a la dominación y la servidumbre, nos enfrentamos a lo esencial, a la naturaleza íntima de la sexualidad.

¿No cree?...

Ahora se estaba dirigiendo a mí. No, de hecho, yo no lo creía. La crueldad es antigua en el ser humano, la encontramos en los pueblos más primitivos: en las primeras guerras entre clanes, los vencedores se tomaban el trabajo de conservar con vida a algunos prisioneros para matarlos después de hacerles padecer terribles torturas. Esta tendencia se repetía, constante en la historia, y en nuestros días la encontrábamos intacta: en el momento en que una guerra, externa o civil, tendía a borrar las obligaciones morales corrientes —no importaba la raza, la población o la cultura—, aparecían seres humanos dispuestos a darse el gusto de la barbarie y la masacre.

Era un hecho demostrado, permanente, indiscutible, pero no tenía nada que ver con la búsqueda del placer sexual, igualmente antigua e igualmente fuerte. En resumen, que no estaba de acuerdo; pero tenía conciencia, como de costumbre, de que se trataba de una discusión inútil.

—Vamos a dar una vuelta... —dijo Bredane cuando terminó su cerveza. Yo le seguí, y los demás conmigo, a la primera sala de tortura. Era una cueva abovedada, de piedra. La música de ambiente se componía de acordes de órgano en la escala más grave, sobre los que se superponían alaridos de condenados. Vi que los amplificadores de graves eran enormes; por todas partes se veían manchas rojas, máscaras e instrumentos de tortura: la instalación tenía que haber costado una fortuna. En una alcoba había un tipo calvo y casi descarnado, con los cuatro miembros atados: tenía los pies metidos en un dispositivo que le mantenía a unos cincuenta centímetros del suelo, y los brazos sujetos por unas argollas que colgaban del techo. Una dominadora con botas y guantes, vestida de látex negro, daba vueltas a su alrededor, armada con un látigo de finas tiras de cuero incrustadas de fragmentos de piedras preciosas. Al principio le azotó durante un buen rato las nalgas, con golpes fuertes y decididos; el tipo estaba de frente a nosotros, completamente desnudo, y gritaba de dolor. En torno a la pareja se fue reuniendo un pequeño público.

—Ésta tiene que estar en el nivel dos... —me susurró Bredane—. En el nivel uno se paran en cuanto ven la primera gota de sangre.

La polla y los huevos del tipo colgaban en el aire, muy largos y como dislocados. La dominadora dio una vuelta a su alrededor, metió la mano en un saquito que llevaba atado al cinturón y sacó varios anzuelos, que le clavó al tipo en el escroto; la piel se perló ligeramente de sangre. Después, más suavemente, empezó a azotarle los genitales. La cosa estaba en el límite: si una de las tiras de cuero se enganchaba en los anzuelos, la piel de los testículos podía desgarrarse. Valérie volvió la cabeza y se apretó contra mí.

—Vámonos... —dijo con voz suplicante—. Vámonos; luego te lo explico.

Volvimos al bar. Los demás estaban tan fascinados con el espectáculo que no nos prestaron la menor atención.

—La chica que le estaba azotando... —me dijo Valérie a media voz—. La he reconocido. Sólo la he visto una vez, pero estoy segura de que es ella... Audrey, la mujer de Jean–Yves.

Nos fuimos enseguida. En el taxi, Valérie estaba postrada, inmóvil. En el ascensor no dijo una palabra. Sólo cuando cerramos la puerta del apartamento se volvió hacia mí:

—Michel..., ¿te parezco demasiado convencional?

—No. A mí también me horroriza todo eso.

—Comprendo la existencia de los verdugos: me repugna, pero sé que hay gente a la que le gusta torturar a los demás; lo que no puedo entender es que existan las víctimas. No consigo meterme en la cabeza que un ser humano pueda preferir el sufrimiento al placer. No sé, habría que reeducarlos, amarlos, enseñarles el placer.

Yo me encogí de hombros, como para indicar que el tema superaba mi capacidad de razonamiento, cosa que ahora me ocurría en casi todas las circunstancias de la vida. Las cosas que hace la gente, lo que decide aguantar... No se podía sacar nada de todo eso, ninguna conclusión general, ningún sentido. Me desnudé en silencio. Valérie se sentó en la cama, a mi lado. La sentía todavía tensa, preocupada por el tema.

—Lo que me da miedo de todo eso —continuó— es que no haya ningún contacto físico. Todo el mundo lleva guantes, utiliza herramientas. Las pieles nunca se tocan, no hay ni un beso, un roce, una caricia. Para mí es exactamente lo contrario de la sexualidad.

Ella tenía razón, pero supongo que los adeptos al sadomaso veían en sus prácticas la apoteosis de la sexualidad, su forma última. Cada cual estaba encerrado en su cuerpo, plenamente entregado a sus sensaciones de ser único; era una manera de ver las cosas. En cualquier caso, lo que quedaba claro es que esa clase de sitios estaba cada vez más de moda.

Me imaginaba muy bien a chicas como Marjorie y Géraldine frecuentándolos, por ejemplo, mientras que no conseguía imaginarlas con la capacidad de abandono necesaria para una penetración, por no hablar de cualquier otra relación sexual.

—Es más simple de lo que parece... —dije al final—. Está la sexualidad de la gente que se ama, y la sexualidad de la gente que no se ama. Cuando ya no hay ninguna posibilidad de identificación con el otro, la única modalidad que queda es el sufrimiento... y la crueldad.

Valérie se acurrucó contra mí.

—Vivimos en un mundo extraño... —dijo.

En cierto sentido seguía siendo ingenua; sus horarios de trabajo demenciales, que apenas le dejaban tiempo suficiente para hacer las compras, descansar y volver a irse, la protegían de la realidad humana. Añadió:

—No me gusta el mundo en el que vivimos.

6

Las tres conclusiones principales que se desprenden de nuestra encuesta son: el deseo de seguridad, el deseo de afecto y el deseo estético.
BERNARD GUILBAUD

El 30 de junio se conocieron los resultados de las reservas efectuadas en la red de agencias de viajes. Eran excelentes. El producto «Eldorador Explorador» era un éxito, daba de entrada mejores resultados que los «Eldorador Fórmula Normal»; que, por su parte, seguían bajando. Valérie se decidió a coger una semana de vacaciones; nos fuimos a casa de sus padres, a Saint–Quay–Portrieux. Me sentía un poco viejo en el papel de novio que se presenta a la familia; tenía trece años más que ella, y era la primera vez que me encontraba en esa situación. El tren llegó a Saint–Brieuc, su padre nos esperaba en la estación. Besó calurosamente a su hija, la abrazó mucho tiempo, se veía que la había echado de menos.

—Estás un poco más delgada... —le dijo.

Luego se volvió hacia mí y me estrechó la mano sin mirarme demasiado. Creo que él también se sentía intimidado:

sabía que yo trabajaba en el Ministerio de Cultura, mientras que él era un simple campesino. Su madre fue mucho más locuaz, me hizo todo tipo de preguntas sobre mi vida, mi trabajo,

mis aficiones. No fue muy difícil, Valérie estaba a mi lado; de vez en cuando contestaba por mí, nos mirábamos. No conseguía imaginar cómo me comportaría yo en esa situación si llegara a tener hijos; con respecto al futuro, no conseguía imaginar gran cosa.

La cena fue una verdadera fiesta, con bogavante, cordero lechal, quesos, tarta de fresas y café. Estuve tentado de considerar todo aquello una aceptación, aunque claro, sabía que el menú estaba preparado de antemano. Valérie llevó el peso de la conversación, hablando sobre todo de su nuevo trabajo, del que yo lo sabía casi todo. Yo miraba distraídamente la tela de las cortinas, los adornos, las fotos de familia enmarcadas. Estaba en familia, era conmovedor y un poco angustioso.

Valérie insistió en que durmiéramos en la habitación que tenía de adolescente.

—Sería mejor el cuarto de invitados, en la otra vais a estar incómodos —protestó su madre.

Y es verdad que la cama era un poco estrecha, pero cuando aparté las bragas de Valérie para acariciarle el coño me emocionó mucho pensar que ella dormía allí a los trece o catorce años. Los años perdidos, me dije. Me arrodillé a los pies de la cama, le quité del todo las bragas y le di la vuelta hacia mí. Ella cerró la vagina en torno a la punta de mi sexo. Jugué a penetrarla y retroceder unos pocos centímetros, con empujones rápidos, apretándole los pechos con las manos. Ella se corrió con un grito ahogado, y luego se echó a reír a carcajadas.

—Mis padres... —susurró—. Todavía no se han acostado.

La penetré otra vez, más profundamente, para correrme yo. Ella me miraba con los ojos brillantes, y me tapó la boca con la mano justo en el momento en que me corrí dentro de ella con un gruñido ronco.

Más tarde, miré con curiosidad los muebles de la habitación. Encima de la Biblioteca Rosa, en una estantería, había varios cuadernitos cuidadosamente encuadernados.

—Oh, eso —dijo ella—. Los escribí entre los diez y los doce años. Puedes mirarlos. Son historias del Club de los Cinco.

—¿Qué quieres decir?

—Historias inéditas del Club de los Cinco. Las escribía yo, con los mismos personajes.

Saqué los cuadernillos. Los cinco en el espacio, Los cinco en Canadá. De pronto vi a una niña imaginativa, más bien solitaria, a la que nunca conocería.

Durante los días siguientes apenas hicimos algo más que ir a la playa. Hacía buen tiempo, pero el agua estaba demasiado fría para bañarse mucho rato. Valérie se quedaba tumbada al sol horas enteras; se recuperaba poco a poco; los tres últimos meses habían sido los más duros de su vida profesional.

Una noche, tres días después de nuestra llegada, le hablé de eso. Acabábamos de pedir unos cócteles en el Oceanic Bar.

—Supongo que ahora que habéis lanzado la fórmula, tendrás menos trabajo.

—Al principio, sí —sonrió con cara de desengaño—. Pero tendremos que encontrar otra cosa enseguida.

—¿Por qué? ¿Por qué no podéis parar?

—Porque es la regla del juego. Si Jean–Yves estuviera aquí, te diría que es el principio del capitalismo: si no avanzas, estás muerto. A menos que hayas conseguido una ventaja decisiva sobre la competencia, en cuyo caso puedes descansar unos años; pero nosotros no hemos llegado ahí. El principio de los «Eldorador Explorador» es bueno, es una idea ingeniosa, astuta si quieres, pero no es realmente innovadora, sólo es la mezcla bien dosificada de dos conceptos ya existentes. Los competidores se darán cuenta de que funciona, y desembarcarán muy pronto en el mismo mercado. Eso no es muy complicado; lo difícil era ponerlo en marcha en tan poco tiempo. Pero estoy segura de que Nouvelles Frontiéres, por ejemplo, es capaz de hacer una oferta competitiva el próximo verano. Si queremos conservar nuestra ventaja, vamos a tener que innovar otra vez.

—¿Y eso no acabará nunca?

—No creo, Michel. Me pagan bien, estoy dentro de un sistema que conozco; he aceptado las reglas del juego.

Yo debía de tener un aire sombrío; ella me pasó una mano en torno al cuello.

—Vamos a comer... —dijo—. Mis padres nos estarán esperando.

Volvimos a París el domingo por la noche. El lunes por la mañana, Valérie y Jean–Yves tenían una reunión con Eric Leguen. El quería comunicarles la satisfacción del grupo con los primeros resultados de su campaña de recuperación. Por unanimidad, la directiva había decidido darles una prima en acciones; cosa excepcional para ejecutivos con menos de un año de antigüedad en la casa.

Esa noche cenamos los tres juntos en un restaurante marroquí de la rué des Ecoles. Jean–Yves iba mal afeitado, daba cabezadas y parecía un poco abotargado.

«Creo que ha empezado a beber», me había dicho Valérie en el taxi. «Ha pasado unas vacaciones espantosas con su mujer y sus hijos en la isla de Re. Eran quince días, pero volvió al cabo de una semana. Me ha dicho que ya no podía soportar a los amigos de su mujer.»

La verdad es que no parecía estar bien: no tocaba la comida y se servía vino sin parar.

—¡Ya está! —exclamó con tono sardónico—. ¡Ya está, ya vemos de cerca la pasta gansa! —Sacudió la cabeza y vació el vaso de vino—. Perdonadme... —dijo con voz lastimosa—. Perdonadme, no debería hablar así.

Colocó las manos sobre la mesa; le temblaban ligeramente. Esperó. El temblor se calmó poco a poco. Luego miró a Valérie a los ojos.

—¿Te has enterado de lo que le ha pasado a Marylise?

—¿Marylise Le François? No, no la he visto. ¿Está enferma?

—No, enferma no. Ha estado tres días en el hospital con tranquilizantes, pero no está enferma. El miércoles pasado, cuando volvía a París desde el trabajo, la agredieron y la violaron en el tren.

Marylise regresó a la oficina el lunes siguiente. Estaba claro que había sufrido una conmoción nerviosa; sus gestos eran lentos, casi mecánicos. Contaba su historia con soltura, con demasiada soltura, no parecía natural: el tono era neutro, la cara inexpresiva y rígida, como si estuviera repitiendo maquinalmente su declaración. Al salir del trabajo, a las diez y cuarto de la noche, había decidido coger el tren de las diez y veintiuno, pensando que sería más rápido que esperar un taxi. El vagón estaba casi vacío. Cuatro tipos se acercaron y empezaron a insultarla. Según ella, parecían antillanos. Intentó discutir, bromear con ellos; a cambio recibió un par de bofetadas que casi la matan. Después se abalanzaron sobre ella, y entre dos la sujetaron contra el suelo. La penetraron violentamente, sin miramientos, por todas partes. Cada vez que intentaba emitir el menor sonido, le daban un puñetazo u otro par de bofetadas. Duró mucho tiempo, el tren paró varias veces; los demás viajeros bajaban y cambiaban prudentemente de vagón. Mientras se turnaban para violarla, los tipos seguían bromeando e insultándola, llamándola guarra y chupapollas. Al final le escupieron y le mearon encima, reunidos en círculo a su alrededor; después la empujaron a patadas debajo de una banqueta y se bajaron tranquilamente en la estación de Lyon.

Los primeros viajeros subieron dos minutos después y avisaron a la policía, que llegó casi enseguida. El comisario no estaba muy sorprendido; según él, había tenido una suerte relativa. A menudo, después de haber utilizado a la chica, los tipos la mataban metiéndole una barra con clavos en la vagina o en el ano. Aquella línea se consideraba peligrosa.

Una nota interna recordó a los empleados las medidas de prudencia habituales, insistiendo en el hecho de que si salían tarde del trabajo tenían taxis a su disposición, y que todos los gastos corrían por cuenta de la empresa. Se reforzó la patrulla de vigilantes de los locales y el aparcamiento del personal.

Aquella noche, Jean–Yves acompañó a Valérie, que tenía el coche en el taller. Antes de salir del despacho echó una ojeada al caótico paisaje de casas unifamiliares, centros comerciales, escalextrics y torres. A lo lejos, en el horizonte, la capa de polución teñía el atardecer de extraños tonos malvas y verdes.

—Es curioso... —dijo—. Estamos aquí, dentro de la empresa, como bestias de carga bien alimentadas. Y fuera están los depredadores, la vida salvaje. He estado una vez en Sao Paulo; allí la evolución ha tocado techo. Ya no es ni siquiera una ciudad, sino una especie de territorio urbano que se extiende hasta donde llega la vista, con favelas, gigantescos edificios de oficinas, residencias de lujo rodeadas de guardias armados hasta los dientes. Hay más de veinte millones de habitantes, muchos de los cuales nacen, viven y mueren sin haber salido ni

una sola vez de los límites del territorio. Allí las calles son muy peligrosas, incluso yendo en coche te pueden rodear en un semáforo, o te puede perseguir una banda motorizada:

los mejor equipados llevan metralletas y lanzamisiles. Los ricos y los hombres de negocios se desplazan casi exclusivamente en helicóptero; hay pistas de aterrizaje por todas partes, en lo alto de los edificios bancarios o residenciales. A nivel del suelo, la calle pertenece a los pobres y a los delincuentes. Al coger la autopista del sur, añadió en voz baja—:

En este momento tengo dudas, cada vez más dudas sobre el interés del mundo que estamos construyendo.

Unos días después, cuando aparcó delante del edificio de la avenue de Choisy, Jean–Yves encendió un cigarrillo, se quedó callado unos segundos y después le dijo a Valérie:

—Estoy muy preocupado por Marylise... Los médicos dijeron que podía volver a trabajar, y en un sentido se la ve normal, no tiene crisis. Pero ya no toma ninguna iniciativa, está como paralizada. Cada vez que hay que tomar una decisión viene a consultarme; y si yo no estoy, es capaz de esperar horas y horas sin mover un dedo. En una responsable de comunicación, eso no es posible; no podemos seguir así.

—No irás a despedirla...

Jean–Yves aplastó la colilla y miró fijamente la avenida, apretando el volante entre las manos. Cada vez parecía más tenso, más perdido; Valérie se dio cuenta de que empezaba a llevar manchas en el traje.

—No sé —susurró él finalmente, con esfuerzo—. Nunca he tenido que hacer una cosa así. Echarla, no, sería asqueroso, pero va a haber que buscarle otro puesto donde no tenga que tomar tantas decisiones ni tenga que estar en contacto con tanta gente.

Además, después de lo que le ha pasado empieza a tener reacciones racistas. Es normal, se puede entender, pero en el turismo eso no se puede permitir. En la publicidad, en los catálogos, en todo lo que atañe a la comunicación, hay que presentar siempre a los autóctonos como gente cálida, acogedora y abierta. No hay otro modo: es una verdadera obligación profesional.

Al día siguiente, Jean–Yves habló con Leguen, que tuvo menos escrúpulos, y una semana más tarde destinaron a Marylise al departamento de administración, sustituyendo a una empleada que acababa de jubilarse. Había que encontrar otro responsable de comunicación para el proyecto Eldorador. Jean–Yves y Valérie, juntos, entrevistaron a los candidatos. Después de hablar con unos diez, comieron en el restaurante de la empresa para comentar el tema.

—Creo que deberíamos contratar a Noureddine —dijo Valérie—. Realmente tiene un talento increíble, y ya ha trabajado en muchos proyectos diferentes.

—Sí, es el mejor; pero tengo la impresión de que es casi demasiado bueno para el puesto. No lo veo muy bien en la comunicación de una empresa de viajes; le iría mejor en un puesto más prestigioso, más arty. Aquí se va a aburrir, terminará marchándose. Nuestro mercado está en el centro del espectro. Y además es hijo de emigrantes árabes, y eso puede traer problemas. Para atraer a la gente hay que usar muchos tópicos sobre los países árabes: la hospitalidad, el té con menta, las fantasías, los beduinos..., he visto que a éstos les cuesta tragar con ese tipo de cosas; de hecho, no soportan a países árabes en general.

—Discriminación racial en la selección de candidatos...

—dijo Valérie, socarrona.

—¡Qué tontería! —Jean–Yves se acaloró un poco; decididamente, desde que había vuelto de vacaciones estaba demasiado tenso, empezaba a perder el sentido del humor—. ¡Todo el mundo hace eso! —siguió, hablando tan alto que la gente de la mesa de al lado se volvió para mirarle—. El origen de la gente forma parte de su personalidad, está claro que hay que tenerlo en cuenta. Por ejemplo, contrataría sin dudarlo a un inmigrante tunecino o marroquí, aunque llevara en Francia mucho menos tiempo que Noureddine, para las negociaciones con los proveedores locales. La doble pertenencia es una ventaja, siempre se puede pillar en falso al interlocutor. Además, llegan con la imagen de alguien que ha tenido éxito en Francia, todo el mundo los respeta de entrada, los proveedores tienen la impresión de que no hay quien les meta un gol.

Los mejores negociadores con los que he trabajado siempre tenían doble origen. Pero para este puesto creo que deberíamos contratar a Brigit.

—¿La danesa?

—Sí. Ella también es una grafista muy buena. Es muy antirracista, de hecho creo que vive con un jamaicano; un poco tonta, muy entusiasta a priori por todo lo exótico. De momento no quiere tener hijos. En resumen, creo que da el perfil.

Tal vez hubiera una razón más, pensó Valérie unos días después, al ver a Brigit poniéndole a Jean–Yves la mano en el hombro.

—Sí, es verdad... —le confirmó él mientras tomaban un café al lado de la máquina—. Ahora me dedico al acoso sexual..., bueno, ha pasado dos o tres veces, no irá más lejos, de todos modos ella vive con un tipo.

Valérie le echó una mirada rápida. Tendría que cortarse el pelo, se estaba descuidando de verdad.

—No te lo estoy reprochando... —dijo.

Su nivel intelectual no había bajado, seguía haciéndose una idea muy clara de las situaciones y de la gente, demostraba una intuición muy fina para los montajes financieros; pero empezaba a parecer un hombre desgraciado, a la deriva.

Empezaron a analizar los cuestionarios de aprobación; el índice de respuesta había sido alto, gracias a un sorteo en el que los cincuenta primeros podían ganar una semana de vacaciones. A primera vista, no parecía fácil discernir las causas de la disminución de la clientela de «Eldorador Fórmula Normal.» Los clientes estaban satisfechos con el alojamiento y el lugar elegido, con las comidas, las actividades y los deportes propuestos; sin embargo, cada vez se apuntaba menos gente.

Valérie dio por casualidad con un artículo en Tourisme Hebdo que analizaba los nuevos valores de los consumidores.

El autor apelaba al modelo de Holbrook y Hirschman, que se basa en la emoción que el consumidor puede sentir ante un producto o un servicio; pero sus conclusiones no tenían nada de especialmente novedoso. El artículo decía que los nuevos consumidores eran menos predecibles, más eclécticos, más lúdicos, más comprometidos con las causas humanitarias. Ya no consumían para «parecer», sino para «ser»: eran más serenos. Comían de forma equilibrada, prestaban atención a su salud; temían un poco a los demás y al futuro. Exigían el derecho a la infidelidad por curiosidad, por eclecticismo; daban más importancia a lo sólido, lo perdurable, lo auténtico. Manifestaban exigencias éticas: eran más solidarios, etc. Valérie había leído cien veces cosas como ésa, los sociólogos y los psicólogos del comportamiento repetían lo mismo de un artículo a otro, de un órgano de prensa a otro. Además, ellos habían tenido todo aquello en cuenta. Las residencias Eldorador estaban construidas con materiales tradicionales, siguiendo los principios arquitectónicos del país. Los menús de los autoservicios eran equilibrados, daban mucha importancia a las verduras, las frutas y la dieta mediterránea. Entre las actividades propuestas había yoga, sofrología, tai–chi–chuan. Aurore había firmado el acuerdo de turismo ético, y hacía donaciones regularmente al WWF. Pero nada de esto parecía bastar para frenar el declive.

—Creo que la gente miente, así de sencillo —dijo Jean– Yves después de leer por segunda vez el informe final sobre los cuestionarios de satisfacción—. Dicen que están satisfechos, marcan todas las casillas de «bien», pero en realidad han pasado unas vacaciones de mierda y se sienten demasiado culpables para confesarlo. Voy a terminar vendiendo todos los clubs que no se puedan adaptar a la fórmula «Explorador»

y poniendo el paquete en vacaciones activas añadiendo vehículos todoterreno, paseos en globo, barbacoas en el desierto, cruceros en catamarán, zambullida, rafting, todo...

—No estamos solos en el mercado.

—No... —convino él, desanimado.

—Tendríamos que pasar una semana en un club, de incógnito, sin ningún objetivo concreto. Sólo para ver el ambiente.

—Sí... —Jean–Yves se incorporó en el sillón y cogió un montón de cuestionarios—. Habría que mirar los que tienen peores resultados. —Pasó rápidamente las páginas—. Djerba y

Monastir son una catástrofe; pero de todas formas creo que vamos a dejar de hacer Túnez. Ya está demasiado edificado, la competencia está dispuesta a bajar los precios a niveles increíbles; teniendo en cuenta nuestro posicionamiento, nunca podremos seguirla.

—¿Tienes ofertas de compra?

—Pues sí, curiosamente; Neckermann está interesado.

Quieren entrar en los antiguos países del Este: Eslovaquia, la República Checa, Hungría, Polonia..., lo más bajo del espectro; pero la Costa Brava está completamente saturada. También les interesa nuestro club de Agadir, y ofrecen un precio razonable. Estoy bastante tentado de cedérselo; a pesar del sur marroquí, Agadir no termina de arrancar, creo que la gente sigue prefieriendo Marrakech.

—Pero Marrakech no vale nada.

—Lo sé... Lo raro es que Sharm–el–Sheikh no funcione bien. Y eso que tiene atractivos: los arrecifes de coral más bellos del mundo, paseos por el desierto del Sinaí...

—Sí, pero está en Egipto.

—¿Y qué?

—Yo creo que nadie ha olvidado el atentado de Luxor en 1997. Hubo cincuenta y ocho muertos. La única posibilidad de vender Sharm–el–Sheikh es quitar la mención «Egipto».

—¿Y qué vas a poner entonces?

—No sé... «Mar Rojo», por ejemplo.

—Vale, «Mar Rojo», si a ti te parece. —Tomó nota y siguió estudiando las hojas—. África va bien... Es curioso, Cuba tiene mala puntuación. Sin embargo la música cubana y el ambiente latino están de moda. Santo Domingo, por ejemplo, sigue llenándose. —Consultó la descripción del club cubano—.

El hotel de Guardalavaca es nuevo, los precios están al nivel del mercado. No es ni demasiado deportivo, ni demasiado familiar. «Viva la magia de las noches cubanas al ritmo desenfrenado de la salsa...» Los resultados han bajado un quince por ciento. Creo que podríamos ir allí, o a Egipto.

—Donde tú quieras, Jean–Yves... —dijo ella con cansancio—. En cualquier caso, te vendrán bien unos días sin tu mujer.

El mes de agosto acababa de instalarse en París; los días eran calurosos, incluso asfixiantes, pero el buen tiempo no duraba mucho: al cabo de uno o dos días había una tormenta y la atmósfera se refrescaba de repente. Después volvía el sol, y la columna del termómetro y los índices de polución volvían a subir. La verdad es que todo aquello no me interesaba mucho. Desde mi encuentro con Valérie había renunciado a los peep–shows, y hacía muchos años que había renunciado también a la aventura urbana. Para mí, París nunca había sido una fiesta, y no veía el menor motivo para que llegara a serlo. Sin embargo, diez o quince años antes, cuando empecé a trabajar en el Ministerio de Cultura, iba a clubs o bares imprescindibles; recordaba una angustia leve pero constante. No tenía nada que decir, me sentía absolutamente incapaz de iniciar una conversación con quien fuera, y tampoco sabía bailar. En tales circunstancias, empecé a volverme alcohólico. El alcohol no me había decepcionado nunca; siempre había sido un fiel apoyo. A veces —aunque no más de cuatro o cinco en toda mi vida—, después de una decena de gin tónics, reunía la energía necesaria para convencer a una mujer de que compartiera mi cama. Por lo demás, el resultado solía ser decepcionante, no se me ponía dura y me dormía al cabo de unos minutos. Después descubrí la existencia del Viagra; el alcohol contrarrestaba mucho su eficacia, pero forzando las dosis conseguía alguna cosa. De todas formas, el juego no valía la pena. De hecho, antes de Valérie no había encontrado a ninguna chica que llegara a los talones de las prostitutas tailandesas; o quizás había sentido algo cuando era muy joven, con chicas de dieciséis o diecisiete años. Pero en los medios culturales que frecuentaba, era catastrófico. A las chicas no les interesaba para nada el sexo, sólo la seducción; y además una seducción basura, elitista, desplazada, que no tenía un gramo de erótica. En la cama eran del todo incapaces de cualquier cosa. O había que tirar de las fantasías, un montón de guiones fastidiosos y kitsch cuya sola evocación conseguía revolverme el estómago. Les gustaba hablar de sexo, eso sí; de hecho era su único tema de conversación; pero no tenían la menor inocencia sensual. Los hombres, por su parte, no valían

mucho más: hablar de sexo en cualquier momento sin hacer nunca nada es de lo más francés; pero a mí empezaba a pesarme demasiado.

En la vida puede ocurrir todo, y casi siempre nada. Pero esta vez, en mi vida, había ocurrido algo: había encontrado una amante, y me hacía feliz. Nuestro mes de agosto fue muy dulce; Espitalier, Leguen y casi todos los directivos de Aurore se habían ido de vacaciones. Valérie y Jean–Yves se habían puesto de acuerdo para posponer las decisiones importantes, las tomarían después de su viaje a Cuba, a principios de septiembre; era un descanso, un período de calma, —Por fin se ha decidido a ir de putas —me contó Valérie—. Tendría que haberlo hecho hace mucho. Ahora bebe menos, está más tranquilo.

—Pues por lo que yo recuerdo, las putas no son para tanto.

—Sí, pero lo suyo es diferente, son chicas que trabajan por Internet. Bastante jóvenes, muchas veces estudiantes.

Tienen pocos clientes, los eligen, no lo hacen solamente por dinero. Bueno, él me ha dicho que no está mal. Si quieres, podemos probar un día. Una chica bisexual para los dos, sé que a los hombres les encanta eso, y a mí también me gustan bastante las chicas.

No lo hicimos ese verano; pero simplemente el hecho de que me lo propusiera era terriblemente excitante. Yo tenía suerte. Ella sabía las cosas que mantienen el deseo de un hombre; bueno, no completamente, eso no es posible, pero digamos que lo mantienen a un nivel suficiente para hacer el amor de vez en cuando esperando que todo se termine. Lo cierto es que saber esas cosas no es nada, es tan fácil, tan ridículo y tan fácil..., pero a ella le gustaba hacerlas, disfrutaba con ellas, le encantaba ver el deseo en mis ojos. A menudo, cuando estábamos en un restaurante, volvía del aseo y ponía encima de la mesa las bragas que se acababa de quitar. Y entonces me deslizaba una mano entre las piernas para aprovechar mi erección. A veces me abría la bragueta y me masturbaba de inmediato, al abrigo del mantel. Por la mañana, cuando me despertaba con una felación y me tendía una taza de café antes de metérsela otra vez en la boca, yo sentía vértigos de agradecimiento y dulzura. Ella sabía parar justo antes de que me corriera, podría haberme mantenido al límite durante horas. Yo vivía dentro de un juego, un juego tierno y excitante, el único juego que les queda a los adultos; un universo de deseos leves y de momentos de placer ilimitado.

7

A finales de agosto, el agente inmobiliario de Cherburgo me llamó por teléfono para decirme que había encontrado un comprador para la casa de mi padre, que quería bajar un poco el precio, pero que estaba dispuesto a pagar en mano.

Acepté de inmediato. Así que al cabo de poco tendría un poco más de un millón de francos. Estaba trabajando en el informe de una exposición itinerante en la que había que soltar ranas sobre unos juegos de cartas, dispuestos en el suelo de mosaico de un recinto cerrado; sobre algunas de las losas estaban grabados los nombres de grandes hombres de la historia como Durero, Einstein o Miguel Ángel. El presupuesto principal era para comprar mazos de cartas, porque había que cambiarlos bastante a menudo; y de vez en cuando también había que cambiar las ranas. El artista quería juegos de tarot, al menos para la exposición inaugural en París; en provincias estaba dispuesto a conformarse con juegos de cartas corrientes. Decidí irme una semana a Cuba con Jean–Yves y Valérie a principios de septiembre. Quería pagar el viaje, pero Valérie me dijo que lo arreglaría con la empresa.

—No os estorbaré en vuestro trabajo... —prometí.

—La verdad es que no vamos a trabajar, nos comportaremos como turistas corrientes. No vamos a hacer casi nada, pero eso es lo importante: queremos ver qué es lo que no funciona, por qué no hay ambiente en el club, por qué la gente no vuelve encantada de sus vacaciones. No vas a estorbarnos; al contrario, puedes sernos muy útil.

Cogimos el avión a Santiago de Cuba el viernes 5 de septiembre, a media tarde. Jean–Yves no había sido capaz de dejar en París su ordenador portátil, pero de todos modos, con su polo azul claro, parecía descansado y dispuesto a tomarse unas vacaciones. Poco después del

despegue, Valérie me puso una mano en el muslo; se relajó, con los ojos cerrados. «No estoy preocupada, algo se nos ocurrirá...», me había dicho al salir de casa.

El transporte desde el aeropuerto duró dos horas y media.

—Primer punto negativo... —anotó Valérie—. Tenemos que ver si hay un vuelo directo a Holguín.

En el autocar, delante de nosotros, dos señoras de unos sesenta años, con permanentes gris azulado, parloteaban sin parar señalándose mutuamente los detalles interesantes del entorno: hombres que cortaban caña de azúcar, un buitre que planeaba sobre las praderas, dos bueyes que regresaban al establo... Parecían secas y resistentes, decididas a interesarse por todo; me daba la impresión de que no iban a ser clientes fáciles. Y en efecto, en el momento de la asignación de habitaciones, la parlanchina A insistió con encono en que le dieran una habitación contigua a la parlanchina B. Esta clase de reivindicación no estaba prevista, la empleada de recepción no entendía nada, hubo que llamar al encargado.

Éste tenía unos treinta años, cabeza de carnero y expresión terca; unas arrugas de preocupación le surcaban la frente estrecha. De hecho, se parecía muchísimo a Nagui.

—Tranquila, de acuerdo... —dijo cuando le expusieron el problema—. Tranquila, de acuerdo, señora mía. Esta nocbe no es posible, pero mañana se van algunos clientes y le cambiaremos la habitación.

Un mozo nos llevó a nuestro bungalow con vistas al mar, encendió el aire acondicionado y se retiró con un dólar de propina.

—Bueno, aquí estamos —dijo Valérie, sentándose en la cama—. La comida se sirve en un buffet. Todo incluido, con aperitivos y cócteles. La discoteca abre a las once de la noche. Hay un suplemento por masajes y otro por la iluminación nocturna de las pistas de tenis.

El objetivo de las empresas de turismo es hacer feliz a la gente, previo pago de cierta tarifa durante cierto período de tiempo. Una tarea que puede resultar fácil o sencillamente imposible, según el temperamento de la gente, las prestaciones propuestas y otros factores. Valérie se quitó el pantalón y la blusa. Yo me tumbé en la cama gemela. Los órganos sexuales son una fuente de placer permanente y disponible. El dios que nos hace desgraciados, que nos ha creado transitorios, vanos y crueles, también ha previsto esta débil forma de compensación. Si no hubiera un poco de sexo de vez en cuando, ¿en qué consistiría la vida? Una lucha inútil contra las articulaciones que se anquilosan o la formación de caries. Y todo, además, completamente falto de interés: el endurecimiento de las fibras de colágeno, el crecimiento de las cavidades microbianas en las encías. Valérie separó las piernas encima de mi boca. Llevaba un tanga muy fino, de encaje malva. Aparté la tela y me humedecí los dedos para acariciarle los labios.

Ella me abrió el pantalón y me cogió el sexo en la palma de la mano. Empezó a acariciarme los testículos con suavidad, sin prisas. Yo doblé una almohada para tener la boca a la altura de su coño. En ese momento vi a una empleada que barría la arena de la terraza. Las cortinas estaban descorridas, y el ventanal abierto de par en par. Cuando nuestras miradas se cruzaron, la chica resopló de risa. Valérie se enderezó e hizo un gesto para que se acercara. Ella se quedó donde estaba, dudosa, apoyada en la escoba. Valérie se levantó, dio unos pasos hacia ella y le tendió las manos. En cuanto entró, la chica empezó a desabrocharse la bata: no llevaba nada debajo, salvo unas bragas de algodón blanco; tendría unos veinte años, tenía la piel muy morena, casi negra, los pechos pequeños y firmes, las nalgas muy respingonas. Valérie cerró las cortinas, y yo también me levanté. La chica se llamaba Margarita. Valérie le cogió la mano y la puso en mi sexo. Ella estalló en carcajadas otra vez, pero empezó a masturbarme. Valérie se quitó rápidamente el sujetador y las bragas, se tumbó en la cama y empezó a acariciarse. Margarita tuvo un último instante de vacilación, pero luego se quitó las bragas a su vez y se arrodilló entre los muslos de Valérie. Primero le miró el coño, acariciándola con la mano; luego acercó la boca y empezó a lamerla. Valérie puso una mano en la cabeza de Margarita para guiarla, sin dejar de masturbarme con la otra mano. Sentí que iba a correrme, y me alejé para buscar un preservativo en el neceser. Estaba tan excitado que me costó trabajo encontrarlo y luego ponérmelo, se me nublaba la vista. El culo de la negrita ondulaba mientras ella iba y venía sobre el pubis de Valérie. La penetré de una sola vez, tenía

el coño abierto como un fruto. Ella gimió débilmente y tendió las nalgas hacia mí. Empecé a moverme dentro de ella, un poco al tuntún, la cabeza me daba vueltas, todo mi cuerpo se estremecía de placer. Caía la noche, y ya no se veía gran cosa en la habitación.

Oí los jadeos de Valérie subir de tono, como si vinieran de muy lejos, de otro mundo. Apreté el culo de Margarita con las manos, la penetré cada vez con más fuerza, ya no intentaba contenerme. Cuando Valérie gritó, yo me corrí.

Durante uno o dos segundos tuve la impresión de que me vaciaba de mi peso, que flotaba en el aire. Luego volvió la sensación de gravedad y me sentí agotado de repente. Me dejé caer en la cama, entre los brazos de ambas.

Más tarde, distinguí confusamente a Margarita, que se estaba vistiendo, y a Valérie, que hurgaba en su bolso para darle algo. Se besaron en el umbral del ventanal; fuera ya era de noche.

—Le he dado cuarenta dólares... —dijo Valérie, acostándose a mi lado—. Es el precio que pagan los occidentales. Para ella, es un mes de salario.

Encendió la lámpara de la mesilla. Sobre las cortinas pasaban algunas siluetas, recortándose como sombras chinescas; se oían murmullos de conversación. Yo puse una mano en el hombro de Valérie.

—Ha estado bien... —le dije, maravillado e incrédulo—.

Ha estado muy bien.

—Sí, la chica era sensual. A mí también me ha lamido bien.

—Qué raros son los precios del sexo... —continué, vacilante—. Tengo la impresión de que no dependen tanto del nivel de vida del país. Claro, en cada país te dan algo completamente diferente; pero el precio básico es más o menos igual:

el que los occidentales están dispuestos a pagar.

—¿Crees que eso es lo que llaman economía de la oferta.?

—No tengo ni idea... —Sacudí la cabeza—. Nunca he entendido nada de economía; es como si tuviera un bloqueo.

Tenía mucha hambre, pero el restaurante no abría hasta las ocho; me bebí tres pinas coladas mientras observaba a los animadores del aperitivo. El efecto del orgasmo tardaba mucho en disiparse, estaba un poco ido, de lejos me daba la impresión de que todos los animadores se parecían a Nagui.

Pero no, los había más jóvenes, aunque todos tenían algo raro: el cráneo rapado, perilla o patillas. Daban unos alaridos pasmosos, y de vez en cuando obligaban a alguien del público a subir al escenario. Afortunadamente, yo estaba demasiado lejos como para sentirme seriamente amenazado.

El encargado del bar era bastante penoso, se comportaba como un completo inútil: cada vez que yo quería algo, me indicaba con un gesto a los camareros; parecía una especie de ex torero, con sus cicatrices y un poquito de barriga redonda, controlada. El bañador amarillo le moldeaba el sexo con mucha precisión; estaba bien dotado, y quería dejarlo claro.

Cuando volví a la mesa después de conseguir, con muchísima dificultad, el cuarto cóctel, lo vi acercarse a una mesa vecina, ocupada por un grupo compacto de cincuentonas de Quebec. Ya me había fijado en ellas al entrar, eran rechonchas y resistentes, todo dientes y grasa, y hablaban increíblemente alto; no costaba nada entender que hubieran enterrado rápidamente a sus maridos. Pensé que no sería buena idea colarse delante de ellas en el autoservicio, o coger un tazón de cereales al que ellas le hubieran echado el ojo. Cuando el ex donjuán se acercó a su mesa le lanzaron miradas enamoradas, casi volvieron a ser mujeres. El se pavoneaba delante de ellas, acentuando todavía más su obscenidad con una serie de palpaciones inguinales a través del bañador, con las que parecía asegurarse de la consistencia de su menú de tres platos. Las cincuentonas de Quebec parecían encantadas con tan evocadora compañía; sus cuerpos viejos y gastados todavía necesitaban un poco de sol. Él interpretaba bien su papel, les hablaba al oído, las llamaba, a la manera cubana, «mi corazón» o «mi amor». No iba a pasar nada más, eso desde luego, él sólo quería provocar un último estremecimiento en los viejos coños, pero tal vez bastaría para que ellas pasaran unas magníficas vacaciones y recomendasen el club a sus amigas, y todavía les quedaba vida para otros veinte años, por lo

menos. Esbocé las líneas directrices de una película pornosocial titulada Los mayores se desmelenan. Había dos bandas que operaban en los clubs de vacaciones, una formada por señores mayores de Italia y la otra por señoras mayores de Quebec. Cada cual por su lado, armados de nunchakus y de punzones para picar hielo, sometían a los peores ultrajes a unos adolescentes desnudos y morenos. Naturalmente, terminaban encontrándose en un velero del Club Med; entre ambas bandas reducían a los miembros de la tripulación, y las señoras mayores, sedientas de sangre, los violaban y los arrojaban por la borda. La película acababa con una gigantesca orgía de señoras y señores mayores, mientras el barco, rotas las amarras, navegaba directamente hacia el Polo Sur.

Valérie apareció por fin: se había maquillado, llevaba un vestido blanco, corto y transparente; yo la deseaba todavía.

Nos reunimos con Jean–Yves junto al buffet. Parecía relajado, casi lánguido, y nos contó tranquilamente sus primeras impresiones. La habitación no estaba mal, pero la animación era un poco pesada; estaba justo al lado de los altavoces, y era casi inaguantable. La comida no estaba muy bien, añadió mirando con amargura su trozo de pollo hervido. Sin embargo todo el mundo repetía con ganas; los mayores, en particular, eran de una voracidad asombrosa, parecía que se hubieran pasado la tarde practicando deportes náuticos y voley playa.

—Comen y comen.... —comentó Jean–Yves con resignación—. ¿Qué otra cosa van a hacer?

Después de cenar hubo un espectáculo que volvía a requerir la participación del público. Una mujer de unos cincuenta años se lanzó a interpretar al karaoke la canción Bang bang, de Sheila. Fue bastante valiente por su parte; hubo algunos aplausos. En conjunto, eran los animadores los que aseguraban el espectáculo. Jean–Yves parecía a punto de dormirse; Valérie bebía el cóctel a sorbitos, tranquilamente. Miré la mesa de al lado: la gente parecía aburrirse un poco, pero aplaudían educadamente al final de cada actuación. Entender por qué la gente no se apuntaba a las estancias en clubs no me parecía muy difícil; de hecho, saltaba a la vista. La clientela se componía, en gran parte, de personas de la tercera edad o de adultos de mediana edad, y el equipo de animadores se las arreglaba para ponerles delante de las narices un placer que ya no podían sentir, al menos de esa forma. Incluso Valérie y Jean–Yves, incluso yo, en cierto sentido, teníamos responsabilidades profesionales en la vida real; éramos empleados serios, respetables, más o menos abrumados por las preocupaciones, sin contar los impuestos, los problemas de salud y otras cosas.

La mayoría de la gente que nos rodeaba estaba en el mismo caso: había directivos, profesores, médicos, ingenieros, contables; o jubilados que habían ejercido esas mismas profesiones.

No comprendía por qué los animadores esperaban que nos lanzáramos con entusiasmo a veladas de contacto o concursos de canción. No veía cómo podríamos haber conservado, a nuestra edad y en nuestra situación, el sentido de la fiesta. Aquellas animaciones estaban pensadas para menores de catorce años, como mucho.

Intenté contarle todo aquello a Valérie, pero el animador empezó a hablar otra vez con la boca pegada al micro, armando un escándalo insoportable. Había empezado a hacer una inspirada imitación de Lagaf, o quizás de Laurent Baffie; en cualquier caso, iba de un lado a otro con aletas en los pies, seguido por una chica disfrazada de pingüino que se reía de todo lo que él decía. El espectáculo terminó con un baile; algunas personas de las primeras mesas se levantaron y se agitaron torpemente. Junto a mí, Jean–Yves ahogó un bostezo.

—¿Damos una vuelta por la discoteca? —propuso.

Había cerca de cincuenta personas, pero los animadores eran casi los únicos que bailaban. El DJ alternaba el tecno y la salsa. Al final, algunas parejas de mediana edad lo intentaron con la salsa. El animador de las aletas pasaba por la pista dando palmadas y gritando: «¡Caliente! ¡Caliente!»; me dio la impresión de que ponía a la gente más incómoda que otra cosa. Yo me senté en el bar y pedí una piña colada. Dos cócteles después, Valérie me dio un codazo, señalando a JeanYves.

—Creo que podemos dejarlo solo... —me dijo al oído.

Estaba hablando con una chica muy guapa de unos treinta años, probablemente italiana. Inclinaban la cabeza el uno hacia el otro, sus hombros se rozaban.

La noche era cálida y húmeda. Valérie me cogió del brazo. El ruido de la discoteca se fue apagando; oíamos el murmullo de los walkie–talkies, los guardas patrullaban por el recinto. Dejamos atrás la piscina y nos dirigimos a la playa, que estaba desierta. Las olas lamían suavemente la arena, a unos metros de nosotros; ya no oíamos ningún ruido. Al llegar al bungalow me quité la ropa y me tumbé en la cama, esperando a Valérie. Ella se cepilló los dientes, se desvistió a su vez y se acostó a mi lado. Me acurruqué contra su cuerpo desnudo. Le puse una mano en el pecho, la otra en el vientre. Era una sensación muy dulce.

8

Cuando me desperté estaba solo en la cama, y tenía un ligero dolor de cabeza. Me levanté, vacilante, y encendí un cigarrillo; después de unas cuantas caladas me sentí un poco mejor. Me puse un pantalón y salí a la terraza, que estaba cubierta de arena; tenía que haberse levantado viento durante la noche. Apenas había amanecido; el cielo parecía nublado. Caminé unos metros hacia la playa, y vi a Valérie. Se zambullía de cabeza bajo una ola, nadaba unas cuantas brazadas, se levantaba, se zambullía otra vez.

Me detuve, sin dejar de fumar; el viento era un poco fresco, dudaba de si ir a su encuentro o no. Ella se volvió, me vio y gritó «¡Ven!» haciendo un amplio gesto con la mano. En ese momento, el sol se filtró entre dos nubes y la iluminó de frente. La luz resplandeció sobre sus pechos y sus caderas, centelleó en la espuma de su pelo y su vello púbico.

Me quedé clavado en el sitio durante unos segundos, consciente de que nunca olvidaría lo que estaba viendo, que aquella imagen sería una de las que volvería a ver, según dicen, en los segundos que preceden a la muerte.

La colilla me quemó los dedos; la tiré a la arena, me quité el pantalón y me dirigí al mar. El agua estaba fresca, muy salada; era un baño de juventud. En la superficie del mar brillaba una cinta de sol que se deslizaba hacia el horizonte; tomé aliento y me sumergí en la luz.

Más tarde nos acurrucamos en una toalla, mirando el amanecer sobre el océano. Las nubes se dispersaron poco a poco, las superficies luminosas se hicieron cada vez más grandes. A veces, por la mañana, todo parece sencillo. Valérie se quitó la toalla y ofreció su cuerpo al sol.

—No tengo ganas de vestirme... —dijo.

—Un mínimo... —aventuré yo.

Un pájaro planeaba a media altura, escrutando la superficie del agua.

—Me gusta nadar, me gusta hacer el amor... —dijo ella—.

Pero no me gusta bailar, no sé divertirme, siempre me ha parecido horrible salir por la noche. ¿Tú crees que es normal?

Yo me quedé pensativo un buen rato antes de contestarle.

—No lo sé... —dije al final—. Sólo sé que yo soy igual que tú.

No había mucha gente en las mesas del desayuno, pero Jean–Yves ya estaba allí, con un café y un cigarrillo. No se había afeitado, y daba la impresión de haber dormido mal; nos hizo un breve gesto con la mano. Nos sentamos frente a él.

—Bueno, ¿qué tal te fue con la italiana? —preguntó Valérie, atacando sus huevos revueltos.

—No muy bien. Empezó a contarme que trabajaba en marketing, que tenía problemas con su novio, que por eso se había ido sola de vacaciones. Yo estaba hasta los huevos; me largué y me acosté.

—Tendrías que intentarlo con las empleadas del hotel...

Él sonrió vagamente y aplastó la colilla en el cenicero.

—¿Qué hacemos hoy? —pregunté—. Quiero decir que... se supone que esto es una estancia «Explorador».

—Ah, sí... —Jean–Yves puso cara de hastío—. Bueno, a medias. No hemos tenido tiempo de organizar casi nada. Es la primera vez que trabajo con un país socialista; pero veo que en los países socialistas resulta bastante complicado dejar las cosas para el último momento. Esta tarde hay no sé qué con delfines... —Se interrumpió e intentó ser más preciso—. Bueo, si lo he entendido bien, hay un espectáculo con delfines, y luego podemos nadar con ellos. Supongo que te subes al lomo del delfín o algo por el estilo.

—Ah, sí, conozco eso —dijo Valérie—, no vale la pena. Todo el mundo cree que los delfines son mamíferos muy dulces y cariñosos. Pero no es así: forman grupos muy jerarquizados, con un macho dominante, y son bastante agresivos; a menudo luchan a muerte entre sí. La única vez que intenté nadar con delfines, me mordió una hembra.

—Bueno, bueno... —Jean–Yves hizo un gesto de apaciguamiento—. Sea como sea, esta tarde hay delfines para el que quiera ir. Mañana y pasado, excursión de dos días a Baracoa; no debería estar mal, o eso espero. Y luego... —pensó un momento—, luego se acabó. Ah, sí, el último día, antes de coger el avión, hay una comida con langosta y una visita al cementerio de Santiago.

Esta declaración fue seguida por unos segundos de silencio.

—Sí... —continuó Jean–Yves, con esfuerzo—. Creo que la hemos cagado un poco con este destino—. Se quedó un momento callado—. Además..., tengo la impresión de que las cosas no van muy bien en este club. Quiero decir para todo el mundo, no sólo para mí. Ayer, en la discoteca, no vi que se formaran muchas parejas, ni siquiera entre los jóvenes. —Volvió a guardar silencio, y luego concluyó con un gesto resignado—: Ecco...

—El sociólogo tenía razón... —dijo Valérie, pensativa.

—¿Qué sociólogo?

—Lagarrigue. El sociólogo del comportamiento. Tenía razón cuando dijo que estábamos lejos de la época de los bronceados.

Jean–Yves terminó su café y sacudió la cabeza con amargura.

—La verdad —dijo, asqueado—, nunca creí que llegaría a sentir nostalgia de la época de los bronceados.

Para llegar a la playa tuvimos que sufrir los ataques de algunos vendedores de productos artesanales lamentables; pero no eran muchos ni demasiado pegajosos, podía uno librarse de ellos con unas cuantas sonrisas y gestos apenados.

Durante el día, los cubanos podían entrar en la playa del club. Valérie me explicó que no tenían mucho que ofrecer ni vender, pero que lo intentaban, que hacían lo que podían.

Por lo visto, en aquel país nadie conseguía vivir de su salario.

Nada funcionaba bien: faltaba gasolina, piezas de maquinaria.

De ahí el lado de utopía agraria que se veía en los campos: los campesinos que araban con bueyes, que iban en carreta... Pero no se trataba ni de una utopía ni de una reconstrucción ecológica: era la realidad de un país que ya no conseguía mantenerse en la era industrial. Cuba lograba seguir exportando algunos productos agrícolas, como el café, el cacao y la caña de azúcar; pero la producción industrial había caído casi hasta el nivel cero. Costaba encontrar hasta los artículos de consumo más elementales, como el jabón, el papel o los bolígrafos. Las únicas tiendas bien surtidas eran las de productos importados, donde había que pagar en dólares. Así que todos los cubanos vivían de una segunda actividad relacionada con el turismo. Los más favorecidos eran los que trabajaban directamente para la industria turística; los demás intentaban conseguir dólares como fuese, con servicios suplementarios o algún tipo de tráfico.

Me tumbé en la arena a pensar. Para los hombres y las mujeres morenos que andaban entre los bancos de turistas sólo éramos monederos con piernas, no había que hacerse ilusiones; pero lo mismo pasaba en todos los países del Tercer Mundo. Lo único diferente en Cuba era esa increíble dificultad de la producción industrial. Desde luego, yo era un completo negado en el terreno de la producción industrial.

Estaba perfectamente adaptado a la era de la información, es decir, a nada. Valérie y Jean–Yves, como yo, sólo sabían utilizar información y capital; los utilizaban de manera inteligente y competitiva, mientras que yo lo hacía de un modo más rutinario, más burocrático. Pero ninguno de los tres, ni nadie que yo conociera, habría sido capaz de ayudar a la reanudación de la producción industrial, por ejemplo en caso de bloqueo por parte de una potencia extranjera. No teníamos la menor idea sobre la fundición de los metales, la fabricación de las piezas, la termoformación de las materias plásticas. Por no hablar de cosas más recientes, como la fibra óptica o los microprocesadores. Vivíamos en un mundo compuesto de objetos

cuya fabricación, condiciones de posibilidad y modo de existencia nos eran absolutamente ajenos.

Eché una mirada a mi alrededor, asustado por lo que estaba pensando: vi una toalla, gafas de sol, crema solar, un libro de bolsillo de Milán Kundera. Papel, algodón, vidrio: máquinas sofisticadas, complejos sistemas de producción. Por ejemplo, era incapaz de comprender el proceso de fabricación del bañador de Valérie: se componía de un 80 % de látex y un 20 % de poliuretano. Pasé dos dedos bajo el sujetador: bajo la trama de fibras industriales sentí la carne palpitante. Deslicé los dedos un poco más abajo, y sentí que el pezón se endurecía. Aquello era algo que podía hacer, que sabía hacer.

El sol se estaba volviendo aplastante. Cuando nos metimos en el agua, Valérie se quitó la braga del bañador. Me rodeó la cintura con las piernas y se tumbó de espaldas, haciendo el muerto. Tenía el coñ abierto. La penetré con facilidad, moviéndome dentro de ella al ritmo de las olas. No había otra alternativa. Me detuve justo antes de correrme. Salimos del agua para secarnos al sol.

Una pareja pasó cerca de nosotros: un negro muy alto y una chica con la piel muy blanca, la cara nerviosa y el pelo muy corto, que hablaba mirándole y se reía demasiado fuerte. Estaba claro que era norteamericana, quizás periodista del New York Times, o algo parecido. De hecho, ya que me fijaba, vi que había muchas parejas mixtas en aquella playa. Un poco más lejos, dos rubios altos y un poco gordos, con acento nasal, reían y bromeaban con dos chicas espléndidas de piel cobriza.

—No está permitido llevarlas al hotel... —dijo Valérie, siguiendo mi mirada—. Alquilan habitaciones en el pueblo vecino.

—Creía que los norteamericanos no podían venir a Cuba.

—En principio, no; pero pasan por Canadá o por México. De hecho, están furiosos por haber perdido Cuba. No es difícil entenderlos... —dijo, pensativa—. Si hay un país en el mundo que necesita el turismo sexual, es Estados Unidos.

Pero de momento las compañías norteamericanas están bloqueadas, no se les permite invertir aquí. El país se volverá capitalista, sólo es cuestión de tiempo; pero hasta entonces los europeos tienen el campo libre. Por eso Aurore no quiere renunciar, aunque el club tenga dificultades: es el momento de sacarle ventaja a la competencia. Cuba es una oportunidad única en la zona Antillas–Caribe.

Tras un rato de silencio, continuó con tono de ligereza:

—Pues sí... Así hablamos en mi mundillo profesional..., en el mundo de la economía global.

9

El minibús a Baracoa salió a las ocho de la mañana, con unas quince personas a bordo. Ya habían tenido ocasión de conocerse, y se deshacían en elogios de los delfines. El entusiasmo de los jubilados (mayoritarios), de dos ortofonistas que iban juntos de vacaciones y de la pareja de estudiantes se expresaba por caminos léxicos ligeramente distintos, claro, pero todos habrían estado de acuerdo con esta descripción:

una experiencia única.

Después, la conversación versó sobre las características del club. Le eché una mirada a Jean–Yves: iba sentado en mitad del minibús, solo, y había puesto en el asiento de al lado un cuaderno de apuntes y un bolígrafo. Inclinado, con los ojos semicerrados, se concentraba para oír todo lo que decían los demás. Evidentemente, pensaba que en aquella fase del viaje podía cosechar muchas impresiones y observaciones útiles.

Los participantes parecían estar de acuerdo también sobre el club. Todo el mundo dijo que los animadores eran «simpáticos», pero que las animaciones no eran muy interesantes. Las habitaciones estaban bien, salvo las que estaban demasiado cerca de los altavoces, que eran demasiado ruidosas. En cuanto a la comida, estaba claro que no le gustaba mucho a nadie.

Ninguno de los presentes participaba en las actividades de gimnasia, de aeróbic, de iniciación a la salsa o al español.

A fin de cuentas, lo mejor era la playa; y aún más por ser tranquila. «Animación y sonido percibidos más bien como ruido ambiental», anotó Jean–Yves en su cuaderno.

A todo el mundo le gustaban los bungalows, sobre todo porque estaban lejos de la discoteca.

—¡La próxima vez vamos a exigir un bungalow! —afirmó con claridad un jubilado fornido, en plena forma para su edad, obviamente acostumbrado a mandar; en realidad, se había pasado toda su vida profesional dedicado a la comercialización de vinos de Burdeos.

Los dos estudiantes eran de la misma opinión. «Discoteca inútil», apuntó Jean–Yves, pensando con melancolía en todo aquel dinero invertido en vano.

Pasado el cruce de Cayo Saetia, la carretera se volvió cada vez peor. Había baches y agujeros que a veces ocupaban la mitad de la calzada. El conductor se veía obligado a zigzaguear todo el tiempo y no parábamos de dar sacudidas en el asiento, empujados de un lado a otro. La gente reaccionaba con exclamaciones y risas.

—Vaya, son de buena pasta... —me dijo Valérie en voz baja—. Es lo bueno de los circuitos «Explorador», podemos imponer condiciones horribles, para los clientes eso forma parte de la aventura. De hecho, esto es un error nuestro: para un trayecto así, tendríamos que haber contratado vehículos todoterreno.

Un poco antes de Moa, el conductor giró a la derecha para evitar un agujero enorme. El minibús derrapó despacio, y luego se caló en un terreno pantanoso. El conductor arrancó otra vez y pisó el acelerador a fondo: las ruedas patinaron en un barro parduzco, el minibús no se movió. El hombre volvió a intentarlo varias veces, sin resultado.

—Bueno... —dijo el comerciante de vinos, cruzando los brazos con aire festivo—. Vamos a tener que bajarnos a empujar.

Salimos del vehículo. Ante nosotros se extendía una inmensa llanura, cubierta de barro cuarteado y pardo, de aspecto malsano. Altas hierbas secas y blancuzcas rodeaban algunas ciénagas de agua estancada, de color casi negro. Al fondo, una gigantesca fábrica de ladrillos oscuros dominaba el paisaje; sus dos chimeneas vomitaban una espesa humareda. De la fábrica escapaban enormes tuberías, medio oxidadas, que zigzagueaban sin dirección aparente en mitad de la llanura. En un lateral, un letrero de metal donde el Che Guevara exhortaba a los trabajadores al desarrollo revolucionario de las fuerzas productivas también empezaba a oxidarse. Un olor infecto, que parecía venir del barro más que de las ciénagas, impregnaba el aire.

La rodada no era muy profunda, y el minibús arrancó fácilmente gracias a nuestros esfuerzos. Todo el mundo volvió a subir, felicitándose mutuamente. Comimos un poco más tarde, en una marisquería. Jean–Yves estudiaba su cuaderno con cara de preocupación; no había tocado el plato.

—Creo que la cosa va bien con los circuitos «Explorador»

—concluyó después de una larga reflexión—; pero no veo qué podemos hacer por la fórmula club.

Valérie le miraba tranquilamente, bebiendo a sorbitos su café con hielo; parecía importarle un bledo lo que estaba oyendo.

—Claro —continuó él—, siempre podemos echar al equipo de animación; con eso reducimos el gasto salarial.

—Eso estaría bien, sí.

—¿No te parece una medida un poco radical? —se inquietó él.

—No te preocupes por eso. De todos modos, la animación en un lugar de vacaciones no es una buena formación para los jóvenes. Los vuelve gilipollas y vagos, y encima no conduce a nada. Lo único a lo que pueden aspirar después es a encargados de urbanización o animadores televisivos.

—Bueno..., así que reduzco el gasto salarial; aunque tampoco cobran tanto. Me sorprendería que eso bastara para competir con los clubs alemanes. Haré una simulación esta tarde en el programa de cálculo, pero no confío mucho en ello.

Ella asintió con indiferencia, como diciendo: «Simula, simula, eso no hace daño.» Me asombraba un poco, estaba de lo más cool. Cierto que follábamos mucho, y no cabe la menor duda de que follar calma: relativiza todo lo que está en juego. Por su parte, Jean–Yves parecía

deseoso de abalanzarse sobre su programa de cálculo; incluso me pregunté si no le iba a pedir al conductor que sacara su portátil del maletero.

—No te preocupes, encontraremos una solución... —le dijo Valérie, sacudiéndole amistosamente el hombro. Eso pareció calmarle un rato, y volvió de buena gana a su asiento en el minibús.

Durante la última parte del trayecto, los pasajeros hablaron sobre todo de Baracoa, nuestro destino; parecían saber ya casi todo lo que había que saber sobre la ciudad. El 28 de octubre de 1492, Cristóbal Colón ancló en la bahía, cuya forma perfectamente circular le había impresionado. «Uno de los más bellos espectáculos que quepa contemplar», anotó en el cuaderno de bitácora. Por aquel entonces, sólo los indios tainos poblaban la región. En 1511, Diego Velázquez fundó la ciudad de Baracoa: la primera ciudad española en América. Sólo podía llegarse a ella por barco, y durante más de cuatro siglos permaneció aislada del resto de la isla. En 1963, la construcción del viaducto de la Farola permitió conectarla por carretera a Guantánamo.

Llegamos pasadas las tres de la tarde; la ciudad se extendía a lo largo de una bahía que formaba, efectivamente, un círculo casi perfecto. Hubo una oleada de satisfacción general, que se expresó con exclamaciones de admiración. A fin de cuentas, lo que buscan todos los aficionados a los viajes de exploración es una confirmación de lo que han leído en sus guías. El grupo era un público de ensueño: no había el menor peligro de que Baracoa, con su modesta estrella en la Guía Michelin, pudiera decepcionarlos. El hotel El Castillo, emplazado en una antigua fortaleza española, dominaba la ciudad. Vista desde lo alto, parecía maravillosa; pero de hecho no lo era más que cualquier otra ciudad. En el fondo era, incluso, bastante corriente, con sus edificios míseros de un gris negruzco, tan sórdidos que parecían deshabitados. Decidí quedarme en la piscina, igual que Valérie. Había unas treinta habitaciones, todas ocupadas por turistas del norte de Europa, que parecían estar allí más o menos por los mismos motivos. Me fijé de entrada en dos inglesas en torno a los cuarenta años, más bien rollizas; una llevaba gafas. Las acompañaban dos mestizos de aspecto despreocupado que no tendrían más de veinticinco años. Parecían perfectamente cómodos con la situación, hablaban y bromeaban con las gordas, les cogían la mano, les rodeaban la cintura con el brazo. Yo habría sido incapaz de hacer ese trabajo; me preguntaba si tendrían trucos, en qué o en quién pensarían para estimular la erección. En un momento dado, las dos inglesas subieron a sus habitaciones y los chicos se quedaron charlando al borde de la piscina; si la humanidad me hubiera interesado de verdad, podría haber iniciado una conversación con ellos para intentar averiguar algo más. A lo mejor bastaba con que a uno se le pusiera dura, sin duda la erección podía tener un carácter meramente mecánico; podría haber buscado información en la biografía de algún gigoló, pero sólo tenía el Discurso sobre el espíritu positivo. Mientras hojeaba el capítulo titulado «La política popular, siempre social, debe llegar a ser principalmente moral», vi a una joven alemana salir de su habitación acompañada por un negro alto.

Tenía toda la pinta de una alemana tal y como uno se las imagina, con el pelo largo y rubio, ojos azules, un cuerpo agradable y firme, pecho abundante. Es un tipo físico muy atractivo, el problema es que no dura, en cuanto cumplen los treinta años tienen que hacer algo, liposucciones, silicona; pero de momento todo le iba bien, de hecho era francamente excitante, su caballero había tenido suerte. Me pregunté si pagaría tanto como las inglesas, si había una tarifa única tanto para hombres como para mujeres; también habría tenido que informarme sobre eso. Pero la sola idea me cansaba, y decidí subir a la habitación. Pedí un cóctel y me dediqué a beber despacio en el balcón. Valérie tomaba el sol, se bañaba de vez en cuando en la piscina; antes de entrar en la habitación para acostarme un rato, vi que estaba charlando con la alemana.

Subió a eso de las seis; yo me había dormido con el libro en la mano. Se quitó el bañador, se duchó y volvió a mi lado, con una toalla en torno a la cintura y el pelo ligeramente húmedo.

—Vas a pensar que es una obsesión mía, pero le he preguntado a la alemana qué tienen los negros que no tengan los blancos. Es verdad, es impresionante: las mujeres blancas prefieren

acostarse con africanos, los hombres blancos con asiáticas. Necesito saber por qué, es importante para mi trabajo.

—También hay blancos a los que les gustan las negras...

—observé.

—Es menos frecuente; el turismo sexual está mucho más extendido en Asia que en África. En fin, el turismo en general, realmente.

—¿Qué te ha contestado?

—Lo de siempre: que los negros están más relajados, que son viriles, que les gusta divertirse, que saben pasárselo bien sin romperse la cabeza, que no dan problemas.

La contestación era bastante superficial, desde luego, pero contenía las líneas directrices para formular una teoría adecuada: en resumen, los blancos eran negros inhibidos, que querían recuperar una perdida inocencia sexual. Claro, eso no explicaba la misteriosa atracción que parecían ejercer las mujeres asiáticas; ni el prestigio sexual del que, según todos los testimonios, disfrutaban los blancos en África negra.

Entonces formulé las bases de una teoría más complicada y más dudosa; los blancos querían estar morenos y aprender a bailar como los negros; los negros querían aclararse la piel y desrizarse el pelo. Toda la humanidad tendía instintivamente al mestizaje, a la indiferenciación generalizada; y lo hacía, en primer lugar, a través de ese medio elemental que era la sexualidad. El único que había llevado el proceso a su término era Michael Jackson: ya no era ni negro ni blanco, ni joven ni viejo; en un sentido, ni siquiera era ya ni hombre ni mujer. Nadie podía imaginarse realmente su vida íntima; había comprendido las categorías de la humanidad corriente y se las había arreglado para dejarlas atrás. Por eso lo consideraban una estrella, incluso la más grande —y en realidad la primera— del mundo. Todos los demás —Rodolfo Valentino, Greta Garbo, Marlene Dietrich, Marilyn Monroe, James Deán, Humphrey Bogart— podían ser considerados, como máximo, artistas con talento, sólo tenían que imitar la condición humana, transponerla estéticamente; el primero en intentar ir un poco más lejos había sido Michael Jackson.

Era una teoría atractiva, y Valérie me escuchó con atención; pero yo mismo no estaba realmente convencido. ¿Había que concluir que el primer cyborg, el primer individuo que estaría de acuerdo en que le implataran en el cerebro elementos de inteligencia artificial de origen extrahumano, se convertiría de inmediato en una estrella? Probablemente, sí; pero ya no tenía mucho que ver con el tema. Por mucho que Michael Jackson fuese una estrella, desde luego no era un símbolo sexual; si uno quería provocar desplazamientos turísticos masivos, susceptibles de rentabilizar grandes inversiones, tenía que pensar en fuerzas de atracción más elementales.

Un poco más tarde, Jean–Yves y los demás regresaron de la visita a la ciudad. El museo de historia local estaba dedicado, sobre todo, a las costumbres de los tainos, los primeros habitantes de la región. Parecían haber llevado una vida apacible, basada en la agricultura y la pesca; casi no existían conflictos entre tribus vecinas; los españoles no habían tenido la menor dificultad en exterminar a esos seres poco preparados para luchar. Actualmente no quedaba nada de ellos, salvo algunas mínimas huellas genéticas en el aspecto físico de ciertos individuos; su cultura había desaparecido por completo, de hecho podría no haber existido jamás. Algunos dibujos realizados por los eclesiásticos que habían intentado —casi siempre en vano— sensibilizarlos al mensaje del evangelio, los representaban trabajando o ajetreándose en torno al fuego para cocinar; mujeres con el pecho desnudo amamantaban a sus hijos. Parecía, si no un Edén, al menos una historia lenta; la llegada de los españoles había acelerado notablemente las cosas. Tras los conflictos típicos entre las potencias coloniales que en aquella época estaban en el candelero, Cuba se había independizado en 1898, para pasar de inmediato a estar bajo dominación norteamericana. En 1959, después de varios años de guerra civil, las fuerzas revolucionarias encabezadas por Fidel Castro vencieron al ejército regular, obligando a Batista a huir. Teniendo en cuenta que por aquel entonces el mundo estaba dividido en dos bloques, Cuba se había visto obligada a un rápido acercamiento al bloque soviético y había instaurado un régimen de tipo marxista. Privada de apoyo logístico tras el desmoronamiento de la Unión Soviética, el régimen estaba tocando a su fin. Valérie se puso

una falda corta, abierta por un lado, y un pequeño top de encaje negro; teníamos tiempo de tomarnos un cóctel antes de cenar.

Todo el mundo estaba reunido junto a la piscina, mirando cómo se ponía el sol sobre la bahía. Cerca de la orilla se oxidaban lentamente los restos de un carguero. Otros barcos más pequeños flotaban sobre las aguas, casi inmóviles; todo aquello daba una intensa impresión de abandono. No llegaba el menor ruido desde las calles de la ciudad; se encendieron algunas farolas, titubeantes. En la mesa de Jean– Yves había un hombre de unos sesenta años, con la cara delgada y cansada, y aspecto miserable; y otro, mucho más joven, treinta años todo lo más, en quien reconocí al gerente del hotel. Le había observado varias veces en el curso de la tarde, dando vueltas entre las mesas con nerviosismo, corriendo de un lado a otro para comprobar que todo el mundo estaba servido; su rostro parecía minado por una ansiedad permanente, sin objeto. Al vernos llegar se levantó con vivacidad, acercó dos sillas, llamó a un camarero, se aseguró de que éste llegara enseguida; luego se precipitó hacia las cocinas. El hombre mayor, por su parte, paseaba una mirada desengañada por la piscina, las parejas sentadas a las mesas y, aparentemente, el mundo en general.

—Pobre pueblo cubano... —dijo tras un largo silencio—.

Ya no tienen nada que vender, salvo sus cuerpos.

Jean–Yves nos explicó que vivía justo al lado, que era el padre del gerente del hotel. Había participado en la revolución, más de cuarenta años antes; había formado parte de uno de los primeros batallones de soldados que se adhirieron a la insurrección castrista. Después de la guerra trabajó en la fábrica de níquel de Moa, al principio como obrero, luego como capataz, y al final —tras terminar sus estudios en la universidad— como ingeniero. Su condición de héroe de la revolución había permitido que su hijo consiguiera un puesto importante en la industria turística.

—Hemos fracasado... —dijo con voz sorda—. Y nos hemos merecido el fracaso. Teníamos dirigentes de gran valor, hombres excepcionales, idealistas, que ponían el bien de la patria por encima del suyo propio. Recuerdo al comandante Che Guevara el día que vino a inaugurar la fábrica de tratamiento de cacao en nuestra ciudad; todavía veo su cara valiente y honesta. Nadie ha podido decir nunca que el comandante se hubiera enriquecido, que hubiera intentado conseguir privilegios para él ni para su familia. Tampoco fue éste el caso de Camilo Cienfuegos, ni de ninguno de nuestros dirigentes revolucionarios, ni siquiera Fidel; a Fidel le gusta el poder, es cierto, quiere controlarlo todo; pero es desinteresado, no tiene grandes propiedades ni cuentas en Suiza. Así que allí estaba el Che, inauguró la fábrica, pronunció un discurso exhortando al pueblo cubano a ganar la batalla pacífica de la producción tras la lucha armada del combate por la independencia; era poco antes de que se marchara al Congo. Podíamos ganar esa batalla perfectamente. Esta región es muy fértil, la tierra es rica y húmeda, todo crece a voluntad: café, cacao, caña de azúcar, toda clase de frutos exóticos. El subsuelo está saturado de mineral de níquel. Teníamos una fábrica ultramoderna, construida con ayuda de los rusos. Al cabo de seis meses, la producción había caído hasta la mitad de su nivel normal: todos los obreros robaban chocolate, en bruto o en tabletas, se lo repartían a su familia o se lo revendían a los extranjeros. Y lo mismo ocurrió en todas las fábricas, a escala nacional. Cuando no encontraban nada que robar, los obreros trabajaban mal, eran perezosos, siempre estaban enfermos, se ausentaban sin el menor motivo. Me pasé años intentando hablar con ellos, convencerlos de que hicieran un pequeño esfuerzo por el interés de su país, y el único resultado fue la decepción y el fracaso.

Se quedó callado; los restos del día flotaban sobre el Yunque, una montaña con la cima misteriosamente truncada, en forma de mesa, que dominaba las colinas y que ya en su época había impresionado a Cristóbal Colón. Del comedor venían ruidos de cubiertos que entrechocaban. ¿Qué podía incitar a los seres humanos, exactamente, a llevar a cabo trabajos aburridos y penosos? Me parecía la única pregunta política que merecía la pena plantearse. El testimonio del viejo obrero era abrumador, sin remisión: en su opinión la única respuesta era la necesidad de dinero; en cualquier caso, era obvio que la revolución no había logrado crear al hombre nuevo, sensible a motivaciones más altruistas. Así pues, la sociedad cubana —como todas las sociedades— sólo era un laborioso dispositivo de trucaje pensado para que

algunos se libraran de los trabajos aburridos y penosos. Excepto que el trucaje había fracasado, que ya no engañaba a nadie, que nadie seguía acariciando la esperanza de disfrutar un día del trabajo común. El resultado era que todo había dejado de funcionar, que ya nadie trabajaba ni producía nada, y que la sociedad cubana se había vuelto incapaz de asegurar la supervivencia de sus miembros.

Los demás participantes en la excursión se levantaron y se dirigieron a las mesas. Yo buscaba desesperadamente algo optimista que decirle al viejo, un impreciso mensaje de esperanza; pero no se me ocurría qué. Como decía él con amargura, Cuba no tardaría en convertirse al capitalismo, y de las esperanzas revolucionarias no quedaría más que el sentimiento de fracaso, la inutilidad y la vergüenza. Nadie respetaría ni seguiría su ejemplo, que para las generaciones futuras sería incluso objeto de disgusto. Aquel hombre había luchado y luego había trabajado durante toda su vida absolutamente para nada.

Bebí bastante durante toda la cena, y al final me emborraché del todo; Valérie me miraba un poco preocupada. Las bailarinas de salsa se preparaban para el comienzo del espectáculo; llevaban faldas plisadas, vestidos tubo multicolores.

Nos instalamos en la terraza. Yo sabía, más o menos, lo que quería decirle a Jean–Yves; ¿era un buen momento? Parecía un poco desamparado, pero no estaba tenso. Pedí un último cóctel y encendí un cigarrillo antes de dirigirme a él.

—¿De verdad quieres dar con una formula nueva para salvar tus hoteles–club?

—Pues claro; para eso estoy aquí.

—Crea un club donde la gente pueda follar. Eso es lo que más echan de menos. Si no han tenido una aventurilla de vacaciones, vuelven insatisfechos. No se atreven a confesarlo, o quizás no se dan cuenta; pero a la vez siguiente cambian de prestatario.

—Oye, todos pueden follar, de hecho todo está pensado para incitarles a hacerlo, es el principio de los clubs; no tengo ni idea de por qué no lo hacen.

Yo rechacé la objeción con un ademán.

—Yo tampoco tengo ni idea, pero ése no es el problema; no sirve de nada buscar las causas del fenómeno, suponiendo que tal expresión tenga algún sentido. Desde luego, algo pasa para que los occidentales ya no consigan acostarse juntos; quizás tenga algo que ver con el narcisismo, con el individualismo, con el culto al rendimiento, poco importa. El caso es que a partir de los veinticinco o treinta años a la gente no le resultan nada fáciles los encuentros sexuales nuevos; y sin embargo siguen necesitándolos, es una necesidad que se desvanece muy despacio. Así que se pasan treinta años de su vida, casi toda su edad adulta, en un estado de carencia permanente.

Cuando uno está empapado de alcohol, justo antes de empezar a embrutecerse, a veces tiene instantes de aguda lucidez. El deterioro de la sexualidad en Occidente era, sin duda, un fenómeno sociológico y masivo, y resultaba inútil intentar explicarlo mediante tal o cual factor psicológico individual; pero al mirar a Jean–Yves me di cuenta de que él ilustraba mi tesis a la perfección, tanto que casi me sentí incómodo. No solamente ya no follaba ni tenía tiempo de intentarlo, sino que en realidad ya ni siquiera tenía ganas, y aún peor, sentía inscribirse en su cuerpo esta pérdida de vida, empezaba a percibir el olor de la muerte.

—Sin embargo... —añadió él tras una larga vacilación—, he oído decir que los clubs de intercambio de parejas tienen cierto éxito.

—No, precisamente les va cada vez peor. Hay muchos clubs que abren, pero cierran casi enseguida, porque no tienen clientes. En realidad, en París sólo hay dos que aguantan el tirón, Chris et Manu y 2 + 2, y aun así sólo se llenan los sábados por la noche; para una población de diez millones de habitantes es poco, y desde luego es mucho menos que a principios de la década de los noventa. Los clubs de intercambio son una fórmula simpática, pero cada vez más pasada de moda, porque la gente cada vez tiene menos ganas de intercambiar algo; la idea de intercambio no cabe en la mentalidad moderna. En mi opinión, el intercambio sexual tiene actualmente tantas posibilidades de sobrevivir como el autostop en los años setenta. La única práctica que significa algo en este momento es el sadomaso...

En ese instante Valérie me miró horrorizada, incluso me dio una patada en la espinilla. La miré con sorpresa, y tardé unos segundos en entenderla: no, claro que no iba a hablar de

Audrey; le hice un pequeño gesto con la cabeza para tranquilizarla. Jean–Yves no se había dado cuenta de la interrupción.

—Así que —continué— por una parte tienes varios cientos de millones de occidentales que tienen todo lo que quieren, pero que ya no consiguen encontrar la satisfacción sexual:

buscan y buscan pero no encuentran nada, y son desgraciados hasta los tuétanos. Por otro lado tienes varios miles de millones de individuos que no tienen nada, que se mueren de hambre, que mueren jóvenes, que viven en condiciones insalubres y que sólo pueden vender sus cuerpos y su sexualidad intacta. Es muy sencillo, de lo más sencillo: es una situación de intercambio ideal. El dinero que se puede hacer con eso es inimaginable: más que con la informática, que con la biotecnología, con la industria de la comunicación; no hay sector económico que se le pueda comparar.

Jean–Yves no contestó nada; en ese momento, la orquesta empezó a tocar. Las bailarinas eran bonitas, sonreían, sus faldas plisadas giraban descubriendo los muslos morenos; ilustraban mis palabras de maravilla. Al principio creí que Jean–Yves no seguiría hablando, que simplemente iba a rumiar la idea. Pero al cabo de cinco minutos dijo:

—Tu sistema no funcionaría en los países musulmanes...

—No pasa nada, les dejas lo de «Eldorador Explorador».

Incluso puedes endurecer la fórmula, con trekking y experiencias ecológicas, un rollo de supervivencia al límite que podrías llamar «Eldorador Aventura»: se vendería bien en Francia y en los países anglosajones. Y los clubs basados en el sexo funcionarían en los países mediterráneos y en Alemania...

Esta vez, Jean–Yves sonrió abiertamente.

—Tendrías que haber hecho carrera en este negocio...

—me dijo, medio en broma medio en serio—. Tienes ideas...

—Oh, sí, ideas... —La cabeza empezaba a darme vueltas, ni siquiera veía bien a las bailarinas; apuré mi cóctel de un trago—. Puede que tenga ideas, pero soy incapaz de explotarlas, de preparar presupuestos provisionales. Así que, vaya, sí, tengo ideas...

Apenas recuerdo el resto de la velada; supongo que me quedé dormido. Cuando me desperté estaba tumbado en la cama; Valérie, desnuda a mi lado, respiraba regularmente.

La desperté al moverme para coger un paquete de tabaco.

—Agarraste una buena anoche...

—Sí, pero lo que le he dicho a Jean–Yves iba en serio.

—Creo que lo ha tomado en serio... —Me acarició el vientre con las yemas de los dedos—. Además, creo que tienes razón. En Occidente, la liberación sexual se ha acabado para siempre.

—¿Sabes por qué?

—No... —Dudó, y luego dijo—: No, en el fondo no.

Yo encendí un cigarrillo, me acomodé contra la almohada y dije:

—Chúpamela.

Ella me miró con sorpresa, pero me puso una mano en los huevos y acercó la boca.

—¿Lo ves? —exclamé con expresión triunfante. Ella se interrumpió y me miró con asombro—. ¿Lo ves? Te digo que me la chupes, y lo haces. Aunque no tenías ganas.

—Bueno, no estaba pensando en eso; pero me gusta.

—Eso es lo maravilloso de ti: te gusta dar placer. Lo que los occidentales ya no saben hacer es precisamente eso: ofrecer su cuerpo como objeto agradable, dar placer de manera gratuita. Han perdido por completo el sentido de la entrega.

Por mucho que se esfuercen, no consiguen que el sexo sea algo natural. No sólo se avergüenzan de su propio cuerpo, que no está a la altura de las exigencias del porno, sino que, por los mismos motivos, no sienten la menor atracción hacia el cuerpo de los demás. Es imposible hacer el amor sin un cierto abandono, sin la aceptación, al menos temporal, de un cierto estado de dependencia y de debilidad. La exaltación sentimental y la obsesión sexual tienen el mismo origen, las dos proceden del olvido parcial de uno mismo; no es un terreno en el que podamos realizarnos sin perdernos. Nos hemos vuelto fríos, racionales, extremadamente conscientes de nuestra existencia individual y de nuestros derechos; ante

todo, queremos evitar la alienación y la dependencia; para colmo estamos obsesionados con la salud y con la higiene: ésas no son las condiciones ideales para hacer el amor. En Occidente hemos llegado a un punto en que la profesionalización de la sexualidad se ha vuelto inevitable. Desde luego, también está el sadomaso. Un universo puramente cerebral, con reglas precisas y acuerdos establecidos de antemano. A los masoquistas sólo les interesan sus propias sensaciones, quieren saber hasta dónde pueden llegar por el camino del dolor, un poco como los aficionados a los deportes extremos. Los sádicos son harina de otro costal, siempre van lo más lejos que pueden, quieren destruir: si pudieran mutilar o matar, lo harían.

—No me apetece volver a pensar en eso —dijo ella, estremeciéndose—. Me repugna de verdad.

—Porque sigues siendo sexual, animal. De hecho eres normal, no pareces de Occidente. El sadomaso organizado, con sus reglas, sólo le interesa a la gente culta, cerebral, que ha perdido cualquier atracción por el sexo. Para todos los demás sólo queda una solución: los productos porno, con profesionales; y si uno quiere sexo de verdad, los países del Tercer Mundo.

—Bueno... —Valérie sonrió—. ¿Puedo seguir chupándotela?

Me recliné sobre la almohada y me dejé hacer. En ese momento era vagamente consciente de hallarme en el origen de algo: en el terreno económico estaba seguro de tener razón, estimaba la clientela potencial de adultos occidentales en un ochenta por ciento; pero sabía que a la gente le cuesta a veces aceptar las ideas simples, por raro que parezca.

10

Desayunamos en la terraza, al borde de la piscina. Cuando terminaba el café, vi a Jean–Yves salir de su habitación en compañía de una chica en quien reconocí a una de las bailarinas de la víspera. Era una negra esbelta, con las piernas largas y finas, que no tendría más de veinte años. Él se quedó cortado un momento, pero después se dirigió a nuestra mesa con una media sonrisa y nos presentó a Angelina.

—He estado pensando en tu idea —me dijo de entrada—.

Lo que me da un poco de miedo es la reacción de las feministas.

—Habrá mujeres entre los clientes —replicó Valérie.

—¿Tú crees?

—Oh, sí, de hecho estoy segura... —dijo ella con cierta amargura—. Mira a tu alrededor.

El echó una ojeada a las mesas en torno a la piscina: en efecto, había bastantes mujeres solas acompañadas por cubanos; casi tantas como hombres solos en la misma situación.

Le hizo una pregunta a Angelina en español, y luego nos tradujo la respuesta:

—Hace tres años que es jinetera, sus clientes son sobre todo italianos y españoles. Cree que es por ser negra: los alemanes y los anglosajones se conforman con una chica de tipo latino, para ellos eso ya es lo bastante exótico. Tiene muchos amigos jineteros, que trabajan sobre todo para inglesas y norteamericanas, y algunas alemanas.

Bebió un trago de café y pensó un momento.

—¿Cómo podemos llamar a los clubs? Necesitamos algo evocador, completamente distinto de «Eldorador Aventura», pero aun así no demasiado explícito.

—Yo había pensado en «Eldorador Afrodita» —dijo Valérie.

—«Afrodita»... —Él repitió el nombre, pensativo—. No está mal; es menos vulgar que «Venus». Erótico, culto, un poco exótico..., sí, me gusta.

Salimos hacia Guardalavaca una hora después. Jean–Yves se despidió de la jinetera a unos metros del minibús; parecía un poco triste. Cuando subió al vehículo, me di cuenta de que la pareja de estudiantes le miraba con hostilidad; parecía que al negociante en vinos, por su parte, se la traía floja.

El regreso fue bastante sombrío. Cierto que quedaba el buceo, las veladas de karaoke, el tiro con arco; los músculos se cansan, luego se relajan; el sueño llega deprisa. No guardo el menor recuerdo de los últimos días de viaje, ni siquiera de la última excursión, salvo que la langosta parecía de goma y que el cementerio era decepcionante. Aunque vimos la tumba de José Martí, padre de la patria, poeta, político, polemista, pensador. Estaba representado, con

bigote, en un bajorrelieve. Su féretro, cubierto de flores, descansaba en el fondo de una fosa circular en cuyas paredes habían grabado sus ideas más notables: sobre la independencia nacional, la resistencia a la tiranía, el sentimiento de justicia. Sin embargo, no daba la impresión de que su espíritu alentara por aquellos lares; el pobre hombre parecía pura y simplemente muerto.

Aunque tampoco daba la impresión de ser un muerto antipático; más bien entraban ganas de conocerle, incluso a riesgo de ironizar sobre su seriedad humanista, un poco limitada; pero seguro que no era posible, parecía atrapado para siempre en el pasado. ¿Podría levantarse otra vez para enardecer a la patria y arrastrarla hacia un nuevo progreso del espíritu humano? Era inimaginable. En resumen: se respiraba un triste aire de fracaso, como en todos los cementerios republicanos. Y era irritante comprobar que sólo los católicos habían sabido poner en pie un dispositivo funerario operativo. Cierto que el medio que empleaban para convertir la muerte en algo magnífico y conmovedor era, sencillamente, negar su existencia. Con argumentos como éste. Pero allí, a falta de Cristo resucitado, tendrían que haber puesto ninfas, pastores, en fin, algo un poco guarro. Tal como era, no había modo de imaginar al pobre José Martí retozando por los prados del más allá; más bien daba la impresión de estar enterrado bajo las cenizas de un aburrimiento eterno.

Al día siguiente de nuestro regreso, nos reunimos en el despacho de Jean–Yves. Habíamos dormido poco en el avión.

De ese día recuerdo una atmósfera de alegre cuento de hadas, bastante extraña en aquel edificio inmenso y vacío. Durante la semana albergaba a tres mil trabajadores; pero aquel sábado sólo estábamos allí nosotros tres y el equipo de vigilantes. Muy cerca de allí, delante del centro comercial de Evry, dos bandas rivales se enfrentaban a golpes de cúter, bates de béisbol y botellas de ácido sulfúrico; por la noche se contaban siete muertos, entre ellos dos transeúntes y un policía antidisturbios. El incidente fue muy comentado en las radios y las cadenas de televisión nacionales; pero, en aquel momento, nosotros no sabíamos nada. En un estado de excitación un poco irreal, intentábamos establecer una plataforma programática para repartirnos el mundo. Las sugerencias que yo iba a hacer podrían tener como consecuencia la inversión de millones de francos, o el empleo de cientos de personas; era algo nuevo y bastante vertiginoso para mí. Deliré un poco durante toda la tarde, pero Jean–Yves me escuchaba con atención. Después le dijo a Valérie que estaba convencido de que si me ataban corto era capaz de tener verdaderas iluminaciones. En resumen, que yo ponía la nota creativa y él decidía; así veía él las cosas.

El caso de los países árabes fue el más fácil de arreglar. Teniendo en cuenta su religión insensata, cualquier actividad de orden sexual quedaba excluida. Así que los turistas que optaran por estos países tendrían que conformarse con los dudosos placeres de la aventura. De todas formas, Jean–Yves había decidido revender Agadir, Monastir y Djerba, que tenían un déficit demasiado alto. Quedaban dos destinos que podían entrar en la sección «Aventura». Los turistas de Marrakesh montarían un poco en camello. Los de Sharm–el–Sheikh podrían dedicarse a observar peces de colores o hacer excursiones al Sinaí, al lugar donde crecía la zarza ardiente, donde a Moisés «se le habían fundido los plomos», según dijo muy expresivamente un egipcio al que conocí tres años antes durante una excursión en falucho al Valle de los Reyes. «¡Sí!», había exclamado el hombre con mucho énfasis. «Allí hay una colección impresionante de pedruscos... ¡pero de ahí a deducir la existencia de un solo Dios.!...» Aquel hombre, inteligente y a menudo divertido, parecía haberme tomado cariño, sin duda porque yo era el único francés del grupo y, por oscuras razones culturales o sentimentales, él sentía una antigua pasión por Francia que, a decir verdad, ya era más teórica que otra cosa. Al dirigirme la palabra, me había salvado literalmente las vacaciones. Tenía unos cincuenta años, siempre iba impecablemente vestido, era muy moreno y llevaba un bigotito. Al terminar sus estudios de bioquímica había emigrado a Inglaterra, donde había tenido mucho éxito en el campo de la ingeniería genética. Estaba de visita en su país natal, por el que decía guardar todo su afecto; por el contrario, no tenía palabras lo bastante duras para calificar al islam. Estaba empeñado en convencerme de que los egipcios no eran árabes. «¡Cuando pienso que este país lo ha inventado todo!», exclamaba, señalando con un gesto el

valle del Nilo. «La arquitectura, la astronomía, las matemáticas, la agricultura, la medicina... [Exageraba un poco, pero era oriental, y necesitaba convencerme rápidamente.] Desde la aparición del islam, nada más. La nada intelectual absoluta, el vacío total. Nos convertimos en un país de mendigos piojosos. Sí, mendigos llenos de piojos, eso es lo que somos. ¡Chusma, chusma!... [Alejó con un ademán rabioso a unos críos que nos pedían monedas]. Tiene que recordar, mi querido señor [hablaba a la perfección cinco idiomas: francés, inglés, alemán, español y ruso], que el islam nació en pleno desierto, entre escorpiones, camellos y toda clase de animales feroces. ¿Sabe cómo llamo yo a los musulmanes? Los miserables del Sahara. No se merecen otro nombre. ¿Cree usted que el islam podría haber nacido en una región tan fértil? [señaló otra vez el valle del Nilo, con verdadera emoción.] No, señor. El islam sólo podía nacer en un estúpido desierto, entre beduinos mugrientos que no tenían otra cosa que hacer, con perdón, que darles por el culo a sus camellos.

Cuanto más monoteísta es una religión, piénselo, querido señor, más inhumana y cruel resulta; y de todas las religiones, el islam es la que impone un monoteísmo más radical. Desde que surgió, ha desencadenado una serie ininterrumpida de guerras de invasión y de masacres; mientras exista, la concordia no podrá reinar en el mundo. Ni habrá nunca sitio en tierras musulmanas para la inteligencia y el talento; si han existido matemáticos, poetas y sabios árabes, es sólo porque habían perdido la fe. Al leer el Corán se queda uno impresionado por el lamentable aire de tautología que lo caracteriza: “No hay más Dios que el único Dios”, etc. Estará de acuerdo en que con eso no se puede ir muy lejos. El paso al monoteísmo no tiene nada de esfuerzo de abstracción, como algunos afirman: sólo es un paso hacia el embrutecimiento. Tenga en cuenta que el catolicismo, una religión sutil que yo respeto, que sabía lo que conviene a la naturaleza del hombre, se alejó rápidamente del monoteísmo que imponía su doctrina inicial. A través del dogma de la Trinidad, del culto a la virgen y los santos, el reconocimiento del papel de los poderes infernales, la admirable invención de los ángeles, reconstituyó poco a poco un auténtico politeísmo; y sólo con esta condición ha podido cubrir la tierra de innumerables esplendores artísticos. ¡Un dios único! ¡Qué absurdo! ¡Qué absurdo inhumano y mortífero!... Un dios de piedra, mi querido señor, un dios sangriento y celoso que nunca debería haber cruzado las fronteras del Sinaí. Si lo piensa, ¡cuánto más profunda, humana y sabia era nuestra religión egipcia! ¡Y nuestras mujeres! ¡Qué bellas eran!

Acuérdese de Cleopatra, que hechizó al gran César. Mire lo que queda ahora... [Señaló al azar a dos mujeres con velo que caminaban penosamente con unos fardos de mercancías.] Bultos. Informes bultos de grasa debajo de unos trapos. En cuanto se casan, sólo piensan en comer. ¡Comen, comen, comen!... [hinchó las mejillas en un gesto expresivo, tipo Louis de Funes.] No, créame, mi querido señor, el desierto sólo produce desequilibrados y cretinos. ¿Puede usted citarme a alguien que se haya sentido atraído por el desierto en su cultura occidental, que yo tanto respeto y admiro? Sólo los pederastas, los aventureros y los crápulas. Como ese ridículo coronel Lawrence, un homosexual decadente, un patético presumido.

Como su abyecto Henry de Monfreid, un traficante sin escrúpulos dispuesto a plegarse a todos los apaños. Nada grande o noble, nada generoso o sano; nada que pueda hacer progresar a la humanidad, ni elevarla por encima de sí misma.»

—Bueno, aventura para Egipto... —concluyó sobriamente Jean–Yves. Se disculpó por interrumpir mi relato, pero había que pasar al caso de Kenia. Un caso difícil—. Me siento bastante tentado de ponerlo en «Aventura»... —sugirió después de consultar sus fichas.

—Es una pena... —suspiró Valérie—las mujeres keniatas están muy bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, no solamente las keniatas, todas las africanas.

—Sí, pero mujeres hay en todas partes. En Kenia también hay rinocerontes, cebras, núes, elefantes y búfalos. Propongo que metamos Senegal y Costa de Marfil en «Afrodita» y dejemos Kenia en «Aventura». Además, es una antigua colonia inglesa, y eso no es bueno para la imagen erótica; para la aventura sí funciona.

—Las mujeres de Costa de Marfil huelen bien... —dije yo, pensativo.

—¿Qué quieres decir?

—Huelen a sexo.

—Sí... —Mordisqueó maquinalmente la pluma—. Eso estaría bien para un anuncio. «Costa de Marfil, costa de los aromas», algo así. Con una chica sudorosa, un poco desgreñada, en taparrabos. Hay que anotarlo.

—«Y esclavas desnudas impregnadas de aromas...» Baudelaire, es de dominio público.

—No va a colar.

—Lo sé.

Los demás países africanos nos dieron menos problemas.

—La verdad es que con las africanas no hay que preocuparse —observó Jean–Yves—. Follan incluso gratis, hasta las gordas. Sólo hay que poner preservativos en los clubs; en eso, a veces son un poco cabezotas.

Subrayó dos veces PROVISIÓN DE PRESERVATIVOS en su cuaderno.

El caso de Tenerife nos llevó menos tiempo todavía. Según Jean–Yves, aunque se trataba de un destino con resultados no muy brillantes, era estratégico en el mercado anglosajón. Se podía diseñar un circuito aventura pasable con una subida al pico del Teide y una excursión en hidroplano a Lanzarote. La infraestructura hotelera era correcta, de confianza.

Llegamos a los dos clubs que iban a ser las mayores bazas de la cadena: Boca Chica en Santo Domingo y Guardalavaca en Cuba.

—Habría que poner camas kingsize... —sugirió Valérie.

—Concedido —contestó Jean–Yves de inmediato.

—Jacuzzi privado en las suites... —sugerí yo.

—No —me cortó—. Seguimos estando en gama media.

Todo se encadenaba naturalmente, sin dudas ni vacilaciones; habría que ponerse de acuerdo con los gerentes para regular las tarifas de la prostitución local.

Hicimos una breve pausa para comer. En ese mismo momento, a menos de un kilómetro, dos adolescentes de Courtilières le abrían la cabeza a una sexagenaria a golpes de bate de béisbol. De entrada, yo pedí caballa al vino blanco.

—¿Tenéis previsto algo en Tailandia? —pregunté.

—Sí, hay un hotel en construcción en Krabi. Es el nuevo destino de moda, después de Phuket. Podríamos acelerar las obras para abrir el primero de enero; estaría bien hacer una inauguración por todo lo alto.

Dedicamos la tarde a desarrollar los diferentes aspectos innovadores de los clubs Afrodita. El punto más importante, claro, era la autorización de entrada a las prostitutas y prostitutos locales. Obviamente, no necesitábamos pensar en estructuras de acogida para los niños: de hecho, lo mejor sería prohibir la entrada a los clubs a los menores de dieciséis años. Valérie sugirió una idea ingeniosa: indicar en el catálogo, como tarifa básica, la de las habitaciones individuales, y aplicar un diez por ciento de descuento a la habitación doble; en resumen, darle la vuelta al modelo habitual de presentación. Creo que fui yo quien propuso una política gay friendly, y hacer circular el rumor de que la afluencia homosexual a los clubs era de un veinte por ciento: por lo general, ese tipo de información bastaba para atraerlos; y ellos se las arreglaban solos para crear ambiente en cualquier sitio. El lema de la campaña publicitaria nos llevó más tiempo. Jean–Yves había dado con una fórmula básica y eficaz: «Las vacaciones son para disfrutarlas»; pero al final fui yo el que se llevó el gato al agua con «Eldorador Afrodita: porque todos tenemos derecho al placer». Desde la intervención de la OTAN en Kosovo, la noción de derecho volvía a tener sentido, me explicó Jean–Yves con ironía; pero en realidad hablaba en serio, acababa de leer un artículo sobre el tema en Stratégies. Todas las campañas recientes basadas en la idea de derecho habían tenido éxito: el derecho a la innovación, el derecho a la calidad... El derecho al placer, concluyó tristemente, era un tema nuevo. Empezábamos a estar un poco cansados, y JeanYves nos dejó a Valérie y a mí en el 2 + 2 antes de volver a casa. Era sábado por la noche, y había bastante gente. Conocimos a una pareja de negros muy simpática: ella era enfermera, él batería de jazz; a él le iba bien, grababa discos con regularidad. Lo cierto es que trabajaba mucho la técnica, trabajaba sin parar. «No hay ningún secreto...», dije yo tontamente, y lo raro es que él asintió; yo había dado, sin pretenderlo, con una verdad profunda. «El secreto es que no hay ningún secreto», repinó

convencido. Habíamos terminado las copas, y nos dirigimos a las habitaciones. El le propuso a Valérie una doble penetración. Ella aceptó, a condición de que fuera yo quien la sodomizara; había que hacerlo con mucha suavidad, yo estaba más acostumbrado. Jérôme estuvo de acuerdo y se tendió en la cama. Nicole le masturbó para mantener su erección, y luego le puso un preservativo. Yo le subí la falda a Valérie hasta la cintura; no llevaba nada debajo. Se empaló de golpe en la polla de Jérôme y se tumbó sobre él. Yo le separé las nalgas, la humedecí ligeramente y empecé a metérsela en el culo con prudentes empujoncitos.

Cuando tuve el glande totalmente hundido, sentí que sus músculos rectales se contraían. Me puse rígido, respiré hondo; había estado a punto de correrme. Al cabo de unos segundos, me hundí más en ella. Cuando estuve a medio camino, ella empezó a moverse hacia delante y hacia atrás, frotando el pubis contra el de Jérôme. Yo ya no tenía nada que hacer; ella empezó a lanzar un gemido largo y modulado, su culo se abría, me hundí en ella hasta la raíz, era como resbalar por un plano inclinado, ella se corrió extrañamente deprisa. Luego se quedó quieta, jadeante, feliz. No era forzosamente más intenso, me explicó un poco más tarde; pero cuando todo iba bien, había un momento en que las dos sensaciones se fundían, la invadía algo muy dulce e irresistible, como un calor global.

Nicole se había masturbado constantemente mirándonos, empezaba a estar muy excitada, y relevó de inmediato a Valérie. Sólo tuve tiempo de cambiar de preservativo. «Conmigo puedes pisar a fondo», me dijo al oído, «me gusta que me la metan fuerte.» Y eso hice, cerrando los ojos para evitar las cimas de excitación, para intentar concentrarme en la sensación pura. Todo era muy fácil, yo estaba agradablemente sorprendido por mi propia resistencia. Ella también se corrió muy deprisa, con gritos altos y roncos.

Después, Nicole y Valérie se arrodillaron para hacernos una mamada mientras Jérôme y yo charlábamos. Él me explicó que todavía hacía giras, pero que cada vez le gustaba menos. Al envejecer, prefería quedarse en casa, ocuparse de su familia —tenían dos hijos— y trabajar solo con la batería.

Entonces me habló de nuevos sistemas de ritmo, de 4/3 y de 7/9; la verdad es que yo no entendía gran cosa. Justo en mitad de una frase lanzó un grito de sorpresa, puso los ojos en blanco: se corrió de golpe, eyaculando violentamente en la boca de Valérie. «Ah, me ha engañado...», dijo, casi riéndose. «Me la ha jugado bien.» Yo sentía que tampoco iba a aguantar mucho más: Nicole tenía una lengua muy especial, ancha, blanda y untuosa; lamía lentamente, la excitación crecía de manera insidiosa pero casi irresistible. Le hice una señal a Valérie para que se acercara, le expliqué a Nicole lo que quería: que cerrara simplemente los labios en torno al glande, que no moviera la lengua, que se quedara inmóvil mientras Valérie me masturbaba y me lamía los cojones. Ella asintió y cerró los ojos, esperando la descarga. Valérie se puso manos a la obra con dedos vivaces, nerviosos, parecía estar otra vez en plena forma. Yo abrí los brazos y las piernas todo lo que pude y cerré los ojos. La sensación me inundó a bruscas sacudidas, como relámpagos; explotó justo antes de que me corriera en la boca de Nicole. Fue casi una conmoción:

detrás de mis párpados fulguraron puntos luminosos, un poco después me di cuenta de que había estado a punto de desmayarme. Abrí los ojos con esfuerzo. La punta de mi polla seguía dentro de la boca de Nicole, Valérie me había rodeado el cuello con la mano y me miraba con una misteriosa expresión de ternura; me dijo que había gritado como un desaforado.

Nos llevaron a casa poco después. En el coche, Nicole volvió a excitarse. Se sacó los pechos del corsé, se levantó la falda y se tumbó en el asiento trasero, con la cabeza en mis muslos. La masturbé lentamente, seguro de mí mismo; sentía sus pezones duros y su coño húmedo. El olor de su sexo impregnaba el coche. Jérôme conducía con prudencia, se paraba en los semáforos en rojo; por las ventanillas vi las luces de la Concorde, el obelisco, luego el puente Alexandre III, los Invalides. Me sentía bien, sereno y todavía un poco activo. Ella se corrió más o menos a la altura de la place d’Italie.

Nos separamos después de darnos los números de teléfono.

Por su parte, Jean–Yves había tenido un leve ataque de tristeza después de dejarnos, y había aparcado el coche en la avenue de la République. La excitación del día se había disipado; sabía que Audrey no estaría en casa, pero eso más bien le alegraba. Se cruzarían fugazmente a

la mañana siguiente, antes de que ella saliera a patinar; desde que habían vuelto de vacaciones, dormían en habitaciones separadas.

¿Para qué iba a volver? Se arrellanó en el asiento, pensó en buscar una emisora de radio, no lo hizo. Los jóvenes pasaban en pandilla por la avenida, chicos y chicas; parecían divertirse, o al menos no paraban de gritar. Algunos llevaban latas de cerveza. Podía bajar, unirse a ellos, quizás armar una bronca; podía hacer diferentes cosas. Pero al final iba a volver. En cierto sentido amaba a su hija, o por lo menos eso suponía; sentía por ella algo orgánico y potencialmente mezclado con la sangre, que correspondía a la definición del término. Por su hijo no sentía nada parecido. A lo mejor ni siquiera era suyo; se había casado con Audrey sobre unas bases un poco frágiles. En cualquier caso, por ella ya sólo sentía desprecio y asco; demasiado asco, habría preferido la indiferencia. Tal vez eso era lo que esperaba para divorciarse, ese estado de indiferencia; de momento seguía teniendo la impresión, demasiado intensa, de que ella tenía que pagar. Para colmo, soy yo el que lo va a pagar, se dijo de pronto, con amargura. Le darían a ella la custodia de los niños, y él cargaría con una elevada pensión. A menos que intentara quedarse con los niños, que luchara por ellos; pero no, concluyó, no valía la pena. Peor para Angélique. Estaría mejor solo, podría intentar rehacer su vida, es decir, más o menos, encontrar otra tía. Con el lastre de dos críos, a la muy puta le costaría más. Se consoló con la idea de que difícilmente podría encontrar a alguien peor que Audrey y que, a fin de cuentas, sería ella quien sufriría las consecuencias del divorcio. Ya no era tan bella como cuando la había conocido; tenía presencia, se vestía a la moda, pero él sabía que su cuerpo, que tan bien conocía, iba ya cuesta abajo. Por otra parte, su carrera de abogada estaba lejos de ser tan brillante como ella decía; y presentía que la custodia de los niños no iba a arreglar precisamente las cosas. La gente arrastra su progenitura como una cadena, un peso terrible que traba el menor de sus movimientos, y que la mayoría de las veces termina, ciertamente, por matarlos. La venganza es un plato que se saborea frío; cuando todo aquello le diera completamente igual. Durante unos cuantos minutos más, aparcado al principio de la avenida, que ya estaba desierta, se ejercitó en la indiferencia.

En cuanto cruzó la puerta del apartamento, las preocupaciones habituales volvieron a caerle encima. Johanna, la canguro, miraba la MTV tumbada en el sofá. Odiaba a aquella preadolescente blanda y absurdamente groove; cada vez que la veía le entraban ganas de emprenderla a bofetadas con su cara larga y hastiada hasta cambiarle la expresión. Era la hija de una amiga de Audrey.

—¿Qué tal? —gritó. Ella asintió con indolencia—. ¿Puedes bajar el volumen? —Ella buscó con los ojos el mando a distancia. Exasperado, él apagó el televisor; ella le dirigió una mirada ofendida.

—¿Y los niños, todo bien? —Seguía gritando, aunque ya no se oía ningún ruido en el apartamento.

—Sí, creo que están durmiendo. —Ella se acurrucó en el sofá, un poco asustada.

El subió al primer piso y empujó la puerta de la habitación de su hijo. Nicolás le echó una mirada distante y luego continuó su partida de Tomb Raider. Por su parte, Angélique dormía como un tronco. Volvió a bajar, un poco más tranquilo.

—¿Se ha bañado Nicolás?

—Sí... No, se me ha olvidado.

Él entró en la cocina y llenó un vaso de agua. Le temblaban las manos. En la encimera vio un martillo. Las bofetadas no le habrían servido de nada a Johanna; lo mejor habría sido hundirle el cráneo a martillazos. Jugó un momento con la idea; los pensamientos giraban rápidamente en su cabeza, sin mucho control. En el vestíbulo, espantado, se dio cuenta de que llevaba el martillo en la mano. Lo dejó en una mesa baja y buscó en la cartera dinero para el taxi de la canguro.

Ella lo cogió con un gruñido de agradecimiento. Cuando salió, él cerró de un portazo, con una violencia incontrolada; el ruido resonó en todo el apartamento. Estaba claro que algo no andaba nada bien en su vida. En el salón, vio que el mueble de los licores estaba vacío; Audrey ya ni siquiera era capaz de ocuparse de eso. Al pensar en ella, sintió un estremecimiento de odio de tal intensidad que le sorprendió. En la cocina encontró una botella

de ron empezada; bien, aquello serviría. Desde su dormitorio, marcó sucesivamente el número de las tres chicas que había conocido a través de Internet: las tres veces respondió un contestador. Habrían salido a follar por su cuenta. Cierto que eran sexys, simpáticas e iban a la moda; pero de todos modos le costaban dos mil francos por velada, lo que a la larga resultaba humillante. ¿Cómo había llegado ahí? Tendría que haber salido, haber hecho amigos, haberse dedicado un poco menos a su trabajo. Volvió a pensar en los clubs Afrodita, se dio cuenta por primera vez de que quizás los directivos no vieran la idea con buenos ojos; en ese momento, en Francia, había una mentalidad muy poco favorable al turismo sexual. Sí, a Leguen podría intentar presentarle una versión edulcorada del proyecto; pero Espitalier no se la tragaría, tenía una agudeza peligrosa.

¿Pero es que había elección? Su posicionamiento en la gama media no tenía ningún sentido en comparación con el Club Med, estaba seguro de poder demostrarlo. Rebuscando en los cajones de su escritorio encontró la declaración de principió de Aurore, redactada diez años antes por los fundadores, y expuesta en todos los hoteles del grupo. «El espíritu de Aurore es el arte de conjugar las habilidades, utilizar la tradición y la modernidad con rigor, imaginación y humanismo para conseguir una gran calidad. Los hombres y las mujeres de Aurore son los depositarios de un patrimonio cultural único: el arte de la hospitalidad. Conocen los ritos y usos que transforman la vida en arte de vivir y el más sencillo de los servicios en un momento privilegiado. Es un oficio, es un arte: es el talento de todos ellos. Crear lo mejor para compartirlo, llegar a lo esencial a través de la cordialidad, inventar espacios para el placer: por todo esto, Aurore es un perfume francés que realza el mundo.»

De pronto, se dio cuenta de que aquel camelo apestoso podría aplicarse perfectamente a una cadena de burdeles bien organizada; a lo mejor podrían jugar esa baza con los tour operadores alemanes. Sin la menor lógica, algunos alemanes seguían pensando que Francia era el país de la galantería y del arte del amor. Si un gran tour operador alemán se decidía a poner los clubs Afrodita en su catálogo, meterían un gol decisivo; nadie en la profesión lo había conseguido todavía.

Estaba en contacto con Neckermann para la venta de los clubs del Magreb; pero también podía intentarlo con TUI, que había rechazado las primeras ofertas porque ya estaban muy bien implantados en la gama más baja; puede que se interesaran por un proyecto más dirigido.

11

El lunes por la mañana intentó hacer los primeros contactos. Tuvo suerte nada más empezar: el presidente de la junta directiva de TUI iba a pasar unos días en Francia a primeros de mes; podía comer con ellos. Mientras tanto, si pudieran poner el proyecto por escrito, tendría sumo placer en estudiarlo. Jean–Yves entró en el despacho de Valérie para anunciarle la noticia; ella se quedó petrificada. TUI tenía un volumen de negocio anual de veinticinco billones de francos, tres veces más que Neckermann, seis veces más que Nouvelle Frontières, era el primer tour operador mundial.

Dedicaron el resto de la semana a elaborar un informe tan completo como fuera posible. En el plano financiero, el proyecto no necesitaba grandes inversiones: algunos cambios de mobiliario, reestructurar la decoración para conseguir un tono más «erótico»; se habían puesto de acuerdo enseguida sobre la definición de «turismo con encanto» que iban a emplear en todos los documentos de empresa. Lo más importante es que se esperaba una disminución significativa de los gastos fijos: ya no habría ni animaciones deportivas ni club de infancia. Así que no tendrían que pagar los salarios de los puericultores, los monitores de windsurf, de tiro con arco, de aeróbic, de buceo, los especialistas en ikebana, esmaltes o pintura sobre seda. Tras la primera simulación, Jean–Yves se dio cuenta con incredulidad de que, incluyendo todas las amortizaciones, el coste anual de los clubs iba a bajar un veinticinco por ciento. Rehizo los cálculos tres veces, y las tres veces obtuvo los mismos resultados. Aun más impresionante porque, para el coste de estancia, quería proponer unas tarifas de catálogo que superaban un veinticinco por ciento a la media de la categoría; es decir, que quería

homologarlas con la tarifa media de los Club Med. El índice de beneficios daba un salto hacia delante del cincuenta por ciento.

—Tu novio es un genio... —le dijo a Valérie, que acababa de reunirse con él en el despacho.

Durante todos aquellos días, el ambiente en la empresa era un poco raro. Los enfrentamientos del fin de semana anterior en Evry no pillaban a nadie por sorpresa, pero un balance de siete muertos era especialmente alto. Muchos empleados, sobre todo los más antiguos, vivían muy cerca de la empresa. Al principio habían dormido en los caserones que se habían construido más o menos a la vez que la sede social, luego, muy a menudo, habían alquilado el terreno para construir un chalet.

—Los compadezco —me dijo Valérie—. Los compadezco sinceramente. El sueño de todos ellos es instalarse en provincias, en una región tranquila; pero no pueden irse todavía, perderían gran parte de la pensión. He hablado del tema con la telefonista: le faltan tres años para jubilarse. Su sueño es comprar una casa en Dordoña, donde nació. Pero allí se han instalado muchos ingleses, los precios se han vuelto disparatados, incluso por una casucha de mala muerte. Y por otro lado el precio de su chalet está por los suelos, ahora todo el mundo sabe que es un barrio peligroso, lo va a revender por un tercio de su valor.

»Las que me han sorprendido también son las secretarias del segundo piso. Entré en el despacho a las cinco y media para que mecanografiaran una nota, y todas estaban conectadas a Internet. Me explicaron que ahora ya sólo hacen las compras en la red, es más seguro: cuando salen del trabajo, se atrincheran en sus casas esperando al servicio de reparto.

La psicosis no disminuyó en el curso de las semanas siguientes, incluso tendió a aumentar. En los periódicos ya no hablaban de otra cosa que de profesores apuñalados, maestras violadas, ataques a camiones de bomberos con cócteles Molotov, minusválidos arrojados por la ventanilla de un tren por «mirar mal» al cabecilla de una banda. Le Figaro lo pasaba en grande, si uno lo leía todos los días tenía la impresión de que íbamos de cabeza a la guerra civil. Cierto que estábamos entrando en período preelectoral, y que el capítulo de la seguridad parecía el único susceptible de preocupar a Lionel Jospin. De todas formas, no era demasiado probable que los franceses votaran otra vez a Jacques Chirac: tenía tal cara de imbécil que se estaba empezando a cargar la imagen del país.

Uno se sentía incómodo al ver a ese gran panfilo, con las manos a la espalda, visitando una hacienda agrícola o asistiendo a una cumbre de jefes de Estado; el pobre daba pena.

La izquierda, incapaz de atajar el aumento de la violencia, aguantaba bien: pasaba más o menos inadvertida, convenía en que las cifras eran malas, incluso muy malas, pedía que se evitara cualquier explotación política, recordaba que la derecha, en su momento, no lo había hecho mejor. Sólo hubo un pequeño patinazo con un editorial ridículo de un tal Jacques Attali. Según él, la violencia urbana de los jóvenes era «una llamada de socorro». Los escaparates de lujo de Les Halles o de los Champú–Elysées eran, escribía, «despliegues obscenos comparados con su miseria». Pero no había que olvidar que el extrarradio también era «un mosaico de pueblos y de razas, llegados con sus tradiciones y sus creencias para forjar nuevas culturas y volver a inventar el arte de la convivencia». Valérie me miró con asombro: era la primera vez que yo me echaba a reír a carcajadas leyendo L ‘Express.

—Más vale que Jospin le haga callar hasta la segunda ronda, si quiere salir elegido.

—Le estás tomando el gusto a la estrategia...

A pesar de todo, yo también empezaba a dejarme ganar por la inquietud. Valérie volvía a salir tarde del trabajo, era raro que llegara a casa antes de las nueve; quizás sería más prudente comprar un arma. Yo tenía un contacto, el hermano de un artista al que le había organizado una exposición dos años antes. En realidad no pertenecía al medio, sólo había participado en algunas estafas. Era más bien inventor, una especie de manitas para todo. Hacía poco, le había dicho a su hermano que había encontrado el modo de traficar con los nuevos documentos de identidad, que se consideraban imposibles de falsificar.

—Ni hablar —contestó Valérie de inmediato—. No corro ningún peligro: de día nunca salgo del edificio de la empresa, y por la noche siempre vuelvo en coche, sea la hora que sea.

—Hay semáforos en rojo.

—Entre la sede de Aurore y la entrada de la autopista hay sólo un semáforo. Salgo en la Porte d'Italie, y enseguida estoy en casa. Nuestro barrio no es peligroso.

Era cierto. En Chinatown había poquísimos robos o agresiones. No sé cómo lo hacían: ¿tendrían su propio sistema de vigilancia? En cualquier caso, habían tomado nota de nuestra llegada desde el primer momento; más de veinte personas nos saludaban todos los días. Era poco frecuente que unos europeos vivieran allí, de hecho estábamos en minoría en el edificio. A veces veíamos carteles escritos en caracteres chinos que parecían anunciar una reunión o una fiesta, pero cualquiera sabía. Uno puede vivir entre chinos durante años sin entender lo más mínimo su modo de vida.

Aun así llamé a mi contacto, que prometió informarse y me volvió a llamar dos días después. Me podía conseguir una buena pipa, en muy buen estado, por diez mil francos; el precio incluía una buena reserva de municiones. Sólo tendría que limpiarla con regularidad para evitar que se encasquillara cuando tuviera que usarla. Volví a hablarle del tema a Valérie, que se negó otra vez.

—No podría —dijo—. No tendría valor para disparar.

—¿Incluso si estuvieras en peligro de muerte?

Ella sacudió la cabeza.

—Ni hablar —repitió—. No podría.

No insistí.

—Cuando era pequeña —me dijo un poco después—, ni siquiera era capaz de matar una gallina.

A decir verdad, yo tampoco; pero me parecía mucho más fácil matar a un hombre.

Curiosamente, yo no tenía miedo por mí. Cierto que no me cruzaba mucho con las hordas bárbaras, salvo en algunas ocasiones, en la pausa para comer, cuando iba a dar una vuelta por el Forum des Halles, donde la sutil imbricación de las fuerzas de seguridad (grupos de antidisturbios, policías de uniforme, vigilantes pagados por la asociación de comerciantes) eliminaba, en teoría, cualquier peligro. Así que me movía en la tranquilizadora topografía de los uniformes; me sentía un poco como en Thoiry. En ausencia de las fuerzas del orden, lo sabía, habría sido una presa fácil, aunque poco interesante; mi traje de ejecutivo medio, muy convencional, no tenía nada que pudiera atraerlos. Por mi parte, no había nada que me atrajera en aquellos jóvenes de las clases peligrosas; ni los entendía ni intentaba entenderlos. No simpatizaba en absoluto ni con sus pasiones ni con sus valores. Nunca habría movido un dedo para tener un Rolex, unas Nike o un BMW Z3; ni siquiera conseguía establecer la menor diferencia entre los productos de marca y las imitaciones. Estaba claro que cometía un error. Me daba cuenta: mi posición era minoritaria, y por lo tanto equivocada. Tenía que haber alguna diferencia entre las camisas de Yves Saint–Laurent y las demás camisas, entre los mocasines de Gucci y los mocasines André. Yo era el único que no la notaba; era una imperfección de la que no podía valerme para condenar al mundo.

¿Acaso alguien le pediría a un ciego que se convirtiera en experto en pintura posimpresionista? A causa de mi ceguera, por muy involuntaria que fuese, me hallaba al margen de una realidad humana viva y lo bastante fuerte para provocar sacrificios y crímenes. No había duda de que aquellos jóvenes, a través de su instinto semisalvaje, presentían la presencia de lo bello; su deseo era loable y estaba perfectamente de acuerdo con las normas sociales; en resumen, bastaba con rectificar un modo de expresión inadecuado.

Sin embargo, pensándolo bien, tenía que reconocer que Valérie y Marie–Jeanne, las dos únicas presencias femeninas un poco consistentes de mi vida, mostraban una total indiferencia por las blusas de Kenzo o los bolsos de Prada; en realidad, y hasta donde yo sabía, compraban casi cualquier marca. Jean–Yves, que era el individuo con el sueldo más alto de todos los que conocía, tenía una marcada preferencia por los polos de Lacoste; pero en cierto modo los compraba maquinalmente, por un antiguo hábito, sin preocuparse de comprobar si alguna otra marca se había puesto más de moda que su marca favorita. Algunas funcionarías del Ministerio de Cultura que conocía de vista (si puedo decirlo así, ya que entre un encuentro y el siguiente se me olvidaban sus nombres, sus cargos y hasta sus caras) compraban ropa de diseñadores, pero siempre se trataba de diseñadores jóvenes y poco conocidos, distribuidos en

una sola tienda de París, y sabía que ellas no habrían dudado en abandonarlos si hubieran empezado a tener éxito.

Claro, el poder de seducción de Nike, Adidas, Armani o Vuitton era indiscutible; podía comprobarlo en cualquier momento hojeando Le Figaro y su suplemento color salmón.

¿Pero quién, además de los jóvenes del extrarradio, contribuía al éxito de esas marcas? Tenía que haber sectores enteros de la sociedad que me eran ajenos; a menos que se tratara, cosa mucho más banal, de las clases enriquecidas del Tercer Mundo. Yo había viajado y vivido poco, y cada vez estaba más claro que apenas entendía el mundo moderno.

El 27 de septiembre hubo una reunión con los once gerentes de los complejos Eldorador, que viajaron a Évry para la ocasión. Era una reunión habitual, que tenía lugar todos los años por la misma época, para hacer el balance de resultados de la temporada estival y considerar posibles mejoras.

Pero esta vez había más puntos en el orden del día. Para empezar, tres complejos iban a cambiar de manos; se acababa de firmar el contrato con Neckermann. Y en cuatro de los complejos restantes —los que pasaban a formar parte de la fórmula «Afrodita»—, el gerente iba a verse obligado a despedir a la mitad del personal.

Valérie no asistió a la reunión, tenía una cita con un representante de Italtrav para presentarle el proyecto. El mercado italiano estaba mucho más fragmentado que el del norte de Europa: por mucho que Italtrav fuera el primer tour operador italiano, su potencia financiera no era ni la décima parte de la de TUI; sin embargo, un acuerdo entre ambos podía representar una clientela adicional muy beneficiosa.

Volvió de su cita a eso de las siete. Jean–Yves estaba solo en su despacho; la reunión acababa de terminar.

—¿Cómo han reaccionado?

—Mal. En realidad los entiendo; deben de sentirse como si estuvieran en el banquillo de los acusados.

—¿Vas a sustituir a los gerentes?

—Es un proyecto nuevo; más vale arrancar con equipos nuevos.

Hablaba con mucha tranquilidad. Valérie le miró con sorpresa: en los últimos tiempos estaba cada vez más seguro de sí mismo, y era más duro.

—Ahora sé que vamos a ganar. En la pausa de mediodía llevé aparte al gerente de Boca Chica, en Santo Domingo.

Quería saber a qué atenerme: quería saber cómo se las arreglaba para tener un índice de ocupación del noventa por ciento en cualquier estación del año. El estaba incómodo, se fue por las ramas, me habló del trabajo en equipo. Terminé por preguntarle directamente si dejaba que las chicas subieran a las habitaciones de los clientes; me costó mucho que lo admitiera, tenía miedo de una posible sanción. Me vi obligado a decirle que eso no me molestaba, que, al contrario, me parecía una iniciativa interesante. Entonces lo confesó. Le parecía una estupidez que los clientes tuvieran que alquilar habitaciones a dos kilómetros de allí, a menudo sin agua corriente, y a riesgo de que los timaran, cuando en el hotel tenían a su disposición todas las comodidades. Le felicité y le prometí que conservaría su puesto, aunque tuviera que despedir a todos los demás.

Caía la noche; él encendió la lámpara de su escritorio y guardó silencio un momento.

—Con los otros no siento el menor remordimiento. Más o menos, todos tienen el mismo perfil. Son antiguos animadores que sentaron la cabeza en el momento adecuado, que se han tirado a todas las tías que han querido sin tener que mover un dedo, y que pensaban que convirtiéndose en gerentes podrían seguir tocándose las narices al sol hasta la jubilación. Pero ya ha pasado su momento. Peor para ellos.

Ahora necesito verdaderos profesionales.

Valérie cruzó las piernas y le miró sin decir palabra.

—¿Y tu cita con Italtrav?

—Oh, bien. Sin problemas. Ha entendido enseguida lo que quería decir «turismo con encanto», incluso ha intentado ligar conmigo... Eso es lo bueno de los italianos, por lo menos son previsibles... En fin, me ha prometido que va a meter los clubs en su catálogo, pero me ha

dicho que no me haga demasiadas ilusiones: Italtrav es una gran empresa, sobre todo, porque reúne a muchas agencias de viajes especializadas, pero la marca en sí misma no tiene una identidad fuerte. De hecho, actúa un poco como un distribuidor: podemos sumarnos a la lista, pero lo de hacerse un nombre en el mercado es cosa nuestra.

—¿Y qué pasa con España?

—Tenemos un buen contacto con Marsans. Es un caso parecido, salvo que son más ambiciosos; llevan algún tiempo intentando implantarse en Francia. Yo tenía el temor de que estuviéramos haciéndole la competencia a su oferta, pero no, ellos la consideran complementaria.

Se quedó pensativa un instante antes de continuar:

—¿Y qué hacemos con Francia?

—Sigo sin saberlo... A lo mejor es una estupidez por mi parte, pero me da mucho miedo desencadenar una campaña de prensa moralista. Claro, podríamos hacer un estudio de mercado, poner a prueba el concepto...

—Tú nunca has creído en esas cosas.

—No, es verdad... —Dudó un momento—. De hecho, estoy tentado de hacer un lanzamiento mínimo en Francia, sólo a través de la red Auroretour. Con publicidad en revistas muy especializadas, como FHM o L'Écho des Savanes. Pero, al menos al principio, deberíamos concentrarnos en el norte de Europa.

La cita con Gottfried Rembke era el viernes siguiente.

La víspera, Valérie se puso una mascarilla relajante y se acostó muy temprano. Cuando yo me desperté, a las ocho, ella ya estaba lista. El resultado era impresionante. Llevaba un traje sastre negro, con una falda muy corta que le moldeaba el culo a las mil maravillas; debajo de la chaqueta se había puesto una blusa de encaje violeta, ajustada y en algunos sitios transparente, y un sujetador de color escarlata que le levantaba el pecho y lo dejaba muy al descubierto. Cuando se sentó frente a la cama vi las medias negras degradadas hacia arriba, sujetas por un liguero. Llevaba los labios pintados de rojo oscuro, casi púrpura, y se había recogido el pelo en un moño.

—¿Doy el pego? —preguntó, burlona.

—Vaya que sí. Las mujeres, desde luego... —suspiré—.

Cuando quieren poner algo de relieve...

—Es mi disfraz de seductora institucional. También me lo he puesto un poco por ti; sabía que te gustaría.

—Volver a erotizar la empresa... —gruñí. Ella me tendió una taza de café.

Hasta que se marchó no hice otra cosa que mirarla ir y venir, levantarse y sentarse. Puede que no fuera gran cosa, bueno, era muy sencillo, pero desde luego daba el pego.

Cuando cruzaba las piernas, aparecía una banda oscura en lo alto de los muslos, subrayando por contraste la extrema delicadeza del nylon. Si las cruzaba más, se veía una banda de encaje negro un poco más arriba, y luego el botón del liguero, la carne blanca y desnuda, la base de las nalgas. Cuando descruzaba las piernas, todo desaparecía. Si se inclinaba sobre la mesa, sentía sus pechos palpitar bajo la tela. Podría haberme pasado horas mirándola. Era un placer fácil, inocente, eternamente alegre; una pura promesa de felicidad.

Tenían que verse a la una en el restaurante Le Divellec, rue de l'Université; Jean–Yves y Valérie llegaron con diez minutos de antelación.

—¿Cómo empezamos? —se inquietó Valérie mientras salían del taxi.

—Psch, sólo tienes que decirle que queremos abrir unos burdeles para boches... —Jean–Yves hizo una mueca cansada—. No te preocupes, no te preocupes, él mismo preguntará lo que le interese.

Gottfried Rembke llegó a la una en punto. En cuanto entró en el restaurante y le dio el abrigo al camarero, supieron que era él. El cuerpo rechoncho y sólido, el cráneo reluciente, la mirada franca, el enérgico apretón de manos: todo en él respiraba soltura y dinamismo, correspondía perfectamente a la idea que uno se hace de un gran empresario, y más concretamente de un gran empresario alemán. Uno se lo imaginaba saltando sobre el día con entusiasmo:

levantándose de la cama de un brinco para hacer media hora de bicicleta estática, y luego camino al despacho en su flamante Mercedes, escuchando la información económica.

—Este tío parece perfecto... —gruñó Jean–Yves al levantarse, todo sonrisas, para saludarle.

Durante los diez primeros minutos, Herr Rembke sólo habló de cocina. Estaba claro que conocía bien Francia, su cultura, sus restaurantes; incluso tenía una casa en Provenza.

«Impecable, el tío; impecable...», pensó Jean–Yves, examinando su consomé de langostinos al curasao. «Rock and roll, Gotty», añadió mentalmente, hundiendo la cuchara en el plato. Valérie lo hacía muy bien: escuchaba con atención, le brillaban los ojos como si hubiera sucumbido al encanto del hombre. Quiso saber dónde estaba exactamente la casa de Provenza, si tenía tiempo para ir a menudo, etc. Ella había pedido una crema de nécoras con frutas del bosque.

—Así que le interesa el proyecto... —continuó Valérie, sin cambiar de tono.

—Verá —dijo él con tono pensativo—, sabemos perfectamente que el «turismo con encanto» —había tropezado un poco con la expresión— es una de las motivaciones principales de nuestros compatriotas cuando salen de vacaciones al extranjero; y por otra parte es comprensible, no hay manera más deliciosa de viajar. Sin embargo, y es curioso, ningún gran grupo ha estudiado seriamente el tema hasta ahora, dejando aparte algunas tentativas, muy insuficientes, destinadas a la clientela homosexual. En esencia, por sorprendente que parezca, estamos frente a un mercado virgen —Es un asunto polémico, creo que la mentalidad todavía tiene que evolucionar... —intervino Jean–Yves, dándose cuenta de que estaba diciendo una chorrada— a los dos lados del Rhin —concluyó del modo más lamentable.

Rembke le miró con frialdad, como si sospechara que se estaba riendo de él; Jean–Yves volvió a meter la nariz en su plato y se juró no decir una palabra hasta el final de la comida. De todas formas, Valérie se las estaba arreglando de maravilla.

—No traslademos los problemas franceses a Alemania...

—dijo ella, cruzando las piernas con un movimiento ingenuo.

Rembke volvió a prestarle toda su atención.

—Nuestros compatriotas —continuó él— sólo pueden contar consigo mismos, y a menudo se las tienen que ver con intermediarios de dudosa honestidad. En general, el sector está plagado de aficionados; lo que constituye una enorme pérdida de ingresos para el conjunto de la profesión.

Valérie asintió rápidamente. El camarero trajo un asado de pez de san Pedro con higos tempranos.

—Su proyecto —siguió él, después de echarle una mirada al plato— nos ha interesado también porque supone una total alteración de la óptica tradicional de la estancia en club. Lo que a principios de la década de los setenta era una fórmula bien adaptada, ya no corresponde a las expectativas del consumidor moderno. Las relaciones humanas en Occidente se han vuelto más difíciles, y claro, eso lo lamentamos todos...

—dijo mirando otra vez a Valérie, que descruzó las piernas con una sonrisa.

Cuando llegué del trabajo, a las seis y cuarto, ella ya había vuelto. Me quedé un poco sorprendido: creo que era la primera vez que la encontraba en casa desde que vivíamos juntos. Estaba sentada en el sofá, todavía con su traje, con las piernas ligeramente separadas. Miraba al vacío, parecía pensar en cosas felices y dulces. Yo no lo sabía en aquel momento, pero en cierto modo estaba viendo el equivalente de un orgasmo en el plano profesional.

—¿Ha ido todo bien? —pregunté.

—Mejor que bien. He vuelto en cuanto hemos terminado de comer, sin pasar por el despacho; no veía qué más podíamos hacer esta semana. No sólo se ha interesado por el proyecto, sino que tiene la intención de convertirlo en uno de sus productos estrella en cuanto empiece la temporada de invierno. Está dispuesto a financiar la edición de un catálogo y una campaña de publicidad especialmente concebida para el público alemán. Cree que él solito puede garantizar la ocupación completa de los clubs que tenemos; incluso nos ha preguntado si había otros en construcción. Lo único que quiere es la exclusividad en su mercado: Alemania, Austria, Suiza y Benelux; sabe que también estamos en contacto con Neckermann.

»He reservado un fin de semana —añadió— en un centro de talasoterapia en Dinard. Creo que lo necesito. Podemos aprovechar para visitar a mis padres.

El tren salió de la estación de Montparnasse una hora después. La tensión acumulada desapareció rápidamente al correr de los kilómetros y se convirtió en una tensión normal, es decir, más bien sexual y juguetona. Los últimos edificios del extrarradio desaparecían a lo lejos; el TGV se aproximaba a su velocidad máxima, justo antes de entrar en la llanura de Hurepoix. Un resto de día, un tinte rojizo casi imperceptible, flotaba hacia el oeste, por encima de la masa oscura de los silos de grano. Estábamos en un vagón de primera clase dividido en semicompartimentos; sobre las mesas que separaban los asientos, las lamparitas amarillas ya estaban encendidas. Al otro lado del pasillo, una mujer de unos cuarenta años, elegante y conservadora, con el pelo rubio recogido en un moño, hojeaba Madame Figaro. Yo había comprado el mismo periódico, e intentaba sin mucho éxito encontrar algo de interés en las páginas de color salmón. Desde hacía unos cuantos años, acariciaba la idea teórica de que era posible descifrar el mundo y comprender sus evoluciones dejando de lado todo lo relacionado con la actualidad política, las páginas de sociedad o la cultura; que era posible hacerse una idea correcta del movimiento histórico solamente con la lectura de las noticias económicas y bursátiles. Así que me obligaba a la lectura diaria de las páginas salmón de Le Figaro, que a veces completaba con publicaciones todavía más áridas, como Les Échos o La Tribune Desfossés. Hasta el momento, no había modo de probar mi tesis. Era posible, sí, que aquellos editoriales de tono mesurado y aquellas columnas de cifras dejasen traslucir informaciones históricas importantes, pero también podía ser cierto lo contrario. La única conclusión a la que había llegado es que la economía era terriblemente aburrida. Al alzar los ojos de un breve artículo que intentaba analizar la caída del Nikkei, me di cuenta de que Valérie había empezado a cruzar y descruzar las piernas; me miraba con una media sonrisa. «Descenso a los infiernos en la Bolsa de Milán», leí antes de dejar el periódico.

Tuve una súbita erección al descubrir que ella había conseguido quitarse las bragas. Vino a sentarse a mi lado y se acurrucó contra mí. Se quitó la chaqueta y me la puso en las rodillas. Yo eché una ojeada a mi izquierda: nuestra vecina parecía absorta en su revista, más concretamente en un artículo sobre los jardines de invierno. Ella también llevaba un traje sastre con la falda ajustada y medias negras; iba de burguesa excitante, como suele decirse. Valérie metió el brazo bajo la chaqueta que se había quitado y me puso la mano en el sexo; yo sólo llevaba un pantalón de algodón fino, la sensación era terriblemente precisa. La noche ya había caído del todo. Me arrellané en el asiento y le metí una mano por debajo de la blusa. Aparté el sujetador, le rodeé el seno derecho con la palma y empecé a acariciarle el pezón entre el índice y el pulgar. Más o menos a la altura de Mans, ella me abrió la bragueta. Sus movimientos eran de lo más explícito, seguro que nuestra vecina se estaba enterando de todo. En mi opinión, es imposible resistirse mucho rato a una masturbación realizada por una mano realmente experta. Eyaculé un poco antes de Rennes, sin poder contener un grito ahogado.

—Voy a tener que llevar el traje a la tintorería... —dijo Valérie tranquilamente.

La vecina nos miró, sin disimular su diversión.

Aun así, me sentí un poco incómodo en la estación de Saint–Malo, al ver que subía con nosotros en el minibús que iba al centro de talasoterapia; pero Valérie, sin cortarse ni un pelo, se puso a charlar con ella sobre los diferentes tratamientos. Yo nunca he desenmarañado los méritos respectivos de los baños de barro, las duchas terapéuticas y lo de envolverse el cuerpo en algas; al día siguiente me conformé, poco más o menos, con chapotear en la piscina. Estaba haciendo el muerto, vagamente consciente de la existencia de corrientes submarinas que, según parece, me estaban dando un masaje en la espalda, cuando Valérie se reunió conmigo.

—Nuestra vecina de tren —dijo muy excitada— me ha echado los tejos en el jacuzzi. —Yo registré la información sin reaccionar—. En este momento, está sola en el baño turco.

Me puse una bata y seguí de inmediato a Valérie. Me quité el bañador junto a la puerta del baño turco; se me notaba la erección bajo la tela de rizo. Entré con Valérie, la dejé internarse en la nube de vapor; era tan densa que no se veía a dos metros. Un fortísimo olor a eucalipto, casi embriagador, impregnaba la atmósfera. Me quedé quieto en mitad de la nada blancuzca y caliente, y luego oí un gemido que venía del fondo de la sala. Desanudé la bata y me acerqué;

las gotas de sudor me perlaban la piel. Arrodillada frente a la mujer, con las manos en sus nalgas, Valérie le lamía el coño. Era una mujer muy hermosa, con pechos de silicona de una redondez perfecta, una cara armoniosa, una boca ancha y sensual. Ella me miró sin sorpresa y cogió mi sexo con una mano. Yo me acerqué un poco más, me coloqué a su espalda y le acaricié los pechos mientras frotaba la polla contra sus nalgas. Ella separó los muslos y se inclinó hacia delante, apoyándose en la pared. Valérie metió la mano en el bolsillo de su bata y me tendió un preservativo; con la otra mano siguió acariciando el clítoris de la mujer. La penetré de una sola vez, ya estaba muy abierta; se inclinó un poco más cuando entré en ella.

Mientras iba y venía sentí la mano de Valérie que se deslizaba entre mis muslos y me cogía los huevos. Empezó a lamer otra vez el coño de la mujer; cada vez que yo empujaba, sentía la polla resbalar sobre la lengua de Valérie. Tensé desesperadamente los músculos de la pelvis en el momento en que la mujer se corrió con largos y felices gemidos, y luego me retiré muy despacio. Estaba empapado en sudor, jadeaba sin querer, sentí que se me iba la cabeza y tuve que sentarme en una banqueta. Las masas de vapor seguían ondulando en el aire.

Oí el ruido de un beso, levanté la cabeza: Valérie y la mujer estaban estrechamente abrazadas.

Hicimos el amor un poco después, al caer la tarde, luego otra vez por la noche, y una vez más al despertarnos por la mañana. Aquel frenesí era un poco inusual; ambos éramos conscientes de que empezaba un período difícil, en el que Valérie estaría una vez más agobiada de trabajo, problemas y cálculos. El cielo era de un azul inmaculado, la temperatura casi suave; sin duda era uno de los últimos fines de semana de buen tiempo antes del otoño. El domingo por la mañana, antes de hacer el amor, dimos un largo paseo por la playa.

Miré con sorpresa los edificios neoclásicos, un poco kitsch, de los hoteles. Cuando llegamos al otro extremo, nos sentamos en unas rocas.

—Supongo que esa cita con el alemán era importante —dije—. Supongo que es el principio de un nuevo desafío.

—Es la última vez, Michel. Si esto nos sale bien, podremos estar tranquilos mucho tiempo.

Yo le lancé una mirada incrédula y un poco triste. No creía mucho en esa clase de argumentos, me recordaban a ciertos libros de historia, a las declaraciones de los políticos sobre la guerra que pondría fin a todas las guerras, la que llevaría a una paz definitiva.

—Tú misma me explicaste —dije con dulzura— que el capitalismo es, por principio, un estado de guerra permanente, una lucha perpetua que nunca tendrá fin.

—Es verdad —convino sin dudarlo—; pero no siempre tienen que luchar los mismos.

Una gaviota levantó el vuelo, tomó altura, se dirigió hacia el océano. Estábamos casi solos en aquel lado de la playa.

Dinard era una ciudad balnearia tranquila, por lo menos en aquella estación del año. Un perro labrador se acercó, nos olisqueó y luego volvió sobre sus pasos; no vi a sus amos.

—Te lo aseguro —insistió ella—. Si las cosas van tan bien como esperamos, podremos adaptar el concepto a muchísimos países. Sólo en América Latina tenemos Brasil, Venezuela, Costa Rica. También podremos abrir clubs en Camerún, Mozambique, Madagascar, las Seychelles. Y hasta en Asia hay posibilidades inmediatas: China, Vietnam, Camboya. En dos o tres años podemos ser una referencia indiscutible; y nadie se atreverá a invertir en el mismo mercado: esta vez la ventaja competitiva será nuestra.

No contesté, no se me ocurría qué contestarle; al fin y al cabo, la idea era en parte mía. La marea empezaba a subir; en la arena se abrían arroyuelos que venían a morir a nuestros pies.

—Además —continuó ella—, esta vez sí que vamos a pedir un buen paquete de acciones. Si tenemos éxito, no podrán negárnoslo. Y cuando uno es accionista, ya no tiene que luchar: son los demás los que luchan por ti.

Se quedó callada y me miró, vacilante. Lo que decía tenía sentido, tenía una cierta lógica. Se levantó un poco de viento; yo empezaba a tener hambre. El restaurante del hotel era delicioso: había mariscos fresquísimos, platos de pescado finos y sabrosos. Regresarnos andando por la arena húmeda.

—Yo tengo dinero... —dije de repente—. No olvides que yo tengo dinero.

Ella se quedó parada y me miró con sorpresa; yo no había previsto decir algo así.

—Sé que lo de ser una mujer mantenida ya no se lleva —continué, un poco cortado—. Pero nada nos obliga a hacer lo que hacen los demás.

Ella me miró tranquilamente a los ojos.

—Cuando cobres el dinero de la casa, tendrás unos tres millones de francos, como máximo... —dijo.

—Sí..., un poco menos.

—No es bastante. No del todo. Nos hace falta un pequeño suplemento.

Siguió andando, callada, durante un rato.

—Confía en mí... —dijo cuando cruzamos la puerta acristalada del restaurante.

Después de comer, antes de ir a la estación, pasamos por casa de los padres de Valérie. Ella les explicó que otra vez iba a tener muchísimo trabajo, y que lo más probable es que no pudiese volver hasta Navidad. Su padre la miró con una sonrisa resignada. Yo me dije que era una buena hija, una hija cariñosa y atenta; era también una amante sensual, voluptuosa y atrevida; y seguramente sería, llegado el caso, una madre amante y sensata. «Sus pies son de oro fino, sus piernas como las columnas del templo de Jerusalén.» Seguía preguntándome qué demonios había hecho para merecer a una mujer como Valérie. Probablemente nada. Observo el mundo, me dije; lo observo procediendo empíricamente, con buena fe; no puedo hacer otra cosa que observarlo.

12

El padre de Jean–Yves murió a finales de octubre. Audrey se negó a ir al entierro; él ya se lo esperaba, sólo se lo había pedido por principio. Iba a ser un entierro modesto: él era hijo único, habría poca familia, y en realidad ningún amigo. Saldría una breve necrológica en el boletín de antiguos alumnos de la Escuela de Ingenieros, y luego las huellas desaparecerían; en los últimos tiempos, ya no veía a nadie. Jean–Yves nunca había entendido muy bien qué le había empujado a jubilarse en aquella región sin interés, rural en el sentido más triste del término, con la que no tenía el menor vínculo. Seguramente un resto del masoquismo que lo había acompañado, más o menos, a lo largo de toda su vida. Después de unos estudios brillantes, se estancó en una carrera mortecina de ingeniero industrial. Aunque siempre había soñado con tener una hija, se limitó voluntariamente a un solo niño; según él, para darle una mejor educación; pero el argumento no se sostenía, tenía un sueldo bastante bueno. Daba la impresión de que, más que amar a su mujer, estaba acostumbrado a ella; puede que se sintiera orgulloso del éxito profesional de su hijo, pero lo cierto es que nunca hablaba del tema. No tenía hobbies ni verdaderas aficiones, salvo la cría de conejos y los crucigramas de La République du Centre–Ouest. No hay duda de que nos equivocamos al suponer en todo ser humano una pasión secreta, una parte de misterio, una leve locura; si el padre de Jean–Yves hubiera tenido que declarar sobre sus convicciones íntimas, lo más probable es que sólo hubiera podido hablar de una ligera decepción. De hecho, su frase favorita, la que Jean– Yves le había oído pronunciar más a menudo, la que mejor sintetizaba su experiencia de la condición humana, se limitaba a estas palabras: «Nos hacemos viejos.»

Su madre se mostró razonablemente afectada por el duelo —al fin y al cabo, era el compañero de toda una vida—, pero no parecía profundamente trastornada. «Había decaído mucho...», comentó. La causa de la muerte era tan imprecisa que podía hablarse de fatiga general, por no decir desánimo.

«Ya no le encontraba gusto a nada...», dijo también su madre. Ésa fue, poco más o menos, su oración fúnebre.

Desde luego, la ausencia de Audrey se notó, pero su madre no dijo nada durante la ceremonia. La cena fue frugal; de todos modos, nunca había sido buena cocinera. El sabía que ella iba a abordar el tema en algún momento. Dadas las circunstancias era bastante difícil esquivarlo, por ejemplo encendiendo el televisor, como tenía por costumbre. Su madre terminó de secar los platos y volvió a sentarse frente a él, apoyando los codos en la mesa.

—¿Cómo te va con tu mujer?

—No muy bien...

Habló durante unos minutos, hundiéndose poco a poco en sus dificultades; acabó diciendo que estaba pensando en divorciarse. Sabía que su madre odiaba a Audrey, a quien acusaba de privarla de sus nietos; cosa por otra parte cierta, aunque sus nietos tampoco tenían demasiadas ganas de verla.

Cierto que en otras condiciones podrían haberse acostumbrado, por lo menos Angélique; en su caso aún no era demasiado tarde. Pero habrían sido otras condiciones, otra vida, cosas difíciles de imaginar. Jean–Yves alzó los ojos hacia el rostro de su madre; miró el moño grisáceo, los rasgos severos: no era fácil sentir un impulso de ternura o afecto por aquella mujer; desde que podía recordar, ella nunca había sido dada a los mimos, y resultaba igualmente difícil imaginársela en el papel de amante sensual y guarra. De repente, se dio cuenta de que lo más probable es que le hubiera jodido la vida a su padre desde el principio. Fue una conmoción terrible, crispó las manos en el borde de la mesa: esta vez todo era demasiado irremediable, demasiado definitivo. Con desesperación, intentó recordar un momento en que hubiera visto a su padre sereno, contento, sinceramente feliz. Quizás una vez, cuando tenía cinco años y su padre intentaba enseñarle el funcionamiento de un Meccano. Sí, a su padre le gustaba la mecánica, le gustaba de verdad; recordaba su decepción cuando le anunció que iba a hacer estudios de comercio; tal vez aquello fuera suficiente, al fin y al cabo, para llenar una vida.

Al día siguiente dio una vuelta por el jardín, que en realidad le parecía bastante anónimo y no le traía ningún recuerdo de infancia. Los conejos daban vueltas nerviosamente en las jaulas, todavía no les habían dado de comer; su madre iba a venderlos enseguida, no le gustaba cuidarlos. En el fondo ellos eran los grandes perdedores del caso, las únicas víctimas reales de aquella muerte. Jean–Yves cogió un saco de granulado y lo echó a puñados en los comederos; por lo menos podía hacer aquello en memoria de su padre.

Se marchó pronto, justo antes del programa de Michel Drucker, pero eso no impidió que se metiera en un atasco interminable al llegar a Fontainebleau. Buscó diferentes emisoras en la radio, pero al final la apagó. De vez en cuando, la marea de vehículos avanzaba unos cuantos metros; sólo oía el ronroneo de los motores, el choque aislado de las gotas de lluvia contra el parabrisas. Su estado de ánimo casaba con aquella melancólica vacuidad. Lo único positivo del fin de semana, pensó, era que no tendría que ver a Johana; por fin se había decidido a despedir a la canguro. A la nueva, Eucharistie, se la había recomendado una vecina: era una chica nacida en Dahomey, seria, que iba bien en el colegio; estaba muy adelantada para sus quince años. Quería ser médico, quizás pediatra; en cualquier caso, los niños se le daban de maravilla. Conseguía arrancar a Nicolás de los juegos de vídeo y acostarlo antes de las diez, cosa que ellos no habían conseguido nunca. Era cariñosa con Angélique, le daba la merienda, la bañaba, jugaba con ella; y estaba claro que la cría la adoraba.

Llegó a eso de las diez y media, agotado del viaje; creía recordar que Audrey se había ido a pasar el fin de semana a Milán; cogería el avión de vuelta al día siguiente, por la mañana, e iría directamente al trabajo. Tras el divorcio no tendría el mismo nivel de vida, pensó Jean–Yves con una retorcida satisfacción; no era de extrañar que retrasara el momento de abordar el tema. Aunque por lo menos no llegaba al extremo de fingir impulsos de cariño o ternura; eso era un punto a su favor.

Eucharistie estaba sentada en el sofá, leyendo La vida instrucciones de uso de Georges Perec en edición de bolsillo; todo había ido bien. Aceptó un vaso de zumo de naranja; él se sirvió un coñac. En general, cuando él volvía, ella le contaba cómo había ido el día, lo que habían hecho los tres; luego, al cabo de unos minutos, se iba. Esta vez hizo lo mismo; Jean– Yves se sirvió otro coñac y se dio cuenta de que no había oído nada. «Mi padre ha muerto...», dijo en ese mismo momento.

Eucharistie se calló de golpe y le miró, vacilante; no sabía muy bien cómo reaccionar, pero estaba claro que había conseguido captar toda su atención. «Mis padres no eran felices juntos...», continuó él, y esta última afirmación era la peor de las dos: parecía negar su existencia, privarle en cierto modo del derecho a la vida. Él era fruto de una unión desgraciada, mal avenida, de algo que no habría debido ser. Miró con inquietud a su alrededor: en unos pocos meses, como mucho, dejaría aquel apartamento, no volvería a ver ni

las cortinas ni los muebles; se diría que todo empezaba ya a deshilacharse, a perder consistencia. Podría haber estado en unos grandes almacenes después de la hora de cierre, o en la foto de un catálogo; en algo desprovisto de existencia real. Se levantó titubeando, se acercó a Eucharistie y la abrazó estrechamente.

Deslizó la mano bajo su jersey: la carne era palpitante, real.

Se rehizo enseguida y se quedó quieto, cortado. Ella dejó de resistirse y también se quedó quieta. Él la miró a los ojos y luego la besó en la boca. Ella respondió al beso, sus lenguas se tocaron. El subió la mano debajo del jersey, hasta los pechos.

Hicieron el amor sin decir una palabra, en el dormitorio; ella se desnudó rápidamente y luego se echó en la cama para que él la tomara. Aun después del orgasmo se quedaron unos minutos en silencio, y después evitaron mencionar lo ocurrido. Ella volvió a contarle cómo había ido el día, lo que había hecho con los niños; luego le dijo que no podía quedarse a dormir.

Durante las semanas siguientes volvieron a hacer el amor muchas veces, de hecho cada vez que ella iba a la casa. Él esperaba, vagamente, que ella abordase el tema de la legitimidad de su relación; al fin y al cabo ella sólo tenía quince años, y él treinta y cinco; apurando mucho, podría haber sido su padre.

Pero ella no parecía dispuesta a ver las cosas desde ese punto de vista: entonces, ¿desde qué punto de vista? Al final se dio cuenta, con emoción y gratitud: sencillamente, desde el punto de vista del placer. Obviamente su matrimonio le había desconectado, le había hecho perder contacto; había olvidado por completo que algunas mujeres, en ciertos casos, hacen el amor por placer. Él no era el primer hombre de Eucharistie, ya se había acostado con un chico el año anterior, un tipo del último curso al que después había perdido de vista; pero había cosas que no conocía, por ejemplo la felación. La primera vez, Jean– Yves se controló, no quería correrse en su boca; pero no tardó en darse cuenta de que a ella le gustaba o, más bien, que le divertía sentir la explosión de esperma. Por lo general, a él no le costaba nada llevarla al orgasmo, y sentía un placer inmenso al abrazar aquel cuerpo firme y flexible. Ella era inteligente, curiosa; se interesaba por su trabajo y le hacía muchas preguntas:

tenía casi todo lo que a Audrey le faltaba. El mundo de la empresa era para ella un universo desconocido, exótico, cuyas costumbres intentaba comprender; no le habría hecho todas aquellas preguntas a su padre, que de todos modos no podría haberle contestado, porque trabajaba en un hospital público.

En resumen, que su relación, se decía él con una extraña sensación de relativismo, era una relación equilibrada. Menos mal que su primer hijo no había sido niña; dadas ciertas condiciones, no veía cómo —ni, sobre todo, por qué— evitar el incesto.

Tres semanas después de la primera vez, Eucharistie le dijo que había empezado a salir con un chico y que más valía que lo dejaran, porque las cosas se iban a poner más difíciles.

El debió de poner tal cara de pena que la siguiente vez que se vieron ella propuso seguir haciéndole mamadas. El no entendía muy bien por qué aquéllo era menos grave, pero la verdad es que había olvidado cómo pensaba y sentía a los quince años. Cuando él llegaba a casa, hablaban bastante rato de esto y de lo otro; siempre era ella la que decidía el momento.

Se desnudaba hasta la cintura, se dejaba acariciar los pechos; luego él se apoyaba contra la pared y ella se arrodillaba delante de él. Por sus gemidos, ella adivinaba a la perfección el momento en que iba a correrse. Entonces apartaba la cara; con movimientos menudos y precisos guiaba su eyaculación, unas veces hacia sus pechos, otras hacia su boca. En aquellos instantes tenía una expresión juguetona, casi infantil; pensando en eso, él se decía con melancolía que su vida amorosa no había hecho más que empezar, que iba a hacer felices a muchos amantes; se habían cruzado, eso era todo, y ya era una suerte.

El segundo sábado, en el momento en que Eucharistie, con los ojos entrecerrados y la boca abierta, se la meneaba con entusiasmo, él vio de pronto a su hijo, que asomaba la cabeza por la puerta del salón. Se estremeció y apartó la mirada; cuando volvió a alzar los ojos, el niño había desaparecido. Eucharistie no se había dado cuenta de nada; le deslizó la mano entre los muslos y le apretó con delicadeza los testículos. El tuvo entonces una extraña sensación de inmovilidad.

Se dio cuenta de algo; fue como la revelación de un punto muerto. Había una gran confusión generacional, y la filiación ya no tenía sentido. Atrajo la boca de Eucharistie hacia su sexo; sin explicarse por qué, sentía que era la última vez, y necesitaba su boca. En cuanto ella cerró los labios él se corrió durante mucho tiempo, varias veces, empujando la polla hasta el fondo de la garganta de Eucharistie, estremeciéndose. Luego ella alzó los ojos hacia él; Jean–Yves tenía las manos sobre la cabeza de la chica. Ella cerró los ojos y siguió con su sexo en la boca unos dos o tres minutos, lamiéndole lentamente el glande. Un poco antes de que se marchara, él le dijo que ya no lo volverían a hacer. No sabía muy bien por qué; no cabía duda de que si su hijo hablaba, le perjudicaría en el proceso de divorcio; pero había algo más que no conseguía analizar. Me contó todo esto una semana más tarde, en un tono de autoacusación bastante penoso, y me pidió que no le dijera nada a Valérie. Me molestó un poco, la verdad, yo no veía para nada dónde estaba el problema; por mera amabilidad fingí que me interesaba, que pesaba los pros y los contras, pero no creía en absoluto en aquella situación, me parecía estar en un programa de Mireille Dumas. Por el contrario, en el terreno profesional todo iba bien; me lo dijo con satisfacción. Unas semanas antes habían estado a punto de tener problemas con el club de Tailandia: para responder a las expectativas de los consumidores en ese destino, no había más remedio que instalar un bar de chicas y un salón de masajes; todo lo cual era un poco difícil de justificar dentro del presupuesto del hotel. Llamó por teléfono a Gottfried Rembke. El patrón de TUI encontró rápidamente una solución: tenía un socio in situ, un empresario chino en Phuket, que podía encargarse de construir un complejo turístico justo al lado del hotel. Por otra parte, el alemán parecía de muy buen humor, evidentemente las cosas iban viento en popa. A principios de noviembre, Jean–Yves recibió un ejemplar del catálogo destinado al público alemán; enseguida se dio cuenta de que no se habían andado con chiquitas. En todas las fotos, las chicas locales tenían los pechos desnudos, llevaban tangas minúsculos o faldas transparentes; se las veía en la playa o directamente en las habitaciones; sonreían con aire provocativo, se pasaban la lengua por los labios: era casi imposible no ver de qué iba aquello. Como le dijo a Valérie, una cosa así no habría colado en Francia. Era curioso observar, dijo como para sí mismo, que a pesar de que Europa se unía, de que la idea de una confederación de Estados estaba cada vez más presente, no se veía la menor uniformización en el terreno de la legislación de las costumbres. Mientras que la prostitución estaba reconocida en Alemania y en Holanda y tenía su propio estatuto, en Francia muchos pedían su abolición, incluso sanciones para los clientes, como en Suecia. Valérie le miró con sorpresa: estaba raro, hacía cada vez más reflexiones improductivas, sin objeto. Por su parte, ella cargaba con una enorme cantidad de trabajo, metódicamente, con fría determinación; a menudo tomaba decisiones sin consultarle. Pero en realidad no estaba acostumbrada a hacerlo, y a veces yo la veía perdida, llena de dudas; la dirección general no intervenía, les dejaba una completa iniciativa. «Están esperando, eso es todo; están esperando a ver si tenemos éxito o si nos estrellamos con todo el equipo», me confió un día con rabia contenida. Tenía razón, era evidente, no podía contradecirla; así estaba organizado el juego.

Yo no veía ninguna objeción a que la sexualidad entrara en la economía de mercado. Había muchas maneras de ganar dinero, honradas y deshonestas, cerebrales o, por el contrario, brutalmente físicas. Uno podía ganar dinero gracias a la inteligencia, el talento, la fuerza o el valor, o incluso la belleza; también podía tener un simple golpe de suerte. Lo más normal es que el dinero llegara por herencia, como en mi caso; entonces, el problema se trasladaba a la generación anterior.

Gente muy diferente había ganado dinero en todo el mundo:

ex deportistas de alto nivel, gángsters, artistas, modelos, actores; un gran número de empresarios y financieros hábiles; también algunos técnicos y, con menos frecuencia, algunos inventores. A veces la gente ganaba dinero de forma mecánica, por pura acumulación; o, al contrario, gracias a un golpe de audacia coronado por el éxito. Nada de todo esto tenía el menor sentido, pero reflejaba una gran diversidad. Por el contrario, los criterios de la elección sexual eran exageradamente simples: se reducían a la juventud y a la belleza física. Cierto que estas características tenían un precio, pero no un precio infinito. Claro, la situación era muy distinta en siglos precedentes, en la época en que la sexualidad seguía fundamentalmente

vinculada a la reproducción. Para mantener el valor genético de la especie, la humanidad tenía que tener en cuenta entonces ciertos criterio de salud, fuerza, juventud, vigor físico; la belleza sólo era una síntesis práctica. Actualmente, el reparto de cartas era diferente: la belleza no había perdido el menor valor, pero se trataba de un valor provechoso, narcisista. No había duda de que si la sexualidad tenía que entrar en el sector de los bienes de cambio, la mejor solución era apelar al dinero, ese mediador universal que ya permitía una equivalencia concreta con la inteligencia, el talento y la competencia técnica; que ya garantizaba una perfecta homogeneización de las opiniones, los gustos, los modos de vida. Al contrario que los aristócratas, los ricos no pretendían ser de naturaleza distinta al resto de la población; simplemente pretendían ser más ricos. El dinero era una noción abstracta en la que no intervenía la raza, el aspecto físico, la edad, la inteligencia o la distinción; ni nada que no fuera el dinero mismo, en realidad. Mis antepasados europeos habían trabajado duro durante varios siglos; se habían propuesto dominar y luego transformar el mundo, y en cierta medida lo habían conseguido. Lo habían hecho por intereses económicos y por amor al trabajo, pero también porque creían en la superioridad de su civilización:

habían inventado el sueño, el progreso, la utopía, el futuro.

Esa conciencia de misión civilizadora se había evaporado a lo largo del siglo XX. Los europeos, o por lo menos algunos de ellos, seguían trabajando, y a veces trabajando duro; pero lo hacían por interés o por un apego neurótico a su trabajo; la conciencia inocente de su derecho natural a dominar el mundo y a dirigir su historia había desaparecido. Como consecuencia de los esfuerzos acumulados, Europa seguía siendo un continente rico; pero estaba claro que yo había perdido esas cualidades de inteligencia y de obstinación que caracterizaban a mis antepasados. Como europeo acomodado, yo podía adquirir a un precio menor, en otros países, alimentos, servicios y mujeres; como europeo decadente, consciente de la cercanía de la muerte y en plena posesión de mi egoísmo, no veía el más mínimo motivo para privarme de todo eso. Sin embargo, era consciente de que una situación semejante era apenas sostenible, que la gente como yo era incapaz de garantizar la supervivencia de una sociedad, que incluso era, pura y simplemente, indigna de vivir. Vendrían cambios, ya estaban ocurriendo, pero yo no conseguía sentirme realmente afectado; mi única motivación auténtica consistía en librarme de toda aquella mierda lo más deprisa posible. Noviembre era frío, desapacible; en los últimos tiempos ya no leía tanto a Auguste Comte. Mi mayor distracción, cuando Valérie no estaba, consistía en mirar el movimiento de las nubes a través del ventanal. Al caer la tarde, inmensas bandadas de estorninos sobrevolaban Gentilly, describiendo espirales y planos inclinados en el cielo; me sentía bastante tentado a darles un sentido, a interpretarlos como el augurio de un apocalipsis.

13

Una noche, al salir del trabajo, me encontré a Lionel; no le había vuelto a ver desde el circuito «Trópico tailandés», casi un año antes. Sin embargo, lo raro es que le reconocí enseguida. Me sorprendió un poco que me hubiera causado una impresión tan fuerte; ni siquiera recordaba haberle dirigido la palabra durante el viaje.

Todo iba bien, me dijo. Un gran disco de algodón le tapaba el ojo derecho. Había tenido un accidente de trabajo, algo había explotado; pero estaba bien, le habían operado a tiempo, iba a recobrar un cincuenta por ciento de visión. Le invité a tomar algo en un café cerca del Palais–Royal. Me pregunté si, llegado el caso, también reconocería a Robert, a Josiane, a los demás miembros del grupo; seguramente sí. Era una idea un poco triste; mi memoria no paraba de acumular información casi completamente inútil. Como buen ser humano, tenía una enorme capacidad para el reconocimiento y almacenamiento de las imágenes de otros seres humanos. Nada es más útil para el hombre que el hombre mismo. No entendía muy bien por qué había invitado a Lionel; estaba claro que la conversación se iba a estancar. Para salvarla un poco, le pregunté si había tenido ocasión de volver a Tailandia. No, y no por falta de ganas, pero desgraciadamente el viaje salía un poco caro. ¿Había vuelto a ver a alguno de nuestros compañeros? No, a ninguno. Yo le dije entonces que había vuelto a ver a Valérie, de quien a

lo mejor se acordaba, y que de hecho vivíamos juntos. Pareció alegrarse de la noticia; estaba claro que le habíamos causado una buena impresión. No tenía oportunidad de viajar mucho, me dijo, y aquellas vacaciones en Tailandia eran uno de sus mejores recuerdos. Me empezó a emocionar su sencillez, su ingenuo deseo de ser feliz. Y entonces tuve un impulso que, incluso pensándolo ahora, me siento inclinado a calificar de bueno. En conjunto, yo no soy bueno, no es uno de los rasgos de mi carácter. Lo humanitario me da asco, y por lo general la suerte de los demás me importa un bledo; ni siquiera recuerdo haber experimentado alguna vez el menor sentimiento de solidaridad. Y aun así, esa tarde le expliqué a Lionel que Valérie trabajaba en el sector turístico, que su empresa estaba a punto de abrir un nuevo club en Krabi, y que podía conseguirle fácilmente una semana de estancia con un descuento del cincuenta por ciento.

Obviamente, me lo acababa de inventar, pero había decidido pagar la diferencia de mi bolsillo. Quizás intentaba, en cierto modo, dármelas de listo, pero creo que también deseaba sinceramente que pudiera sentir otra vez el placer entre las manos expertas de las jóvenes prostitutas tailandesas, aunque sólo fuera por una semana.

Cuando le conté el encuentro a Valérie, ella me miró con cierta perplejidad; ni siquiera se acordaba de Lionel. Ese era el problema de aquel chico; no era mal tipo, pero no tenía ninguna personalidad; era demasiado reservado, demasiado humilde, a cualquiera le hubiera costado recordarlo.

—Bueno... —dijo Valérie—, si te ha dado por ahí... Aunque no va a tener que pagar ni el cincuenta por ciento; iba a decírtelo, nos van a dar invitaciones para la semana de la inauguración, la del primero de enero.

Llamé a Lionel a la mañana siguiente para decirle que la estancia sería gratuita; aquello fue demasiado, no me creía, incluso me costó un poco convencerlo de que aceptara.

Ese mismo día recibí la visita de una joven artista que vino a enseñarme su trabajo. Se llamaba Sandra Heksjtovoian, algo así, en cualquier caso un nombre del que yo no me iba a acordar; si hubiera sido su agente, le habría aconsejado que se lo cambiara por Sandra Hallyday. Era una chica muy joven, con pantalón y camiseta, bastante corriente, con la cara un poco redonda y el pelo corto y rizado; había estudiado Bellas Artes en Caen. Trabajaba solamente con su cuerpo, me dijo; la miré con inquietud mientras abría el portafolios. Esperaba que no me sacara fotos de cirugía estética del dedo gordo del pie o algo por el estilo, estaba un poco hasta las cejas de esas historias. Pero no, me tendió unas postales en las que había impreso la huella de su coño empapado en pintura de diferentes colores. Elegí una turquesa y una malva; lamenté un poco no poder darle a cambio unas fotos de mi polla. La cosa era simpática, pero en fin, creía recordar que Yves Klein ya había hecho cosas semejantes hacía más de cuarenta años; no me iba a resultar muy fácil defender su trabajo. Claro, claro, asintió ella, había que tomárselo como un ejercicio de estilo. Entonces sacó de un embalaje de cartón una obra más compleja, compuesta por dos ruedas de distintos tamaños unidas por una delgada cinta de goma; una manivela permitía arrastrar el dispositivo. La cinta de goma estaba cubierta de pequeñas protuberancias de plástico, de forma más o menos piramidal. Yo accioné la manivela y pasé un dedo por la cinta en movimiento; el roce no era desagradable.

—Son vaciados de mi clítoris —explicó la chica. Yo retiré el dedo de inmediato, y ella continuó—: Hice fotos con un endoscopio en el momento de la erección, y luego lo pasé todo al ordenador. Reconstruí el volumen con un programa de 3–D, luego modelé el resultado en ray–tracingy mandé los datos a la fábrica.

Me daba la impresión de que se dejaba llevar un poco por los aspectos técnicos. Le di otra vez a la manivela, casi maquinalmente.

—Dan ganas de tocar, ¿verdad? —dijo ella, satisfecha—. Se me ha ocurrido poner una resistencia para que se encienda una bombillita. ¿Qué opina usted?

En realidad yo no estaba a favor, me parecía que así se cargaría la sencillez del concepto. Para ser una artista contemporánea, la chica era bastante simpática; me estaban dando ganas de proponerle que se acostara con nosotros una noche, seguro que Valérie y ella se caerían

bien. Me di cuenta justo a tiempo de que, en mi posición, aquello podía considerarse acoso sexual; miré el dispositivo con desánimo.

—Verá —dije—, yo me ocupo sobre todo del lado económico de los proyectos. Para hablar de cuestiones estéticas, más vale que vea a la señorita Durry.

Le apunté en una tarjeta de visita el nombre y el puesto de Marie–Jeanne; al fin y al cabo, seguro que era experta en cosas de clítoris. La chica parecía un poco desconcertada, pero de todos modos me dio una bolsita llena de pirámides de plástico.

—Le regalo unos cuantos vaciados —dijo—, hicieron muchos en la fábrica.

Le di las gracias, la acompañé a la entrada del departamento. Antes de despedirme, le pregunté si los vaciados eran de tamaño natural. Claro, me dijo ella, eso formaba parte de la idea.

Esa noche examiné con atención el clítoris de Valérie.

En el fondo nunca le había prestado una atención muy precisa; lo acariciaba o lo lamía en función de un esquema global; me había aprendido la posición, los ángulos, el ritmo de los movimientos que tenía que hacer; pero esa noche estudié mucho rato el pequeño órgano que palpitaba ante mis ojos.

—¿Qué haces? —preguntó ella con sorpresa, después de cinco minutos con las piernas abiertas.

—Una idea artística... —contesté, dándole un breve lametazo para calmar su impaciencia. Obviamente, al vaciado de la chica le faltaban el sabor y el olor; pero dejando aparte eso, estaba claro que había cierta semejanza. Cuando acabé el examen abrí con ambas manos el coño de Valérie y le lamí el clítoris con pequeños lengüetazos, muy precisos. ¿Acaso la espera había exacerbado su deseo? ¿O fueron mis movimientos, más precisos y atentos? El caso es que se corrió casi enseguida. Yo me dije que, en el fondo, aquella Sandra era bastante buena artista; su trabajo incitaba a mirar el mundo con nuevos ojos.

14

A principios de diciembre saltaba a la vista que los clubs Afrodita iban a ser todo un gol, y probablemente un gol histórico. En el sector turístico, noviembre es tradicionalmente el mes más flojo. En octubre todavía hay viajes de final de temporada; en diciembre, las fiestas toman el relevo; pero a muy pocos se les ocurre irse de vacaciones en noviembre, salvo a algunos seniors especialmente avezados y curtidos. Aun así, los primeros resultados que llegaban de los clubs eran excelentes:

la fórmula había tenido un éxito inmediato, incluso se podía hablar de avalancha. El día que llegaron las primeras cifras cené con Jean–Yves y Valérie; él me miraba con cara rara, por lo mucho que los resultados dejaban atrás sus expectativas: durante todo el mes, el índice de ocupación de los clubs había superado el 95 %, en todos los destinos. «Sí, el sexo...», dije yo, incómodo. «La gente necesita sexo, eso es todo, lo que pasa es que no se atreve a confesarlo.» Todo aquello invitaba a la reflexión, casi al silencio; el camarero trajo los antipasti.

—La inauguración de Krabi va a ser increíble... —dijo JeanYves—. Me ha llamado Rembke, todo está reservado desde hace tres semanas. Y lo mejor es que no hay nada en los medios de comunicación, ni una línea. Un éxito discreto, masivo y confidencial a la vez; justo lo que estábamos buscando.

Por fin se había decidido a alquilar un estudio y a dejar a su mujer; no le darían las llaves hasta el 1 de enero, pero ya se sentía mejor, parecía más relajado. Era relativamente joven, guapo y muy rico: me daba cuenta, con pasmo, de que nada de eso ayuda forzosamente a vivir; pero por lo menos ayuda a que los demás te deseen. Yo seguía sin entender del todo su ambición, el empeño que ponía en el éxito profesional. No creo que fuera por dinero: pagaba muchísimo en impuestos, y no tenía gustos suntuosos. Tampoco era por lealtad a la empresa, ni por altruismo: difícilmente podía considerarse que el desarrollo del turismo mundial fuera una causa noble. Su ambición existía por sí misma y no podía achacarse a ninguna otra causa: sin duda era semejante al deseo de construir algo, más que a las ansias de poder o el espíritu competitivo; yo nunca le había oído hablar de las carreras de sus antiguos compañeros en la

Escuela de Comercio, y no creo que eso le preocupara lo más mínimo. En resumen, que se trataba de una motivación respetable, la misma que explicaba en líneas generales el desarrollo de la civilización humana. La gratificación social que le correspondía era un buen sueldo; en otros regímenes podría haber sido un título de nobleza, o privilegios como los concedidos a los miembros de la nomenklatum; pero no creo que eso hubiera cambiado gran cosa. En realidad, Jean–Yves trabajaba porque le gustaba trabajar; algo puro y misterioso a la vez.

El 15 de diciembre, dos semanas antes de la inauguración, Jean–Yves recibió una llamada preocupada de TUI. Acababan de secuestrar a un turista alemán, junto con la chica que le acompañaba; había ocurrido en Hat Yai, al sur del país. La policía local había recibido un mensaje confuso, escrito en un inglés macarrónico, que no hacía ninguna reivindicación, pero que afirmaba que ambos jóvenes iban a ser ejecutados por su comportamiento, contrario a la ley islámica. Sí, desde hacía unos meses había actividad de movimientos islámicos, apoyados por Libia, en la frontera con Malasia; pero era la primera vez que atacaban a alguien.

El 18 de diciembre, los cadáveres desnudos y mutilados de los jóvenes fueron arrojados desde una camioneta en pleno centro de la plaza mayor de la ciudad. La chica había sido lapidada, se habían ensañado con ella de la manera más violenta; la piel había reventado por todas partes, su cuerpo era un bulto informe, apenas reconocible. Habían degollado y castrado al alemán, y le habían metido el pene y los testículos en la boca. Esta vez, toda la prensa alemana se hizo eco de la noticia, incluso hubo algunos sueltos en Francia. Los periódicos habían decidido no publicar las fotos de las víctimas, pero enseguida estuvieron disponibles en los sitios web habituales. Jean–Yves hablaba todos los días con TUI: hasta el momento, la situación no era alarmante; había muy pocas anulaciones, la gente seguía adelante con sus vacaciones. El primer ministro tailandés se deshacía en declaraciones tranquilizadoras: lo más probable era que se tratase de una acción aislada, todos los movimientos terroristas conocidos habían condenado el secuestro y el asesinato.

Sin embargo, en cuanto llegamos a Bangkok sentí cierta tensión, sobre todo en el barrio de Sukhumvit, donde residía la mayoría de turistas procedentes de Oriente Medio. Venían sobre todo de Turquía y de Egipto, aunque a veces también de países musulmanes mucho más duros, como Arabia Saudita o Pakistán. Cuando andaban entre la muchedumbre, veía que la gente los miraba con hostilidad. En la entrada de muchos bares de chicas vi carteles que decían NO MUSLIMS HERE; el dueño de un bar de Patpong había llegado al extremo de explicarse en el siguiente mensaje: «*We respect your Muslim faith we don't want you to drink whisky ; and enjoy Thai girls.*» Pero los pobres no tenían la culpa, y estaba claro que en caso de atentado serían las primeras víctimas. Durante mi primera visita a Tailandia, me había sorprendido la presencia de los súbditos de países árabes; de hecho, iban a Tailandia por los mismos motivos que los occidentales, con la diferencia de que parecían montarse las juergas con más entusiasmo todavía. Era fácil encontrarlos en los bares de los hoteles con un whisky en la mano a las diez de la mañana; y cuando abrían los salones de masaje eran los primeros clientes. Obviamente estaban quebrantando la ley islámica, y como seguramente se sentían culpables, solían ser corteses y encantadores.

Bangkok seguía igual de ruidosa e irrespirable; sin embargo, sentí el mismo placer en cuanto volví a pisarla. Jean– Yves tenía dos o tres citas con banqueros, o en un ministerio; en fin, yo seguía todo aquello de lejos. Al cabo de un par de días nos contó que sus entrevistas habían ido muy bien:

las autoridades locales se prestaban a colaborar, estaban dispuestas a todo para atraer cualquier inversión occidental.

Desde hacía unos años Tailandia ya no conseguía salir de la crisis, la bolsa y la moneda estaban en su nivel más bajo, la deuda pública alcanzaba el 70 % del producto interior bruto.

—Están tan hasta el cuello de mierda que ni siquiera son corruptos... —nos dijo Jean–Yves—. Los he untado un poco, pero muy poco; nada comparado con lo que se hacía cinco años antes.

La mañana del 31 de diciembre cogimos el avión a Krabi.

Al bajar del minibús tropecé con Lionel, que había llegado la víspera. Estaba encantado, me dijo, absolutamente encantado; me costó un poco contener la oleada de agradecimiento.

Pero al llegar al bungalow yo también me quedé impresionado ante la belleza del paisaje. La playa era inmensa, inmaculada, la arena fina como el polvo. En unas docenas de metros el océano pasaba del lapislázuli al turquesa, del turquesa al esmeralda. Enormes islotes calcáreos, cubiertos de bosques de un verde intenso, surgían de las aguas hasta el horizonte, desvaneciéndose en la luz y la distancia, dándole a la bahía una amplitud irreal, cósmica.

—¿No es aquí donde rodaron La playa.? —me preguntó Valérie.

—No, creo que fue en Koh Phi Phi; pero no he visto la película.

Según ella, no me había perdido nada; dejando aparte los paisajes, no tenía ningún interés. Yo recordaba vagamente el libro, protagonizado por unos excursionistas en busca de una isla virgen; su único guía era un mapa que les había dibujado un viejo trotamundos antes de suicidarse en un hotel de mala muerte en Khao Sen Road. Primero iban a Koh Samui, demasiado turístico; desde allí llegaban a una isla cercana, pero todavía había demasiada gente para su gusto. Al final, sobornando a un marinero, conseguían desembarcar en su isla, situada en una reserva natural y, por lo tanto, en principio inaccesible. Entonces empezaban los problemas.

Los primeros capítulos del libro ilustraban a la perfección la maldición del turista, dedicado a la búsqueda desenfrenada de lugares «no turísticos» que su sola presencia contribuye a desacreditar, y empujado así a ir cada vez más lejos en un proyecto cuya realización se revela una y otra vez inútil. Esta situación sin esperanza, semejante a la del hombre que intentara huir de su sombra, era muy conocida en los medios turísticos, me dijo Valérie: en términos sociológicos, la llamaban la paradoja del double bind.

En todo caso, los turistas que habían elegido el Eldorador Afrodita de Krabi no parecían ir a sucumbir a la paradoja del double bind.: aunque la playa era inmensa, casi todos se habían instalado en el mismo sitio. Por lo que podía ver, correspondían a la clientela esperada: muchos alemanes, con pinta de directivos o profesiones liberales. Valérie tenía las cifras exactas: 80 % de alemanes, 10 % de italianos, 5 % de españoles y 5 % de franceses. Lo sorprendente es que había muchas parejas. Del tipo parejas libertinas, que uno se podría encontrar perfectamente en Cap d'Agde: la mayoría de las mujeres tenían pechos de silicona, muchas llevaban una cadenilla de oro en torno a la cintura o el tobillo. También me di cuenta de que casi todo el mundo se bañaba desnudo. Todo aquello me inspiraba bastante confianza; esa clase de gente nunca da problemas. Al contrario que los lugares calificados «para trotamundos», los lugares de intercambio de parejas, que cobran todo su valor a medida que se llenan de gente, son por antonomasia lugares no paradójicos. En un mundo en el que el mayor lujo consiste en evitar a los demás, la sociabilidad campechana de los burgueses alemanes liberados era una forma de subversión especialmente sutil, como le dije a Valérie mientras ella se quitaba el sujetador y la braga. Me quedé un poco cortado al desnudarme, porque la tenía dura, y me tumbé boca abajo a su lado. Ella abrió las piernas tranquilamente, ofreciendo su sexo al sol. A unos metros, a nuestra derecha, había un grupo de alemanas que discutían un artículo en Spiegel. Una de ellas tenía el sexo depilado; se veía muy bien la raja, fina y recta.

—Me gusta ese tipo de coño... —me dijo Valérie en voz baja—. Dan ganas de meter el dedo.

A mí también me gustaba; pero a la izquierda había una pareja de españoles, y la mujer tenía el vello púbico muy espeso, rizado y negro; aquello me gustaba también. Cuando se tumbó, miré sus labios mayores, gruesos y carnosos. Era una mujer joven, no tendría más de veinticinco años, pero tenía los pechos llenos, las areolas grandes y prominentes.

—Venga, túmbate de espaldas... —me dijo Valérie al oído.

Obedecí cerrando los ojos, como si el hecho de no ver nada disminuyera el alcance de lo que estaba haciendo. Sentí que mi polla se erguía, que el glande salía de su capuchón de piel protectora. Al cabo de un minuto dejé de pensar para concentrarme únicamente en la sensación; el calor del sol en las mucosas era infinitamente agradable. Tampoco abrí los ojos cuando sentí un hilillo de aceite solar sobre el pecho, y luego sobre el vientre. Los dedos de Valérie frotaban con delicadeza y rapidez. El aire olía a coco. Cuando empezó a aceitarme el sexo, abrí los ojos de inmediato: se había arrodillado a mi lado, de cara a la española, que se había enderezado sobre los codos para mirar. Yo eché la cabeza atrás, mirando fijamente el

azul del cielo. Valérie me puso la palma de la mano en los cojones y me metió el dedo corazón en el ano; siguió masturbándome con la otra mano. Miré a la izquierda y vi que la española hacía lo propio con la polla de su chico; luego volví a mirar al cielo. Cuando oí pasos que se acercaban por la arena cerré otra vez los ojos. Entonces oí un beso, y susurros.

Ya no sabía cuántas manos, cuántos dedos me rodeaban y me acariciaban el sexo; el ruido de las olas era muy dulce.

Después de la playa, fuimos a dar una vuelta por el centro de ocio; caía la noche, y los letreros de los go–go bars se encendían uno por uno. En una plaza redonda había una decena de bares en torno a un inmenso salón de masaje. En la entrada encontramos a Jean–Yves, que se despedía de una chica con un vestido largo, grandes pechos y piel clara, que más bien parecía china.

—¿Qué tal ahí dentro? —preguntó Valérie.

—Asombroso. Un poco cursi, pero lujoso de verdad. Hay fuentes, plantas tropicales, cascadas; incluso estatuas de diosas griegas.

Nos instalamos en un mullido sofá cubierto de hilo de oro antes de elegir dos chicas. El masaje fue muy agradable, el agua caliente y el jabón líquido borraban los restos de aceite solar de nuestra piel. Las chicas se movían con delicadeza, nos enjabonaban con los pechos, las nalgas, el interior de los muslos; Valérie empezó a gemir enseguida. Una vez más, me maravillaba la abundancia de las zonas eróticas femeninas.

Después de secarnos nos tumbamos en una enorme cama redonda, con dos tercios de su circunferencia rodeados de espejos. Una de las chicas lamió a Valérie, llevándola sin dificultad al orgasmo; yo estaba arrodillado encima de su cara, y la otra chica me lamía los cojones y la polla. Cuando vio que iba a correrme, Valérie les hizo una seña a las chicas para que se acercaran un poco más: mientras la primera me lamía los huevos, la otra besó a Valérie en la boca; eyaculé sobre sus labios unidos.

La mayoría de los invitados a la cena de Nochevieja eran tailandeses, más o menos vinculados a la industria turística local. Ningún directivo de Aurore estaba presente; el patrón de TUI tampoco había podido desplazarse, aunque había delegado en un subordinado que obviamente no tenía ningún poder, pero que estaba encantado con la limosna. El buffet era exquisito, compuesto por platos tailandeses y chinos. Había pequeños nems crujientes con albahaca y citronela, buñuelos de enredadera de agua, curry de cangrejos con leche de coco, arroz salteado con nueces y almendras, un pato laqueado increíblemente tierno y sabroso. Se habían importado vinos franceses para la ocasión. Charlé unos minutos con Lionel, que parecía henchido de felicidad. Le acompañaba una chica encantadora de Chiang Mai, que se llamaba Kim. Se habían conocido la primera noche en un bar topless y estaban juntos desde entonces; él se la comía con los ojos, la trataba con adoración. Yo entendía muy bien que esa criatura delicada, de una gracia casi irreal, hubiera seducido a ese chico regordete; no veía cómo hubiera podido encontrar una mujer parecida en su país. Me dije que aquellas putitas tailandesas eran una bendición; un don del cielo, ni más ni menos. Kim hablaba un poco de francés. Ya había estado una vez en París, dijo Lionel, maravillado; su hermana se había casado con un francés.

—¿Ah, sí? —dije—. ¿Y qué hace él?

—Es médico... —Lionel se ensombreció un poco—. Claro, conmigo no podría tener el mismo nivel de vida.

—Tienes un trabajo fijo... —contesté con optimismo—.

Todos los tailandeses sueñan con ser funcionarios.

El me miró con cierta duda. Sin embargo era verdad, la función pública ejercía una sorprendente fascinación sobre los tailandeses. Cierto que en Tailandia los funcionarios son corruptos; no sólo tienen un trabajo seguro, sino que encima son ricos. Se puede tener todo.

—Que pases una buena noche... —dije, y me dirigí al bar.

—Gracias... —contestó él, y enrojeció.

No sé por qué me había dado en ese momento por jugar al hombre que sabe de la vida; obviamente, me estaba haciendo viejo. Pero la verdad es que tenía dudas sobre aquella chica: por lo general, las tailandesas del norte son muy hermosas, pero a veces tienen la belleza

demasiado en cuenta. Se pasan la vida mirándose al espejo, plenamente conscientes de que esa belleza es, en sí misma, una ventaja económica decisiva, y se convierten en seres caprichosos e inútiles. Por otra parte, al contrario que una preciosidad occidental, Kim no podía darse cuenta de que Lionel era un pedorro. Los criterios principales de la belleza física son la juventud, la ausencia de malformaciones y la conformidad general con las normas de la especie; y está claro que son universales. Una chica de otra cultura no puede apreciar con tanta facilidad los criterios secundarios, vagos y relativos. Para Lionel, el exotismo era una buena elección; lo más probable es que fuera la única. En fin, me dije que había hecho todo lo que podía para ayudarle.

Con la copa de Saint–Estèphe en la mano, me senté en una banqueta a mirar las estrellas. El año 2002 marcaría la entrada de Francia en la unión monetaria europea, entre otras cosas: también se celebrarían el mundial de fútbol, las elecciones presidenciales; diferentes acontecimientos de gran repercusión en los medios de comunicación. La luna iluminaba los islotes rocosos de la bahía; sabía que a medianoche habría fuegos artificiales. Unos minutos más tarde, Valérie vino a sentarse a mi lado. Yo le rodeé la cintura con el brazo y apoyé la cabeza en su hombro; apenas veía su cara, pero reconocía el olor, la textura de la piel. Cuando estalló el primer cohete, me di cuenta de que llevaba el mismo vestido verde, ligeramente transparente, que se había puesto un año antes, en la fiesta de Nochevieja de Koh Phi Phi; sentí una emoción extraña cuando me besó en los labios, como si algo hubiera trastocado el orden del mundo. Curiosamente, y sin haberlo merecido lo más mínimo, había tenido una segunda oportunidad. Es muy raro que la vida nos dé una segunda oportunidad; va en contra de todas las leyes. La abracé con fuerza; sentía unas súbitas ganas de echarme a llorar.

15

Si el amor no puede dominar, ¿cómo va a hacerlo el espíritu? La supremacía práctica pertenece a la actividad.
AUGUSTE COMTE

El barco surcaba la inmensidad turquesa, y yo no tenía que preocuparme de nada. Habíamos salido temprano hacia Koh Maya, navegando entre los arrecifes de coral y los enormes islotes calcáreos. Algunos tenían forma de anillo, se podía llegar a la laguna central por un estrecho canal cavado en la roca. Dentro de los islotes, el agua estaba inmóvil, y era de un verde esmeralda. El piloto apagaba el motor. Valérie me miraba; no hablábamos, ni nos movíamos; los instantes pasaban en un silencio absoluto.

Desembarcamos en la isla de Koh Maya, en una bahía protegida por altos muros de piedra. La playa, de unos cien metros de largo, se extendía al pie de los acantilados, delgada y curva. El sol estaba alto, ya eran las once de la mañana. El piloto arrancó y se marchó rumbo a Krabi; vendría a recogernos a la caída de la tarde. En cuanto cruzó la entrada de la bahía, el ruido del motor dejó de oírse.

Aparte del acto sexual, hay pocos momentos en la vida en los que el cuerpo exulte con la simple felicidad de vivir, se llene de alegría con el simple hecho de su presencia en el mundo; mi primer día del año estuvo compuesto de momentos así. No recuerdo otra cosa que aquella plenitud. Probablemente nos bañamos, tomamos el sol, hicimos el amor.

No creo que habláramos ni que explorásemos la isla. Recuerdo el olor de Valérie, el sabor de la sal que se secaba en su sexo; recuerdo haberme quedado dormido dentro de ella, y que sus contracciones me despertaron.

El barco nos recogió a las cinco. En la terraza del hotel, que dominaba la bahía, me tomé un Campari, y Valérie un Mai Thai. Los islotes calcáreos parecían casi negros en la luz anaranjada. Los últimos bañistas regresaban con la toalla al brazo. A unos metros de la orilla, abrazada en el agua tibia, una pareja hacía el amor. Los rayos del sol poniente iluminaban el tejado dorado de una pagoda, a media altura. Una campana repicó varias veces en el aire apacible. Es una costumbre budista: cuando alguien lleva a cabo una acción meritoria, se

conmemora haciendo sonar la campana de un templo; una religión que hace resonar por el aire el testimonio de las buenas acciones humanas es una hermosa religión.

—Michel... —dijo Valérie tras un largo silencio, mirándome a los ojos—. Tengo ganas de quedarme aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero quedarme definitivamente. Lo he pensado esta tarde, al volver, y es posible. Basta con que me nombren responsable del complejo. Tengo el diploma y las competencias necesarias.

La miré sin decir nada; ella me cogió la mano.

—Pero tú tendrías que dejar tu trabajo. ¿Lo harías?

—Sí. —No creo que tardase ni un segundo en contestar, sin sombra de duda; nunca había tomado una decisión tan fácil.

Vimos a Jean–Yves cuando salía del salón de masajes.

Valérie le hizo una seña y él vino a sentarse a nuestra mesa; ella le explicó de inmediato el proyecto.

—Bueno... —vaciló él—, supongo que es posible. Claro que Aurore se va a quedar un poco sorprendida, porque lo que pides es un retroceso en tu carrera. Sólo cobrarías la mitad del sueldo; no se podría hacer otra cosa, teniendo en cuenta a los demás.

—Lo sé —dijo ella—. Me da igual.

Él la miró otra vez y sacudió la cabeza con asombro.

—Si lo has decidido... —dijo—. Si eso es lo que quieres...

Al fin y al cabo —añadió, como si acabara de darse cuenta—, soy yo quien dirige Eldorador; tengo derecho a nombrar a los gerentes como me parezca conveniente.

—Entonces, ¿estarías de acuerdo?

—Sí..., sí, no puedo impedírtelo.

Sentir que la vida cambia de sentido es una sensación curiosa; basta con quedarse ahí, sin hacer nada, y sentir cómo todo da la vuelta. Durante toda la cena estuve callado, pensativo, hasta el punto de que Valérie empezó a preocuparse.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —me preguntó—, ¿Estás seguro de que no echarás de menos Francia?

—No, no voy a echar de menos nada.

—Aquí no hay distracciones, ni vida cultural.

Yo era consciente de eso; cada vez que me había parado a pensarlo, la cultura me parecía una compensación necesaria ligada a la infelicidad de nuestras vidas. Tal vez se podría imaginar una cultura de otro tipo, vinculada a la celebración y al lirismo, que se desarrollaría en un estado de felicidad; pero no estaba seguro, y me parecía una consideración teórica que ya no tenía mucha importancia para mí.

—Tenemos TV5... —dije con indiferencia. Ella sonrió; todo el mundo sabe que TV5 es una de las peores cadenas televisivas del mundo.

—¿Estás seguro de que no vas a aburrirte? —insistió ella.

Yo había conocido el sufrimiento, la opresión, la angustia; pero nunca me había aburrido. No veía ninguna objeción a la eterna, estúpida repetición de lo mismo. Claro, tampoco me hacía ilusiones de llegar a ese estado; sabía que la desgracia tiene buena salud, que es ingeniosa y tenaz; pero en cualquier caso era una perspectiva que no me preocupaba en absoluto. De niño, podía pasarme horas contando tréboles en un prado: en todos aquellos años de búsqueda, nunca encontré un trébol de cuatro hojas; no me sentía decepcionado ni amargado por ello; en realidad, igual podría haber contado briznas de hierba: todos aquellos tréboles de tres hojas me parecían eternamente idénticos, eternamente maravillosos. Un día, a los doce años, subí a lo alto de un pilón eléctrico, en las montañas. Mientras subía, no miré abajo ni una sola vez. Al llegar arriba, a la plataforma, bajar me pareció complicado y peligroso. Las cadenas montañosas se extendían hasta donde llegaba la vista, coronadas de nieves eternas. Habría sido mucho más sencillo quedarse allí, o saltar. Me retuvo, in extremis, la idea de estrellarme; pero si no, creo que habría disfrutado eternamente del vuelo.

Al día siguiente conocí a Andreas, un alemán que llevaba diez años viviendo en la región. Era traductor, me explicó, lo que le permitía trabajar solo; regresaba a Alemania una vez al año, durante la Feria del Libro de Frankfurt; cuando tenía que consultar cualquier cosa, lo hacía a través de Internet. Había tenido la suerte de traducir muchos best–sellers norteamericanos, entre ellos La tapadera, lo que le aseguraba unos buenos ingresos; la vida no era muy cara en aquel rincón del mundo. Hasta ahora casi no había turismo, le había sorprendido ver llegar de repente a todos aquellos compatriotas; había recibido la noticia sin entusiasmo, pero sin verdadero disgusto. De hecho, sus lazos con Alemania se habían vuelto muy tenues, aunque su oficio le obligase a practicar constantemente el idioma. Se había casado con una tailandesa que había conocido en un salón de masajes, y ya tenían dos hijos.

—¿Es fácil tener..., ejem..., niños aquí? —pregunté. Me daba la impresión de estar haciendo una pregunta incongruente, del tipo de si era fácil comprar un perro. La verdad es que siempre había sentido cierta repugnancia por los niños pequeños; hasta donde yo sabía, eran monstruitos feos que cagaban sin control y lanzaban aullidos insoportables; la idea de tener uno nunca se me había pasado por la cabeza.

Pero sabía que la mayoría de las parejas lo hacen; no estaba seguro de si se arrepentían, pero en cualquier caso no se atrevían a quejarse. En el fondo, me dije, paseando la mirada por el complejo de vacaciones, en un sitio tan grande tal vez fuera posible: corretearía entre los bungalows, jugaría con palitos de madera o algo así.

Según Andreas, sí, era especialmente fácil tener hijos allí; había un colegio en Krabi, incluso se podía ir andando. Y los niños tailandeses eran muy diferentes de los niños europeos, mucho menos coléricos y caprichosos. Sentían por sus padres un respeto que rayaba en la veneración, era algo completamente natural, formaba parte de su cultura. Cuando iba a visitar a su hermana en Dusseldorf, el comportamiento de sus sobrinos lo dejaba literalmente pasmado.

Yo sólo estaba convencido a medias del funcionamiento de esa asimilación cultural; para tranquilizarme, me dije que Valérie sólo tenía veintiocho años y que normalmente a las mujeres les da por ahí a los treinta y cinco, poco más o menos; pero bueno, si era necesario tendríamos un hijo: sabía que antes o después a ella se le ocurriría la idea, era inevitable. Al fin y al cabo un niño era como un animalito, aunque con tendencias malignas; un poco, digamos, como un monito. Me dije que hasta podía tener ventajas; a lo mejor podía enseñarle a jugar a Mille Bornes. Yo sentía por ese juego verdadera pasión, en general insatisfecha; ¿a quién le iba a proponer una partida? Desde luego, no a mis colegas de trabajo; ni a los artistas que venían a enseñarme sus proyectos.

¿A Andreas, quizás? Lo juzgué rápidamente con la mirada:

no, no encajaba con el juego. Aunque parecía serio e inteligente; era una relación que merecía la pena cultivar.

—¿Está pensando en quedarse de manera... definitiva?

—me preguntó.

—Sí, definitiva.

—Más vale ver las cosas así —contestó, asintiendo con la cabeza—. Es muy difícil marcharse de Tailandia; sé que si tuviera que hacerlo ahora, me costaría mucho superarlo.

16

Los días pasaron con una rapidez aterradora; teníamos que volver el 5 de enero. La noche anterior nos encontramos con Jean–Yves en el restaurante principal. Lionel había declinado la invitación; iba a ver bailar a Kim. «Me gusta verla bailar casi desnuda delante de los hombres...», nos dijo. «Sabiendo que luego será para mí.» Jean–Yves le miró alejarse.

—Pues sí que aprende deprisa, el empleado del gas... —dijo, sarcástico—. Está descubriendo la perversión.

—No te burles... —protestó Valérie—. Creo que ya entiendo lo qué ves en él —añadió volviéndose hacia mí—. Ese chico es enternecedor. En todo caso, estoy segura de que está pasando unas vacaciones espléndidas.

Caía la noche; se encendían las luces de las residencias que rodeaban la bahía. Un último rayo de sol iluminaba el cejado dorado de la pagoda. Desde que Valérie le había comunicado su decisión, Jean–Yves no había vuelto a mencionar el tema. Lo hizo durante la cena. Había pedido una botella de vino.

—Te voy a echar de menos... —dijo—. Ya no será lo mismo.

Hemos trabajado juntos durante más de cinco años. Y nunca nos hemos peleado de verdad. Sin ti no lo hubiera conseguido, ¿sabes? —Hablaba cada vez más bajo, como para sí mismo; ya era de noche—. Ahora podremos ampliar la fórmula. Unos de los países más obvios es Brasil. También he vuelto a pensar en Kenia: lo ideal sería abrir otro club en el interior del país, reservado para los safaris, y convertir el club de la playa en Afrodita. Y otra posibilidad inmediata es Vietnam.

—¿No te da miedo la competencia? —pregunté yo.

—No hay peligro. Las cadenas norteamericanas no se atreverán nunca a lanzarse a una cosa así, la corriente puritana es demasiado fuerte en Estados Unidos. Lo que yo temía un poco eran las reacciones de la prensa francesa, pero hasta ahora no ha salido nada. Aunque la verdad es que casi todos los clientes son extranjeros; en Alemania y en Italia son más tranquilos para estas cosas.

—Te vas a convertir en el proxeneta más importante del mundo...

—Proxeneta no —protestó—. Nadie se queda un céntimo de las ganancias de las chicas; las dejamos trabajar, eso es todo.

—Además, son cosas aparte —intervino Valérie—. No pertenecen a la plantilla del hotel.

—Bueno, sí... —vaciló Jean–Yves—. Aquí es aparte; pero he oído decir que en Santo Domingo también trabajan las camareras del hotel.

—Lo hacen voluntariamente.

—Ah, sí, eso es lo menos que se puede decir.

—Eh... —Valérie hizo un ademán conciliatorio que abarcaba al mundo entero—. No dejes que te jodan los hipócritas.

Estás ahí, pones la estructura, la experiencia de Aurore, y punto.

El camarero trajo una crema a la citronela. En las mesas vecinas había alemanes e italianos acompañados por una tailandesa y algunas parejas de alemanes, acompañados o no. El ambiente era tranquilo, sin problemas, en una atmósfera concebida para disfrutar; el oficio de responsable del complejo prometía ser bastante fácil.

—Así que os vais a quedar aquí... —repitió Jean–Yves; estaba claro que le costaba creerlo—. Es sorprendente; en fin, en cierto sentido lo comprendo, pero... lo que me sorprende es que alguien renuncie a ganar más dinero.

—¿Más dinero para qué? —dijo Valérie con claridad—.

¿Para comprarme bolsos de Prada? ¿Para irme a pasar el fin de semana a Budapest? ¿Para comer trufas blancas de temporada? He ganado mucho dinero y ni siquiera consigo acordarme de lo que he hecho con él: sí, seguramente me lo he gastado en chorradas de ese tipo. ¿Y tú, sabes lo que haces con tu dinero?

—Bueno... —Se quedó pensativo—. La verdad, creo que hasta ahora se lo gastaba Audrey.

—Audrey es una gilipollas —contestó Valérie, implacable—. Menos mal que te vas a divorciar. Es la decisión más inteligente que has tomado en tu vida.

—Es verdad, en el fondo es una imbécil... —contestó él, sin cortarse. Sonrió, dudó un momento—. De todos modos tú eres una chica rara, Valérie.

—Yo no soy rara; lo raro es el mundo que me rodea. ¿Es que te apetece de verdad comprarte un Ferrari Cabrio? ¿Una casa de fin de semana en Deauville para que te roben? ¿Te apetece trabajar noventa horas por semana hasta los sesenta años? ¿Pagar la mitad de tu sueldo en impuestos para financiar operaciones militares en Kosovo o planes de rehabilitación del extrarradio? Aquí se está bien; hay todo lo que hace falta para vivir. Lo único que te puede ofrecer el mundo occidental son productos de marca. Si crees en los productos de marca, más vale que te quedes en Occidente; si no, en Tailandia hay excelentes imitaciones.

—Lo raro es tu postura; has trabajado durante años en el mundo occidental sin creer en sus valores.

—Soy una depredadora —contestó ella con calma—. Una pequeña y amable depredadora; no tengo grandes necesidades; pero si he trabajado todo este tiempo ha sido solamente por la pasta; ahora voy a empezar a vivir. No entiendo a los demás. ¿Qué te impide a ti, por ejemplo, venirte a vivir aquí? Podrías casarte con una tailandesa: son bonitas, cariñosas y hacen bien el amor; algunas incluso hablan un poco de francés.

—Bueno... —él vaciló otra vez—. Ahora mismo prefiero cambiar de chica todas las noches.

—Eso se te pasará. De todos modos, nada te impediría volver a los salones de masaje una vez casado; en realidad están hechos para eso.

—Lo sé. Creo... En el fondo, creo que siempre me ha costado mucho tomar las decisiones más importantes de mi vida.

Un poco incómodo por esta confesión, se volvió hacia mí.

—¿Y tú, Michel? ¿Qué vas a hacer aquí?

Sin duda, la respuesta más cercana a la verdad habría sido algo como «Nada», pero siempre es difícil explicar ese tipo de cosas a alguien de temperamento activo.

—Cocinar... —contestó Valérie por mí. Yo la miré, sorprendido—. Sí, sí —insistió ella—. Me he fijado, de vez en cuando te da por ahí, tienes veleidades creativas en ese terreno. A mí me viene bien, cocinar no me gusta; estoy segura de que aquí vas a acabar con las manos en la masa.

Probé una cucharada de mi curry de pollo con pimientos; pues sí, a lo mejor se podía hacer algo parecido con mango. Jean–Yves había inclinado la cabeza, pensativo. Yo miré a Valérie: era una buena depredadora, más inteligente y obstinada que yo; y me había elegido para compartir su madriguera. Es posible suponer que las sociedades se basen, si no en una voluntad común, al menos en un consenso; a veces calificado de consenso débil, en las democracias occidentales, por, algunos editorialistas de posiciones políticas muy tajantes.

Yo, que también era de temperamento débil, no había hecho nada para modificar ese consenso; la idea de voluntad común me parecía menos evidente. Según Emmanuel Kant, la dignidad humana consiste en someterse a las leyes sólo si uno puede considerarse también legislador; nunca me había venido a la cabeza una fantasía tan extraña. No sólo no votaba, sino que nunca había pensado que las elecciones fueran otra cosa que estupendos espectáculos televisados, en los que mis actores preferidos, lo confieso, eran los politólogos; Jérôme Jaffré, sobre todo, me encantaba. Ser responsable político me parecía un oficio difícil, técnico, capaz de desgastar a cualquiera; yo prefería delegar el poco poder que me cayera en las manos.

Cuando era joven había conocido a muchos militantes que creían necesario hacer que la sociedad evolucionara en tal o cual dirección; no había sentido por ellos ni simpatía ni estima. De hecho, poco a poco había aprendido a desconfiar de ellos: su manera de interesarse por las causas generales, de considerar la sociedad como si ellos fueran los que debían cobrar los beneficios, era bastante sospechosa. ¿Qué tenía yo que reprocharle a Occidente? No mucho, pero tampoco me sentía muy apegado a él (y cada vez entendía menos que alguien pudiera sentirse apegado a una idea, a un país, a cualquier cosa que no fuese un individuo). La vida era cara en Occidente, hacía frío; la prostitución era de mala calidad. Era difícil fumar en los lugares públicos, casi imposible comprar drogas y medicamentos; se trabajaba mucho, había coches y ruido, y la seguridad ciudadana dejaba mucho que desear. En realidad, había bastantes inconvenientes. De pronto me di cuenta, incómodo, de que pensaba que la sociedad en la que vivía era algo así como un medio natural —digamos una sabana o una jungla— a cuyas leyes había tenido que adaptarme.

La idea de ser solidario con el medio nunca se me había ocurrido; era como una atrofia en mí, una carencia. No estaba muy claro que la sociedad pudiera sobrevivir mucho tiempo con individuos como yo; pero yo podía sobrevivir con una mujer, apegarme a ella, intentar hacerla feliz. En el momento en que miré otra vez a Valérie con agradecimiento, oí a mi derecha una especie de chasquido y un ruido de motor que venía del mar, y que se interrumpió enseguida. En la parte delantera de la terraza, una mujer rubia y corpulenta se levantó gritando. Hubo una primera ráfaga, un restallido breve.

Ella se volvió hacia nosotros, llevándose las manos a la cara; una bala le había atravesado el ojo, la órbita ya no era más que un agujero ensangrentado; luego se derrumbó sin hacer ruido.

Entonces vi a los atacantes, tres hombres con turbante que avanzaban rápidamente hacia nosotros, con metralletas en las manos. Estalló una segunda ráfaga, un poco más larga; los ruidos de porcelana y cristal roto se mezclaron con los gritos de dolor. Debimos de quedarnos paralizados durante unos segundos; a pocos se les ocurrió protegerse debajo de las mesas. A mi lado, Jean–Yves lanzó un grito breve; acababa de ser alcanzado en el brazo. Entonces vi que Valérie resbalaba muy despacio de la silla y se desplomaba en el suelo. Me abalancé sobre ella y la abracé. A partir de ese momento ya no vi nada. Las ráfagas de metralleta se sucedían en un silencio roto únicamente por el estallido de cristales; me pareció interminable. El olor a pólvora era muy fuerte. Luego volvió el silencio. Entonces me di cuenta de que tenía la mano izquierda cubierta de sangre; Valérie debía de estar herida, en el pecho o en la garganta. La lámpara que teníamos al lado se había roto, estábamos casi completamente a oscuras. Jean–Yves, tendido a un metro de mí, intentó incorporarse y lanzó un gruñido. En ese momento sonó una explosión enorme que parecía venir del centro de ocio; una explosión que desgarró el espacio y reverberó mucho tiempo en la bahía. Al principio pensé que me habían estallado los tímpanos; sin embargo, unos segundos más tarde, en mitad de mi aturdimiento, oí un concierto de gritos espantosos, de verdaderos alaridos de condenados.

Los servicios de emergencia llegaron diez minutos después. Venían de Krabi, y se dirigieron primero al centro de ocio. La bomba había estallado en el Crazy Lips, el bar más importante, a la hora de mayor afluencia; estaba oculta en una bolsa de deporte que habían dejado al lado de la pista.

Era un dispositivo artesanal pero muy potente, a base de dinamita, accionado por un despertador; la bolsa estaba repleta de tornillos y clavos. A causa de la violencia de la onda expansiva, las delgadas paredes de ladrillo que separaban el bar de los demás establecimientos habían volado; algunas de las vigas metálicas que sostenían toda la estructura habían cedido, el techo amenazaba derrumbarse. Lo primero que hicieron los servicios de emergencia, al ver la magnitud de la catástrofe, fue pedir refuerzos. Ante la entrada del bar, una bailarina se arrastraba por el suelo, todavía vestida con su bikini blanco, con los brazos amputados a la altura del codo. Cerca de ella, un turista alemán sentado entre los cascotes sostenía los intestinos que se le escapaban del vientre; su mujer estaba tendida a su lado, con el pecho abierto y los senos medio arrancados. Dentro del bar flotaba, estancada, una humareda negruzca; el suelo estaba resbaladizo, cubierto de sangre que manaba de los cuerpos humanos y de los órganos destrozados. Muchos agonizantes, con los brazos o las piernas mutilados, intentaban arrastrarse hacia la salida, dejando tras ellos un reguero de sangre. Los tornillos y los clavos habían arrancado ojos y manos, habían destrozado cabezas. Algunos cuerpos habían estallado literalmente desde el interior, miembros y vísceras tapizaban metros y metros de suelo.

Cuando los servicios de emergencia llegaron a la terraza, yo seguía abrazado a Valérie; su cuerpo estaba tibio. Dos metros más allá, una mujer yacía en el suelo con el rostro cubierto de sangre y cuajado de esquirlas de cristal. Otros seguían sentados, con la boca abierta, inmovilizados por la muerte. Grité: dos enfermeros se acercaron enseguida, cogieron con delicadeza a Valérie, la depositaron en una camilla.

Intenté levantarme, pero me caí de espaldas; me golpeé la cabeza contra el suelo. Entonces oí, con mucha claridad, que alguien decía en francés: «Está muerta.»

Tercera parte

Pattaya Beach

1

Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que me despertaba solo. El hospital de Krabi era un edificio pequeño y luminoso; un médico vino a visitarme a media mañana. Era francés, y pertenecía a Médicos del Mundo; la organización había llegado allí al día siguiente del

atentado. Tendría unos treinta años, andaba un poco encorvado, y tenía cara de preocupación. Me dijo que yo había estado tres días durmiendo.

—Bueno, en realidad no es que haya dormido —se corrigió—. A veces parecía despierto, y entonces le hablábamos; pero es la primera vez que logramos establecer contacto.

Establecer contacto, me dije. También me contó que el balance del atentado era terrible: por el momento se elevaba a ciento diecisiete muertos; el peor atentado que jamás hubiera ocurrido en Asia. Algunos heridos seguían en estado extremadamente crítico y no podían moverlos, Lionel entre ellos. La bomba le había arrancado ambas piernas y una esquirla de metal se le había clavado en el vientre; sus posibilidades de supervivencia eran mínimas. Los demás heridos graves habían sido transportados al Bumrungrad Hospital, en Bangkok. Jean–Yves sólo había sufrido heridas leves, una bala le había fracturado el húmero; habían podido atenderle allí mismo. Yo no tenía absolutamente nada, ni un rasguño.

—En cuanto a su amiga... —concluyó el médico—. Su cuerpo ya ha sido repatriado a Francia. He hablado con sus padres por teléfono: será inhumada en Bretaña.

Se quedó callado; probablemente esperaba que yo dijera algo. Me observaba de reojo; parecía cada vez más preocupado.

A eso del mediodía, llegó una enfermera con una bandeja; se la llevó una hora más tarde. Me dijo que tenía que empezar a comer, que era imprescindible.

Jean–Yves vino a verme a media tarde. El también me miró de una manera rara, un poco de reojo. Me habló sobre todo de Lionel; se estaba muriendo, sólo era cuestión de horas. Había preguntado muchas veces por Kim. Ella había salido milagrosamente indemne, pero parecía haberse consolado muy deprisa: el día anterior, mientras paseaba por Krabi, Jean–Yves la había visto del brazo de un inglés. No le había dicho nada a Lionel, pero éste tampoco parecía hacerse demasiadas ilusiones; dijo que ya era una suerte haberla conocido.

—Es curioso... —me dijo Jean–Yves—. Parece feliz.

Cuando estaba a punto de marcharse, me di cuenta de que yo no había dicho una sola palabra; no se me ocurría absolutamente nada que decirle. Era consciente de que algo no iba bien, pero se trataba de una sensación vaga, difícil de formular. Pensaba que era mejor callarme, en espera de que toda aquella gente que me rodeaba saliera de su error; sólo era un mal momento que ya pasaría.

Antes de marcharse Jean–Yves me miró a los ojos, y luego meneó la cabeza con desaliento. Según me contaron después, parece que yo hablaba mucho, en realidad sin parar, en cuanto me quedaba solo en la habitación; pero me volvía mudo en cuanto entraba alguien.

Unos días más tarde nos trasladaron al Bumrungrad Hospital en un avión ambulancia. No entendí muy bien los motivos del traslado; creo que sobre todo era para facilitar los interrogatorios de la policía. Lionel había muerto la víspera; al cruzar el pasillo vi su cadáver envuelto en una mortaja.

Los policías tailandeses llegaron acompañados por un agregado de embajada, que hacía el papel de intérprete; por desgracia, yo no tenía mucho que contarles. Lo que más parecía obsesionarles era descubrir si los terroristas eran de origen árabe o asiático. Comprendía su preocupación, era importante saber si una red terrorista internacional se había establecido en Tailandia o si se trataba de separatistas malayos; pero sólo pude repetirles que todo había ocurrido muy deprisa, que sólo había visto unas siluetas; podían haber sido malayos.

Luego llegaron unos norteamericanos, que según creo eran de la CIA. Se expresaban con brutalidad, en un tono desagradable; daba la impresión de que hasta yo era sospechoso. Como no creyeron necesario ir con intérprete, se me escapó gran parte del sentido de sus preguntas. Al final me enseñaron una serie de fotos, que debían de ser de terroristas internacionales; pero yo no reconocí a ninguno de aquellos hombres.

Jean–Yves venía a verme de vez en cuando, y se sentaba a los pies de la cama. Me daba cuenta de su presencia, me sentía ligeramente más tenso. Una mañana, tres días después de nuestra llegada a Bangkok, me tendió un pequeño fajo de papeles: eran fotocopias de artículos de periódico.

—La dirección de Aurore me los envió por fax ayer por la tarde —dijo—. Sin más comentarios.

El primer artículo, publicado en Le Nouvel Observateur, se titulaba «UN CLUB MUY ESPECIAL», cubría dos páginas, era muy detallado y estaba ilustrado con una fotografía sacada de la publicidad alemana. El periodista acusaba abiertamente al grupo Aurore de promover el turismo sexual en los países del Tercer Mundo, y añadía que, en esas condiciones, la reacción de los musulmanes era comprensible. Jean–Claude Guillebaud dedicaba su editorial al mismo tema. Jean–Luc Espitalier había declarado en una entrevista telefónica: «El grupo Aurore, signatario de la Carta Mundial de Turismo Ético, no respalda en ningún caso semejantes desviaciones; los responsables serán sancionados.» El expediente seguía con un artículo de Isabelle Alonso en el Journal du dimanche, vehemente pero mal documentado, que se titulaba «EL RETORNO DE LA ESCLAVITUD». Françoise Giroud recogía el término en sus notas semanales, y escribía: «Frente a los centenares de miles de mujeres maltratadas, humilladas y reducidas a la esclavitud en todo el mundo, ¿qué puede pesar, por triste que sea decirlo, la muerte de unos cuantos ricachones?» Claro, con el atentado de Krabi, el asunto había tenido una repercusión considerable. Libération publicaba en primera página una foto de los supervivientes ya repatriados, a su llegada al aeropuerto de Roissy, y titulaba en portada: «VÍCTIMAS AMBIGUAS». En su editorial, Gérard Dupuy señalaba con el dedo al gobierno tailandés por su complacencia con la prostitución y el tráfico de drogas, así como por sus repetidas violaciones de la democracia. Por su parte, Paris–Match, bajo el titular «CARNICERÍA EN KRABI», hacía un relato completo de la noche del horror. Habían conseguido algunas fotos, de bastante mala calidad: fotocopias en blanco y negro, transmitidas por fax; aquello podría haber sido cualquier cosa, apenas se podían reconocer cuerpos humanos. También publicaban la confesión de un turista sexual que en realidad no tenía nada que ver, era un independiente que solía viajar a Filipinas. Jacques Chirac había hecho de inmediato una declaración en la que, tras expresar su horror y consternación por el atentado, condenaba «el comportamiento inaceptable de algunos de nuestros compatriotas en el extranjero». Lionel Jospin había reaccionado sobre la marcha, recordando que existía una legislación para reprimir el turismo sexual, incluso cuando se practicaba con mayores de edad. Los últimos artículos, en Le Figaro y Le Monde, se interrogaban sobre los medios para luchar contra esa plaga y la actitud que debía adoptar la comunidad internacional.

Durante varios días, Jean–Yves intentó hablar por teléfono con Gottfried Rembke, y al final lo consiguió. El patrón de TUI lo sentía muchísimo, lo sentía sinceramente, pero no podía hacer nada. Tailandia estaba acabada durante muchos años como destino turístico. Y además, la polémica francesa había tenido cierta repercusión en Alemania; cierto que allí había una mayor división de opiniones, pero buena parte del público condenaba, a pesar de todo, el turismo sexual; en esas condiciones, prefería retirarse del proyecto.

2

Al igual que no había entendido el motivo de mi traslado a Bangkok, tampoco entendí el de mi regreso a París. El personal del hospital no me apreciaba mucho, seguramente me encontraba demasiado inerte; hasta en un hospital, e incluso en el lecho de muerte, uno se ve obligado a fingir. Lo que le gusta al personal sanitario es que el enfermo oponga cierta resistencia, una indisciplina que ellos puedan corregir; por el bien del enfermo, naturalmente. Yo no era así.

Podían ponerme de lado para una inyección y volver tres horas después: seguía exactamente en la misma posición. La víspera del traslado, por la noche, tropecé violentamente contra una puerta mientras buscaba los aseos en el pasillo del hospital. Por la mañana tenía la cara cubierta de sangre, me había hecho un corte en una ceja; tuvieron que limpiarme y vendarme. Ni se me había ocurrido llamar a una enfermera; la verdad es que no había sentido absolutamente nada.

El vuelo fue un tiempo neutro; incluso había perdido la costumbre de fumar. Le estreché la mano a Jean–Yves delante de la cinta transportadora de equipajes; luego tomé un taxi a la avenue de Choisy.

Me di cuenta enseguida de que aquello no funcionaba, de que nunca funcionaría. No deshice la maleta. Di una vuelta por el apartamento con una bolsa de plástico en la mano, recogiendo todas las fotos de Valérie que fui capaz de encontrar. La mayoría eran de casa de sus padres, en Bretaña, en la playa o en el jardín. También había algunas fotos eróticas que yo había hecho en el apartamento: me gustaba mucho verla masturbarse, pensaba que ponía una cara preciosa.

Me senté en el sofá y marqué un número que me habían dado en caso de emergencia, las veinticuatro horas del día.

Era una especie de unidad de crisis que había sido creada especialmente para atender a los supervivientes del atentado.

Estaba en un pabellón del hospital Sainte–Anne.

La mayoría de la gente que había solicitado el ingreso se hallaba, sin duda, en un estado lamentable: a pesar de las dosis masivas de tranquilizantes tenía pesadillas todas las noches, y entonces empezaban los alaridos, los gritos de angustia, los llantos. Cuando me cruzaba con ellos en los pasillos, me impresionaban aquellos rostros crispados, espantados; parecían literalmente minados por el miedo. Un miedo, me decía yo, que no desaparecería hasta el día de su muerte.

Yo solamente sentía un cansancio infinito. Por lo general sólo me levantaba para beber una taza de Nescafé o mordisquear unas galletas; ni las comidas ni las actividades terapéuticas eran obligatorias. Sin embargo me hicieron una serie de exámenes, y tres días después de mi llegada tuve una entrevista con un psiquiatra; los exámenes revelaban una «notable disminución de la capacidad de reacción». No sufría, pero me sentía, sí, disminuido; me sentía disminuido hasta un punto inimaginable. El psiquiatra me preguntó qué tenía intención de hacer. Contesté: «Esperar.» Me mostré razonablemente optimista; dije que toda aquella tristeza desaparecería, que volvería a ser feliz, pero que tenía que esperar. No pareció muy convencido. Era un hombre de unos cincuenta años, con la cara llena y jovial, completamente lampiña.

Al cabo de una semana me trasladaron a otro hospital psiquiátrico, esta vez para una larga estancia. Me quedé allí un poco más de tres meses. Para mi gran sorpresa, me encontré con el mismo psiquiatra. No era de extrañar, me dijo; trabajaba allí. La ayuda a las víctimas del atentado sólo era una misión temporal, en la que estaba especializado: había formado parte de la célula constituida tras el atentado en la estación de Saint–Michel.

En realidad no hablaba como el típico psiquiatra, era bastante soportable. Recuerdo que me decía que había que «liberarse del vínculo», parecía un camelo budista. ¿Liberar qué? Yo era un puro vínculo. Yo era de naturaleza transitoria y había formado un vínculo con algo transitorio, de acuerdo con mi naturaleza; nada de eso merecía el menor comentario. Si mi naturaleza hubiera sido eterna, seguí diciendo para alargar la conversación, habría formado un vínculo con cosas eternas. Según parece, su método funcionaba bien con los supervivientes obsesionados con la mutilación y la muerte.

«Esas angustias no tienen nada que ver con usted; son fantasmas que pasan por su cabeza», le decía a la gente; y la gente terminaba creyéndole.

Ya no sé cuándo empecé a ser consciente de la situación, pero de todas formas ocurrió muy poco a poco. Había muchos momentos —de hecho, los sigue habiendo— en los que Valérie no estaba muerta. Al principio podía prolongarlos a voluntad, sin el menor esfuerzo. Recuerdo la primera vez que no funcionó, la primera vez que sentí de verdad el peso de lo real; justo después de la visita de Jean–Yves. Fue un momento difícil, había recuerdos que yo difícilmente podía negar; no le pedí que volviera.

La visita de Marie–Jeanne, por el contrario, me sentó muy bien. No dijo gran cosa, me habló un poco del ambiente en la oficina; le dije enseguida que no iba a volver, que había decidido irme a vivir a Krabi. Ella asintió, sin hacer comentarios. «No te preocupes», le dije: «Todo irá bien.» Me miró con muda compasión; lo raro es que me da la impresión de que me creyó.

Lo más penoso fue la visita de los padres de Valérie; seguramente el psiquiatra les había explicado que yo pasaba por fases de negación de la realidad, y la madre de Valérie se pasó casi todo el tiempo llorando; su padre tampoco parecía muy cómodo. Habían venido también

para resolver algunos detalles prácticos, para traerme una maleta con mis efectos personales. Suponían que no querría quedarme con el apartamento. Claro, claro, dije yo, ya arreglaremos eso; entonces la madre de Valérie volvió a echarse a llorar.

La vida pasa más fácilmente dentro de una institución; las necesidades básicas están cubiertas. Veía otra vez Preguntas para un campeón; era el único programa que veía, las noticias no me interesaban lo más mínimo. Muchos otros residentes se pasaban el día delante del televisor. A mí no me gustaba tanto: la imagen se movía demasiado deprisa. Yo creía que si estaba tranquilo, si evitaba pensar en la medida de lo posible, todo acabaría arreglándose.

Una mañana de abril me enteré de que sí, que todo se había arreglado, que podría salir pronto. Aquello me pareció más bien una fuente de complicaciones: tendría que buscar habitación en un hotel, tendría que encontrar un entorno neutro.

Por lo menos tenía dinero; siempre el dinero. «Hay que mirar el lado positivo», le dije a una enfermera. Pareció sorprendida, tal vez porque era la primera vez que le dirigía la palabra.

No hay un tratamiento específico contra la negación de la realidad, me explicó el psiquiatra durante nuestra última entrevista; no es un trastorno del ánimo, sino de la representación. No me había dado el alta antes porque temía un intento de suicidio; son bastante frecuentes cuando la gente recupera la conciencia de forma brusca; pero ya estaba fuera de peligro. «Ah, bueno,» dije yo, «vaya».

3

Una semana después de salir del hospital, cogí un avión a Bangkok. No tenía ningún proyecto concreto. Si fuéramos de naturaleza ideal, podríamos conformarnos con los movimientos del sol. En París las estaciones estaban muy diferenciadas, eran una fuente de agitación y de problemas. En Bangkok, el sol salía a las seis de la mañana y se ponía a las seis de la tarde; y en el ínterin recorría una trayectoria inmutable. Parece que había una época de monzones, pero yo no la conocía. La ciudad se agitaba, pero yo no entendía claramente por qué, se trataba más bien de una especie de condición natural. No había duda de que aquella gente tenía un destino, una vida, en la medida en que su nivel de ingresos lo permitía; pero por mí podían haber sido ratones de campo.

Me instalé en el Amari Boulevard, un hotel cuyos principales clientes eran hombres de negocios japoneses. La última vez me había alojado allí con Valérie y Jean–Yves; no era una buena idea. Dos días más tarde me cambié al Grace Hotel; sólo estaba a unos metros, pero el ambiente era muy diferente. Era el único sitio de Bangkok donde uno encontraba todavía turistas sexuales árabes. Ahora andaban pegados a las paredes; se quedaban encerrados en el hotel, que tenía discoteca y salón de masajes. Se veían unos pocos más por las callejuelas de alrededor, donde había vendedores de kebabs y locutorios de llamadas internacionales; pero no era posible encontrárselos en ningún otro sitio. Mientras tanto, y sin darme cuenta, vi que me había ido acercando al Bumrungrad Hospital.

Está claro que uno puede seguir con vida sólo porque alimenta un deseo de venganza; mucha gente ha vivido así.

El islam me había destrozado la vida, y desde luego el islam era algo que podía odiar; durante los días que siguieron, intenté sentir odio por los musulmanes. Me salía bastante bien, y empecé a prestar atención otra vez a la información internacional. Cada vez que oía que un terrorista palestino, un niño palestino o una mujer palestina embarazada habían sido asesinados en Gaza, me estremecía de entusiasmo pensando que había un musulmán menos. Sí, se podía vivir así.

Una noche, en el coffee–shop del hotel, un banquero jordano empezó a charlar conmigo. Era un hombre afable, e insistió en invitarme a una cerveza; quizás la reclusión forzada en el hotel empezaba a pesarle.

—Comprendo a la gente, ¿sabe? No puedo reprochárselo... —dijo—. Nos lo hemos buscado. Esto no es tierra islámica, no hay motivos para pagar cientos de millones y financiar la construcción de mezquitas. Por no hablar del atentado, desde luego...

Al ver que le escuchaba con atención, pidió otra cerveza, y se animó un poco más. El problema de los musulmanes, dijo, es que el paraíso prometido por el profeta ya existía aquí abajo; había sitios en la tierra con muchachas disponibles y lascivas que bailaban para el placer de los hombres, donde uno podía embriagarse con néctares y escuchar música de tonos celestiales; había por lo menos veinte sitios así en un radio de quinientos metros en torno al hotel. Eran lugares fácilmente accesibles, para entrar no había que cumplir los siete deberes del musulmán ni abrazar la guerra santa; bastaba con pagar unos pocos dólares. Y ni siquiera hacía falta viajar para darse cuenta de todo eso; una antena parabólica era más que suficiente. No le cabía duda, el sistema musulmán estaba condenado a la extinción: el capitalismo era más fuerte. Los jóvenes árabes sólo pensaban en el consumo y en el sexo. Por mucho que a veces pretendieran lo contrario, su sueño era sumarse al modelo norteamericano: la agresividad de algunos sólo era consecuencia de una envidia impotente; afortunadamente, cada vez había más que le daban abiertamente la espalda al islam. El no había tenido suerte, ya era viejo, y durante toda su vida había tenido que transigir con una religión que despreciaba. Yo estaba un poco en el mismo caso: seguro que un día el mundo se libraría del islam; pero para mí sería demasiado tarde. Ya no tenía una vida; la había tenido durante unos pocos meses, tampoco estaba tan mal, la mayoría de la gente no podía decir lo mismo. Ay, la falta de ganas de vivir no basta para tener ganas de morir.

Volví a ver al jordano al día siguiente, justo antes de su regreso a Ammán; tendría que esperar un año antes de volver a Tailandia. Me alegraba de que se fuera, así no querría hablar otra vez conmigo, idea que me daba dolor de cabeza; me costaba mucho trabajo soportar las conversaciones intelectuales; ya no tenía el menor deseo de entender el mundo, ni siquiera de conocerlo. Sin embargo, nuestra breve charla me causó una profunda impresión: la verdad es que me había convencido de que el islam estaba condenado, y si uno lo pensaba en serio no cabía la menor duda. Esta simple idea bastó para que mi odio se disipara. Otra vez dejaron de interesarme las noticias.

4

Bangkok seguía pareciéndose demasiado a una ciudad normal, había demasiados hombres de negocios, demasiados turistas en viajes organizados. Dos semanas después, compré un billete de autobús a Pattaya. Esto tenía que acabar así, me dije al subir al vehículo; luego me di cuenta de que no, que en aquel caso no había ningún determinismo. Podría haber pasado el resto de mis días con Valérie en Tailandia, en Bretaña o en cualquier otra parte. Envejecer no es divertido; pero envejecer solo es lo peor que hay.

En cuanto dejé la maleta en el suelo polvoriento de la estación de autobuses, supe que había llegado al final del camino. Un viejo colgado, esquelético, con el pelo largo y gris, además de un enorme lagarto posado en el hombro, pedía limosna a la salida de la puerta giratoria. Le di cien baths y luego fui a beber una cerveza al Heidelberg Hof, que estaba justo enfrente. Había pederastas alemanes, bigotudos y barrigones, contoneándose con sus camisas floreadas. Cerca de ellos tres adolescentes rusas que habían llegado al grado más bajo del puterío se retorcían al ritmo de un gigantesco radiocasete; las sórdidas mamoncitas rodaban literalmente por el suelo. Andando por las calles de la ciudad, y en tan sólo unos minutos, me crucé con una impresionante variedad de especímenes humanos: raperos con gorra, marginales holandeses, ciberpunks con el pelo rojo, bolleras austríacas llenas de piercings. Después de Pattaya no hay nada más, es una especie de cloaca, de desagüe terminal adonde van a dar los variados residuos de la neurosis occidental. Ya sea uno homosexual, heterosexual o ambas cosas, Pattaya es también el destino de la última oportunidad, después de la cual sólo cabe renunciar al deseo.

Los hoteles se diferencian por su comodidad y sus precios, pero también por la nacionalidad de su clientela. Hay dos grandes comunidades, la de los alemanes y la de los norteamericanos (entre los cuales seguro que hay australianos e incluso neozelandeses camuflados). Hay también bastantes rusos, reconocibles por la pinta de palurdos y las maneras de gángsters. Incluso hay un establecimiento para franceses, que se llama Ma Maison; el hotel sólo tiene

diez habitaciones, pero el restaurante está siempre muy animado. Allí me quedé una semana; luego me di cuenta de que no me importaban mucho las andouilletes ni las ancas de rana, que podía vivir sin seguir los partidos del campeonato de Francia vía satélite, y sin leer todos los días las páginas culturales de Le Monde. De todos modos, tenía que buscar un alojamiento definitivo. La duración normal de un visado de turista en Tailandia sólo es de un mes, pero para prolongarla basta con cruzar una frontera.

Muchas agencias de Pattaya ofrecen un viaje de ida y vuelta a la frontera camboyana en el mismo día. Después de un trayecto de tres horas en minibús, hay que hacer cola una o dos horas en la aduana; la gente come en un autoservicio en suelo camboyano (el precio de la comida está incluido en el paquete, igual que las propinas a los aduaneros), y luego vuelve a Tailandia. La mayoría de los residentes lleva años haciendo eso todos los meses; es mucho más sencillo que conseguir un visado de larga duración.

Nadie llega a Pattaya para rehacer su vida, sino para terminar sus días en condiciones aceptables. O por lo menos, si uno quiere expresarlo con más suavidad, para hacer una pausa, una larga pausa, que puede resultar definitiva. Ésas son las palabras que empleó un homosexual de unos cincuenta años que conocí en un pub irlandés de la Soi 14; se había pasado casi toda su carrera de maquetista trabajando para la prensa amarilla, y había conseguido ahorrar un poco. Diez años atrás se había dado cuenta de que las cosas empezaban a irle mal: seguía saliendo por las noches, iba a los mismos clubs, pero volvía cada vez más a menudo con las manos vacías. Claro, podía pagar; pero si tenía que hacerlo, prefería pagarle a un asiático. Se disculpó por la observación, esperaba que yo no lo tomara como un comentario racista. No, no, claro, yo lo entendía: es menos humillante pagarle a gente que no se parece en nada a la que uno habría seducido en otros tiempos, gente que no le trae a uno el menor recuerdo.

Si hay que pagar por la sexualidad, es mejor que sea, en cierta medida, una sexualidad indiferenciada. Como todo el mundo sabe, una de las primeras cosas que la gente experimenta cuando entra en contacto con otra raza es esa indiferenciación, esa sensación de que todo el mundo, poco más o menos, se parece físicamente. El efecto se desvanece al cabo de unos meses de estancia, y es una pena, porque corresponde a una realidad: en el fondo, los seres humanos se parecen muchísimo. Sí, se puede distinguir entre hombres y mujeres, y si se quiere, entre edades diferentes; pero cualquier distinción más exhaustiva responde en cierto modo a la pedantería, y probablemente al aburrimiento. La gente que se aburre fomenta distinciones y jerarquías, es uno de sus rasgos característicos. Según Hutchinson y Rawlins, el desarrollo de los sistemas de dominación jerárquica en el seno de las sociedades animales no corresponde a ninguna necesidad práctica, a ninguna ventaja selectiva; simplemente es un medio para luchar contra el aplastante aburrimiento de la vida en plena naturaleza.

Así pues, el ex maquetista había decidido terminar felizmente su vida de marica pagando a jovencitos de piel mate, guapos, delgados y musculosos. Una vez al año volvía a Francia para visitar a su familia y a algunos amigos. Me dijo que su vida sexual era menos frenética de lo que uno podría imaginar; salía una o dos veces por semana, nada más. Llevaba seis años viviendo en Pattaya; la abundancia de proposiciones sexuales variadas, excitantes y baratas provocaba, paradójicamente, un aplacamiento del deseo. Sabía que cada vez que salía podía darle por el culo o chupársela a un jovencito espléndido, que además se la menearía con gran talento y sensibilidad. Como estaba plenamente seguro de eso, planeaba mejor sus salidas y disfrutaba de ellas con moderación.

Comprendí que me imaginaba sumido en el frenesí erótico de las primeras semanas de estancia, que veía en mí el equivalente heterosexual de su propio caso. No quise desengañarle. Fue amistoso, insistió en pagar las cervezas, me dio diferentes direcciones para alquilar una habitación. Me dijo que había disfrutado hablando con un francés, la mayoría de los residentes homosexuales eran ingleses; se llevaba bien con ellos, pero de vez en cuando le apetecía hablar su idioma.

Tenía pocas relaciones con la pequeña comunidad francesa que se reunía en el restaurante de Ma Maison; casi todos eran horteras heterosexuales, del tipo ex colonial o militar. Si me quedaba en Pattaya podríamos salir juntos una noche, sin ideas indecentes, por supuesto; me

dio su número de móvil. Yo lo apunté, aunque sabía que no le llamaría. Era simpático, afable y tal vez incluso interesante; pero, sencillamente, yo ya no tenía ganas de relaciones humanas.

Alquilé una habitación en Naklua Road, un poco apartada de la agitación de la ciudad. Había aire acondicionado, un frigorífico, una ducha, una cama y algunos muebles; el alquiler era de tres mil baths al mes; algo más de quinientos francos. Le comuniqué a mi banco la nueva dirección y escribí una carta de dimisión al Ministerio de Cultura.

En general, ya no me quedaba mucho que hacer en la vida. Compré varias resmas de papel de 21 x 29,7 para intentar poner en orden los elementos que la constituían. Eso es algo que la gente debería hacer más a menudo antes de morir. Es curioso pensar en todos esos seres humanos que viven una vida entera sin hacer el menor comentario, la menor objeción, la menor observación. No porque esos comentarios, objeciones u observaciones vayan a tener un destinatario o un sentido cualquiera; pero a fin de cuentas me parece preferible hacerlos.

5

Seis meses después, sigo instalado en mi habitación de Naklua Road; y creo que casi he terminado mi tarea. Echo de menos a Valérie. Si por casualidad hubiera querido, al emprender la redacción de estas páginas, atenuar el sentimiento de pérdida o hacerlo más soportable, ya me habría convencido de mi fracaso: la ausencia de Valérie me hace sufrir más que nunca.

Al principio del tercer mes de estancia, me decidí a volver a los salones de masaje y los bares de citas. A priori, la idea no me entusiasmaba mucho, me daba miedo que la visita resultara un completo fiasco. Sin embargo tuve una erección y conseguí eyacular; pero no he vuelto a sentir placer.

No por culpa de las chicas, que seguían siendo igual de dulces y expertas; yo estaba como insensibilizado. Seguí yendo a un salón de masaje una vez a la semana, un poco por principio; y luego lo dejé. No dejaba de ser un contacto humano, ése era el inconveniente. Aunque estaba seguro de que ya nunca volvería a sentir placer, la chica podía correrse, sobre todo porque la insensibilidad de mi sexo me habría permitido aguantar horas y horas si no hubiera hecho un pequeño esfuerzo para interrumpir el ejercicio. A lo mejor empezaba a desear que la chica se corriera, podía ser una apuesta; y yo no quería volver a saber nada de apuestas. Mi vida era una forma vacía, y mejor que lo siguiera siendo. Si dejaba que la pasión entrara en mi cuerpo, el dolor la seguiría de inmediato.

Mi libro toca a su fin. Ahora me quedo acostado casi todo el día. A veces enciendo el aire acondicionado por la mañana, lo apago por la noche, y entre ambos momentos no ocurre absolutamente nada. Me he acostumbrado al zumbido del aparato, que al principio me molestaba; pero también me he acostumbrado al calor; en realidad me da igual lo uno o lo otro.

Hace mucho tiempo que no compro los periódicos franceses; supongo que ya se habrán celebrado las elecciones presidenciales. El Ministerio de Cultura, valga para lo que valga, seguirá haciendo su labor. Puede que Marie–Jeanne piense en mí en alguna ocasión, cuando tenga que repasar el presupuesto de una exposición; yo no he intentado volver a ponerme en contacto con ella. Tampoco sé qué habrá sido de Jean–Yves; supongo que después de que Aurore lo despidiera habrá tenido que reanudar su carrera desde mucho más abajo, y seguramente en cualquier sector menos el turístico.

Cuando la vida amorosa se acaba, toda la vida se vuelve un poco convencional y forzada. Se mantienen la forma humana, el comportamiento habitual, una especie de estructura; pero, como suele decirse, uno ya no hace nada de corazón.

Varias Yespas bajan por Naklua Road, levantando una nube de polvo. Es mediodía. Las prostitutas que viven en los barrios de las afueras van a trabajar a los bares del centro de la ciudad. Creo que hoy no voy a salir. O quizás cuando caiga la tarde, para tomarme un tazón de sopa en uno de los puestos de la plaza.

Cuando uno ha renunciado a la vida, sólo subsisten los contactos con los comerciantes. En mi caso, se limitan a unas palabras en inglés. No hablo tailandés, cosa que crea a mi alrededor una barrera asfixiante y triste. Lo más probable es que jamás llegue a comprender Asia, pero

eso no tiene mucha importancia. Se puede vivir en el mundo sin comprenderlo, basta con que te proporcione alimentos, caricias y amor. En Pattaya los alimentos y las caricias son baratos, según los criterios occidentales e incluso los asiáticos. Del amor me cuesta hablar. Ahora estoy seguro de que Valérie fue una radiante excepción. Se contaba entre esos seres capaces de dedicar su vida a la felicidad de otra persona, de convertir esa felicidad en su objetivo. Es un fenómeno misterioso. Entraña la dicha, la sencillez y la alegría; pero sigo sin saber por qué o cómo se produce. Y si no he entendido el amor, ¿de qué me serviría entender todo lo demás?

Seguiré siendo hasta el final un hijo de Europa, de la angustia y de la vergüenza; no tengo ningún mensaje de esperanza. No odio Occidente, todo lo más lo desprecio con toda mi alma. Sólo sé que, tal como somos, apestamos a egoísmo, masoquismo y muerte. Hemos creado un sistema en el cual ya no se puede vivir; y lo que es más, seguimos exportándolo.

Cae la noche, las guirnaldas de bombillas multicolores se encienden delante de los heers hars. Los seniors alemanes se sientan a las mesas y ponen la manaza en el muslo de su joven acompañante. Saben de la angustia y de la vergüenza más que nadie, necesitan carne fresca, una piel suave, tierna.

Pocas veces se ve en ellos esa vulgaridad pragmática y satisfecha de los turistas sexuales anglosajones, esa manera de comparar a todas horas la prestación y el precio. También es raro que hagan gimnasia, que cuiden su propio cuerpo. Por lo general comen demasiado, beben demasiada cerveza, acumulan grasa; la mayoría no tardará en morir. Suelen ser amistosos, les gusta bromear, pagar rondas, contar anécdotas; sin embargo, son una compañía deprimente, triste.

Ahora comprendo la muerte; no creo que me haga mucho daño. He conocido el odio, el desprecio, la decrepitud y otras muchas cosas; incluso breves momentos de amor. De mí no quedará nada, y no merezco que nada me sobreviva; habré sido un individuo mediocre en todos los aspectos.

No sé por qué, pero imagino que moriré en mitad de la noche, y todavía siento cierta inquietud al pensar en el sufrimiento que acompañará la ruptura con los lazos del cuerpo.

Me cuesta pensar que el momento en que la vida se acaba sea inconsciente y completamente indoloro; claro, sé que me equivoco, pero aun así me cuesta convencerme.

Algún tailandés me encontrará al cabo de unos días, seguro que pocos; en estos climas, los cadáveres apestan enseguida. No sabrán qué hacer conmigo, y probablemente llamarán a la embajada francesa. Como estoy lejos de ser un indigente, la cosa será fácil de arreglar. De hecho, quedará bastante dinero en mi cuenta bancaria; no sé quién lo heredará; probablemente el Estado, o algún pariente lejano.

Al contrario que otros pueblos asiáticos, los tailandeses no creen en los fantasmas, y les interesa poco el destino de los cadáveres; la mayor parte va directamente a la fosa común. Como no dejaré instrucciones, correré la misma suerte. Alguien firmará el certificado de defunción, y muy lejos de aquí, en Francia, alguien marcará una casilla en un fichero de estado civil. Algunos vendedores ambulantes, acostumbrados a verme por el barrio, menearán la cabeza. Alquilarán mi apartamento a un nuevo inquilino. Me olvidarán. Me olvidarán enseguida.